



TERESA DE LA PARRA

**OBRA
ESCOGIDA**

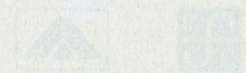


COLECCIÓN TIERRA FIRME

OBRA ESCOGIDA
II

OBRA ESCOGIDA
II

Deposito de 1951 en el Registro
para la Propiedad Nacional
Patente 1111



MONTE AVILA LATINOAMERICANA, C.A.
FONDO DE CULTURA ECONOMICA
MEXICO

COLECCIÓN
OBRA ESCOGIDA
II

V.868.42
P.2590
V.2
e.3

TERESA DE LA PARRA

OBRA ESCOGIDA

II

Donación de Monte Ávila Editores
para la Biblioteca Nacional,

Fecha: 07/1997



MONTE ÁVILA LATINOAMERICANA, C. A.
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

Primera edición, 1992

OBRA ESCOGIDA

II

D. R. © 1992, MONTE ÁVILA LATINOAMERICANA, C. A.
Apartado Postal 70712 (Zona 1070) Caracas, Venezuela

D. R. © 1992, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, S. A. DE C. V.
Av. de la Universidad, 975; 03100 México, D. F.

ISBN 968-16-3682-1 (Obra completa)

ISBN 968-16-3684-8 (Tomo II)

Impreso en México

CRITERIO DE ESTA EDICIÓN*

PUBLICAMOS la primera edición de *Ifigenia* (París, Editorial Franco-Ibero-Americana, 1924). Aun cuando cierta norma recomienda ceñirse a la última edición revisada por el autor (existe una segunda edición de *Ifigenia* de 1928) preferimos publicar la primera versión en virtud de lo siguiente: la mayoría de las modificaciones que la autora introdujo para la segunda edición fueron supresiones, hechas al parecer, tal como ella misma lo sugiere en sus cartas, con el fin de facilitar las posibles traducciones; además, esos recortes afectan aspectos y matices que consideramos valiosos para el desarrollo de la novela, mientras que no introducen alteraciones en su estructura narrativa ni cambios estilísticos significativos. Al final de este volumen agregamos un apéndice con la relación integral de las variantes, supresiones y adiciones donde el lector podrá ver el único añadido que incorpora la edición de 1928. Para *Las memorias de Mamá Blanca* seguimos la primera edición (París, Le livre libre, 1929). La autora no hizo modificaciones para las siguientes ediciones de esta obra.

Para las conferencias *Influencia de la mujer en la formación del alma americana*, hemos restablecido el texto, cotejando los manuscritos y otras versiones corregidas por la autora. Los detalles específicos de este trabajo se encuentran en la noticia editorial que las precede y en las notas y variantes al final de las mismas. Incorporamos como material inédito la "Despedida" y los preámbulos y agradecimientos conservados hasta ahora en el archivo de la familia de Teresa de la Parra.

Para la selección de las cartas se cotejaron las distintas recopilaciones publicadas hasta ahora: la antología de *Cartas*, con prólogo de Mariano Picón Salas (Caracas, Cruz del Sur, 1951), las dos ediciones del epistolario con Rafael Carias (*Epistolario íntimo*, Caracas, Ediciones de la Línea Aeropostal Venezolana, núm. 10, 1953, y *Cartas a Rafael Carias*, Alcalá de Henares, 1957), la selección incluida en las *Obras Completas* (Caracas, Editorial Arte, 1965), la correspondiente a la edición de la Biblioteca Ayacucho (*Obra*, Caracas, 1982) y las Cartas a Lydia Cabrera (edición de Rosario Hiriart, Madrid, Editorial Torreozas, 1988); el fragmento de una carta a Romain Rolland (editada y traducida por Armando Rojas) ha sido tomado de *Teresa de la Parra ante la crítica* (Caracas, Monte Ávila, 1980); para la carta dirigida a Benjamín Carrión, nos seguimos por la versión que aparece en la

* Para comodidad del lector reproducimos el *Criterio de esta edición* que aparece en el tomo I.

Iconografía de Teresa de la Parra de la Colección Documentos de la Biblioteca Ayacucho (Caracas, 1984) y para la carta a Juan Liscano por la reproducción facsimilar del manuscrito publicada en la mencionada *Iconografía*. Cuando, en 1986, casi habíamos concluido el trabajo de estudio y selección de la correspondencia empezaron a surgir una serie de problemas y dudas con respecto a la procedencia de las cartas, destinatarios, fechas y otras cuestiones que merecían una investigación más detallada; fue necesario entonces posponer esta publicación con el fin de corregir y precisar hasta donde se pudiera toda la selección. Esto nos llevó a cotejar, siempre que estuvo a nuestro alcance, las versiones manuscritas y nos permitió tener acceso a fuentes y textos desconocidos e inéditos hasta ahora. El lector encontrará detalles sobre las pautas seguidas en la presentación y en las notas que acompañan esta selección. Nuestra publicación incluye fragmentos de los siguientes documentos inéditos: una carta a Rafael Carías, tres cartas a Gonzalo Zaldumbide, una carta a Lydia Cabrera y fragmentos del diario de 1935.

Todo el trabajo de cotejo y corrección de las fuentes manuscritas, así como la utilización e inclusión de materiales inéditos pudo realizarse gracias a la generosidad y a la colaboración de la señora Elia Bunimovich de Pérez Luna, sobrina de Teresa de la Parra, y a Margarita Carías de Brewer, hija de don Rafael Carías. La confianza y el interés con que me rodearon mientras trabajaba fue el estímulo afectuoso y constante que todo investigador desea y difícilmente consigue.

MARÍA FERNANDA PALACIOS

Caracas, agosto de 1988.

INFLUENCIA DE LA MUJER EN LA FORMACIÓN DEL ALMA AMERICANA

Texto establecido, presentado y anotado por
María Fernanda Palacios

TRES CONFERENCIAS

El texto establecido, presentado y anotado por
Marta Fernanda Palacios

El texto establecido, presentado y anotado por
Marta Fernanda Palacios

DE LAS "Tres Conferencias" no existen ediciones en vida de Teresa de la Parra. La primera la publica en 1961, en Caracas, Ediciones Garrido, y fue una iniciativa de su hermana María. Ésta ha servido de base para las únicas dos ediciones posteriores: la de Editorial Arte (*Obras Completas*, Caracas, 1965) y la de la Biblioteca Ayacucho (*Obra*, Caracas, 1982).

En el archivo de la familia se conservan manuscritos, copias mecanografiadas y borradores de estas conferencias que permiten, con la ayuda del epistolario y otros testimonios, retrazar el proceso de elaboración y evolución de estos textos. Hasta ahora, el examen de las fuentes me permite suponer lo siguiente: Teresa de la Parra escribió una primera versión de las conferencias en París, a finales de 1929 y principios de 1930. De esta versión existen los manuscritos y dos juegos de copias mecanografiados, uno sin enmiendas (que posiblemente dejó en París) y otro con enmiendas, añadidos y correcciones manuscritas y a máquina. Podemos suponer que hizo estas correcciones durante el viaje y en los días que permaneció en La Habana, ya que en algunos de estos añadidos comenta su reciente trayecto hasta Bogotá. En este juego de copias se observa, además, una serie de signos a lápiz, por lo general al comienzo de ciertas frases y encima de las letras, cuyo sentido no hemos podido descifrar, pero que parecen ser indicaciones de pausas o entonación para la lectura en voz alta. Todas estas consideraciones permiten concluir que ésta es la versión definitiva que Teresa de la Parra leyó durante su gira. Existen además otros juegos de copias mecanografiados que reproducen casi textualmente, pero con numerosas erratas, esta versión. Ninguna otra copia lleva correcciones autógrafas, lo cual permite suponer que se hicieron después de la muerte de Teresa, por encargo de su madre o su hermana. El original de uno de estos juegos está encuadernado y lleva algunas indicaciones y correcciones con la letra de María Parra Bunimovich, la hermana de Teresa. Suponemos que fue ésta la versión que se entregó a la tipografía Garrido.

Teresa de la Parra escribía a mano y a lápiz, su caligrafía, a veces muy apretada, es bastante clara y firme, pero su puntuación tiende a ser vacilante: olvida las comas, sobre todo cuando coinciden con el final de la línea, en las enumeraciones y en las pausas que marcan una frase incidental. Ya en la edición de Garrido se corrigió esto y algunos detalles de estilo que podían considerarse descuidos o "tics" del autor, pero quizá se exageró un poco. También se modernizó la acentuación. La edición de Editorial Arte ha sido la más cuidada, mientras que la de Ayacucho es la que presenta más erratas. La revisión del manuscrito y su versión corregida por la autora demostró que a partir de la edición de 1961 se han venido perpetuando numerosas erratas

y errores de transcripción. El carácter póstumo de esta publicación, unido al hecho de que su autora no las escribió pensando en editarlas sino para ser leídas, no sólo autoriza sino que obliga casi a reestablecer el texto, ateniéndonos principalmente a la versión corregida y cotejando con el manuscrito y los borradores existentes.

No hay pruebas de que Teresa de la Parra hubiese pensado publicar las conferencias. Hoy en día resulta extraño que tanto en Colombia, donde las leyó, como en Venezuela, no le hubiesen propuesto de inmediato editarlas. Pero eran otros tiempos y entonces el afán por publicar era menos imperioso; sobre todo se respetaba más la diferencia entre la palabra oral y la escrita, y Teresa de la Parra tuvo siempre una aguda conciencia de ello. No le gustaba improvisar y no acostumbraba intervenir en público. Estas conferencias constituyen la única ocasión que se conoce, con excepción de una conferencia sobre Bolívar que dictó en La Habana en abril de 1930 y cuyo texto parece ser el que utilizó luego, casi idéntico, para la tercera de estas conferencias. Todo esto explica en parte ciertos detalles de estilo en los que el lector podrá resentir pero también saborear la huella de la oralidad. Porque es evidente que Teresa las escribió pensando en la lectura pública, y lo que se escribe para ser dicho pide a veces una puntuación especial; de allí que publicarlo tal cual no sea siempre posible; lo mismo ocurre con las citas, difícilmente textuales, o las interpolaciones, que a veces suenan abruptas, porque nos falta el gesto, la pausa o la entonación que las integran. Por todo ello, la edición de un texto de esta naturaleza exige especial atención a tales problemas. Demasiada fidelidad al original puede oscurecer y aun desvirtuar el sentido de una frase porque justamente, al leerla, hemos perdido su tono, su modulación o su respiración. Pero un excesivo respeto por la norma de escritura nos haría renunciar al eco, a veces tan sugerente de la voz, y en este caso, traicionar esas virtudes de la oralidad que Teresa de la Parra tanto ponderaba. Consideré pues prudente limitar las correcciones sólo a las que resultaban indispensables para la comprensión del sentido, los matices de una idea o la fluidez de la lectura; así mismo procuré restituir ciertos detalles que acentuaban o recordaban, sin enturbiar el sentido, el tono oral del texto.

Estas conferencias constituyen el último escrito de Teresa de la Parra. Sus cartas y las breves anotaciones de su agenda o "diario" de los últimos años, no son propiamente literatura, aun cuando, a la larga, configuren, sí, una escritura. En las conferencias, por el contrario, no queda a un lado su facultad narrativa; en ellas su intuición histórica la llevó a evocar, reconstruir y fabular las imágenes del mundo de esa novela que no llegó a escribir. Por todo esto parecería doblemente interesante reconstruir en lo posible no sólo el texto sino el proceso o las fases por las que pasó.

Para la presente edición la puntuación ha sido restituida donde

se consideró indispensable y sólo se anota cuando la versión conocida hasta ahora daba un sentido ambiguo o diferente. En estos casos la nota reproduce la versión sustituida. Como de la primera conferencia se conservan, además del manuscrito y la copia profusamente corregida, tres borradores o apuntes preparatorios, y por ser la conferencia que presenta un mayor número de variantes y estados de corrección, acordamos anotarla exhaustivamente, marcando todas las diferencias significativas existentes entre las distintas versiones, para que el lector interesado pueda recrear un poco el proceso de composición del texto y familiarizarse más íntimamente con su gestación. En cuanto a las enmiendas y tachaduras, se anotan todas aquellas expresiones, palabras o pasajes, que, aun eliminados por la autora, presentaban algún interés por sí mismo, agregaban algún matiz o podían constituir una variante. No se anota lo que podría considerarse olvido o descuido del autor: por ejemplo, la apertura o el cierre de comillas, interrogantes o exclamaciones y otros detalles insignificantes. De la segunda y la tercera conferencias sólo señalamos las variantes más significativas.

Como dijimos antes, a Teresa de la Parra no le gustaba improvisar y como prueba de ello están los apuntes manuscritos donde anotó los preámbulos y agradecimientos que leía en las distintas ciudades que visitaba, incorporando siempre alguna mención concreta y fresca relativa a su historia o su paisaje. Esto nos permite suponer que en cada ciudad reorganizaba en cierto modo su ciclo de lecturas. Todo parece indicar que no siempre leyó las conferencias en el mismo orden, y hasta es probable que en algunos casos resumiera, omitiera o sustituyera algunos párrafos, sobre todo los iniciales.

Según las reseñas de los periódicos colombianos, la correspondencia de la propia Teresa y los testimonios de algunos asistentes, sabemos que su gira despertó un interés muy vivo y que en varias ciudades tuvo que repetir alguna o todas las conferencias. No es posible retrazar con exactitud su itinerario. Por los apuntes y las cartas, podemos concluir que llegó a La Habana hacia abril del año 30, donde permaneció algún tiempo en la casa de Lydia Cabrera y su madre; luego de un trayecto de cuatro días aproximadamente, llegó a Colombia. Posiblemente fue Bogotá la primera ciudad donde leyó sus conferencias; en todo caso, allí, a petición del público, tuvo que repetir todo el ciclo; sabemos que durante su gira fue a Santa Marta donde visitó San Pedro Alejandrino, que conoció Tunja, que en Barranquilla leyó quizá la primera conferencia, que en Medellín, después de leerlas todas, repitió la segunda y que posiblemente concluyó su gira en Cartagena de Indias, leyendo, también allí, su segunda conferencia.

Aquí se publican por primera vez esos preámbulos y agradecimientos, así como la despedida que leyó en Bogotá (y que quizá repitió en Medellín) al concluir sus lecturas. Para la edición de estos pasajes se han seguido los criterios antes señalados.

PRIMERA CONFERENCIA

¹ME PARECE ²que estoy soñando al verme por fin aquí en Bogotá frente a mi público de íntimos y ya viejos amigos, sin experimentar ninguno de los fantásticos temores que preveía de lejos, sino sintiendo, al contrario, la confianza y la alegría de los más lindos ratos de la vida.

Esta visita a Colombia me estaba dando llamadas al corazón desde hace ya mucho tiempo. Yo respondía a las llamadas, pero sólo respondía a distancia, con señas y sonrisas, porque como los tímidos, por muy enamorados, tenía miedo de acercarme demasiado. Este otoño la llamada se hizo voz, y voz tan apremiante y tan prometedora, que dejando a un lado todo temor y confiando en la buena estrella que protege a los emprendedores, comencé a preparar mi visita a la cual no quería llegar, como ven ustedes, con las manos enteramente vacías.

³La voz apremiante de que hablo vino hasta mí en forma de carta. ⁴Era a principios de noviembre. Acababa de llegar a París después de un largo y primer viaje por Italia. Me disponía a pasar un invierno tranquilo en mi rincón de Neuilly, un invierno de lectura y quizás también de trabajo —en París nunca se sabe—, cuando una mañana me despertó la carta mensajera de Colombia. La redactaba un grupo de amigos residentes en Bogotá. En ella me transmitían la siguiente invitación: Venir a Colombia a hacer una serie de conferencias que versasen sobre mi persona, sobre la historia de mi vocación literaria y sobre mis libros. ⁵No me es fácil explicar a ustedes en qué estado de perplejidad me dejó tan sugestiva y tan peligrosa invitación. Como ⁶hasta entonces nunca había hablado en público, me sentí durante varios días en pleno mar de dudas y de tentaciones. Daba vueltas, y más vueltas al dilema: ¿Cómo hacer una conferencia? ¿Cómo asumir el papel de autor presente ante un público, que, si me quería de lejos, era quizás por esa misma circunstancia de no haberme nunca visto de muy cerca? ¿Y la vocación literaria tan intermitente y tan frágil? Pero por otro lado la idea de atravesar el mar durante largos días de paz, remontar quizás muy lentamente el Magdalena y ⁷a lo largo de la selva y de los Andes llegar a tantas ciudades familiares y soñadas me llenaba el alma de exquisitas inquietudes. A través de mi ventana, por entre las hojas doradas que iba barriendo el otoño brumoso de París, me llamaba el trópico. Reconocía ya en lontananza aquella Colombia de las primeras visiones románticas de mi infancia: el Valle del Cauca; la gran casa de hacienda; el estanque de los baños trémulo de rosas; el perro *Mayo*; la negra Felicianita; y desde allá, desde la cumbre del

sendero que se iba, la ventana lejana con su marco de flores donde blanqueaba todavía María despidiendo a Efraín.

Ante el ensueño radiante del viaje, el modo de realizarlo y sus consecuencias inmediatas no existieron ya. Una de las más graves consecuencias resultaba ser la decisión del tema para preparar las conferencias. Aceptar el propuesto era casi un deber. Cuando un libro ha contraído amistad íntima con el alma de un lector, como en todo caso de intimidad, florece naturalmente de los oídos hacia los labios una dulce sed de confidencia.⁸ Yo sé, ⁹lo he visto ya y lo digo con alardeo de niño que no ha hecho nada para merecer amor, sé que a mis libros se les quiere mucho en Colombia. Se les quiere con ese lindo cariño desinteresado y doméstico con que se quiere a los perros, a las flores, a los pájaros enjaulados y en general a todas las cosas familiares e inútiles.¹⁰

Era, por lo tanto, natural, lo comprendo, el que hoy, día de mi llegada a esta casa paterna, se impusiese en mis labios la sonrisa de una confidencia. Desgraciadamente, la falta de distancia y el exceso de testigos no me ha hecho posible forjar una bonita historia que fuese verídica para las necesidades del corazón. Dentro de treinta, treinta y cinco o cuarenta años, regresaré a estas ciudades colombianas. Entonces, como en el soneto de Ronsard, temblando de vejez, entre el huso y la rueca, narraré en la noche junto a la candela la historia maravillosa de mi juventud.¹¹ El incidente narrado en *Ifigenia* con el exquisito poeta colombiano, incidente que, según veo, necesita en Colombia de un nombre propio, podrá tenerlo entonces. Valiéndome de esa historia y de otras extraordinarias, sin peligro de que nadie me desmienta, podré así ver reflejada en los ojos de mis oyentes, no la imagen de lo que soy, sino la visión divina de lo que hubiera querido ser.

Esta promesa en lo que se refiere a mi persona o primer tema propuesto. Sobre el segundo tema: el de la vocación literaria, sólo les puedo decir, que por mucho que la busqué para estudiarla, me pasó lo de siempre: no la encontré. A tal punto esa vocación literaria acostumbra perderse y desampararme, que cuando a veces, algún detractor —hay siempre murmuradores que por falta de tacto nos dicen cosas agradables—, cuando algún detractor hizo correr la voz de que no era yo la verdadera autora de mis libros, fui la primera en creerlo con bienestar y alegría. Perdida la vocación, me sentía libre de una gran responsabilidad, perdiendo también los libros. ¿Qué son, en efecto, las obras realizadas sin la vocación que las realice y proteja de nosotros mismos? Que mis libros ya no son míos, es hasta cierto punto la verdad. Fuera del nombre, que ha quedado como por distracción en las portadas impresas, no reconozco ya nada de mí en mis novelas. Escrita la primera por una muchacha de nuestros días, de quien nadie sabe aún el paradero; redactada la segunda por una Abuela ya muerta, quien fue en su

vida hospitalaria y cariñosa como tantas otras que estas ciudades buenas de América guardan aún bajo sus techos de tejas, tales relatos o novelas no ¹²tienen a mis ojos más autores que esas dos ausentes. Situadas en los extremos opuestos de la vida, se quedaron algún tiempo conmigo, me contaron sus ansias de vivir la una, su melancolía de haber vivido la otra, y terminadas sus confidencias se fueron discretamente a tiempo de editar los libros.

En cuanto al tercer tema, el de los libros en sí, o precisando mejor, el de la fesis de *Ifigenia*, el del caso crítico de la muchacha moderna, sí me pareció interesante y digno de tratarse por trascendental, por prestarse a discusión ¹³y por urgente de remediar. Ése no lo rehuyo.

Son ya muchos los moralistas que con amable ecuanimidad los más o con ¹⁴violentos anatemas los menos, han atacado el diario de María Eugenia Alonso, llamándolo volteriano, pérfido y peligrosísimo en manos de las señoritas contemporáneas. Yo no creo que tal diario sea tan perjudicial a las niñas de nuestra época por la sencilla razón de que no hace sino reflejarlas. Casi todas ellas, las nacidas y criadas en medios muy austeros, especialmente, llevan dentro de sí mismas una María Eugenia Alonso en plena rebeldía, más o menos ¹⁵disimulada, según la oprima el ambiente, la cual les dice todos los días de viva voz lo que la otra les dijo por escrito. El diario de María Eugenia Alonso no es un libro de propaganda revolucionaria, como han querido ver algunos moralistas ultramontanos, no, al contrario, es la exposición de un caso típico de nuestra enfermedad contemporánea, la del bovarismo hispanoamericano, la de la inconformidad aguda por cambio brusco de temperatura, y falta de aire nuevo en el ambiente. Disgústense o no los moralistas, no se detiene una epidemia escondiendo los casos, ¹⁶ como se hace a veces en ciertos puertos cuando a costa de la verdad y de la salud pública se quiere tener ¹⁷a todo trance carta de limpieza. Las epidemias se detienen con aire, con luz y con medidas de higiene moderna que neutralicen las causas, ¹⁸modernas también a veces, que produjeron el mal. La crisis por la que atraviesan hoy las mujeres no se cura predicando la sumisión, la sumisión y la sumisión, como se hacía en los tiempos en que la vida mansa podía encerrarse toda dentro de las puertas de la casa. La vida actual, la del automóvil conducido por su dueña, la del micrófono junto a la cama, la de la prensa y la de los viajes, no respeta puertas cerradas. Como ¹⁹el radio, que tan exactamente la simboliza, atraviesa las paredes, y quieras que no, se hace oír y se mezcla a la vida del hogar. Para que la mujer sea fuerte, ²⁰sana y verdaderamente limpia de hipocresía, no se la debe sojuzgar frente a la nueva vida, al contrario, debe ser libre ante sí misma, consciente de los peligros y de las responsabilidades, útil a la sociedad, aunque no sea madre de familia, e independiente pecuniariamente por su trabajo y su colaboración junto al hombre, ni dueño, ni enemi-

go, ni candidato explotable sino compañero y amigo. El trabajo no excluye el misticismo, ni aparta de los deberes sagrados, al contrario, es una disciplina más que purifica y fortalece el espíritu. Pero misticismo, sumisión y pasividad impuestos a la fuerza, porque sí, por inercia de la costumbre, produce peligrosas reacciones silenciosas, despierta el odio a la cadena, que en otro tiempo era buena, y agría las almas que en su apariencia de paz tomando donde pueden sus represalias, acaban por hacerse sepulcros blanqueados. Los verdaderos enemigos de la virtud femenina no son los peligros a que pueda exponerla una actividad sana, no son los libros, ni las universidades, ni los laboratorios, ni las oficinas, ni los hospitales, es: la frivolidad, es el vacío mariposeo mundano con que la niña casadera, o la señora mal casada, educadas a la antigua y enfermas ya de escepticismo, tratan de distraer una actividad, que encauzada hacia el estudio y el trabajo, podría haber sido mil veces noble y ²¹santa.

²²Cuando digo "el trabajo", no me refiero a los empleos humillantes y mal pagados, en los que se explota inicua y a pobres muchachas desvalidas. Hablo del trabajo con preparación, en carreras, empleos o especializaciones adecuadas a las mujeres y remuneración justa, según sean las aptitudes y la obra realizada. No quisiera, que como consecuencia del tono y argumento de lo dicho, se me creyera defensora del sufragismo. No soy ni defensora ni detractora del sufragismo por la sencilla razón de que no lo conozco. El hecho de saber que levanta la voz para conseguir que las mujeres tengan las mismas atribuciones y responsabilidades políticas que los hombres, me asusta y me aturde tanto, que nunca he llegado a oír hasta el fin lo que esa voz propone. Y es porque creo en general, a la inversa de las sufragistas, que las mujeres debemos agradecerles mucho a los hombres el que hayan tenido la abnegación de acaparar de un todo para ellos el oficio de políticos. Me parece, que junto con el de los mineros de carbón, es uno de los más duros y menos limpios que existen. ¿A qué reclamarlo?

Mi feminismo es moderado. Para demostrarlo y para tratar, señores, ese punto tan delicado, el de los nuevos derechos que la mujer moderna debe adquirir, no por revolución brusca y destructora, sino por evolución noble que conquista educando y aprovechando las fuerzas del pasado, para tratar ese punto había comenzado por preparar en tres conferencias una especie de ojeada histórica sobre la abnegación femenina en nuestros países, o sea la influencia oculta y feliz que ejercieron las mujeres durante la Conquista, la Colonia y la Independencia. Como creo que existe realmente un espíritu común a todos los países de nuestra América católica y española, y como creo que fomentarlo en la unión es patriotismo amplio, abarqué en esa ojeada histórica todos nuestros países y la llamé "Influencia de las mujeres en la formación del alma americana".

Pero terminada mi ojeada histórica, por circunstancias imprevistas, tuve que emprender viaje hacia Nueva York y La Habana, primeras jornadas de mi viaje a Colombia. Pensé que adquiriría en esas dos ciudades nuevos datos interesantes sobre las mujeres modernas,²³ objeto de mis conferencias finales y los adquirí en efecto, pero al mismo tiempo me abandonó la vocación al momento propicio de escribir. En Nueva York no se puede trabajar por el exceso de movimiento y de ruido, y en La Habana mucho menos por el *dolce farniente*. Me he quedado pues por todo haber con mis mujeres abnegadas. Hablando con franqueza les diré que allá en el fondo de mi alma las prefiero: tienen la gracia del pasado y la poesía infinita del sacrificio voluntario y sincero.

Como breve resumen de mis impresiones de viajera diré sólo que La Habana es uno de los lugares en donde mejor puede observarse la feliz evolución de las mujeres latinas hacia un fin más útil y más justo sin perder las características de la ²⁴feminidad y con resultados francamente buenos. Cuba tiene un fuerte carácter criollo tradicional y folklórico que la defiende milagrosamente de las invasiones espirituales. Su decantado americanismo no ha llegado todavía al alma de ninguna de las clases sociales. La gente habanera es criolla rancia y de buena ley a pesar del inglés, el turismo, los dólares, y los continuos viajes. Un gran número de mujeres cubanas trabajan y estudian sin haber perdido su feminidad ni su respeto a ciertos principios y tradiciones. Vivía en casa de una familia amiga cuyo jardín lindaba con la Universidad. Por sus puertas veía entrar y salir todos los días casi el mismo número de muchachas que de jóvenes. Conocí de muy cerca una familia sumamente honorable de la clase media. Eran cinco hermanas de veinte a treinta años. Tres estaban graduadas y trabajaban en sus clínicas o en los hospitales con mucho éxito. Dos estudiaban todavía. Las cinco eran perfectamente correctas, muy bonitas, muy femeninas y las tres doctoras ayudaban con su trabajo a los padres viejos y a las dos hermanas estudiantes. Su trabajo no las apartaba del matrimonio: dos de ellas tenían novios que recibían en su casa de noche,²⁵ según la clásica costumbre criolla. La diferencia de resultados entre esta educación y la educación tradicional que perdura allí, en la misma Habana en las clases pudientes, es, a mi manera de ver, muy notable. La "señorita bien" habanera, la rica heredera, jugadora de tenis y de *bridge*, vestida por Patou, propietaria de un automóvil que dirige ella misma, salida a veces de conventos y de medios muy austeros es en general preciosa, muy elegante, de trato fácil y encantadora, pero su cultura, sus condiciones de carácter, y sobre todo su nivel moral, por ²⁶falta de preparación adecuada a la vida moderna, es muy inferior a la de la muchacha disciplinada por el trabajo.

Gabriela Mistral, quien ²⁷vendrá quizás aquí en julio o agosto, me insinuó ese deseo en una carta en la cual llama por cierto a Colombia

"lo más sano del trópico". Gabriela hablará sin duda con mucho acierto de este tema palpitante que ella conoce mil veces mejor que yo, por ser militante en todas sus ideas. Era precisamente haciendo un paralelo detallado entre su vida y la vida de Delmira Agustini,²⁸ las dos mejores poetisas americanas de nuestro siglo, con lo cual quería demostrar la redención y dignificación de la mujer ²⁹por la independencia pecuniaria y el trabajo. Aunque muy brevemente quiero esbozar ese paralelo.

Delmira Agustini, joven, bonita, genial, nacida en un medio burgués y austero, es³⁰ el caso de la María Eugenia Alonso de *Ifigenia* llevado a la tragedia. Por la fuerza de la costumbre "toda mujer debe casarse", se casa muy joven con el llamado buen partido. A los pocos días del matrimonio comienza el drama de la incompreensión. Por un lado el dueño vulgar y despótico; por otro ³¹el desdén silencioso de la que se siente mil veces superior y se ve esclava. Como consecuencia: el odio mutuo, mezclado aún de pasión, el divorcio y por fin un día en una de las entrevistas del proceso, el marido la asesina y se mata, único medio de someterla a ella y de saciar él su sed de dominio.

Gabriela Mistral, pobre, nacida en un medio honrado y modesto, sin convencionalismos mundanos, trabaja casi desde niña. Su trabajo y su fe de buena cristiana le va mostrando, al correr de los días, nuevos ideales que ella humaniza y adapta a las necesidades reales de la vida y ahí va por el mundo, sufriendo y luchando en su obra de apóstol, socialista, católica, defensora de la libertad y del espíritu noble de la raza.

Ella ³²con su voz autorizada les hablará quizás del feminismo justo y ya indispensable. Yo, entretanto, si ustedes me lo permiten, ya es hora, me voy a buscar a mis ³³mujeres abnegadas o sea "La influencia de las mujeres en la formación del alma americana". ³⁴Confieso que la redacción de este título me ha costado mucha reflexión, numerosas discusiones conmigo misma y en general todas las crueles zozobras con que suele atormentarnos el dilema de una expresión, que para ganar claridad, ha de perder elegancia. Ignoraba si sería correcto e ignoraba sobre todo si sonaría bien en oídos colombianos el decir "alma americana" en lugar de alma latinoamericana, iberoamericana, hispanoamericana, indoamericana o indohispanoamericana. Ninguna de estas combinaciones me parecía grata ni en el fondo, ni en la forma. No tienen ligereza, no tienen alas, no tienen gracia. Suenan, no sé por qué, a snobismo criollo naturalizado en el extranjero, origen de algunos bienes, pero de muchos males y de muchos pecados contra el buen gusto. Por otro lado, el hecho de poseer tantas y tan diversas fuentes bautismales me pareció tristísimo. Considerando las diversas expresiones, vi que cada una encerraba por oposición con las otras, una fórmula de disgregación. Pensé al azar en el poder de las palabras determinando los hechos, pensé en la dulce intimi-

dad de las cosas con sus nombres y pensé³⁵ —por fin— en que nuestra hermosa patria anónima, tan extensa, tan diversa y tan milagrosamente semejante sin haber tenido para el misterio de la semejanza ni brazos de cercanía ni la mesa paternal de un solo nombre iba quedándose ahora relegada al rango de expósita sin apellido y con mucho peligro de perder la hacienda. Resolví por lo tanto suprimir todo nombre compuesto y ³⁶decir “alma americana” con sonrisa de amor, segura de que todos han de comprenderme.

Yo creo que mientras los políticos, los militares, los periodistas y los historiadores pasan la vida poniendo etiquetas de antagonismos sobre las cosas, los jóvenes, el pueblo y sobre todo las mujeres, que somos numerosas y muy desordenadas, nos encargamos de barajar las etiquetas estableciendo de nuevo la cordial confusión. Me refiero especialmente al molesto antagonismo, obra de la imprenta y no de la lengua viva que ha venido a oponer el indoamericanismo al hispanoamericanismo. Yo no quiero hablar aquí de la maldad que encierran estas dos fórmulas enfrentadas como dos teas de discordia dentro de la misma casa: de un lado, el inhumano desdén del blanco ininteligente e insensible que se cree todavía dueño y señor; del otro lado, el indianismo romántico, el odio sordo del mestizo hacia la raza intrusa, el odio que espolea diariamente la divulgada e injusta versión de la conquista española a sangre y fuego; ¡como si sólo de destrucción se tratara, como si la conquista de América fuese un caso aislado en la historia del mundo y no la eterna y odiosa ley de todas las guerras y de todas las invasiones! Sobre este tema se ha discutido ya mucho sacando siempre a colación muy importunamente al excelente y exaltado Padre Las Casas. Yo creo que el Padre Las Casas fue un apóstol y un santo. Supo condenar con valor el espíritu de crueldad que anima a la guerra y el abuso inicuo del fuerte contra el débil. Pero como muchos ³⁷líderes del pacifismo y socialismo luego de amar con pasión la piedad y la justicia amó todavía más el fuego de su propia elocuencia que pertenecía a la escuela de Savonarola. Brillante polemista vivió desgraciadamente en una época en que no existían los *meetings* ni la prensa. Sus enérgicas campañas enriquecidas con estadísticas de mortandades imaginarias al pasar a la categoría de documentos históricos han servido de instrumento en manos extrañas,³⁸ es decir en manos de los protestantes y de las razas del Norte, dos veces enemigos del Imperio Español, para desacreditarnos sistemáticamente y han servido a menudo entre las propias manos para despertar desavenencias y avivar odios de raza.

³⁹Contemporáneas del Padre Las Casas otras en silencio predicaron la clemencia y la paz. ⁴⁰Fueron las mujeres de la conquista, obscuras Sabinas, obreras anónimas de la concordia, verdaderas fundadoras de las ciudades por el asiento de la casa, su obra más efectiva sigue todavía a través de las generaciones en su empresa silenciosa de fusión y amor.

De una mujer, Isabel la Católica, nació como sabemos todos, la epopeya de la conquista. Al adivinar a Colón, ella dirigió de España hacia las selvas de América el tumulto espléndido del Renacimiento. Desde lejos, por el tiempo y la distancia, es ella la madre y la madrina europea de nuestra América. Su figura simbólica dulcificada después por la indolencia de la vida colonial encierra ya todas las características de la clásica “matrona criolla” de nuestras abuelas de ayer.⁴¹ En recuerdo de ellas quiero evocar un instante a la reina en esta semblanza con que prologa su traducción de la *Conquista de la Nueva España*, José María de Heredia. Lo hago por fe y devoción de raza, como se evoca al santo familiar en esas oraciones que por saberse de memoria se repiten todos los días:

El 26 de noviembre de 1504 [dice Heredia] la reina Isabel murió en su castillo de Medina del Campo. Mujer valerosa, casta y abnegada, unía a las gracias femeninas todas las virtudes viriles. Su espíritu fue superior al de su época. Amó en extremo el saber y los libros. Reina intrépida y sagaz conquistó Granada y comprendió a Colón. En su lecho mortuario con la serenidad de un filósofo antiguo dictó su testamento. Desbordante de fe, de amor, de inteligencia y de magnanimidad ese célebre testamento fue el sello de su vida noble. Isabel era buena. En las angustias de la agonía pensaba aún con inquietud maternal en su pueblo de Castilla y en sus hijos de Indias: España entera lloró a esta mujer incomparable. Había sido ella el mejor y más grande de todos sus reyes. La naturaleza misma pareció conmoverse con su muerte. La tierra tembló. El cielo cubrió con pompa lúgubre la sencillez de sus funerales. Quiso descansar en la tierra que ella misma había ganado. Bajo la tempestad, los rayos, los truenos y las aguas desbordadas, un carro fúnebre la condujo a Granada. El reinado de Isabel fue la aurora de aquella gloria española que declinó en el mar con la Invencible Armada.

Frente a Isabel la Católica del ⁴²lado acá del mar vemos pasar discretas y veladas por los relatos de los Cronistas de Indias la dulce teoría de las primitivas fundadoras. Sus vidas humildes llenas de sufrimiento y de amor, no se relatan. Apenas se adivinan. Casi todas son indias y están bautizadas con nombres castellanos. Muchas son princesas. Se llaman las más ilustres: doña Marina,⁴³ doña Catalina, doña Luisa, doña Isabel la guaiquerí madre de Fajardo, el conquistador de Caracas; ⁴⁴la otra doña Isabel, mater dolorosa del inca Garcilaso; y otras y otras, pobres esclavas o herederas de cacicazgos que comparten con sus maridos blancos el gobierno de sus tierras y junto con el don de mando les enseñan a usar los zaragüelles de algodón, la sandalia de henequén y el sombrero de palma.

El ⁴⁵cacique blanco, adaptado por completo al ambiente indio, no es, señores, una leyenda romántica, es un caso típico de conversión por milagros del amor femenino. El propio Padre Las Casas, al elo-

giar la belleza de ciertas indias, cuenta hasta sesenta casadas con castellanos en la sola ciudad de la Vera Paz, y es muy elocuente y sumamente conmovedora la historia de aquel español llamado Gonzalo Guerrero, quien por haber naufragado cuando la expedición de Vicuesa vivió ocho años entre los indios. Un compañero suyo llamado Aguilar⁴⁶ que había logrado escapar regresó un día a la tribu con el dinero necesario para pagar el rescate de Guerrero, y lo amonestó diciéndole que iba a perder su alma por vivir entre indios idólatras. Guerrero lo despidió diciendo (son las palabras textuales del cronista): "Hermano, soy casado, tengo tres hijos y tiénneme aquí por cacique cuando hay guerra. Idos con Dios que yo tengo labrada la cara y horadadas las orejas. Ya veis estos tres hijos míos qué bonitos son. Por vida vuestra que me deis para ellos esas cuentas verdes que traéis".

Así pues en el pueblo de caneyes y bohíos, frente a los cocoteros y el mar mezclando el cacao a la vainilla o cociendo el casabe, las indias, tropicales Nausicaas, preparan junto con la cena del recién llegado el advenimiento de la época colonial, nuestra Edad Media criolla. Esa Edad Media tendrá por religión el culto casi inconsciente de la naturaleza. Ella, la naturaleza, catequiza a los nuevos bárbaros mientras éstos catequizan a los indios. Sus catedrales góticas serán las ramas que en la fundación de las haciendas se irán alineando y levantando en bóvedas transparentes, musicales y altísimas. Dentro de ellas serán las bendiciones fecundas del cacao, el café, el banano, el algodón, el tabaco y la caña de azúcar. Como habrá bendición para todos, todos serán hermanos en la santa abundancia. Todos rezarán todos los días con el viejo don Juan de Castellanos su credo colombiano de conquistador agradecido (el mismo que repetí yo también hace algunos días al entrar a Colombia por el Valle de Cauca y los campos del Quindío):

Tierra de oro, tierra abastecida
Tierra para hacer perpetua casa,
Tierra con abundancia de comida,
Tierra de grandes pueblos, tierra rasa,
Tierra de bendición clara y serena,
Tierra que ha dado fin a nuestra pena.

Como ocurre a menudo en los viajes y en todas las empresas donde puede terciar el corazón, éste cuando menos se espera, nos hace torcer de rumbo. Los conquistadores españoles y portugueses que al salir de la Península eran militares o traficantes del tipo de los venecianos, sus rivales, acabaron, ⁴⁷sin saberlo, siendo poetas fundadores de una Arcadia tropical. Vinieron a buscar oro y encontraron ideales. Después del choque brutal con la tierra generosa comenzaron a descubrir el oro dentro de ellos mismos. ¡Cuántos y cuántos oscuros aventureros al pasar el mar se convierten por milagro del

ambiente en Patriarcas y en espléndidos Señores! ¡Ah, no en balde se navega ⁴⁸por los mares del trópico bajo las noches olorosas llenas de estrellas que aumentan y se acercan junto con el navío! En el prodigio de esa primavera que va creciendo sobre el mar, de Europa hacia nuestra América todo son promesas de fortuna y de amor para el viajero.⁴⁹ Por consejos del viaje los conquistadores tan ásperos guerreros supieron a menudo ser suaves y dóciles amantes.

⁵⁰Las mujeres que figuran en la formación de nuestra sociedad americana imprimiéndole su sello suave y hondo son innumerables, son todas. ⁵¹Creo que pueden dividirse en tres vastos grupos. Las de la conquista: son las dolorosas crucificadas por el choque de las razas. Las de la colonia: son las místicas y las soñadoras. Las de la independencia: son las inspiradoras y las realizadoras. En México, en Bogotá, en Lima, en Quito, en Caracas, en Buenos Aires, en La Habana siguen idéntica evolución. Parecen moverse en la misma ciudad, son vecinas del mismo barrio, son hermanas. Si Colombia, Venezuela, Argentina, Chile, Ecuador guardan su largo martirologio de heroínas realizadoras y amantes,⁵² las grandes de la Independencia, es a México y al Perú donde he ido a buscar hoy dos humildes flores indígenas como prototipos de las primitivas dolorosas.⁵³ Junto a la Malinche mexicana doña Marina glorificada y feliz al fin de su vida, la melancólica ñusta doña Isabel, nieta del monarca peruano Túpac Yupanqui y madre del primer escritor americano, el tierno Garcilaso de la Vega. La vida de esta última pasará dulcemente entre el amor y las lágrimas. Como fruto de su mansa abnegación no recogerá sino ingratitud y desamor. No importa, se refugiará en el silencio y la resignación. Su dolor de abandonada madurado por su hijo en la añoranza y el destierro producirá, muchos años después, uno de los más bellos libros de la literatura clásica española: *Los Comentarios Reales*.

Se ha hablado siempre con admiración del genio político de Hernán Cortés, de su sagacidad extraordinaria para tratar y pactar con los indios. Yo creo, señores, que esa sagacidad misteriosa de Cortés se llama exclusivamente doña Marina. En las diversas ⁵⁴crónicas sobre la Conquista de la Nueva España, es decir en las dos o tres que conozco, se le atribuye a doña Marina un papel importante en cuanto a intérprete y mediadora; dando consejos acertados o descubriendo conjuraciones, como ⁵⁵la de Cholula, en la que se tramaba la muerte de Cortés y de toda la expedición. A través de lo poco que se dice se adivina lo mucho que no se cuenta. Es absolutamente seguro que la influencia de doña Marina en la Conquista de México fue más importante, su mediación y sus consejos mucho más frecuentes y sutiles de lo reconocido por los historiadores, aun por el mismo Bernal Díaz quien con tanto cariño la trata. Se dejan de contar porque los ahoga el tumulto de las acciones militares. Son cuentecillos que no convienen a la pompa oficial de la historia

cuyo campo de acción se extiende con preferencia sobre escenas de destrucción y de muerte. La concordia, obra casi siempre de mujeres, es anónima; carece de elementos trágicos; no ofrece material para hacer epopeyas y la felicidad que es poco brillante, no se perpetúa en los libros sino en los hijos, en la fusión fraternal de las razas y en la bondad humilde de la costumbre que va limando las asperezas de la vida hasta hacerla sonriente y grata.

Hernán Cortés había sido un Don Juan. Antes de emprender la conquista de México tenía ya hechas numerosas y ⁵⁶sonadas conquistas de amor. Nacido en Medellín de Extremadura fue enviado por su padre a estudiar a Salamanca. En lugar de entregarse a la retórica, el griego, la filosofía y el latín que enseñaban los humanistas de entonces Nebrija, Pedro Mártir y Lucio Marineo, Cortés, adolescente y estudiante prefería a la monotonía de los temas latinos el componer coplas y redondillas que iba a cantar alegremente bajo los balcones y ventanas de las salamanquinas. Una noche, escalando una tapia por alcanzar un balcón, la tapia se derrumbó y Cortés herido tuvo que guardar cama durante varios días con el correspondiente escándalo de la ciudad y desesperación de su padre, el ⁵⁷modesto escudero don Martín Cortés. Convencido de que a las rosas del saber, su hijo preferiría siempre las flores silvestres del amor en los azares de la vida picaresca, luego de darle su bendición ⁵⁸y una bolsa que contenía "más reales de vellón, que castellanos de oro", don Martín hizo embarcar a su hijo Hernando en una expedición que salía de Sanlúcar de Barrameda hacia las Indias Occidentales. Hernán Cortés tenía diecinueve años. Primero en Santo Domingo, más tarde en Cuba, las dos colonias nacientes, la vida de Cortés sigue un tejido de aventuras amorosas. Dueño de tierras y de encomiendas que le había otorgado por sus servicios el gobernador Velázquez, simpático, apuesto, de plática expresiva y agraciada, "muy franco en las riquezas que dar", como dice el cronista, Cortés consiguió a menudo junto con el amor de doncellas, viudas y casadas más de una estocada que ocultaba después bajo la sombra de su barba negra. Establecido en Cuba en la ciudad ⁵⁹de Baracoa, "debido a los ardores de su corazón y a los ardores del clima", dice otra vez el cronista, Cortés fue cercado en una iglesia y preso largos meses por haber dado y no cumplido palabra de matrimonio a Catalina Juárez, granadina pobre de humilde origen y no muy buena fama. Obtenida la libertad después de muchas peripecias, casado con su granadina pobre, aseguraba alegremente, ser más feliz con ella que si fuera hija de duquesa.

Tal era el Hernán Cortés generoso, galante y enamorado que conoció doña Marina, cuando algún tiempo después, emprendida la Conquista de México unos caciques del pueblo de Tabasco se la llevaron de regalo al propio Cortés. "Junto con cuatro lagartijas, unas mantas, cinco ánades, dos suelas de oro y algunas otras cosillas de

poco valor", dice Bernal Díaz del Castillo, y terminada la lista de los regalos añade: "Después de convertida se le puso por nombre doña Marina a aquella india y señora que allí nos regalaron. Era verdaderamente gran cacica e hija de grandes caciques y señora de vasallos. Bien se le veía en su persona que era de buen parecer, entrometida y desenvuelta. Fue excelente mujer, la doña Marina, ⁶⁰buena lengua y gran principio para nuestra conquista por cuya causa Cortés la traía siempre consigo."

Vendida como esclava por su madre y su padrastro quienes la dieron de noche a unos indios forasteros para usurpar su cacicazgo y su herencia, doña Marina había pasado por diversas manos y diversas ciudades. Pudo aprender así durante su vida errante, junto con el don de adaptarse, las costumbres, aspiraciones, rivalidades e idiomas de los diversos pueblos que iba a someter Cortés. De modo, que a su inteligencia natural, unía la amplitud de miras que da el haber viajado y el tacto refinado que da el haber sufrido. Hablaba la lengua maya, la lengua azteca y aprendió muy pronto a expresarse en español con tal soltura y claridad como si hubiese nacido en ⁶¹Sevilla.

Difícilmente podemos figurarnos la impresión deslumbradora que debió de producir en la imaginación de doña Marina la persona de Cortés. Poderoso dios blanco, hijo del sol y de la luna (según creencia común de todos los indios), embajador de lo desconocido, capitán de dioses, encerraba el trueno y el rayo en sus armas de combate, corría velozmente sobre animales que parecían tener alas, su estatura y su barba lo anunciaban invencible y su presencia predicha según antiguas profecías llegaba a destruir el imperio y abrir sobre sus ruinas la era nueva. Si para los indios Cortés era el anticristo azteca, sus armas, caballos y soldados monstruos de un apocalipsis de desolación y de muerte, para las indias como doña Marina era sin duda el Mesías.⁶²

Poco o nada debía doña Marina a los suyos. Su madre la había vendido para despojarla. En su amargo rodar de pueblo en pueblo había conocido entre lágrimas la condición de las mujeres humildes de su raza. Relegadas a los más viles trabajos, maltratadas, vendidas por los hombres de unos a otros como víctimas para los sacrificios cuando niñas, como esclavas, para el matrimonio, cuando adultas, iban sin duda a mejorar de situación bajo aquellos nuevos dueños que adoraban un ídolo femenino con un niño en los brazos. Al aliarse con tanto ardor a Cortés y a la causa de los blancos contra los suyos, doña Marina, obedeciendo a imperativos revolucionarios iniciaba en alas de su amor la futura reconciliación de las dos razas e iniciaba además en América aunque en forma muy rudimentaria aún la primera campaña feminista.

Era "entrometida y desenvuelta" dice Bernal Díaz al presentarla. ¡Cuánto sabor encierran en su rudeza arcaica estos dos adjetivos y

cuánto se lee a través de ellos! "Entrometida y desenvuelta", es decir, servicial, alerta, de palabra aguda y discreta con algo de coquetería y mucho de generosidad ingénita. A medida que avanza el vivísimo relato de Bernal Díaz, la sentimos actuar y la vamos conociendo hasta trabar amistad íntima con ella. Es amiga entusiasta de la novedad como buena mujer y como todo espíritu inquieto y creador. Es crédula por idealismo. Todo la deslumbra. Es el tipo de la persona simpática. Es la clásica mujer de sangre ligera que en todas partes se recibe bien porque sabe hacerse puesto y arreglar desavenencias con la alegría de su presencia. Los escribientes o pintores que enviados por Moctezuma debían darle cuenta detallada de cómo eran los invasores, entre un cielo cruzado de centellas que representan los tiros de ballesta, unos espíritus alados imagen de los caballos y otras fuerzas misteriosas, los escribientes se apresuran a estampar en la detallada carta el retrato de doña Marina ⁶³ como a una de las mayores fuerzas misteriosas. No hay embajada que ella no transmita, ni proposiciones de paz que ella no presida al lado de Cortés. Ella va dulcificando acritudes al traducir los discursos de todos los parlamentarios. Esta fe en su intervención como en la de una Providencia oculta nos conduce de continuo a través de las innumerables peripecias que va narrando Bernal Díaz. Hay un momento crítico, después de la toma de México en que Cortés parece haber olvidado todo el tacto y espíritu político observados hasta entonces. Se excede en rigores innecesarios. Tiene arrogancias de vencedor. Ofende la susceptibilidad de todo el pueblo al profanar la persona sagrada de Moctezuma. Se adivina el desastre que va a estallar; sube el descontento, se siente venir la "noche triste" con los horribles sacrificios de españoles al dios Huichilobos. Dan ganas de interrumpir la lectura y llamar el espíritu de clemencia y de concordia: ¿Dónde estás doña Marina?

Las pasiones de Cortés eran violentas y cortas. Su amor por doña Marina se cambió pronto en apacible aprecio. Algún tiempo después de la conquista de México la casó con el hidalgo español, don Juan de Jaramillo. "Doña Marina, que tenía mucho ser y mandaba ya absolutamente en todos los indios de la Nueva España", dice el cronista, aceptó el matrimonio con resignación. Le quedaba de aquella larga guerra, en la que fue alma como mediadora y consejera, el recuerdo de un gran amor, la rehabilitación de su poder ante los indios y su hijo don Martín Cortés hidalgo español y caballero de Santiago.

Oigamos cómo cuenta Bernal Díaz del Castillo la escena de sabor bíblico en la cual, por circunstancias inesperadas, se encuentran frente a frente doña Marina y su madre, la india que la había vendido siendo niña.

Estando Cortés en la villa de Guazacualco [dice Bernal Díaz], envió a lla-

mar a todos los caciques de aquella provincia para hacerles un parlamento acerca de la Santa Doctrina y sobre su tratamiento. Entonces vino la madre de doña Marina y su hermano de madre, Lázaro, que así se llamó después de vuelto cristiano y con ellos otros caciques. Al ver la vieja a doña Marina conoció que claramente era su hija por lo mucho que se le parecía. La madre y el hermano tuvieron miedo de la que creyeron que los mandaba llamar para matarlos y lloraban. Y como así los vido llorar la doña Marina los consoló y dijo que no hubiesen miedo, que cuando la vendieron a los Xicalango, no supieron lo que hacían y se los perdonaba y les dio muchas ropas y joyas de oro, y les dijo que Dios le había hecho mucha merced en quitarla de adorar ídolos ahora y ser casada con un Caballero como era su marido, y tener un hijo de su señor Cortés, que, aunque la hicieran cacica de todas cuantas provincias hubiera en la Nueva España, no lo sería, que en más tenía servir a su marido que era Cortés que cuanto en el mundo había y todo esto que cuento aquí lo vi y se lo oí muy certificadamente y lo juro, amén. ⁶⁴

Yo no sé qué pensarán ustedes de esta página. Para mi gusto es encantadora. ⁶⁵ Se ven pasar en ella los personajes como en esas cintas de cinematógrafo tomadas hace mucho tiempo: tienen movimientos bruscos y una ingenuidad cómica en el momento dramático. Se ve a doña Marina, nuevo José vendido por sus hermanos, símbolo de la misericordia, recibiendo a los suyos que le traen el pasado triste. Apenas los ha mirado, ya los perdona. Saca con alarde dadivoso la ropa y las joyas. Son cosas que han venido de lejanos países maravillosos. Cuenta sus aventuras fantásticas. Presenta a su nueva familia. Todos pertenecen a la raza de los extranjeros vencedores. ⁶⁶ Como es feliz, perdona la maldad pasada y la perdona con ostentación de generosidad.

Durante su evocadora narración tan llena de vida, Bernal Díaz se disculpa a cada paso de su falta de estilo, de su desaliño para escribir. Asegura que se ha visto obligado "a sacar en limpio de su memoria aquellos hechos que no son cuentos viejos, ni historia de romanos, sino cosas ocurridas ayer como quien dice" porque letrados y conocidos escritores, Gómara entre ellos, han alterado la verdad al escribir las crónicas sobre la Conquista de la Nueva España, la famosa guerra en la que él combatió más de cien veces. Le duele ver maltratar los recuerdos de su juventud y los relata como mejor puede a fin de rehabilitarlos. Como no es hombre de letras sino un toscó soldado, una vez terminada su "Verídica Historia" le parece tan burda que morirá sin haberse atrevido a publicarla. ¡Está tan llena de detalles triviales! En efecto: son aquellos que quedan prendidos de la memoria como por caprichos de la gracia y que son en su humildad toda la poesía del recuerdo: el color de los caballos que fueron a la expedición, sus apodos, sus mañas o cualidades, el inesperado nacimiento de un potrico hijo de una yegua castaña que nace en el buque; la cantidad de casabe y tocino que lleva un soldado llamado

Juan Cedeño, vecino de La Habana, quien tenía fama de rico. A Juan Solís —dice— le llamábamos “tras la puerta” por la afición que tenía de oír sin ser visto. A Tarifa “el de las manos blancas” porque no servía para guerra ni cosa de trabajo; ⁶⁷a Pedro de Ircio, “el pasicorto” porque hablaba de lo que había hecho y acontecido en Castilla “y lo que veíamos de él no era para nada...” Tales detalles van pasando numerosos y evocadores en la corriente de los hechos. La actuación de doña Marina pasa también en el fresco tumulto. Ella será la flor de la narración que no es propiamente una historia sino algo mucho más alto ⁶⁸y más bello: un romance en prosa.

Siento que más de una persona debe pensar que estoy hablando así por achaques del oficio y que para no desbarbar mejor sería que me quedase siempre dentro de mi cercado de novelista. Pues bien, no. Estoy segura de que no desbarro y de que es casi un deber el proclamar la superioridad moral de este género de narraciones. Junto a ellas la ⁶⁹verdadera historia, la otra, la oficial, resulta ser una especie de banquete de hombres solos. Se dicen con etiqueta alrededor de una mesa cosas ⁷⁰inteligentes y se pronuncian discursos elocuentes a los cuales no acude el corazón porque surgen de reuniones forzadas. Son rumores de falsas fiestas. Excluidas las mujeres se ha cortado uno de los hilos conductores de la vida. En cambio, en los ⁷¹romances y en los evangelios, historias vivas y conmovedoras por excelencia, figuran en primer rango como en ésta de Bernal Díaz no sólo las mujeres, sino hasta los animales amigos y hermanos. Han pasado casi dos mil años y el aliento de la mula y el buey de Belén sigue calentando corazones. El drama de la pasión fue escrito por los evangelistas que eran cronistas rudos del género de Bernal Díaz. Ningún gran escritor de la época, ni siquiera el exquisito Plutarco, hubiera podido grabarlo con igual fuerza duradera. En la pasión un gallo tiene su salida a escena que es muy importante y las mujeres pasan en tropel siguiendo las peripecias del drama lo mismo que doña Marina. Nadie les corta el paso; al contrario, ⁷²adelante todas. Son ellas las heroínas del día. Es un drama callejero al cual todos se asoman. Descrito y representado sin cesar desde hace veinte siglos el pueblo lo representa y lo vuelve a describir aún en Semana Santa, guardando la misma tradición de amor y de realismo que la prestan los pequeños detalles. Oigamos, como ejemplo, la saeta de las Siete Caídas recogida del pueblo andaluz. Aunque parezca digresión, no puedo menos de recordarla en honor de estos relatos ⁷³sobre cuya importancia quiero insistir y en los cuales, como en la vida, la tragedia no desdeña el personaje anónimo e inesperado.

Jesús va subiendo con la cruz al hombro una cuesta empinada. Como la escena está decorada con cosas que quedan al alcance de la mano, ⁷⁴la cuesta no está en Jerusalén, no; es una calle o callejón cualquiera de Sevilla. Se llama la calle de la Amargura. Vestido

de Nazareno, sangriento y desgreado, allá ⁷⁵viene Jesús anda que anda, atravesando lentamente por entre la multitud:

La calle de la Amargura
Cristo descalzo subía
Con su túnica morada,
La sien ceñida de espinas
Y el madero sobre el hombro.
El sol cegaba la vista
Relampagueando en los petos
En los cascos y en las picas.
Cristo se acordó de Judas
Del que vendido lo había
Después de haberlo besado
Filiamente en las mejillas
Y al recordar tanta infamia
Dio la primera caída.

La sangre que le corre por la frente le cae en los ojos y le impide ver claro. Los obstáculos materiales que se enredan a su paso o los recuerdos dolorosos, que de pronto le atraviesan por la mente, le hacen dar traspiés y cae una vez y otra y otra hasta contar seis veces. Cuando piensa en la negación de San Pedro las lágrimas se mezclan con la sangre. A tal punto le obscurecen la vista que le hacen dar la más aparatosa de todas las caídas. Es la caída en honor de San Pedro. Cuando por fin al voltear una esquina se encuentra de improviso con la Virgen María, la impresión es tan intensa que no puede expresarse con palabras. Hay un gran silencio. Los únicos testigos dignos de apreciarla no son ya los hombres ⁷⁶sino la finura del aire y el vuelo de las aves que van cruzando el cielo:

Destrenzada y sollozante
Está la Virgen María
Tan llorosa, que sus ojos
Son dos fuentes de agua viva.
La madre dijo: ¡Hijo mío!
Jesús dijo: ¡Madre mía!
Y nada más se dijeron
Porque ni hablarse podían.
Para verlos, en el cielo
Paróse una golondrina,
Calláronse las palomas
Y se detuvo la brisa,
Y fue entonces cuando Cristo
Dio la séptima caída.

Yo no creo que sea posible escribir mejor una escena histórica. Digo “mejor” porque como el fin moral de la historia es el de hacer

amar personas o cosas determinadas, fundiendo así el presente con el calor del pasado, mientras más amables o dignas de amor aparezcan esas cosas, mejor será la historia. No lo afirmo por el prurito, tan común a todo el mundo de denigrar de las cosas autorizadas y respetables, pero creo que mientras la verdad de los historiadores es relativa, la verdad de la tradición o historia de los no historiadores es absoluta, porque ⁷⁷se acerca más a la realidad y se acerca con más gracia. Además la tradición se va. Hay que quererla doblemente por su utilidad ideal y porque está condenada a muerte. La imprenta la ha ido devorando. La memoria no se esfuerza en retener lo que ya está escrito y si lo retiene es imitando la forma impresa. Nadie podría ya narrar un hecho como Bernal Díaz o como los autores anónimos de las saetas que escribían no como se escribe sino como se habla. Esta aserción pude comprobarla hace algún tiempo en mi propio país que es en donde cada cual puede comprobar mejor cualquier género de evolución.

Una vez, en Caracas, un grupo de amigos quisimos oír canciones típicas e hicimos venir a unos negros cantadores que gozaban de cierta fama. Eran llaneros. Complacientes y rebosantes de orgullo regional ofrecieron cantar lo más típico del repertorio en cuanto a música y letra. Nos cantaron, en efecto, con música de galerones, joropos y corridos escenas de las guerras de los llanos en la Independencia. Pues bien, no había casi una palabra que no la hubiesen recogido en la prensa. Dijeron: "Esforzado paladín", "el padre de la Patria", "los gloriosos centauros" y "el héroe epónimo", era en resumen una sesión de la Academia de la Historia acompañada de guitarra y maracas. Como el pueblo sabe ponerle gracia a todo cuanto hace, sobre todo cuando no se da cuenta, fue aquélla una sesión académica sumamente divertida.

Habiendo observado, señores, que es de oradores distinguidos el nunca predicar con el ejemplo, hechas estas disquisiciones contra la historia no quiero ser menos que los demás; volvamos a la historia ya, por poco tiempo, no se asusten:

Las princesas indias de acuerdo con sus leyes o costumbres se unían a menudo a los conquistadores españoles. Estas uniones, especies de matrimonios morganáticos que los españoles no siempre confirmaban con el sacramento católico podían romperse a voluntad de ellos el día en que así lo tuviesen a bien. Sumisión y fidelidad unilateral, eterna ley del más fuerte, presagiaba ya aunque en forma muy ruda cierta crónica enfermedad de la cual adolece aún en todas partes nuestra gentil sociedad. Aunque a menudo los conquistadores confirmaron sus uniones ante la Iglesia, fundando ilustres familias mestizas, tanto en España como en la Colonia, lo hemos visto en la historia de doña Marina, otras veces fueron a buscar el hogar definitivo junto a mujeres europeas más jóvenes o de más ventajosas condiciones. Éste fue el caso del Conquistador Garcilaso de

la Vega y de la dulce ñusta Isabel, quien nieta y sobrina de los últimos reyes peruanos, terminó sus días en el abandono.

Garcilaso de la Vega, como casi todos los grandes capitanes de la Conquista era extremeño. Emparentado con las más ilustres casas de España, contaba entre sus ascendientes al poeta Jorge Manrique, el de las coplas, a Garcilaso, el poeta de las églogas, y al otro Garcilaso, el de las hazañas de Granada. Mientras dos de sus hermanos mayores tomaban parte en las campañas de Italia y de Flandes al lado de Carlos V, él, deseoso de tener más amplitud de acción, se embarcó hacia América. Afiliado primero a la expedición fabulosa de Alvarado, unido luego a Pizarro en la conquista del Perú, su vida es la asombrosa de los grandes conquistadores. Terminada la guerra contra los indios, propietario de extensas tierras, semi rey y semi dios en el nuevo país de tesoros y maravillas, Garcilaso realiza, con su propia vida, el sueño de los más ambiciosos *condotieros* del Renacimiento. Espléndido señor instalado en ⁷⁸su palacio del Cuzco, la antigua capital del Imperio Inca, recibía diariamente en mesa abierta a más de cincuenta comensales; vestía, alojaba y proveía de cabalgadura a cuanto amigo o conocido pobre pasase por el Cuzco y, dueño de inmensas encomiendas, era generoso y benigno con sus vasallos indios. No habiendo estallado todavía las terribles guerras civiles entre Gonzalo Pizarro y los virreyes de Lima, durante aquel paréntesis de paz, las calles y plazas del Cuzco parecían reflejar sobre los restos melancólicos de la sociedad inca todo el esplendor de la vida florentina. Mientras los indios nobles, los venerables orejones, pasaban tristes y empobrecidos embozados en sus mantas de lana de vicuña y de vizcacha, los españoles celebraban procesiones, comparsas, torneos y cabalgatas tan lujosas que en una de ellas se llevaban pedrerías por valor de 300 000 ducados prendiendo los turbantes morunos. Por inquietud de la época, a la necesidad del lujo se unía la necesidad del peligro. El más ligero roce daba lugar a un desafío y menudeaban las muertes y emboscadas por razones de venganza o de honra.

En tal ambiente de expectación y de lujo, vivía dueña y señora en el palacio de Garcilaso la ñusta doña Isabel. Todos los encomenderos españoles, que formaban la aristocracia del Cuzco, la trataban con gran cumplimiento y cortesía. Ella hacía los honores a los invitados, mantenía correspondencia con el arzobispo y estimada en extremo por Garcilaso, ocupaba en el palacio rumboso de mesa abierta, tipo primitivo de nuestras casas coloniales, el puesto de la dueña de casa criolla, afable y llana en la hospitalidad.⁷⁹

Cuando estalló la guerra a muerte entre Gonzalo Pizarro y el Virrey Núñez de Vela, Garcilaso tuvo que salir del Cuzco para afiliarse al bando del virrey. En el inmenso caserón abandonado y vacío doña Isabel se quedó sola con su niño de seis años, el futuro autor de la *Florida* y de los *Comentarios*. Setenta años después, viejo, pobre,

recluido en su casa de Córdoba en España, Garcilaso, el poeta mestizo, describía en sus recuerdos de infancia, tan llenos de vida y de ternura, el martirio de su madre durante aquellos años de sangre y fuego. Perseguidos por los enemigos de Garcilaso quienes los buscaban para degollarlos, saqueada la casa y quemados los muebles, muertos de terror, encerrados los dos en una sala secreta del caserón, la cacica y su hijo vivían del maíz que les llevaban a escondidas sus criados indios y españoles. Más de una vez, en la noche, por entre dos hojas de ventana, el niño Garcilaso había visto pasar por la calle al enemigo de su padre, el terrible y hermoso viejo Carvajal. A caballo en su mula parda, brillándole en la sombra la barba de nieve, con un albornoz morado y un sombrero de tafetán lleno de plumas blancas disponiendo preparativos de guerra o ⁸⁰decretando suplicios y muertes, bajaba el viejo trotando por la calle estrecha y silenciosa.

Pasado el terror, continuó doña Isabel junto a su hijo, ocupando en la casa, en ausencia de Garcilaso, su puesto de esposa y de princesa inca. Cuando por Navidad y por San Juan, llegaban los encomenderos a pagar los tributos, su hijo la ayudaba a llevar las cuentas con los nudos de los quipos que era la escritura incaica. En las tardes eran las largas veladas familiares, durante las cuales llegaban de visita sus parientes, los viejos pallas o príncipes incas que se habían salvado de las matanzas de Atahualpa y de la guerra con los españoles. Reunidos en tertulia, alrededor de su madre, el niño los oía recordar los esplendores pasados, los presagios celestes que habían anunciado la ruina del imperio y, según dice el mismo Garcilaso, con sus palabras textuales: Con la memoria del bien perdido acababan siempre en lágrimas y en llanto diciendo: "Trocósenos el reinar en vasallaje." A solas con su madre ella le contaba a menudo con voz temblorosa de emoción la suave leyenda de Manco Cápac y de su mujer, hijos del Sol, civilizadores del mundo y fundadores del Cuzco. En las noches tibias, trémulas de luceros, la madre lo llevaba de la mano y le enseñaba en la altura la figura de la alpaca celeste cuyos miembros forman la vía láctea; le mostraba en las manchas de la luna la huella de unos besos que le había dado ⁸¹otra diosa enamorada y le contaba cómo la lluvia proviene del cántaro de una doncella a quien su hermano se lo quiebra con el fragor del trueno.

Un día, terminadas ya las Guerras Civiles, volvió al Cuzco Garcilaso de la Vega. Era el mismo gran capitán afortunado y rico: Su hijo, el niño mestizo, salió a recibirlo en hombros de criados como era costumbre conducir a los príncipes indios en las grandes solemnidades. ¡Pero ah! El padre regresaba casado o para casarse con una noble española. Después de los terrores de la guerra llegaba así con el ausente la humillación y el abandono. ¡Eterno drama que tejen las largas separaciones entre la fidelidad y las mudanzas del corazón! Al narrar en sus Memorias aquella gran decepción de su infancia,

Garcilaso, el viejo escritor no tiene una palabra de acritud para su padre a quien quería con vehemente admiración. Ni una frase hiriente para su madrastra a quien pasa en silencio. Su dolor se desborda sobre el recuerdo de la pobre india abandonada. Parece ir a buscar en las más puras fuentes de su idealismo místico la compensación de tanta ingratitud. Sus *Comentarios* están dedicados "A mi madre y señora —dice— más ilustre por las aguas del bautismo que por la sangre real de tantos incas peruanos." ¡Hermoso epitafio, filial, de esperanza y de perdón!

Cuando algunos años después de su segundo matrimonio, el viejo Garcilaso moría en el Cuzco, su hijo mestizo, casi adolescente todavía, fue a la Corte de España a fin de reclamar ante el rey derechos sobre tierras y encomiendas que pertenecían a su madre. La sentencia se hizo esperar, murió en el Perú doña Isabel y Garcilaso solo, en la flor de la edad, rodeado en España de consideraciones y afectos se ilustró en la guerra contra los moriscos, viajó, vivió en Italia, y de regreso a España ⁸²se ordenó sacerdote y se entregó para siempre a la vida del espíritu. Retirado en su cortijo cordobés, rodeado de algunos criados y muy pocas tierras, su reino fue desde entonces el de la vida interior. Luego de completar el estudio de humanidades, mal aprendidas en su adolescencia, abrió su alma de poeta a todas las corrientes de los siglos xv y xvi. Junto con los clásicos griegos y latinos estudiaba los escolásticos, leía los más célebres escritores y poetas del Renacimiento y tradujo en forma deliciosa los tres *Diálogos de amor de León el Hebreo*. Al comenzar el otoño de la vida, su alma de artista solitario se orientó por la añoranza hacia su patria americana. Ella iba a ser desde lejos, en los frutos maduros, la verdadera tierra prometida de su espíritu. Mientras con sus propias manos Garcilaso sembraba en su huerto cordobés el arbusto de la coca y trataba de aclimatar en su jardín las flores que de niño recogió en los campos del Cuzco, empezó a narrar en estilo lleno de gracia y amenidad, *La historia general del Perú, Las guerras civiles entre españoles y La Florida del Inca*. Narrador folklorista es el historiador poeta de América. Pero donde su prosa sonriente llega a la más alta cumbre creadora es en *Los comentarios reales*. Memorias de su infancia, recuerdo de recuerdos que otros le narraron, allí convergen y se unen en amor como en su propia vida las dos corrientes principales que formarán las futuras nacionalidades americanas. *Los comentarios* del Inca Garcilaso —dice Prescott, el escritor angloamericano— son una emanación del espíritu indio. En efecto, si bien se escucha, bajo la transparencia de la prosa parece correr con rumor de lágrimas una queja de ultratumba. Es todavía el eco de la voz maternal cuando señalando las estrellas relataba en la noche las candidas leyendas de la tradición incaica. Confiadas a la voz por carecer de escritura ellas habían de apagarse para siempre al apagarse los últimos acentos maternos en los oídos del niño mestizo. Pero el

niño desde la vejez y el destierro a impulsos de su nostalgia debía regresar a la infancia, recoger la voz milenaria con cariño filial y al encerrarla religiosamente en su prosa cristalina hacer con ella un símbolo. Ese temblar de lágrimas, como lejano rumor de quena o flauta indígena es el manso lamento que en lo más hondo de la raza dejan ⁸³oir todavía nuestras oscuras y no reconocidas abuelas indias. Nota de tristeza en tono menor, es la más genuina y delicada de todas cuantas vibran en el tumulto de nuestra alma americana. Como Garcilaso, el español mestizo, guardémosla en la forma castellana sin renegar de nadie, bendiciendo la armonía de la unión en la fe del porvenir y en el perdón por la sangre vertida y las lágrimas lloradas.

SEGUNDA CONFERENCIA

¹NUESTRA época colonial hispano-americana, o sea los tres siglos de vida que se extienden entre las guerras de la Conquista y las guerras de la Independencia, forman un periodo de fusión y de amor en el cual impera un régimen de feminismo sentimental a la moda antigua que termina al comenzar las guerras de la Independencia. Por poco que nos acerquemos a esa época, advertimos que dentro de su gracia fraternizamos con entera naturalidad todos los países de la América Española. Como casi no ha dejado huellas ni en archivos, ni en cartas, ni en libros notables, porque la dulzura del vivir la acostumbró al silencio, su ritmo suave y monótono sólo ha llegado hasta nosotros lleno de encanto por medio de la tradición oral. Para hablar de la Colonia hay que tomar el tono llano y familiar de la conversación y de los cuentos: el tono que toma la abuela de palabra fácil que vivió mucho y leyó muy poco; o el que toma el negro viejo que adherido siempre a la misma casa o a la misma hacienda, confunde entre imágenes sus propios recuerdos con el recuerdo de cosas que otros le contaron. Para hablar pues de la Colonia es preciso narrar, es preciso hablar a menudo de sí mismo, es decir, de las propias impresiones, que al azar aquí y allá hemos ido recogiendo.

Ingenua y feliz como los niños y como los pueblos que no tienen historia, la Colonia se encierra toda dentro de la Iglesia, la casa y el convento. Yo creo, podría simbolizarla una voz femenina detrás de una celosía. Desnuda de política, de prensa, de guerras, de industrias y de negocios es la larga vacación de los hombres y el reinado sin crónica ni cronistas de las mujeres. Vida en comunidad uniforme y un poco misteriosa como la vida de los enclaustrados es sin duda uno de los periodos más sugestivos que presenta en la historia del mundo entero la evolución de una sociedad que se madura en silencio. Sobria y caballerosa, como la Edad Media, fina como el siglo XVIII francés, tiene algo más trascendental que la bonita sonrisa de las marquesas que leían a Rousseau. La Colonia no es escéptica. Indolente, tolerante y voluptuosa por exigencias del clima, detrás de su indolencia está la fe, el sacrificio a fuego lento de la vida entera, el amor trágico lleno de celos al modo español y una necesidad de ensueño que se alimenta con ideales lejanos ²y espera y espera la llegada de algo incierto en el vaivén de una hamaca.

Mi cariño por la Colonia no me llevaría nunca a decir como dicen algunos en momentos de lirismo que desearían haber nacido entonces. No. Yo me siento muy bien dentro de mi época y la admiro. Creo que para este momento tan corto que es nuestra existencia, ella es

un buen mirador bien aireado donde se puede pasar el rato distraído mirando libremente hacia todos los horizontes. Digan lo que quieran sus detractores, es una época valiente, inquieta, inteligente, generosa y tolerante, en el sentido de que acoge con idéntico ardor una tras otra todas las intolerancias. Como esos amigos simpáticos, puntuales y un poco egoístas, reúne a muchas ventajas, la de que no podamos quererla demasiado. Sabe borrar a nuestro paso las pequeñas tragedias sentimentales y como nos ha libertado de muchos grandes terrores suele tenernos el corazón frotado, comfortable y medio vacío como la sala de baño de un gran Palace.

Yo le doy todos los días las gracias por las comodidades morales y materiales que nos proporciona, y se las doy además porque en medio de su vértigo conserva aún para sus preferidos, remansos de recogimiento y de paz como es sin ir más lejos, esa encantadora Quinta Bolívar que tan bien habla del buen gusto bogotano, es, en esos remansos donde podemos a voluntad escuchar el rumor de otros tiempos. Digo "sus preferidos" porque mientras más se vive en el presente más sabor por contraste tiene el pasado. Ese pasado nos lo ofrece nuestra época de brusca evolución no sólo en los libros y en las viejas ciudades, sino en los sentimientos, en las expresiones, y hasta en las indignaciones de ciertas personas, quienes, sin darse cuenta, se hallan todavía dentro de un aura de otros tiempos. ¿Quién de nosotros no ha vivido un poco en la Colonia gracias a tal amigo, tal pariente o tal vieja sirvienta milagrosamente inadaptados al presente? En lo que me concierne debo decir que casi toda mi infancia fue colonial y que la necesidad de reaccionar contra ella en una edad en que todos somos revolucionarios tanto por espíritu de justicia como por espíritu de petulancia fue la causa que me impulsó a escribir.

Buena o mala influencia, no lo sé, esos vestigios coloniales, junto a los cuales me formé están llenos de encanto en mi recuerdo y lo mismo en Caracas que aquí en Bogotá, que en el resto de América ellos constituyen para mí la más pura forma de la patria.

La Independencia como toda revolución o cambio brusco, sólo alteró cosas exteriores. ³El espíritu colonial siguió imperando a través de todo el siglo XIX hasta alcanzarnos. Enemigo en la práctica de las ideas revolucionarias, fuentes de la Independencia, vivió en contradicción con su propia obra. En Venezuela, ya que hablo especialmente de mis propios recuerdos de familia, segura de que en ellos han de reflejarse fraternalmente los mismos recuerdos de cada uno de ustedes, en Venezuela, a ese espíritu colonial se le llamó con injusticia y con desdén partido godo. Era el encargado de guardar la tradición. Lo formaban en su mayoría los mismos libertadores que se habían arruinado con la guerra. Tachado de intransigencia y cortedad de vista, empobrecido, apartado del poder, a raíz casi de aquella dolorosa Independencia que había hecho con lo mejor de su

sangre y de su fortuna, el partido godo supo purificarse en la adversidad y despojado de toda fuerza material siguió dirigiendo moralmente la vida interior de la casa. Su influencia era sana y su intransigencia estaba temperada por la ternura y la generosidad. Cada casa era la casa de todo el mundo. Sabían ser pobres con nobleza y con humorismo. Atacaban a sus triunfantes enemigos políticos con la sátira casera que es un arma que a la vez que ejercita el ingenio se tiene de balde y para divertirse sin comprar billete para el teatro, miraban con ironía la propia escasez. Ésta no llegaba nunca a avergonzar porque en la sencillez de la vida, sin dar lo superfluo, daba con abundancia lo necesario. Había para guardar el decoro de la mesa abierta con los suficientes platos criollos sobre el mantel de hilo blanco bien zurcido y bien lavado oloroso a cedro y a vetiver. Desde el cielo el sol de todos los días se encargaba de calentar en el corral el agua del baño y los garrafones de aguardiente mezclados con hierbas del campo reemplazaban los frascos de agua colonia. Como el mal gusto proviene casi siempre del abuso de lo superfluo, aquella aristocracia pobre de Caracas, la de todo el siglo XIX, se amoldó a la disciplina de sobriedad y sin darse cuenta, del seno de su pobreza germinó con naturalidad cierto buen gusto. Una de las más finas manifestaciones de ese buen gusto era la sencillez sin preparativos ni secretos con que ofrecía la hospitalidad.

Cuando en 1872 un decreto del Gobierno Federal mandó a cerrar los tres viejos conventos de monjas con prohibición de que éstas volvieran a formar comunidad en ningún otro local, casi todas las buenas familias de Caracas se apresuraron a ofrecer un cuarto de su casa para que sirviera de celda a cada una de las nuevas sin familia.

En Venezuela no existen ya hoy día los partidos políticos que dividieron el país en dos bandos durante el siglo pasado: se puede por lo tanto hablar de ellos como se habla de los muertos, sin pasión y sin temor de ofender. Los que durante el siglo XIX representaron en Venezuela el partido federal o avanzado tenían, es cierto, lo que se ha dado en llamar dinamismo o afán de progreso, pero carecían en cambio de todo espíritu poético. Creían que progresar quería decir destruir. Y destruían sin descanso tanto en lo moral como en lo material para implantar sobre las ruinas sentimentales un progreso un poco caricaturesco porque no habiendo brotado espontáneamente por necesidad del medio se desprendía a gritos de él. Una de estas medidas vandálicas fue ese decreto de 1872 por el cual se ordenaba la secularización de las monjas y gracias al cual se derribaron los tres viejos conventos coloniales. Es difícil describir el dolor y el escándalo que produjo entonces en Caracas semejante medida. Los conventos eran los relicarios vivos de tres siglos de Colonia. Situada en el centro de la ciudad alrededor de la Plaza Mayor, luego Plaza Bolívar, daban junto a la Catedral el tono de una arquitectura tosca y sobria, que tan bien armonizaba con el clima, el cielo, el pai-

saje. El decreto levantó una ola de indignación muda. Casi nadie se atrevió a protestar públicamente porque la protesta se pagaba muy cara. Sólo una de las tres superiores, que era por cierto parienta política del Presidente y era monja letrada, escribió una magnífica carta en la que protestaba, defendía sus derechos, y pedía que le dejaran por lo menos trasladar su comunidad a las afueras de la ciudad. El Presidente contestó que no podía acceder a tal petición, que las comunidades tenían forzosamente que disolverse y que tal era en su concepto la manera de servir a Dios dentro del espíritu de su siglo. La Superiora replicó de nuevo que ella no tenía autoridad suficiente para levantar la clausura de sus monjas, que les ordenaba al contrario la desobediencia al Estado, y que por lo tanto esperarían todas a que viniese la fuerza armada a hacerles cumplir la orden. En efecto, cuando llegó la autoridad, la Superiora hizo formar a las monjas en fila, entonó el *Magnificat* y cantando, escoltadas por las bayonetas, salieron para siempre de su convento. En la Plaza las esperaba ya el coro de familias que les ofrecía hospitalidad. Los tres conventos reunían juntos sesenta y cuatro monjas. Todas, aun las provincianas, aun las casi decrépitas que ya no tenían recuerdo de amigos o parientes diseminados en la ciudad, encontraron así al instante alojamiento y calor de hogar. Es cierto que junto con la monja cada familia acogía una prueba viva del despotismo del gobierno enemigo y podían así satisfacer a un tiempo la ternura del corazón y las exigencias de la pasión política, porque aquellos godos tenían la exaltación terrible de los puros.

En el segundo patio de la casa, sombreado por alguna palma real o por algún naranjo cada monja reconstruyó su celda con paredes encaladas, un altar, una imagen, un reclinatorio y una pobre cama. El altar tenía dos velas y estaba adornado con flores de trapo o flores vivas del corral. Como el ambiente de familia no difería mucho del ambiente del convento mientras en el patio de adelante corría la vida del siglo: las tertulias, los novios y las ventanas abiertas a la calle, en el traspatio seguía la monja su clausura con su hábito de carmelita, sus sandalias silenciosas y su rosario de cuentas que le sonaba al andar. Allí a la sombra de las matas cosía, rezaba y continuaba haciendo para el consumo de la casa, el famoso chocolate y los famosos bizcochuelos del convento.

Yo alcancé a conocer en mi infancia a una de estas exclaustradas. Su recuerdo me ha enseñado luego a leer muchas cosas oscuras. He visto en él no ya el idealismo manso de las mujeres quienes, madres de familia, encerradas en la casa modelaron el carácter de nuestra sociedad sino el de las otras que tuvieron por cierto gran preponderancia en la Colonia, aquellas, que acorraladas por los prejuicios y por la vulgaridad ambiente, aun sin ser devotas se volvieron hacia el misticismo y se fueron al convento: eran las amantes del silencio, las eternas sedientas de vida interior y, aunque parecza contradictorio, las precursoras del moderno ideal feminista.

Aquella monja, recuerdo de mi primera infancia, símbolo del idealismo femenino y colonial, se llamaba la Madre Teresa. Era una de las últimas supervivientes de la cruel dispersión. Vivía en la casa vieja de una señora viuda que la había alojado y que era tan vieja como la casa. Mis hermanas y yo íbamos a menudo a visitarlas porque éramos vecinas y porque sin duda a los cinco y siete años nos apuntaba ya esta alma de turismo violento que anima a toda nuestra época. Empujar el portón y entrar de golpe en el patio de la Madre Teresa era volar en un segundo a otro país, mejor aún, era pasar de un siglo a otro siglo. No se necesitaba tener sentido histórico para comprenderlo. Nosotras ignorábamos aún la existencia de la historia. Sin embargo apreciábamos la vejez de aquella casa como cualquier buen arqueólogo aprecia la inscripción de una piedra. Nuestra forma de aprecio era más grata porque no se mezclaba a ella la intervención de la inteligencia que es con frecuencia árida, sino la de los sentidos que es siempre amena. Nos lo anunciaba el olfato en cierto olor a humedad de casa con goteras visitada por numerosos gatos; nos lo anunciaban los ojos en la vegetación enmarañada del patio, en las tejas enmohecidas que entre motas de hierba se torcían hasta llegar a los aleros; en las canales cansadas de tanto cargar agua y en los santos de la sala con sus vestidos tiesos de damasco. Todo en aquella casa tenía el encanto de la vejez raída y limpia. La Madre Teresa, especie de duende majestuoso con el hábito oscuro y el óvalo del rostro bien apretado dentro de la toca blanca, era la habitante natural de aquel humilde museo. La dueña de la casa era anodina, la monja era austera, había entre las dos la nota de alegría que recordaba el humorismo campechano de Santa Teresa y de todos nuestros conventos coloniales de América. Esta nota castiza la sostenía a todas horas la criada.

Las monjas al ingresar al convento llevaban junto con la dote una sirvienta. Esto ocurría durante la Colonia en casi todo el Continente. En Caracas en tiempos anteriores, mientras existió la esclavitud, era una negra esclava. El día de la ceremonia de profesión luego que la monja pronunciaba los tres votos entregaba a su negra la carta de libertad. La esclavitud voluntaria de la libre libertad así a la esclava. Tal era el reglamento de las Carmelitas Descalzas de Caracas: "vergel de perfecciones y cigarral de virtudes" como poéticamente lo había llamado en el siglo xviii el escritor Oviedo y Baños. Cuando la expulsión, quedaron en la calle junto con las sesenta y cuatro monjas, sesenta y cuatro sirvientas. También las sirvientas estaban sin asilo porque acostumbradas a la vida del convento les era difícil adaptarse al servicio ordinario de las casas que carecían para ellas del prestigio monástico.

La Madre Teresa había emigrado del cigarral junto con su sirvienta quien fiel en la larga adversidad cuando la conocimos la ayudaba aún a hacer los dulces y contestaba a la novena y al rosario si no

había otras personas del vecindario que viniesen a rezarlo. Era una mulata jovial cuyas carcajadas celebraban el menor detalle cómico que apareciera en el ejemplo de una novena o en las Vidas del Año Cristiano. Como trataba a los santos con excesos de familiaridad, hacía continuos y edificantes actos de fe puesto que los despojaba de sus actitudes hieráticas y los ponía a circular en la vida. Cuando declaraba por ejemplo que San Antonio era un maula, porque se cogía la limosna y no concedía el favor o cuando aseguraba muy seriamente que la mejor manera de halagar a San Pascual era la de rezarle bailando, puesto que era un santo de natural bailón, escoba en ristre abría con sus manos robustas las puertas del cielo indiscreta y bruscamente. Tras ella aparecían los santos divirtiéndose con inocencia y alegría en una especie de baile de negros. Debo advertir que esta manera de honrar a San Pascual bailando no era especialidad de aquella criada sino que es devoción muy común entre los negros de Venezuela. No es nada raro en Caracas que toquen todavía a la puerta de la calle y que aparezca entre las dos hojas una negra o mulata diciendo luego de saludar con amabilidad: "Vengo a ver si me hacen el favor de una limosnita porque estoy recogiendo para un baile que le ofrecí a San Pascual cuando la enfermedad de un hijo que tuve muy grave." La limosna se da y el baile se celebra sin mucha devoción pero con mucho aguardiente.

Tanto la monja como la criada eran viejas sin llegar a ser decrepitas. La monja era grave. Nunca hablaba del convento. Tenía la dignidad magnífica de los que han sufrido persecuciones sin quejarse, porque saben que de nada sirven las quejas. Sumados, los dos espíritus daban el tipo de la monja humorista e intelectual a lo Santa Teresa y a lo Sor Juana Inés de la Cruz. Yo creo que aquella Madre Teresa en su silencio tuvo un alma de poeta y que si entró en el convento fue para vivir entre los lirios del Señor pero fue también para vivir entre los libros. En aquellos tiempos y en nuestros medios, la mujer que se entregaba a estudio era una especie de fenómeno que se quedaba al margen de la vida. Este prejuicio estuvo tan arraigado en el alma de los hombres que existe muy vivo todavía. Para hacerse perdonar el andar entre libros hay que halagarlos escribiendo sobre temas de amor. "Mujer que sabe latín tiene mal fin" se decía antes y se piensa ahora. Del desdén por la bachillera se pasaba bruscamente, una vez consagrada su fama a una excesiva admiración que encerraba más curiosidad que aproximación de cariño. Ambas cosas: la incomprensión y el endiosamiento eran molestas para un alma delicada. En el convento en cambio, se podía vivir impunemente entre el silencio y los libros. Remontándonos dos siglos atrás hallamos este caso demostrado en la historia de la vida y de la vocación de Sor Juana Inés de la Cruz, prototipo de la mística intelectual que tanto abundó en los conventos coloniales.

Sor Juana Inés es sin duda uno de los más completos genios

femeninos que hayan nunca existido. Cuando se lee su biografía y se conocen sus obras, asombra el ver que tal riqueza de dotes hayan podido reunirse en una sola persona. Linda, ingeniosísima, apasionada y llena de vida, tenía todos los talentos. Además de su genio poético, era música, pintora, gran humanista y conocedora de las ciencias naturales y de las ciencias exactas. Nacida en Francia dentro de su misma época, habría sido uno de los más brillantes genios literarios y una de las más seductoras mujeres de la corte de Luis XIV. Nacida en la Colonia, cargada con la maravilla de sus dotes se fue silenciosamente a ofrecerlos a Dios en un convento. Aunque provinciana y de posición modesta, su fama de niña genial había llegado hasta el Palacio del Virrey de México. Se llamaba entonces Juana de Asbaje, vivía en el mundo y no había cumplido aún veinte años. Un día el Virrey la invitó a su palacio, e invitó por separado a los más conocidos teólogos, doctores y letrados: sumaban entre todos cuarenta. Tenían la consigna de hacer por sorpresa a la niña sabias preguntas sobre toda clase de conocimientos, a fin de ver cómo las contestaba ella y deducir así si su ciencia era infusa, adquirida o artificiosa. Yo me imagino que Sor Juana que tenía mucho ingenio, al ver caer sobre ella aquel aguacero de erudición interrogante, debió contestar con ironía cuando su memoria no la ayudó a contestar con acierto. Como era además muy linda supo también contratacar con sonrisas de ciencia infusa. Es el caso que salió muy brillantemente de aquella celada en la cual cayó más de uno de los examinadores. Para las almas superiores la victoria encierra a veces una tristeza más sutil que el dolor de la derrota. La derrota provoca la reacción y hace brillar de nuevo la esperanza. Juana de Asbaje, la niña sabia, sintió el hastío de su gran triunfo intelectual del cual se habló en todas partes, sus ecos llegaron hasta la corte de Madrid y desde aquel día a los éxitos del mundo prefirió la vida retraída. Se retiró al convento, se llamó Sor Juana y se dio enteramente al estudio hasta llegar a ser uno de los más grandes poetas que produjo la Colonia.

En la paz de la celda se unía armoniosamente el cultivo de la inteligencia al cultivo de las virtudes, esos dos huertos cerrados y vecinos. Se crecía en sabiduría y se crecía al mismo tiempo en santidad. El amor al Señor era un largo noviazgo exento de decepciones que duraba toda la vida, sin temor de que lo marchitase la vejez. Los versos de amor donde se expresaban con vehemencia las quejas de la pasión divina, después de bien pulidos se imprimían en la mente para que los leyese Dios, el reposado lector. Sólo por orden del confesor o del obispo se publicaban libros. Por obediencia había escrito en Castilla Santa Teresa y por obediencia escribió la Madre Castillo, la extraordinaria Clarisa colombiana.

El caso de esta monja demuestra la inclinación a la cultura que existía en los conventos coloniales. La Madre Castillo nació y murió en una ciudad de provincia: en la deliciosa ciudad de Tunja. El

único viaje de su vida fue el que hizo en la adolescencia de su casa al convento de Clarisas. Yo creo que esa ciudad de Tunja, encerrada entre los andes colombianos, debe ser especialmente propicia al ensueño y a la contemplación. En ella pasó los últimos años de su vida el conquistador y cronista don Juan de Castellanos que como buen precursor de la cultura colombiana fue conquistador letrado y poeta. Allí después de ordenarse sacerdote escribió los ciento cincuenta mil versos de sus Memorias que llamó *Elegías de varones ilustres de Indias*. Esta encantadora extravagancia de hacer una crónica en verso rimando a veces los detalles más prosaicos del mundo debió aconsejárselo el ambiente poético de la ciudad. Muchos críticos ilustres, Menéndez Pelayo entre otros, se lamentan de que Castellanos haya descrito en verso tantas cosas antipoéticas. Yo creo al contrario que hizo muy bien en escuchar los consejos del ambiente y en darle su limosna de poesía a las pobres cosas prosaicas. En la misma ciudad un siglo más tarde la Madre Castillo sintió también la necesidad de encerrarse a rezar y a pensar. Cuando comenzó su noviciado apenas sabía leer. Encerrada en su celda, o apartada en un rincón del claustro, siempre solitaria con algún libro en la mano guardó silencio durante muchos años. Las demás monjas, juzgándola excéntrica, la llamaban soberbia y visionaria. Fueron estas incomprendiciones las espinas de su vida. Un día su confesor le ordenó que escribiese y rompió el silencio. Todo el mundo se quedó asombrado de su erudición. Los obispos creyeron que se trataba de un caso de revelación divina y le ordenaron que escribiese su vida. Lo hizo en el estilo llano del siglo XVI, pero como todo artista verdadero sintió la corriente de su época y reflejó a Góngora en sus versos. Celebrando por ejemplo la eucaristía dice con amor vehemente:

Fuego en que el alma se abrasa
Hidrópica de su incendio

y después:

Por sustentarme echaste
El sello de tu amor en una oblea.

¿Cómo pudo llegar tan fácilmente el gongorismo en buques de vela y en lomos de mula hasta la celda de la monja andina?

Además de la cultura en los conventos coloniales bien aereados y bien llenos de sol había mucha alegría. La mojigatería de ciertas beatas y beatos y la de algunas órdenes religiosas contemporáneas no es colonial, sino importada influencia jansenista. Ya Santa Teresa desde Castilla había dado en muchas ocasiones el tono de la fe campechana. Una vez cayó sobre toda su comunidad una plaga de no sé que insectos innumerables. Eran tan insistentes que perdida la esperanza de exterminarlos por las buenas Santa Teresa tuvo

que acudir a una medida extrema: mandó a quemar toda la ropa del convento y haciendo un gran esfuerzo, porque andaba la pobre escasa de dinero, vistió de nuevo a sus monjas. El día de la inauguración de los vestidos, se celebró una procesión medio jocosa, medio de acción de gracias en la cual se cantó el siguiente estribillo compuesto por ella misma.

Pues nos dais vestidos nuevos
Rey celestial,
Librad de la mala gente
Este sayal.

El buen humor no sólo se trasladó a los conventos de la Colonia sino que se desarrolló aquí por su cuenta con rapidez. Junto al buen humor creció también la libertad. El trópico es enemigo de la reserva, de la etiqueta y de la severidad, cosas buenas para los países del norte. Al calor le gustan las tertulias al aire libre y se opone en lo posible al aislamiento. Algunos viajeros que vinieron a América en el siglo XVIII y escribieron sus impresiones de viaje, como Ulloa y Jorge Juan, se extrañaron de las excepcionales "anchuras" de que gozaban por aquí las comunidades religiosas. Estas "anchuras", como dice Ulloa, consecuencias del clima, eran bastante inocentes. Una de ellas consistía en recibir innumerables visitas en el locutorio. Se formaban así verdaderas reuniones mundanas donde se discutía sobre temas teológicos, pero en donde se hablaba con animación de cosas mucho menos encumbradas. Otra anchura que se juzgó muy criticable era el número de esclavas o sirvientas seculares adheridas a las comunidades. Hubo conventos en México y en La Habana en donde cada monja tenía a su servicio personal de cinco a seis sirvientas. Buenas místicas y buenas criollas pensaban sin duda que no era edificante gastar fuerzas materiales en su propio servicio sino que debían reservarlas para cuando se presentase la ocasión de gastarlas en el servicio de Dios. Mientras tanto las seis criadas lo hacían todo.

Este exceso de sirvientas provocó por cierto en México un famoso pleito entre un convento de monjas y un Provincial de la Orden de San Francisco, llamado Fray Mateo de Herrera quien llegaba de España a visitar las comunidades. Escandalizado el Provincial por el número de sirvientas que contó en un convento: eran 500, un verdadero ejército, decidió reducirlas a una mínima expresión. Las monjas se opusieron indignadas, el Provincial insistió, todos los parientes de las monjas las apoyaron, la discusión se encrepó y fue a dar a la Real Audiencia. Hubo un largo pleito. Nombrado árbitro el Virrey sentenció que se rebajara a la mitad el número de sirvientas. Pero como las monjas se negaron a despedir ni a una sola, ganaron brillantemente el pleito. De las casas ricas a los conventos y de los con-

ventos a las casas ricas iban y venían los regalos acompañados de un amable recado oral. Eran bandejas con rosquillas de almendra; frutas de horno; suspiros de monja y chocolate fino. Cargar la bandeja y decir el recado era una de las más delicadas ocupaciones de las discutidas criadas. Sor Juana Inés que quiso con vehemencia a la marquesa de Paredes, una de las virreinas, le mandaba casi diariamente regalos de dulce o de labores de mano y se los ofrecía en verso. Una vez que le envió un zapato bordado y una torta de chocolate glosó el regalo con un romance que empezaba así:

Tirar el guante, señora,
Es señal de desafío,
Conque tirar el zapato
Será muestra de rendida.

Yo no sé si las glosas de Sor Juana Inés irían en sobre cerrado o si las recitaría en voz alta y bien timbrada la mandadera. Veo muy bien el anterior cuarteto recitado ante una puerta abierta por sobre el chocolate y el zapato, aguantada la bandeja entre las manos firmes de la mandadera. El recado fue una forma de expresión importantísima durante la Colonia en que la amistad era comunicativa y ni existía el teléfono ni se usaba la forma epistolar sino para secretos mensajes de amor. Un recado bien nutrido y bien dicho duraba un largo rato y había que ver el arte lleno de sutilezas y matices con que lo daba una esclava que fuera recadera fina. En él entraban según las circunstancias frases de bienvenida, de felicitación o de condolencia, noticias sensoriales, observaciones sobre el tiempo, quejas y declaraciones de cariño. Todo ello adornado con una retórica especial en un español medio declamado y medio negro en el que de tiempo en tiempo para mayor finura se oían sonar las eses, en Caracas por lo menos. Yo llegué a escuchar algunos de estos recados durante mi infancia. Hasta 1910 llegaron algunos. Se los mandaban entre sí las señoras viejas que sentían por el teléfono una repugnancia sagrada, y las negras que los daban solían llevar aún el paño blanco de las esclavas puesto por la cabeza.

El convento de monjas ocupaba un lugar importantísimo en la vida íntima y en la vida social de la Colonia. El torno —según dice un escritor de nuestros días— giraba más que un trompo alrededor de su eje, no sólo para llevar y traer regalos, sino para transmitir súplicas y pasar las limosnas.

“A la madre superiora” —decía una voz del lado de afuera— “que tenga la caridad de ofrecer un rosario para una necesidad muy grande. Ahí le va la limosna para las almas benditas” —y giraba el torno.

En ciertos días se celebraban fiestas en las cuales, según consta en los programas, había comedias, romances, bailes y provinciales. Las monjas tocaban piezas de música y cantaban villancicos. Asistían

el arzobispo y el virrey o capitán general, según la ciudad que fuese. En México, en tiempos de Sor Juana, no faltaban nunca el virrey y la virreina, marqueses de Mancera. Sor Juana que lo hacía todo con vehemencia, quiso con pasión a esta virreina que había antecedido a la otra, a la del romance del zapato. Esta primera se llamaba Laura y murió durante su virreinato. Sor Juana que la había celebrado en vida la lloró después de muerta en innumerables sonetos y endechas. Uno de estos sonetos empezaba así:

Mueran contigo, Laura, pues moriste,
Los afectos que en vano te desean
Mis ojos a quien privas de que vean
La hermosa luz que un tiempo concediste.
Muera mi lira infausta en que influiste
Ecos que lamentables te vocean
Y hasta estos rasgos mal formados sean
Lágrimas negras de mi pluma triste.

Yo veo en el culto que rendía Sor Juana a las virreinas, la misma disposición que tenemos todavía en América de celebrar con vehemencia todo lo que llega de ultramar. Bien analizado es una forma de idealismo ingenuo. Como la naturaleza del trópico predispone al ensueño y anuncia cosas grandiosas se forja dentro de sus proporciones una Europa fantástica y un poco descomunal, lo mismo que se podría forjar un cielo. Los que vienen de allá llegan impregnados del mismo prestigio. Son especies de querubines con alas de cera. Cuando éstas se funden al calor de la realidad, viene la decepción, pero la fe no muere. Renace en otra influencia, en otra moda, en otra personalidad puesto que la naturaleza sigue siempre ahí lista para forjar cielos. En nuestros tiempos los forjamos con preferencia en París. Durante la Colonia era en la Corte de los Austrias y de los Borbones. El nacimiento de un infante, o el aniversario del Rey eran junto con la Semana Santa las grandes solemnidades del año. Las campanas repicaban, había iluminaciones, las señoras nobles mantuanas salían a la calle y todo el mundo se divertía. El destronamiento y detención de Fernando VII por Napoleón hirió a las colonias en lo más vivo de su cariño místico. Se había humillado al rey sagrado. Todas se despertaron. Cuando vino la decepción y se dieron cuenta de que era un rey de baraja, ya no volvieron a dormirse para soñar con él. Se le habían perdonado muchas cosas, pero que desde allá nos dejara saber que era un rey de baraja, eso no se lo perdonamos nunca.

Como más sensibles y sedientas de ideal, eran las mujeres las más dispuestas a endiosar cualquier cosa. Tanto Jorge Juan como el conde de Ségur quienes vinieron a Caracas y Cartagena de Indias en el siglo xvii cuentan la acogida entusiasta que hacían las criollas a los europeos. Ségur que llegó a Caracas renegando de las incomodidades

del viaje y del espíritu estrecho de las autoridades coloniales, al entrar en la ciudad cambia de tono. Ve las ventanas llenas de mujeres bonitas que se asoman para saludar sonriendo a los oficiales franceses y le parece Caracas un valle encantador donde se goza en forma especial la dulzura de vivir. Cada cual —dice— se apresuraba a ofrecernos su casa y las señoras abrían la celosía para apoyar sonriendo la invitación. Tan encantado quedó de aquella sencillez hospitalaria que no olvidó nunca los días pasados en Caracas. No olvidó tampoco a las Aristeigueta, primas de Bolívar, con quienes bailó a menudo y a quienes llamaban por bonitas y por ser nueve hermanas: las Nueve Musas.

Jorge Juan cuenta por su lado que aquí, en Cartagena de Indias, las criollas distinguidas no se veían nunca circular por la calle. No salían sino de noche. Iban a misa los domingos a las tres de la mañana. Su rango de nobles o mantuanas les impedía salir sin manto y como el calor del sol les hacía el manto insufrible, se quedaban en la casa mientras duraba el día. Tendidas en la hamaca con la pantufla de tacón y el vestido claro mirando a través de una ventana el cielo, las palmeras y el mar soñaban con las cosas lejanas. Cuando un extranjero llegaba hasta sus torres de marfil, lo recibían con excesiva amabilidad: le regalaban frutas, flores o dulces hechos en la casa. Grandes fumadoras, la mayor de las atenciones consistía en encender ellas mismas un cigarro y pasarlo bien prendido al que querían obsequiar.

Las mulatas, cuarteronas o quinteronas, el grado tenía mucha importancia, si podían sin rebajarse allí en la misma Cartagena circular por la calle con una simple *basquiña* de tafetán, blusa y paño blanco por la cabeza. Tenían como gran diversión ir al puerto a ver llegar los galeones. Con frecuencia recogían por caridad y cuidaban en sus casas a los chapetones o europeos recién llegados quienes a menudo desembarcaban ya enfermos de las fiebres que los atacaban en el trópico y que se llamaban por su nombre chapetonadas. Cuando el chapetón se curaba se casaba a menudo con alguna de sus enfermeras. Si se *moría*, las mulatas caritativas lo lloraban con las lamentaciones y gritos de rigor, le hacían su buen velorio, lo enterraban con decencia y le mandaban decir sus nueve misas.

El tipo de la mantuana soñadora encerrada eternamente en la casa sin ver más horizonte que el que abarcaba su ventana abierta abundó mucho en la Colonia. Místicas indefinidas, sin vocación para el convento ni para el matrimonio, ambiciosas o desengañadas por el primer amor, se quedaban al margen de la vida. Sembrando cariño y abnegación en la familia envejecían solteras. Más maternas que las propias madres fueron ellas, en gran parte, las viejas tías solteras las creadoras de nuestro típico sentimentalismo criollo, que quiere siempre con dolor y que se exalta hasta la tragedia en los casos de ausencia, de enfermedad o de muerte.

Hay una poetisa colonial anónima y quizás colombiana quien sólo escribió una vez con el seudónimo de Amarilis. Su personalidad misteriosa que nunca llegó a identificarse refleja en su lindo poema o historia de su vida y de su amor, el tipo tan interesante y tan frecuente de la soñadora criolla. Esta exquisita Amarilis que pasa como una sombra por la literatura colonial sin dejar más que una carta, merecería estudiarse escribiendo sobre ella un libro entero y su poema epistolar debería ser más conocido en los países en que se habla español. Pero tal vez sea su principal encanto el de haberse quedado en la penumbra dando desde allá una lección de buen gusto a los vanidosos divulgadores de sus medio-talentos. Según algunas conjeturas Amarilis debió nacer en una provincia del Perú muy a principios del siglo xvii puesto que escribió en 1621. Dice una versión que del Perú pasó muy joven a Santa Fe de Bogotá donde acabó su vida. Pero, ¿cómo vivió? ¿Se casó por fin? ¿Estarán aquí mismo sus descendientes? ¿O se quedó soñando siempre con amores imposibles?

Muy joven, muy culta, lectora apasionada de los clásicos y de sus contemporáneos se enamoró a distancia de Lope de Vega cuya fama se hallaba en todo su esplendor. Lo conoció por sus libros y a fuerza de admirarlo y de simpatizar con su espíritu sintió por él una verdadera pasión romántica. Para decirselo le escribió en secreto una carta en verso donde le contaba con sencillez su amor, su vida y la vida de lo que la rodeaba y la quería. Le declaraba además que lo escogía como amante porque no tenía por dichoso estado el querer la realidad ni los bienes posibles. Ella se firmó Amarilis y a Lope de Vega lo llamó Belardo.

Encantado y conmovido Lope de Vega contestó, pero como no sabía a quién dirigir la respuesta insertó las dos cartas en uno de sus libros. Menéndez Pelayo quien juzgaba los versos de la primera, es decir los de Amarilis, como los más frescos y graciosos de la literatura colonial, dice comparando las dos cartas: Por esta vez, perdóneme Lope, la humilde poetisa americana se lleva la palma.

Amarilis empieza su larga carta haciendo su autobiografía y contando a Lope de Vega la historia de sus abuelos que fueron conquistadores y fundadores de su ciudad. Habla cuando viene al caso de historia antigua y de mitología con naturalidad. Cuenta cómo se quedó huérfana junto con otra hermana y le participa que es rica, bonita y feliz:

De padres nobles dos hermanas fuimos
Que nos dejaron con temprana muerte
Aun no desnudas de pueriles paños
El cielo y una tía que tuvimos
Suplió la soledad de nuestra suerte.
[Aquí está ya la nota típica de la familia criolla]
De la beldad que el cielo acá reparte

Nos cupo según dicen mucha parte
 Con otras buenas prendas.
 No son poco bastantes las haciendas
 Al continuo sustento
 Y estamos juntas con tan gran contento
 Que un alma a entrambas rige y nos gobierna
 Sin que haya tuyo y mío
 Sino paz amorosa, duce y tierna.
 Ha sido mi Belisa celebrada
 Que éste es su nombre y Amarilis mío.
 Entrambas de afición favorecidas,
 Yo he sido a dulces musas inclinada,
 Mi hermana, aunque menor, tiene más brío
 Y gracias por quien es muy conocida,
 Al fin todas han sido merecidas
 Con alegre himeneo.
 Yo, siguiendo otro trato,
 Contenta vivo en limpio celibato,
 Con virginal estado,
 A Dios con gran afecto consagrado
 Y espero en su bondad y su grandeza
 Me tendrá de su mano
 Guardando inmaculada mi pureza.

Sigue hablando durante un largo rato de sus aspiraciones al amor platónico y luego de elogiarlo le declara a Lope que es a él a quien ella quiere así a distancia sin ver ni tocar, única manera que considera elevada:

El sustentarse amar sin esperanza
 Es fineza tan rara que quisiera
 Saber si en algún pecho se ha hallado,
 Pues nunca tuve por dichoso estado
 Amar bienes posibles
 Sino aquellos que son más imposibles.

Aquí aparece el alma lírica. Es la misma sedienta de abnegación y de responsabilidades de que antes hablé, que representa ya el ideal feminista tan denigrado, y tan incomprendido en su forma más pura:

Oí, Belardo, tus conceptos bellos,
 Tu dulzura y estilo milagroso
 Y admirando tu ingenio portentoso
 No pude reportarme
 De descubrirme a ti y a mí dañarme.

 Oí tu voz, Belardo, ¿mas qué digo?
 No, Belardo, milagro han de llamarte,

Este es tu nombre, el cielo te lo ha dado,
 Y amor, que nunca tuvo paz conmigo,
 Te me representó parte por parte.

Amarilis se declara luego ignorante en sucesos de amor y, como quien sólo tiene coloquios con el cielo, pide a Lope un don poético: que escriba en verso la vida de la santa de su devoción:

Yo y mi hermana una santa celebramos,
 Cuya vida de nadie ha sido escrita,
 El verla de tu mano deseamos
 Tu dulce musa alienta y resucita
 Y ponla en estilo tan subido
 Que sea dondequiera conocido.
 ¡Oh, qué sujeto, mi Belardo, tienes
 Con que de lauros coronar tus sienas!

Para despedirse le recuerda:

Finalmente, Belardo, yo te ofrezco
 Un alma pura a tu valor rendida.

Parece después como si relejera la carta y descontenta por no juzgarla a la altura de sus aspiraciones, se acongoja, pero por fin la cierra y la manda con lo mejor de su alma:

Versos cansados, ¿qué furor os lleva
 a ser sujetos de simpleza indiana
 Y a ponerlos en manos de Belardo?
 Al fin aunque amarguéis, por fruta nueva
 Os vendrán a probar aunque sin gana
 Y verán vuestro gusto bronco y tardo.
 El ingenio gallardo
 En cuya mesa habréis de ser honrados
 Hará vuestros intentos disculpados:
 Navegad, buen viaje haced la vela,
 Guiad un alma que sin alas vuela.

¿Cuántas Amarilis no han vivido desde entonces en nuestras ciudades-celosas mirando pasar la vida por entre los barrotes de las ventanas y por entre las líneas de los libros? ¿Cuántas no han llevado su carta a Belardo muda y presa durante muchos años hasta escribirla por fin en prosa a quien no la inspiró ni la merecía? ¿Cuántas otras por no escribirla en prosa no la escribieron nunca?

Entre los vestigios o reliquias semi-coloniales de mi infancia guardo muy viva la influencia de dos de estas grandes soñadoras. A ellas les debo sin duda el cariño casi místico que siento hoy por la vieja tradición criolla que se va. Sus dos imágenes representan los dos

extremos de la Independencia por su lado más íntimo. Era la primera una empedernida realista y la segunda una exaltada patriota. A la realista sólo la conocí por referencias pero por referencias tan vivas que debido a ellas casi puedo decir que he visto con mis ojos la Colonia. Durante su juventud que había florecido a fines del siglo XVIII se había llamado doña Francisca Tovar. Al envejecer, gracias a los hijos, nietos y biznietos llevó para todo el mundo el nombre típico criollo de Mamá Panchita. Como digo, sólo la conocí por referencias a través de su hija, mi abuela materna, que a pesar de ser mujer letrada sabía narrar con la viveza de imágenes que sólo suelen usar los iletrados. Las aventuras de Mamá Panchita cuya vida iba de 1787 a 1870, más o menos y abarcaba todo un ciclo de prosperidades, persecuciones, tragedias y decadencias, fueron los cuentos que en boca de mi abuela entretuvieron mi infancia. Puedo decir sin exagerar que conducida por su mano y acompañadas las dos por la sombra de Mamá Panchita, vagué por la Caracas que visitó Humboldt, el anterior a la revolución y al terremoto del año doce. Heroica durante la guerra, Mamá Panchita lo había sido todavía más durante la paz, debido precisamente a la impopularidad absoluta de su heroísmo. Rodeada en su propia casa de patriotas y de próceres ilustres, ella en plena derrota siguió siendo realista contra todos sin ceder un segundo hasta el día de su muerte.

Nieta del Conde de Tovar,¹¹ uno de los magnates coloniales de Caracas, vecina y contemporánea de Bolívar, con quien durante su infancia había jugado mucho a la cebollita y la gallina ciega en la Plaza de San Jacinto, Mamá Panchita se había casado a los quince años al apuntar el siglo XIX con un vasco español llamado don Francisco Ezpelosín, que era alto empleado de la compañía guipuzcoana. Los buques de vela de esta compañía guipuzcoana llevaban a la península el mejor cacao de Caracas, pero traían en cambio a la Colonia por contacto con Francia¹² todos los gérmenes de la Revolución. A la compañía guipuzcoana le debió en gran parte Venezuela aquel brote magnífico de cultura y de heroísmo aventurero, que produjo a Miranda y a toda la pléyade de Libertadores.

Al comenzar pues el siglo XIX Mamá Panchita que era mantuana linda, rica y sumamente frívola como buena hija del siglo XVIII, se hallaba en todo su esplendor. El vasco don Francisco tenía muchas haciendas y buques de vela de su exclusiva propiedad. Según mis sospechas, yo creo que Mamá Panchita no leyó nunca más¹³ libros que su devocionario durante la misa mayor del domingo y eso,¹⁴ muy por encima. Vestida de holán clarín dormitaba la siesta rodeada de esclavos. Mientras una le andaba en la cabeza, otra le rascaba los brazos, una tercera le espantaba los mosquitos y una cuarta le ponía las medias las cuales ¡gran lujo entonces! nunca fueron sino de pura seda. Un día para desgracia suya y pérdida definitiva de sus medias estalló la malhadada¹⁵ revolución. ¡Adiós para siempre

las siestas tranquilas! Don Francisco, su marido, prudente como buen rico, pensó que "lo mejor" es el enemigo¹⁶ del bien, no se adhirió al movimiento revolucionario y resolvió conservar una estricta neutralidad. Pero llegó a su vez la guerra a muerte y se comenzó a arrasar con los neutrales. El que no estaba con la revolución estaba en su contra y a los sospechosos se les hacía decir "naranja" o "Francisco" a ver cómo¹⁷ andaban de pronunciación. Perseguido por los patriotas, confiscados sus bienes, sin poder siquiera decir su propio nombre, don Francisco tuvo que esconderse para salvar la cabeza. En vano Mamá Panchita fue a rogar a sus primos hermanos, los Tovar y Mendoza de la Independencia, que les dejaran por lo menos conservar una haciendita con su casa para poder vivir tranquilos, que ellos eran gente de paz. Todos le contestaron muy secamente que se las arreglara como mejor pudiera, que la República necesitaba dinero, y que ¡quién la había mandado a casarse con un español! Después de peligros sin cuento don Francisco logró escapar, y Mamá Panchita, rodeada de sus niños, con su última esclava, su último chal de Cachemira y su último par de medias de seda puesto, se embarcó en un buque de vela rumbo a San Juan de Puerto Rico. Y vinieron los largos años de destierro. Cuando regresó a Caracas, ya viuda y más pobre que la cucarachita Martina, tuvo que ir a ocupar un pabellón situado en el jardín de lo que había sido la casa de los Tovar, ya también arruinados. Allí su vejez fue una protesta continua y muy documentada contra el nuevo régimen. Las cosas de la República en honor de la verdad marchaban ya bastante mal. Mamá Panchita aprovechaba la menor oportunidad y atribuía todos los entuertos a la Revolución y a su ex amigo y vecino a quien aseguraba con sorna conocer mejor que nadie y a quien nunca llamó "Libertador", ni siquiera Bolívar sino "este niño Simón, el de la Plaza de San Jacinto". Cuando lo elogiaban demasiado, sea por la prensa, sea de viva voz, ella bajaba la suya por prudencia y murmuraba para que sólo oyera el que quisiera oír: ¡Nunca le encontré nada de particular. Ni siquiera tenía buena figura!

Coleccionaba los hechos crueles de los patriotas para referirlos cuando viniera a colación y como quien no quiere la cosa, ante un público que la escuchaba con indiferencia y le contestaba con ironía. Si¹⁸ aseguraba por ejemplo que Bolívar había firmado el decreto de Trujillo, mojando la pluma en la sangre caliente de un español, sus sobrinos, nietos y biznietos le replicaban que si andaba escaso de tinta, sería porque hasta eso se habían robado y bebido los realistas.

Las anécdotas sangrientas e inéditas de Mamá Panchita que oí en mi infancia y que en su mayoría, lo confieso con pena, no he guardado en mi memoria, se perdieron ya para siempre. Lo mismo perdí las otras: las de la vieja tía prócer. Las escuchaba entonces como cosas de viejo ¡como quien oye llover! Era esta segunda, la tía prócer, la verdadera soñadora y la que conocí personalmente, una vieja

soltera que bien podría, como Amarilis, haber sido la amante silenciosa e intocada de algún Lope de Vega. Nunca he sabido su historia, si alguna tuvo, las historias de amor de las solteras que no murieron jóvenes y gloriosas a lo María Bashkirtseva, no interesan a nadie. La familia no las recuerda. Sobre el corazón pudoroso que se marchita con su secreto van cayendo los días como copos de nieve, y el secreto queda enterrado bajo la blancura y el tiempo. Se llamaba esta vieja soñadora Teresa Soubllette. Hermana de mi bisabuela, nieta de Teresa Aristeigueta, una de esas nueve musas de que habla Ségur en sus Memorias, era la hija menor de Carlos Soubllette, uno de los generales que libertaron a Colombia en Boyacá. La figura de Soubllette es, sin pasión de familia, una de las más puras de nuestra Independencia. Pero como dijo Páez hablando de sí mismo, también Soubllette vivió demasiado. Lo alcanzó el desprestigio de épocas que salpicaban mezquindad. Jefe del partido Conservador de que antes hablé, quiso gobernar en Utopía. Los Libertadores estaban tan convencidos de la santidad de su causa que una vez terminada la Independencia creyeron haber purificado el mundo entero. Su candor les costó caro. Presidente de la República, Soubllette, rodeado por el fracaso de su idealismo, cayó para siempre del poder con las manos muy limpias, pero cayó para terminar su vida bajo una cruda persecución. Muerto, la misma persecución continuó hostigando su recuerdo.

Una prueba es ésta: Cuando en Venezuela el gobierno contrario hizo editar por su cuenta las Memorias de nuestro gran O'Leary, que como sabemos todos, es una de las principales fuentes de la historia de la Independencia, mandó suprimir de ellas casi todo lo que se refería a Soubllette. Así mutiladas fueron a la imprenta y así circulan desde entonces. ¡Él, que se hallaba tan íntimamente mezclado a las páginas manuscritas por haber sido primo y compañero de armas de Bolívar y por haber sido cuñado del propio O'Leary! Cuando murió, sus restos no fueron al Panteón de Caracas donde están enterrados los más modestos militares, no ya de la Independencia sino de lo que llamaron luego "La Federación". Tan grandes eran entonces los odios de partido y aquellas disensiones que hicieron decir a Bolívar: "He arado en el mar."

Cuando conocí a tía Teresa Soubllette impedida, en una silla de ruedas con los ojos muy vivos y la inteligencia muy clara, se lamentaba de las numerosas injusticias cometidas contra la memoria de su padre. Para enumerarlas se apoyaba en deliciosas anécdotas que ni ella ni sus oyentes apreciamos entonces. Era aquella especie de lección ilustrada su tema favorito. Yo creo que con las mismas quejas debía lamentar alguna otra injusticia sentimental más personal y más honda que no decían los labios. Encumbrada en su silla guiaba el rosario, hacía colchas de crochet, politiqueaba y leía sin cesar. A veces un historiador joven venía a consultarla sobre algún dato o

anécdota relativa a su padre. Los refería con minuciosidad y devoción. Aunque sus recursos intelectuales eran modestos, tanto le gustaba cultivar la inteligencia, que a su sirvienta, una negra joven que había traído del confin de una hacienda, no sólo le enseñó a escribir y a leer sino que le transmitía en secreto sus conocimientos del francés. Tales clases tenían lugar a puerta cerrada. Temía la burla de sus tres generaciones de sobrinos y escondía con misterio el Ollendorff y los cuadernos donde se guardaban las conjugaciones, temas y borradores de su cómplice a quien había logrado comunicar la sagrada fiebre de saber. Todo el mundo conocía el secreto, pero todo el mundo aparentaba ignorarlo. Aquel pobre francés era sin duda una de las llaves con que durante su larga vida había entrado ella al país del ensueño. Antes de morir, para que no se perdiese, lo legaba así humildemente a su negra.

Otra llave que le abría la puerta del ensueño era una correspondencia que la ponía en contacto mensual con Colombia, país sagrado para su alma idealista. Cuando los venezolanos y los colombianos éramos una misma cosa como lo seguimos siendo, pese a esos límites¹⁹ tan discutidos como imaginarios y pese también a esa cosa exterior que llaman gobierno y política, en los tiempos en que éramos todos la Gran Colombia, una rama de la familia, los O'Leary Soubllette habían pasado a Bogotá. Doña Carolina O'Leary, bogotana, que todos ustedes conocieron, y tía Teresa Soubllette, caraqueña, sin haberse nunca visto, tenían una gran intimidad epistolar. Duró la correspondencia desde la infancia de las dos hasta la muerte de una de ellas, lo cual debe abarcar un periodo de cerca de ochenta años. Yo no sé qué tal sería la Caracas que con sus cartas amarillentas habría edificado doña Carolina O'Leary. La Bogotá de tía Teresa Soubllette era una idílica ciudad de naipes llena de perfecciones arbitrarias cuya falsedad saltaba a la vista. Cuantas veces su alma sentimental recibía un choque de decepción contra la realidad, lo achacaba al ambiente frívolo, irrespetuoso y no bastante fino de Caracas. Aseguraba que en Colombia reinaba a todas horas la corrección, que todo el mundo rendía culto a la memoria del General Soubllette, y que se rezaba el rosario en familia sin quejas ni interrupciones; ella lo sabía muy bien por las cartas de doña²⁰ Carolina O'Leary y mirando el retrato de su corresponsal rodeada de hijos y nietos sacaba esta deducción que nos echaba en cara entre suspiros: "En Bogotá, niños, óiganlo bien ¡los viejos cuentan!"

Un día, la suerte le deparó un desengaño que no debía hacer mucha mella en su fe arraigada.

Habían llegado de paso a Caracas unos estudiantes²¹ muy jóvenes, recomendados a ella por doña Carolina O'Leary naturalmente. Tía Teresa quiso obsequiarlos como era debido y los invitó a almorzar junto con algunos de los sobrinos en tercer grado. Desde la víspera se hizo trasladar a la cocina, y erguida en su silla de ruedas,

como el propio general Soublette en Boyacá, dirigió todo el ir y venir que requería un menú ecléctico. Se hicieron hallacas, como llaman en Caracas a los tamales, hervido de gallina, torta de polvorosa, bien-me-sabe de coco, se hicieron en fin los más finos y exquisitos platos de su edad de oro, porque como buena hija de prócer, había ganado dinero *in illo tempore* haciendo postres para los bailes. Cuando llegó la hora del almuerzo, muy vestida de negro con cadena de azabache y el pelo partido en dos con su raya en el medio bien liso y bien peinado, sentada en su silla, lista para que la rodaran al comedor a presidir la mesa, esperaba la llegada de los festejados en el portal o corredor de entrada como es costumbre en Caracas. Pasaron las doce; las doce y media, la una, las dos, las tres y los estudiantes no asomaron por ninguna parte. Divertidos quizás por otro lado tomando *cocktails* entre gente de su edad, olvidados por completo de la invitación, nos habían puesto un *lapin* como se dice en París cuando no se acude a una cita.

A las tres de la tarde, llena de dignidad en su derrota, tía Teresa Soublette dio la señal para ir a almorzar por fin sin los invitados. La adolescencia es cruel. Cuando llegamos a la mesa victoriosos y muertos de hambre abusamos de la victoria y del botín como verdaderos vándalos. “¿Tú ves, tía Teresa —decíamos abriendo las hallacas—, lo que te han hecho tus queridísimos colombianos? ¡Sin avisar siquiera! ¡Peor que nosotros! Para que sigas diciendo que son tan finos, tan atentos con los viejos y que debíamos aprender con ellos. ¡Bonitos maestros! ¡Ah, en todas partes cuecen habas!”

Pero ella, heroica hasta el fin, escondiendo su sorpresa, no capitulaba: “a esos niños —decía declamando— les ha pasado algún accidente, como si lo viera, y estoy angustiadísima pensando en sus pobres madres!”

Naturalmente que no les había ocurrido nada. Se supo al siguiente día: era un olvido, uno de esos olvidos realmente involuntarios pero que Freud descendiendo a lo más hondo del subconsciente haría derivar del temor violento de aburrirse en compañía de la pobre vieja romántica. También ella se valió de recursos freudianos para guardar fresco su ideal. Halló una explicación y continuó profesando su religión consoladora: los desengaños y el aislamiento moral de la vejez eran efectos del medio ambiente. En otras partes, en Colombia sobre todo, se le rendía culto a los muertos, a los viejos y a todo lo que representara un valor espiritual. Su idealismo contagioso acabó por triunfar. En lo que me concierne, me hizo conocer a Colombia por la fuerza de la repetición y me la hizo querer con el mismo impulso romántico porque a pesar de su Bogotá de naipes en la elección y en la vehemencia del cariño tía Teresa Soublette tenía razón. En cuanto a su almuerzo desdeñado, creo que encierra una moraleja que me he repetido a mí misma muchas veces: cuando queramos hacer obra de arte o de provecho, no nos aleje-

mos de un todo por caminos extraños y llamativos que son tal vez hostiles, vayamos a sentarnos de tiempo en tiempo a la noble mesa criolla, la del ambiente, las tradiciones y el paisaje. Modesta y substancial ella nos espera siempre en su rincón de sombra como la mesa del Padre en la Parábola del Hijo Pródigo.

TERCERA CONFERENCIA

¹ANES de ir a buscar la influencia decisiva y medio oculta que van a tener las mujeres en la Revolución o Guerra de la Independencia, les invito a evocar la época. Mirémosla pasar un momento como en la pantalla de un cinematógrafo. La imagen exterior nos reflejará así más vivamente lo que pasa en el alma. Imaginemos una calle cualquiera de cualquiera de nuestras ciudades coloniales, ¡se parecen todas tanto! Corren los últimos años del siglo XVIII.

Es al caer de la tarde. A uno y otro lado del paisaje sobre las ventanas y sobre la calle ²chata corre el alero con su festón de tejas coloradas. De tiempo en tiempo bajo el alero corre también una canal pidiéndole agua al tejado. Canal y alero quedan tan bajos que subiéndose al segundo tramo de una ventana pueden alcanzarse con la mano. Las ventanas tienen balaustres gruesos y empotrados como los de una cárcel y son anchas. Por cada tres o cuatro ventanas hay un portón claveteado. Es todo lo que ofrecen las fachadas. El piso de la calle está empedrado con cantos rodados o con lajas anchas. Crece la hierba entre las lajas. Crece también sobre las tejas y de vez en cuando salpica por capricho el borde de una canal. Levantando los ojos se ve el cielo límpido. La temperatura es deliciosa y sobre los tejados asoma un campanario y asoman a lo lejos las montañas.

Andando, andando, calle abajo, allá vienen dos esclavos vestidos de blanco que cargan en parihuela una silla de manto. Ya se acercan. Ya pasan. Recostada en la silla con manto y mantilla, toda de negro, apenas se le ve la cara, va una mantuana, es decir, una criolla noble de las que sólo pueden salir a la calle, envueltas en un manto, ³de dónde el nombre de *mantuanos* o aristócratas. Es tarde. Ya van a dar las siete. Ya comió la mantuana, ya se rezó el rosario, ya los esclavos levantaron los manteles y las esclavas se fueron a hacer dormir con cantos y cuentos a los niños de la casa. Meciéndose al paso que riman los parihueleros, doblan la esquina silla de mano y mantuana. Ella va a la tertulia del señor Marqués o el señor Conde su primo tercero o su primo cuarto. Es el más rico de todos los de la ciudad. La calle se queda sola un buen rato. Ahora por la esquina que doblaron los parihueleros asoma un capuchino. Viene del convento y va a casa de un impedido para confesarlo. Crujen las sandalias y castañetea el rosario a medida que avanzan los pasos. Vuelve la calle a quedarse sola otro buen rato. Ahora se detiene en la esquina el único vigilante nocturno que hay en la ciudad y grita con voz que

tiene de queja y de canto: "¡saquen la luz!" La voz se sigue oyendo de esquina en esquina: ¡saquen la luz! ¡saquen la luz! hasta que por fin se pierde como un eco en los confines de la ciudad. A poco se entreabre la primera ventana, y una negra con los brazos desnudos y el escote redondo que brilla junto al borde de la camisola blanca, alza el brazo y cuelga de uno de los tramos de la reja un candil de aceite encendido. Ya se acerca la noche. Ya la hilera de candiles alumbraba la calle que no debe quedarse a oscuras cuando no hay luna. Como es propiedad de todos la alumbran entre todos. Ahora viene un mantuano. Es joven. Ahí se acerca caminando ligero. A él también le cruje el calzado y va moviendo al vaivén de los pasos los faldones del casacón de terciopelo. Él también va al chocolate del señor Marqués. Lleva peluca blanca, chaleco de seda, chorrera de encaje, calzón y zapatos bajos con hebilla de plata. Tiene los bolsillos atestados de libros. Los lleva escondidos, no vayan a descubrirlos las autoridades civiles o los delegados de la Inquisición. Uno de los libros, el más peligroso y el que por lo tanto se espera con mayor ansia es un folleto llamado *La declaración de los derechos del hombre*. Van a leerlo en alta voz dentro de un rato en la sala del Marqués. El mantuano lo ha recibido directamente del granadino Nariño quien a escondidas en su casa de Bogotá lo tradujo, lo imprimió y lo ha puesto a circular desde México hasta la Tierra de Fuego. Por semejante atentado Nariño ha sido preso, lo van a enviar a presidio y le van a confiscar todos sus bienes. Quizás si la lectura de esta noche le cueste al mantuano lo mismo. ¡Qué se hace! Con su tesoro y su peligro en el bolsillo va caminando contento. Junto con el tesoro lleva quizás un nombre ilustre que va a guardar para siempre la historia. Tal vez no. Tal vez como la mantuana, el fraile y los esclavos está condenado a una muerte oscura. Su sangre anónima correrá en el torrente que empezó a manar en conjuraciones fracasadas como las de Gual y España y que desde entonces corre y correrá hasta estancarse por fin veinticinco años después en Ayacucho. Ya el mantuano dobló la esquina. Ya cayó enteramente la noche. Entre los árboles de un corral vecino ⁴se oye cantar siniestra la pavita. Dos manzanas más allá, a portón cerrado, la tertulia del Marqués se prolonga misteriosamente hasta la media noche.

Con muy ligeras variantes este mismo cuadro se repite al mismo tiempo en las mismas ciudades que ya están maduras para la Independencia, llámense virreinos, capitánías o simples provincias. Durante la segunda mitad de siglo la nobleza criolla ha cultivado su espíritu. Casi todos los jóvenes van a estudiar a las universidades de México, Lima o Bogotá que son las más famosas. Algunos van a Europa. Si los criollos ricos, refinados y orgullosos como son, acatan desde lejos la autoridad del rey, están en cambio enconados contra los chapetones o gobernantes españoles quienes a menudo, brutales e interesados no tratan de adaptarse al ambiente. Sólo piensan en

enriquecerse a expensas muchas veces de esos mismos criollos, dueños efectivos del país, porque son los dueños de la tierra. A veces para mortificarlos más eficazmente los chapetones se alían con los pardos. Parciales les dan la razón o les conceden privilegios sobre los criollos blancos, sus enemigos naturales. Humillados en su orgullo de casta, los criollos guardan un hondo rencor. En el grupo de descontentos, ellas, las mantuanas, se destacan. Son las abanderadas de este sentimiento de encono que está pidiendo a gritos una protesta. Como lo demostrarán en la Independencia, bajo su exterior lánguido tienen un alma de fuego lista para todas las exaltaciones, todos los sacrificios y todos los heroísmos. Los clubs o centros de reuniones secretas donde irán a conspirar los hombres solos casi no existen todavía. Las mujeres por lo tanto asisten a los comentarios, a la exposición de las nuevas ideas, a todos los gérmenes de revolución que van creciendo a puerta cerrada en las salas y en los patios de las casas principales. Allí, en la tertulia, ellas fustigan a los hombres con sus observaciones personales y sus palabras vehementes. Una contará el último rasgo de superioridad insolente que le sorprendió al Capitán General durante la misa mayor del domingo. Otra comentará la desatención de un chapetón cualquiera quien le cedió tarde y mal el paso cuando ella, escoltada por la esclava, la silla y la alfombra de rezar en la iglesia, salía a pie de la catedral y atravesaba la plaza camino a su casa.

Se ha hablado mucho de la influencia favorable a la Revolución que tuvo en toda América la expulsión de los jesuitas. Los vehículos activos de tal influencia fueron las mujeres. Esta observación salta a la vista. El conde de Aranda, ministro de Carlos III, quien tan extraordinarias reformas, superiores al espíritu ⁵de su época, pensaba aplicar al régimen colonial español, no se dio cuenta de la catástrofe sentimental primero y política después que iba a desencadenar en América la salida de los jesuitas. Como en toda pena de destierro seguida de confiscación de bienes, la expulsión de los jesuitas dio lugar a escenas desgarradoras que no podían olvidarse fácilmente sobre todo en aquella época de exaltado sentimentalismo en que la vida entera giraba alrededor de la iglesia y el convento. Los expulsados eran en su mayoría criollos; hijos, hermanos y parientes ⁶de criollos que al verlos embarcar los despedían para siempre hacia una especie de muerte en donde los esperaba la hostilidad y la miseria. Era la época negra de la Compañía de Jesús. De todas partes la rechazaban y el Papa iba pronto a suprimir la orden. Hábiles directores de conciencia como lo han sido siempre, a la vez que divulgaban la cultura y prestaban todo género de servicios morales y materiales los jesuitas de la colonia, poderosos por sus riquezas y su influencia, imperaban por completo ⁷en las almas, en las almas femeninas muy especialmente. En ellas inculcaban la idea inseparable de Dios, Patria y Rey. Estos tres conceptos formaban un solo credo.

La Patria y el Rey eran sinónimos de la sumisión a España. Arrojadados y perseguidos por el Ministro del Rey se disoció la trinidad y cundió en las conciencias la anarquía del cisma. Por otro lado, acosados por los sufrimientos, los jesuitas desterrados se acordaron ⁸de que eran criollos y comenzaron a ser desde el extranjero los mejores agentes de la Independencia. ⁹En América, las mujeres seguían llorando en los ausentes a sus hijos, a sus hermanos y a sus directores de conciencia. Las demás órdenes religiosas mal preparadas para ejercer la dictadura espiritual por menos sutiles y por ser rivales, responsables hasta cierto punto de la expulsión, no llegaron a ocupar nunca el lugar ¹⁰que dejaba vacío la Compañía de Jesús. Privada de tan absorbentes directores la piedad femenina sin perder su forma exterior perdió la rigidez y la austera disciplina católica y española. Salida de su cauce la religión sufrió la misma transformación que había sufrido la raza. Ella también se hizo criolla. Ella también se meció en hamaca, ella también se abanicó indolentemente pensando en cosas amables que no mortificaran demasiado el cuerpo. El calor de las llamas del infierno se fue atenuando hasta convertirse en una especie de calor tropical molesto pero llevadero con un poco de paciencia, descanso y conversación. El pecado mortal se hizo una abstracción bastante vaga y el terrible Dios de la Inquisición comenzó a ser una especie de amo de hacienda, padre y padrino de todos sus esclavos, dispuesto a regalar y a condescender hasta el punto de pagar y presidir él mismo los bailes de la hacienda. Esta forma de catolicismo cómodo y medio pagano no es invención mía. Desconocido quizás aquí en Colombia existe todavía en la mayoría de los países de América, no ya en el pueblo cuya mezcla con el fetichismo indio y africano puede dar margen a un larguísimo estudio, sino en las mejores clases de la sociedad creyente. Yo conocí por ejemplo en Caracas una amiga mía muy querida que tenía la casa llena de santos. Éstos solían tener velas o lamparitas de aceite encendidas según los días. Llena de piedad observaba los mandamientos de la Iglesia en esta forma: iba a misa los lunes porque los domingos había demasiada gente en la iglesia, y la multitud, según ella declaraba, a la vez que no olía muy bien, le estorbaba con su ir y venir el fervor de la oración. Guardaba con mucho escrúpulo la vigilia de Cuaresma, pero no los viernes cuando la afluencia de cocineras madrugadoras arrasaba desde temprano con el mejor pescado, sino cualquier otro día de la semana en que sin angustias ni precipitaciones se podía obtener un buen pargo fresco de primera clase. Su profesión de fe era la siguiente ¹¹—que repetía, debo advertirlo, sin la menor animosidad anticlerical—: “creo mucho en Dios y en los santos, pero no creo en los curas”. Si buscáramos la genealogía de este “no creo en los curas” iríamos a dar sin duda con aquella protesta de las criollas del siglo XVIII quienes por espíritu de fidelidad y por espíritu de contradicción no quisieron nunca ni a los curas seculares ni a las

órdenes religiosas que debían reemplazar en el gobierno de sus conciencias a sus muy queridos y muy llorados jesuitas.

Mientras la Semana Santa, las imágenes benditas, el rosario y la misa seguían pues, ocupando sus mismos puestos, sin concilios, teología, ni latín, las criollas resolvieron por su cuenta arduos problemas de casuística y se hicieron en muy poco tiempo su credo personal. En él entraba, como Pedro por su casa, la protección y divulgación de las obras de Montesquieu, Voltaire, Rousseau y demás enciclopedistas franceses. Era en parte una manera de provocar a los chapetones insolentes que las prohibían y de burlar sus pesquisas: eso bastaba. Pasarse en secreto los libros prohibidos era un *sport*. Leerlos era una delicia, no por lo que dijeran sino porque los prohibía una autoridad que no penetraba en la conciencia. A fin de cuentas era el contagio inevitable y virulento de la Revolución Francesa que transmitía la misma España y que respondía en América a cambios y reformas urgentes a la dignidad criolla.

En lo que concierne a la complicidad de las mujeres en esconder, leer y hacer circular los libros prohibidos hay una carta muy significativa. La escribe desde París el revolucionario o patriota chileno Antonio Rojas. Es en el año 1787, es decir, veinte años después de haber expulsado a los jesuitas. Una chilena joven y linda de quien no se sabe el nombre, había escrito a Rojas pidiéndole datos y permiso para abrir ciertas cajas misteriosas de libros que él había confiado a su cuidado antes de salir de Santiago de Chile. Rojas le contestó desde París: "¿Para qué datos ni permisos? ¿No es usted la dueña del dueño de las cajas?" Y comienza a enumerar los nombres de los libros y de los autores con picante ironía como para excitar la curiosidad de su amiga: "Hay unos tomos in folio que son ejemplares de un pestífero Diccionario Enciclopédico que dicen es peor que un tabardillo. Item, las obras de un viejo que vive en Ginebra que unos llaman Apóstol y otros Anticristo. Item, las de un chisgarabís que nos ha quebrado la cabeza con su Julia. Item, la preciosa historia natural de Buffon..." Y así prosigue la lista.

El prestigio de los libros recae sobre el idioma en que fueron escritos y comienza a cundir entre los jóvenes la moda de aprender francés. Aquellos que lo saben declaman las tragedias de Corneille. Las alusiones de Tancredi los entusiasma: "*L'injustice à la fin produit l'Indépendance*" y las ardientes criollas presienten el papel sublime a lo heroínas de Racine que no en el teatro sino en plena vida y frente a la muerte van casi todas a desempeñar muy pronto.

No pretendo hacer ¹²la apología de las heroínas de la Independencia del tipo de Pola Salavarría quienes supieron pelear a la par de los hombres y morir fusiladas con valor y dignidad como las chisperas del Dos de Mayo y como las más estupendas mujeres de la Revolución Francesa. La historia ha recogido ya esos nombres que todos conocen y que irán creciendo con el tiempo a medida que crezcan

los países y la idea de patria. Es a las mujeres anónimas, a las admirables mujeres de acción indirecta a quienes quisiera rendir el culto de simpatía y de cariño que merece su recuerdo. Durante más de tres siglos habían trabajado en la sombra y como las abejas, sin dejar nombre, nos dejaron su obra de cera y de miel. Ellas habían tejido con su abnegación el espíritu patriarcal de la familia criolla y al pasar sus voces sobre el idioma le labraron en cadencias y dulzuras todos sus propios ensueños. Cuando llega la Independencia una ráfaga de heroísmo colectivo las despierta. Movidas por él pasan en la historia como el caudal de un río. Es una masa de ondas anónimas que camina. Uno de estos momentos históricos, el más simbólico y quizás también el más sublime, es aquel que se llamó en Venezuela La Emigración.

¹³Era en 1814. Se había firmado ya el Decreto de Trujillo. Esto quiere decir sencillamente que el ser patriota o criollo era un delito que se pagaba con la pena de muerte ante los españoles y ser español o realista era otro delito que se pagaba del mismo modo ante los criollos. Estos últimos instruían sus procesos de la siguiente manera: Diga naranja, ordenaban al acusado o sospechoso. Si éste decía naranja sonando la jota se le pasaba inmediatamente por las armas. Así las cosas de un lado y de otro, avanzaban los españoles sobre Caracas. Venían de degollar a todos los habitantes de la ciudad de Valencia y aseguraban que harían lo mismo con los caraqueños si éstos no se rendían desde el primer momento. Caracas se hallaba aún entre los escombros del terremoto del año doce. Bolívar, que carecía de elementos con que resistir tuvo que salir de la ciudad para ir a reclutar un ejército. Por no caer de nuevo bajo el antiguo régimen la población entera de Caracas resolvió marcharse a pie detrás de Bolívar. Eran cuarenta mil personas, casi todas niños y mujeres, porque los hombres estaban en la guerra. En la ciudad ¹⁴derruida y desierta no quedó más que el arzobispo y las monjas enclaustradas ¹⁵dentro de sus tres conventos.

Muertos de hambre, de cansancio y de sed, los emigrantes atravesaron a pleno sol del trópico por llanuras desoladas casi toda Venezuela. A caballo, a la cabeza de aquella multitud andante y moribunda, Bolívar, como un nuevo Moisés, la conducía al azar, sin más esperanza que aquella fe en su genio que los demás ¹⁶y él mismo tenían. Después de ataques y aventuras sin cuento, cuando llegaron por fin donde Bolívar podía formar un ejército, de los cuarenta mil niños y mujeres salidos de Caracas quedaba apenas una pequeña parte. Los demás se habían muerto de hambre, de insolación y de cansancio en el camino. Bandadas de zamuros iban marcando las huellas por donde había pasado la caravana.

Prescindiendo de los demás próceres de la Independencia, a lo largo de la vida de Bolívar que es el más significativo, desde su infancia hasta su muerte, podemos apreciar muy fácilmente la parte

importantísima que toman las mujeres en su vocación de libertador y en la consolidación definitiva de su genio. Gran enamorado, según él mismo confiesa, sólo las mujeres a quienes quiso con pasión tuvieron influencia en sus gustos, en su carácter ¹⁷y en sus grandes decisiones. También la tuvo Simón Rodríguez, aquel maestro de su adolescencia quien por paradójico, idealista y visionario se salía del nivel corriente de los hombres.

Desde su nodriza, la negra Matea, hasta Manuelita Sáenz su último amor, Bolívar no puede moverse en la vida sin la imagen de una mujer que lo anime, lo consuele en sus grandes accesos de melancolía y le preste sus ojos para mirar con ellos dentro de su propio genio.

Huérfano desde muy niño es en los brazos de la esclava Matea donde Bolívar oye y mira por primera vez la honda poesía de la vida rural que es la faz más querida y más noble de la patria. Es en su hacienda de los Valles de Aragua, la hacienda típica criolla, la hacienda casi bíblica en donde los esclavos, prolongación de la familia, se llaman de apellido Bolívar o Palacios del nombre del dueño que es el Dios y el Padre de todos. Al caer la tarde, terminado el trabajo del campo, Matea lleva a su niño Simón al repartimiento o patio de los esclavos. Allí bajo el propio cielo mientras cae la noche él oye cuentos de miedo con duendes y fuegos fatuos, que narra algún ¹⁸negro viejo. Los cuentos tienen casi siempre como tema los horribles crímenes del tirano Aguirre, el conquistador rebelde y bandido, cuya alma en pena vaga todavía en forma de lucecita que se apaga y se enciende mucho más grande que los cocuyos. Es una luz que camina. A veces aparece en la llanura, otras veces se sube a la copa de un árbol inmenso que se ve desde el corredor de la hacienda allá a lo lejos y que se llama el Samán de Güere. Treinta años más tarde bajo la copa del mismo Samán legendario de su infancia, que aunque viejo y tullido todavía existe y aún lleva en su copa el alma en pena del conquistador muerto en pecado; bajo ese mismo Samán, Bolívar debía acampar con su ejército en una noche histórica.

De los brazos de la esclava Matea quien debía morir centenaria llena de honores y a quien Bolívar quiso siempre tiernamente, el futuro Libertador que era un niño terrible pasa sucesivamente a ser discípulo de su pariente el jurisconsulto Sanz; del Padre Andújar; del joven y ya célebre Andrés Bello, quienes no dejan en su espíritu el menor rastro, y va a caer por fin bajo la dirección de Simón Rodríguez, su loco Mentor y gran amigo, cuyo idealismo extravagante debía dar fuego y alas al genio de Bolívar.

La amistad de Rodríguez o el amor de una mujer, llámese Teresa Toro, Fany de Villars,* Josefina Machado o Manuela Sáenz fueron

* Así se transcribe el nombre de la prima de Bolívar en la primera edición de las Conferencias, y así lo escribió Teresa de la Parra en sus Cartas.

las fuentes donde encontró siempre Bolívar el descanso o el estímulo que necesitaban sus descomunales empresas. El retrato de Rodríguez se impone siempre que se quiere evocar el grupo de mujeres inspiradoras. Él debe presidirlas.

Este Simón Rodríguez es el prototipo de aquellos que por haber llegado muy cerca del genio sin alcanzarlo se quedan locos para tormento de sus allegados y alegría de cuantos los conocen de cerca o de lejos. Filósofos descabellados a lo Saint-Simon, generosos, paradójicos y originales, estos alocados son la sal de la vida. Ellos redimen a la humanidad de la avaricia y del egoísmo que son los vicios de la cordura. Su inquietud sabe descubrir fases nuevas a las cosas más vulgares, y su presencia está siempre acompañada de sucesos cómicos e imprevistos. Era pues natural que Bolívar tipo del genio equilibrado fraternizara tanto con su tocayo y profesor Rodríguez que fue como lo veremos ahora el alocado genial por excelencia. Nacido en Caracas en la segunda mitad del siglo XVIII Rodríguez, quien en realidad no se llamaba Rodríguez sino Carreño, de la misma familia Carreño de Teresa, la gran pianista y del autor de la Urbanidad, Rodríguez había decidido desde los catorce años dedicarse a filósofo. Huérfano de padre y madre comenzó por pelear a muerte con su hermano mayor y a fin de no tener nada en común con él, cambió de apellido. Dejó de ser Simón Carreño para ser Simón Rodríguez; sentó plaza de grumete en un buque que salía para España, desembarcó en Cádiz y sin más recursos que su ansia de saber y sus dos pies recorrió con ellos en cinco años casi toda Europa. En vísperas de la Revolución Francesa vivió en París, respiró su ambiente, descubrió a Rousseau y decidió desde entonces convertir a la humanidad entera predicando el amor de la naturaleza. Después de sus cinco años de peregrinación a pie por Europa regresó a Caracas, se casó, tuvo en año y medio dos hijas a quienes puso resueltamente nombres de vegetales, las llamó Maíz y Tulipán, a fin de adherirse al calendario de Fabre d'Eglantine. A poco declaró: "Yo no quiero parecerme a los árboles que echan raíces en un lugar sino que quiero ser benéfico como el aire, el agua y el sol que corren sin cesar" y volvió a emprender sus caminatas abandonando por decirlo así a su mujer y a sus dos vegetales quienes en adelante nunca contaron con él. Como fruto de sus últimas meditaciones publicó un folleto titulado: *Reflexiones sobre los métodos viciosos que rigen las escuelas actuales y medios de lograr sus reformas*. Como el folleto se comentó y adquirió él así cierto renombre de pedagogo se dio a buscar un discípulo en quien poner en práctica las teorías expuestas por Rousseau en el *Emilio*. Debía encontrarlo pronto en el niño Simón Bolívar cuya educación le confiaron. Rodríguez se sintió feliz. El niño llenaba las condiciones indispensables que debía tener su Emilio: era rico, huérfano, noble y sano. Él, Rodríguez, llenaba en su opinión las del maestro o sea: prudente, joven, alma sublime y

estado independiente. En esta última condición no incluía naturalmente a su mujer y a sus dos pobres vegetales. A fin de que su discípulo quedara "en estado natural" porque según decía "la razón del sabio suele asociarse al vigor del atleta" se retiró con él al campo, le enseñó ejercicios corporales y en lo demás se dedicó al difícil estudio de que no aprendiese nada. Gracias a estos métodos de Simón Rodríguez cuando Bolívar se embarcó para Europa a los dieciséis años de edad escribía de a bordo unas cartas ilegibles en un estilo deplorable, llenas de faltas de ortografía. Pero gracias también a Rodríguez era ya el andador, el jinete y el nadador incansable con quien más tarde no pudo competir ninguno de sus compañeros de armas. Complicado en la conjuración de Gual y España, y perseguido por las autoridades españolas, Rodríguez tuvo que interrumpir bruscamente sus proyectos a lo Juan Jacobo Rousseau; abandonar la educación de su Emilio y desterrado, emprender de nuevo su vida errante por Europa. Botánico, filósofo, físico, pedagogo y comerciante, según las necesidades, recorre Alemania, Rusia, Turquía, aprende innumerables idiomas, y como durante la travesía la lectura de Robinson Crusoe le conmueve profundamente, decide honrar a Crusoe en su propia persona y ya no se llama Simón Rodríguez, sino Samuel Robinson. En Roma en 1805 se encuentra de nuevo con Bolívar, recibe sus confidencias y una tarde, una de esas maravillosas tardes de Roma, ante el crepúsculo, conversando en el monte Sacro a tal punto se exaltan los dos, que Bolívar se transfigura, en una especie de delirio romántico, toma la ciudad de Roma y toma al sol poniente por testigos y hace su célebre juramento de libertar a la América española. Algunos meses después Bolívar se va, Rodríguez se queda en Europa y durante veinte años no vuelven a verse maestro y discípulo. En 1824 atraído por la gloria del que en todas partes llaman ya el Libertador, Rodríguez decide regresar a América a fin de fundar en las naciones libertadas por su discípulo un gran estado comunista en donde sólo exista la igualdad y la dicha. Para comenzar tiene un proyecto: el de fundar un establecimiento pedagógico. Bolívar le adelanta el dinero necesario. Simón Rodríguez o Samuel Robinson se va al Alto Perú, instala su establecimiento, le hace gran propaganda, obtiene muchos alumnos y lo inaugura caminando por él enteramente desnudo, a fin —decía— de predicar con el ejemplo la vuelta del hombre a la naturaleza. Las familias de sus discípulos se indignan, retiran a los alumnos, quieren procesarlo por inmoral y después de gran escándalo quiebra el establecimiento. Con lo que le resta, abre un comercio de velas en Chile y termina por fin sus días, viejo y pobre, en el pueblecito peruano de Paita a orillas del mar. Allí la casualidad le depara como vecina a Manuelita Sáenz ¹⁹aquella otra gran loca y gran amiga de Bolívar de quien ya hablaremos luego y a quien ya vieja y paralítica seguían llamando en el pueblo "la Libertadora". ¿Qué no se contarían en su decadencia

estos dos viejos originales? Cuando en 1854 moría Simón Rodríguez, veinticuatro años después de Bolívar, su discípulo, la ya vieja Manuela Sáenz encabezó una suscripción entre los señores del pueblo para poder enterrar con decencia a su amigo el pobre filósofo.

Bolívar fue a España por primera vez a los dieciséis años. Allí iba a encontrar muy pronto el primero y el más completo amor de su vida. La partida inesperada de su profesor Rodríguez había interrumpido bruscamente sus estudios. Para terminarlos o hablando más propiamente para comenzarlos en la forma habitual, su tutor lo envió a Madrid a casa de Don Bartolomé Palacios, el cual se hallaba entonces de temporada en España y era hermano de Doña Concepción, la madre de Bolívar. Una vez en Madrid, de la casa misma de su tío, Bolívar iba a encaminarse natural y directamente a la vida familiar del Palacio Real. Mediaron para ello las siguientes circunstancias: Don Bartolomé Palacios era íntimo amigo del granadino Mallo, quien joven, arrogante y lleno de atractivos, era a su vez amigo íntimo nada menos que de la propia reina María Luisa. Esta amistad que era vista con muy malos ojos por el ministro Godoy, entonces omnipotente, daba lugar a muchas murmuraciones. Entretanto muy a pesar de Godoy un grupo de criollos nobles, introducidos por Mallo, frecuentaban la Corte de Carlos IV. Entre ellos se hallaba Bolívar el cual iba a menudo a jugar a la pelota con los infantes, que aunque adolescente y tímido todavía, tenía ya muy fino espíritu de observación. Pudo así ver de cerca el ambiente, poco edificante por cierto, que presentaba aquella familia real, a la cual, él, ingenuamente, desde su casa de Caracas había venerado hasta entonces, lo mismo que todos los suyos, como a una emanación de la Divinidad.

Si bien se mira, a través de pequeños detalles, se llega a la convicción de que aquel primer cambio de vida o sea, la primera permanencia de Bolívar en Europa, fue triste, irritante y deprimente respecto de su propia persona. Adolescente puntilloso y altanero como buen criollo, debió sufrir a menudo en su amor propio. Diga lo que diga la leyenda que lo quiere ver siempre victorioso, dando raquetazos simbólicos en la cabeza del Príncipe de Asturias, el futuro Fernando VII; diga lo que diga esa leyenda, hay un aspecto más cierto y, por más humano, más interesante. Entre los madrileños de su edad, Bolívar no pasó nunca de ser el indiano o el provincianito a quien no se toma mucho en cuenta, al contrario. La adolescencia es brutal. Bolívar, inadaptado al medio se hallaba en la edad ingrata. Pequeño, delgado, tenía la voz atiplada, con el acento dulzón y cantador de los criollos. Es muy probable que sus ímpetus de dominador se recibieran con ironía o burla. Burlarse de todo lo extraño: acento, actitud o modismo es propio de esa edad y es propio de todas aquellas personas que por inflexibilidad de espíritu, o incomprensión, no son capaces de penetrar más allá de su ambiente. ¿Quién que se haya movido

un poco en su vida no ha sentido con mayor o menor intensidad esta helada desadaptación a un medio, producida por razones sutilísimas a veces? Bolívar distó mucho de brillar en Madrid. A la inversa de lo que iba a ser en París, años después, el mundano elegante de la rue Vivienne, el pobre adolescente de Madrid, no debió sentirse nunca satisfecho de sí mismo. Esta influencia negativa y la decepción que le produjo la reina María Luisa debieron pesar mucho en su vocación y determinar ²⁰aquel primer rumbo que en 1802 tomó su vida.

Ausente de Madrid don Bartolomé Palacios, Bolívar cambió de domicilio. Fue a encerrarse en casa de su compatriota el viejo marqués de Ustáriz, hombre de gran cultura que despertó en su alma el ansia de saber, y le facilitó todo género de libros. Encerrado en casa de Ustáriz, aquel prototipo del criollo letrado que tanto abundó en el siglo XVIII, sin ver a casi nadie, Bolívar se entregó con tal ardor al estudio que estuvo a punto de caer enfermo. Junto a sus libros en el aislamiento de su vida interior iba creciendo una pasión romántica. A poco de llegar a España había conocido muy de paso, en Bilbao, a una linda niña caraqueña llamada María Teresa, hija de don Bernardo Rodríguez del Toro y sobrina del marqués del mismo nombre, gran magnate de Caracas y prócer de la Independencia. Enamorado desde Madrid de la dulce Teresa que seguía en ²¹Bilbao, durante muchos meses Bolívar no hizo sino leer, estudiar y pensar en ella. Un trivial incidente debía pronto cambiar su vida y acelerar el ritmo de su amor romántico hasta llegar a la pasión violenta.

Una tarde, paseando a caballo, cerca del puente de Toledo, dos agentes de policía lo detienen sin el menor miramiento. Bolívar, quien pensionado entonces por su tutor, distaba mucho de ser rico, llevaba sin embargo botones de brillantes en sus puños de encaje. Un decreto de Godoy acababa de prohibir tal uso. Por infracción al decreto lo declaran detenido. La verdadera razón es que Godoy sospecha que lleva correspondencia amorosa de manos de Mallo a manos de la Reina y quiere cerciorarse. Indignado, Bolívar se niega a obedecer. Los agentes lo tratan con insolencia, Bolívar se desmonta del caballo, saca su espada y hay un pleito del cual pueden resultar serias consecuencias si no sale inmediatamente de Madrid, cosa que hace por consejo de todos.²² Humillado y furioso se dirige a Bilbao, va a casa de don Bernardo del Toro y le declara que quiere casarse inmediatamente con su hija a fin de embarcarse cuanto antes y no regresar a España más. Don Bernardo trata de calmarlo, le ofrece arreglar las cosas y le pide que espere algún tiempo antes de efectuar el matrimonio. Bolívar mientras tanto ha vuelo a ver a María Teresa y ¡adiós los estudios! ¡adiós también las negras melancolias de Madrid. Ya no se ocupa más que de ella. Todo el fuego de su genio y de su temperamento exaltado se concentra en la que es ya su novia. Es la gran pasión. El resto del mundo se borra de su horizonte y ya no

vive, ya no respira, ya no ambiciona otra cosa que María Teresa. ¿No representa ella, además, en el ambiente hostil del clima desaparecible y personas extrañas que lo rodean, su tranquila casa de Caracas y sus lindos campos de los Valles de Aragua? Allá entre sus siembras, su ganado y sus esclavos ¿no es él acaso mucho más que un dios? Casarse cuanto antes con María Teresa y volar con ella a su hacienda de San Mateo, ya, lo más pronto posible, es la única aspiración de su alma vehemente. Los largos meses de espera que impuso don Bernardo fueron un suplicio que sólo temperaba la esperanza de la unión y del viaje.

Cuando Bolívar se casó tenía diecinueve años. En el colmo de la felicidad, se embarcó hacia La Guaira, y realizó su sueño: vivir en San Mateo al lado de Teresa, la adorada. Pero como dice la vieja canción "sueños de amor duran un día; ²³penas de amor duran toda la vida", Bolívar iba a cantarla llorando durante mucho tiempo, esa vieja canción. A los ocho meses de celebrado el matrimonio, por el zaguán de la casa de los Bolívar salía el entierro de María Teresa, muerta de fiebres perniciosas. Y fue una nueva explosión en el alma de Bolívar. La muerte de Teresa lo desespera y así como antes quería llenar el mundo con su pasión, ahora quiere llenarlo con su dolor. En su frenesí, no sabiendo qué hacer, regresa a España. Va a llevar a la familia de María Teresa algunos recuerdos de ella, y va a llorar en un medio donde comprendan su desesperación y la compartan. Pero a poco de llegar cae en la cuenta de que el ambiente de familia no le da el tono sublime que necesita su dolor y la casa de don Bernardo le ahoga. En su sed de exaltación piensa entonces en su maestro Simón Rodríguez. Se acuerda de que muchas veces paseando por el campo allá, en su hacienda, habían proyectado visitar juntos algún día las más célebres ciudades de Europa. Si, sólo Rodríguez, el sublime, el visionario, será capaz de comprenderlo. Corre por lo tanto a buscarlo. Llega a París y comienza las indagaciones: ¿dónde está Rodríguez? ¿Dónde está Rodríguez? Nadie lo sabe. Por fin, un día, un amigo a quien acaba de conocer llamado Carlos Montújar, lo informa de que Simón Rodríguez ya no existe, pero de que en su reemplazo puede encontrar a Samuel Robinson quien se halla en Viena entregado a la química. Trabaja en el laboratorio de un sabio alemán. Bolívar sale inmediatamente hacia Viena y encuentra ¡por fin! a su querido Rodríguez, transformado en Robinson, rodeado de fórmulas, sales, ácidos y probetas. Pero ¡ay! ¡pobre Bolívar! Su poema de dolor infinito con el cual hubiese querido hacer estremecer el mundo entero iba a sufrir una nueva decepción. Robinson le oye y casi no se exalta. ¿Qué? ¿La muerte de una persona? Es una cosa normal de la naturaleza. Ya no le queda pues al desesperado otro recurso que buscar él también la muerte. Así lo hizo. De la muerte lo vino a sacar, sin saberlo, su amigo, el nuevo Robinson, en una forma inesperada y pintoresca. Oigamos cómo cuenta el propio

Bolívar el proceso de su hundimiento y de su resurrección. Lo hace en una carta dirigida a su prima Fany de Villars. El tono patético de esta carta es muy gracioso y es un documento sobre la formación romántica de Bolívar: tanto él como Rodríguez se mueven en ella, no como personajes de la vida, sino como personajes de los libros de entonces.²⁴ En ella como en casi todas las cartas de Bolívar, se siente viva la influencia del *René* de Chateaubriand, entonces tan de moda, y que él mismo parecía encarnar.

Yo esperaba mucho [escribe Bolívar en 1804 narrando su entrevista en Viena con Rodríguez], yo esperaba mucho de la sociedad de mi amigo, el compañero de mi infancia, el confidente de todos mis goces y penas, el Mentor cuyos consejos y consuelos han tenido para mí tanto imperio. ¡Ah! en esta circunstancia fue estéril su amistad. El señor Rodríguez sólo amaba ya la ciencia. Lo hallé ocupadísimo en un gabinete de química que tenía un sabio alemán. Apenas logro verlo una hora al día. Cuando me reúno con él me dice de prisa: "Mi amigo, diviértete, reúnete con los jóvenes de tu edad, vete al espectáculo, en fin, es preciso distraerte. Este es el solo medio de que te cures". Comprendo entonces que le falta alguna cosa a este hombre, el más sabio, el más virtuoso y sin que haya duda, el más extraordinario que se puede encontrar. A fuerza de sufrir caigo muy pronto en un estado de consunción y los médicos declaran que voy a morir. Era lo que yo quería...

Después de relatar las peripecias de su grave mal de amor y de romanticismo, sigue contando a su prima cómo volvió a la vida:

Una noche [dice] en que todavía débil podía sostener una conversación, Rodríguez vino a sentarse cerca de mi cama. Me habló con esa bondad afectuosa que me ha manifestado siempre en las circunstancias más graves de mi vida. Me reconvinó con dulzura y me hizo conocer que era una locura el abandonarme y querer morir en la mitad del camino. Me hizo saber que existía en la vida del hombre otra cosa que el amor de una mujer y que podía ser muy feliz dedicándome a las ciencias o entregándome a la ambición. Me persuadió como lo hace siempre que quiere... La noche siguiente exaltándose mi imaginación con todo lo que yo podría hacer, sea por las ciencias, sea por la libertad de los pueblos, lo llamé y le dije: sí, sin duda, siento que puedo volver a la vida y lanzarme en brillantes carreras, pero sería preciso que fuese rico. Sin medios de ejecución no se alcanza nada y lejos de ser rico soy pobre y estoy enfermo y abatido. ¡Ah, Rodríguez, prefiero morir! Y le di la mano para suplicarle que me dejara morir tranquilo. De pronto se ve en la cara de Rodríguez una ²⁵revolución súbita. Levanta los ojos y las manos al cielo exclamando con voz inspirada: ¡Se ha salvado! Se acerca de nuevo a mí, me toma las manos y pregunta: Mi amigo ¿si tú fueras rico consentirías en vivir? Di... Respóndeme. Quedé irresoluto: no sabía lo que esto significaba; respondo: sí. ¡Ah! exclama él, entonces estamos salvos. ¿El oro sirve pues para cualquier cosa? Pues bien, Simón Bolívar, eres rico, has heredado, tienes actualmente cuatro millones.

El aviso de esta herencia que le legaba un tío se había recibido cuando Bolívar se hallaba enfermo sin conocimiento. Ocupado con su probetas Samuel Robinson había olvidado en absoluto darle tan trivial noticia. Al escucharla, Bolívar dio un salto sobre la cama. Ya estaba bueno y sano. Aquella inyección de cuatro millones lo había curado. Pero sólo le curaba el cuerpo. El espíritu como en la vieja canción quedaba dolorido todavía.

No se equivocó Simón Rodríguez al decir que los cuatro millones de Bolívar iban a servir para algo. Ellos lo condujeron hacia su prima Fany de Villars, la gran inspiradora, la que le mostró su camino, le reveló su genio y le dio por medio de detalles, a veces insignificantes, aquella magnífica confianza en sí mismo, que debía crecer en Bolívar con la violencia de un incendio.

El amor de Fany no fue la pasión que absorbe y que anula. No. Amor templado y risueño, amor de París, hizo de Fany más que la amante, la amiga, la consejera, la iniciadora. Gracias a sus relaciones y a su don de gentes, de su salón de París le tiende una mano a Bolívar y lo hace subir sobre una especie de plataforma. La del París granado de entonces. Desde allí él contempla toda su época, como se contempla un panorama, avalúa bien sus fuerzas, se traza su destino y emprende su vuelo.

Cuando Bolívar habla de su amor por Teresa del Toro asegura que de no haber muerto ella, él, no hubiera salido nunca de los límites trazados por aquel idilio de su adolescencia. Dafnis y Cloe de los Valles de Aragua, hubieran terminado en Filemón y Baucis de la hacienda San Mateo. Encauzado dentro del matrimonio al final de su vida —afirma el mismo Bolívar— habría aspirado quizás a la alcaldía del pueblecito cercano. Hay personas que rechazan esta suposición. A mí me gusta creerla porque me parece verosímil y porque me parece muy dulce pensar que en la monotonía de la vida, cuando menos lo imaginamos, pasa tal vez a nuestro lado un alma genial a quien un profundo amor la hizo olvidarse de sí misma y la puso a caminar dentro del gran rebaño.

Fany de Villars era Aristeigueta por su madre y prima por lo tanto de Bolívar. Casada con un francés, el conde de Villars, tenía en París —como tuvo años más tarde aquella otra criolla cubana, la encantadora condesa de Merlin—, Fany tenía en París uno de los más elegantes salones del tiempo del Consulado. Era la época de Chateaubriand, de Eugenio de Beauharnais, de madame Récamier, de Talma, de madame de Staël, de Humboldt y de Talleyrand. Todos éstos iban al salón de Fany, la linda criolla parisiense, todos la invitaban, todos la celebraban. Sobre las convulsiones de la Revolución Francesa, bajo el ritmo acelerado de Napoleón, comenzaba a nacer el Romanticismo. Era una ráfaga que parecía venir de aquí, de América, traída por Chateaubriand y a la cual el extraordinario viaje del barón de Humboldt por las regiones equinocciales acababa

de dar nuevo impulso y nuevas alas. El momento no podía ser más propicio a Bolívar, el prototipo del romántico por excelencia. A más de tener el fuego y la grandilocuencia del Romanticismo, por su origen, por la finura de su tipo y por su tristeza prematura parecía reencarnar al héroe recién llegado de la selva americana. Al verle venir de Alemania tan joven, tan triste y tan rico, Fany lo avaloró con una sola ojeada y decidió abrirle las puertas del éxito. Después de haber sido el Emilio de Rousseau gracias a Simón Rodríguez, iba a ser ahora, gracias a Fany, el René de Chateaubriand. Todo contribuía a la transformación. Instalado en un elegante apartamento de la rue Vivienne, el viudo de Teresa del Toro comenzó a ser, gracias a los consejos de Fany, uno de los más refinados y más interesantes jóvenes de aquel París de entonces, de aquellos que se paseaban por las galerías del Palais Royal, oían a Talma, repetían los retruécanos de Brunet, se hacían retratar por David y se enamoraban platónicamente de madame de Récamier o de Paulina Borghese. Pródigo, elegante, festejado de todos, Bolívar se dio a llevar una vida de príncipe. Perdía al juego cantidades fabulosas, prestaba dinero a sus amigos, hacía regalos suntuosos, fue rival de Eugenio Beauharnais a quien desafió por amor a Fany, se puso de moda y lanzó su sombrero, su célebre "*Chapeau Bolívar*" cuyos bordes levantados inventó sin duda la misma Fany.

Los que viviendo en París y teniendo dotes de talento, de cultura, de originalidad o de fortuna, se quejan del chauvinismo francés, o no tienen tales dotes, o no han encontrado aún a su Fany de Villars, la animadora, la consejera de los pequeños detalles. París que sabe ser tan grave es siempre frívolo, y no hay mejor recomendación que la que da de viva voz con una sonrisa una mujer bonita.

El éxito mundano embriagó a Bolívar sin curarlo. Una vez obtenido ya no le interesó más. Su tristeza continúa. El lujo, los elogios, los placeres le dejan un profundo hastío. Hace continuos ²⁶viajes para distraerse, regresa a París y ¡nada! En el fondo de su alma se ha arraigado la inquietud de los insatisfechos. Así se lo escribe él mismo a Fany, la inspiradora, a quien en sus cartas de amor llama Teresa como homenaje de fidelidad a la muerta adorada. "El presente no existe para mí —le escribe un día recién llegado de Londres—, el presente es el vacío completo. Apenas tengo un pequeño capricho lo satisfago al instante. ¡Ah! ¡Teresa esto será el desierto de mi vida!... París no es el lugar que puede poner término a la vaga incertidumbre de que estoy atormentado".

¿Conque no le basta el éxito, la admiración y los honores? ¡A buscar pues otro objetivo! y Fany, la nueva Teresa, lo pone en su camino de Damasco al presentarlo y recomendarlo al barón de Humboldt. Gracias a su insistencia Humboldt y Bolívar se hacen amigos. En el curso de la amistad Humboldt va a descubrirle su patria americana como Fany le ha descubierto su genio y sus dotes de triunfador. El

ilustre alemán que en un viaje de cinco años a través de las regiones equinociales acaba de causar una verdadera revolución en las ciencias naturales y en la geografía del mundo, le relata con entusiasmo indescriptible las riquezas y maravillas que encierran aquellos países inexplotados. Habla del porvenir que los espera, de la necesidad absoluta de su emancipación. Describe conmovido los atractivos de la sociedad criolla tan ingenua y tan amable. Su calidad de extranjero le ha hecho apreciar mejor el encanto de aquella sencillez y de aquella gracia indolente y generosa. Habla también del movimiento intelectual que ha apreciado entre los criollos. Hay centros de avanzada cultura como Bogotá y México. Ha conocido a poetas como Bello y sabios como Mutis y Caldas. Tanto le complace la vida fácil y sonriente de aquellos países, verdaderos paraísos terrenales, que algún día, si las circunstancias se lo permiten, piensa trasladarse allá a terminar su vida.

Bolívar lo escucha asombrado. Una luz milagrosa lo ilumina. La fe y el entusiasmo van creciendo en su alma a medida que intima con el sabio. ¡Qué lejos se ha quedado ya aquella impresión deprimente por su patria y por su persona del pobre indiano adolescente de Madrid!

Un día, poco después de la coronación de Napoleón en la cual Bolívar a pesar de haberla desaprobado ha sentido el delirio de la gloria, a poco de aquella ceremonia celebrada en Notre Dame, va a visitar a Humboldt. Como al hablar de nuevo sobre la emancipación de la América Española Humboldt dijese: "Veo la obra pero no veo al hombre capaz de realizarla", con el recuerdo aún vivo de la Apoteosis de Napoleón, Bolívar, el terrible ambicioso de veinte años, guardó silencio, pero se contestó a sí mismo: ²⁷"Ese hombre seré yo."

Y desde ese día se acabó París. Entre lágrimas y suspiros se despidió de Fany, la única confidente de su empresa, se fue a Italia, se acercó de nuevo a Humboldt que se hallaba en Nápoles, acompañado por Simón Rodríguez fue a pie hasta Roma, pronunció su juramento del monte Sacro, volvió a despedirse de Fany en una larga, dolorida carta y ungido por ella se embarca definitivamente hacia La Guaira, es decir hacia uno de los más bellos destinos que haya tenido en la Historia hombre ninguno.

Para hablar de la influencia que en la vida heroica de Bolívar van a tener ahora las mujeres se necesitaría por lo menos escribir un libro entero. Tierno y apasionado no son sólo sus grandes amores los que le impulsan, es también el cariño, la piedad y el espíritu de protección hacia sus allegadas o sus simples amigas. Los aplausos de las mujeres que en todas las capitales de América lo aclaman y lo adornan como un dios lo embriagan de orgullo y de felicidad. Después de sus grandes victorias piensa con entusiasmo de adolescente en tal o cual baile que va a darse en su honor, en las mujeres que van a asistir a él; cambia todo un plan de batalla por acudir a una

cita; después de haber caminado frente a su ejército de la mañana a la noche, baila hasta que apunta el día y la presencia de cualquier mujer bonita aunque no la conozca lo llena de alegría. En la intimidad de la familia atiende sonreído a las amonestaciones de aquella hermana María Antonia que tiene sus mismos arranques y su mismo don de mando y un día de gran triunfo, en 1827 cuando entrando a Caracas bajo palio, después de un larga ausencia, lo aclama la multitud delirante, como viera asomar allá a lo lejos a su nodriza la negra Matea Bolívar, quien con su blanco paño de esclava por la cabeza, llorando de emoción le manda besos, él, se detiene, hace parar todo el cortejo, atraviesa la multitud y corre a abrazar a su negra vieja.

Doña Manuelita Sáenz, a quien el mismo Bolívar llamó la libertadora del libertador por haberle ella salvado la vida en dos ocasiones, es el último, el más accidentado y el más pintoresco de los amores de su vida. ¡Qué lejos por el tiempo y el carácter queda esta extraordinaria doña Manuelita de aquella apagada Teresa del Toro, tipo de la clásica criolla romántica que pasa en la vida sin dejar más huella que el dolor producido por su muerte! No siendo posible mencionarlá todas, luego de hablar de las dos primeras hablaré, brevemente, no se asusten, del último amor de Bolívar.

La figura de doña Manuelita es en extremo interesante no sólo por su lado pintoresco sino porque representa, si bien se analiza, el caso de la protesta violenta contra la servidumbre tradicional de la mujer a quien sólo se le deja como porvenir la puerta no siempre abierta del matrimonio. Mujer de acción, no pudo sufrir ni el engaño ni la comedia del falso amor. Hija de la revolución, no escuchó más lenguaje que el de la verdad y el del derecho a la defensa propia. Fue la mujer *après guerre* de la Independencia. Predicó su cruzada con el ejemplo sin perder tiempo y sin dejar escuela.

Nacida no se sabe si en el Ecuador o en la Argentina o en el Alto Perú, de una familia distinguida y rica, doña Manuelita que era muy linda y muy joven se había casado siendo casi niña con un inglés a quien nunca había querido y quien la aburría de muerte. Un día vio desde un balcón a Bolívar que entraba victorioso en Quito, se enamoró de él y sin más ni más decidió ante sí misma divorciarse de su inglés y casarse con Bolívar. Entonces no existía el divorcio. No hubo por lo tanto ni abogados, ni proceso, ni ceremonia matrimonial, pero tampoco hubo engaño ni escondite. Doña Manuelita participó su resolución a todo el mundo, al inglés el primero. El inglés aceptó la decisión con tristeza resignada. Como era de esperar el resto de la gente se escandalizó. Casi todas las contemporáneas de doña Manuelita la rechazaron indignadas. Lo hacían por natural espíritu de conservación social y dentro de su criterio tenían razón. Pero doña Manuelita no se amedrentó por eso. Nacida y criada en plena guerra pensó, no sin cierta lógica, que si se atacaba impunemente el quinto mandamiento: "no matarás", bien se podía atacar la indisolubilidad

del matrimonio en un caso como el suyo. Y la atacó de frente ella sola, lanza en ristre y pistolas al cinto como solía hacer siempre que se urdía alguna intriga contra Bolívar o contra ella. Dicen algunos que doña Manuelita actuó así porque era atea o librepensadora. Yo creo al contrario que cuando a caballo, vestida de hombre, escoltada por dos negras valientes y ecuestres también, que le servían de edecanes, cuando escoltada así por sus dos negras se lanzaba a la pelea, allá en el fondo de su conciencia, recordando al inglés, al mismo tiempo que desafiaba la muerte desafiaba el infierno, lo cual es el colmo del heroísmo.²⁸

He aquí el retrato que hace de ella uno de sus contemporáneos:

Cuando la conocí [dice] contaría unos veinticuatro años. Tenía los ojos negros, atrevidos, brillantes, la tez blanca como la leche, la estatura regular y de muy buenas formas. De extremada viveza era generosa con sus amigos y caritativa con los pobres. Muy valerosa, sabía manejar la espada y la pistola, montaba a caballo, vestida de hombre con pantalón rojo, ruana negra de terciopelo y sueltos los rizos que se desataban a su espalda debajo de un sombrerillo con plumas que realzaba su figura encantadora.

Por lo visto, a medida que aumentaban sus proezas, doña Manuelita iba militarizando más y más su vestido. Le añadía colores y le cosía nuevos galones. Digo esto porque Palma cita otro retrato hecho poco después por un segundo testigo en el cual aparece con dolmán rojo, botones amarillos y brandeburgos de oro.

Sea como fuere es lo cierto que con su uniforme, su lanza, su caballo y sus negras ecuestres, que se llamaban Natán y Jonatás, doña Manuelita dio mucho que hacer a los gobiernos del Perú y de Colombia ²⁹cuando éstos terminada la Independencia se declararon hostiles a Bolívar. Al ausentarse él y presentarse la menor ocasión, doña Manuelita, que se creía obligada a guardarle las espaldas, aprovechaba la oportunidad y hacía una salida lanza en ristre a lo Don Quijote. Estas salidas casi nunca tuvieron éxito, pero ella, sin desanimarse, continuaba al acecho. Por evitarse desasosiegos lo mismo el gobierno del Perú que el de Colombia acabaron por desterrarla.

En el fondo doña Manuelita tenía siempre razón. Era la época triste de Bolívar, la de la gran cosecha de ingratitudes, el calvario, los últimos años tan amargos de su vida. Sus proyectos de unión y de concentración estorbaban los pequeños intereses. Disuelta la Gran Colombia, anarquizada su obra, lo acusaban por todas partes de tiranía y de autocracia. Al ausentarse, de un país a otro estallaban revueltas contra él. Era lo que sulfuraba a doña Manuelita y la decidía a entrar en escena.

En Lima en 1827 tuvo lugar la traición de Bustamante dirigida naturalmente contra Bolívar, quien acababa de salir para Colombia. Advertida a tiempo, doña Manuelita corrió a un cuartel, hizo reac-

cionar a un batallón, pero fracasó en su intento y el gobierno que surgió del cuartelazo la desterró del Perú.

Durante varios años vivió entonces ³⁰aquí en Bogotá, en la Quinta Bolívar al lado de éste, rodeada de honores que le dispensaban todos los grandes hombres del día quienes la trataban como a la mujer legítima de Bolívar. Las señoras se mostraban más esquivas, pero doña Manuelita no se alarmaba por eso. Opinaba que la conversación de las mujeres era por lo general menos interesante. En la célebre noche del 25 de septiembre en que un grupo de conjurados, como saben todos ustedes, asaltó la casa para asesinar a Bolívar, doña Manuelita, que con intuición admirable comprendió de lo que se trataba, lo hizo huir por una ventana. Armada con una pistola salió después ella misma al encuentro de los conjurados, les abrió la puerta y logró despistarlos sobre el rumbo que al escapar había tomado Bolívar. Desde aquella noche, la llamaron y se llamó a sí misma La Libertadora.

Durante una de las ausencias de Bolívar, como Santander, vicepresidente entonces de Colombia, se condujese en forma que ella juzgó malevolente para con el ausente, decidió dar una gran fiesta a la que invitó a las personas más notables. La fiesta comenzó por el fusilamiento del propio Santander en la persona de un muñeco de trapo fabricado por ella al efecto. Después del fusilamiento hubo baile hasta la madrugada. Aquella ceremonia irrespetuosa contra el propio vice-presidente, seguida de baile, produjo gran escándalo. El escándalo recayó naturalmente sobre Bolívar el cual tuvo que desaprobar lo ocurrido públicamente. Por razón de estado escribió una carta fulminante en que llamaba a la fiesta en general acto torpe y miserable y en la que trataba de excusar a doña Manuelita llamándola con propiedad y cariño la amable loca. Pero por el mismo correo le escribió una carta a doña Manuelita en la que poco más o menos le decía que era ella la mujer más graciosa y más simpática que había conocido en su vida.³¹

Otro día, estaba ya Bolívar muy enfermo, se celebraba la fiesta de Corpus. En la plaza mayor de Bogotá se habían preparado fuegos artificiales con figuras grotescas. Encerraban grandes sorpresas. Todos las esperaban con entusiasmo. A la caída de la tarde vienen a advertir a doña Manuelita que entre dichas figuras hay un señor Despotismo y una señora Tiranía que son en realidad su propia caricatura y la de Bolívar. ¡Ah! ¿conque el Despotismo y la Tiranía? Está bien, que se esperen un momento ellos y la fiesta. Poseída al instante por una ráfaga de revancha destructora, mandó a ensillar, se puso los pantalones, el dolmán con todos sus galones, cogió la lanza, las pistolas y calle arriba, a trote largo, seguida por Natán y Jonatás, llegaron a la plaza y arremetieron las tres contra la piro-técnica. Todo quedó hecho añicos, en la oscuridad de la noche no brilló ni una sola de las ingeniosas alegorías. El general Caicedo,

presidente entonces de Colombia, decidió hacerse el ciego e impidió que se procediese contra doña Manuelita. Al día siguiente, un periódico demagogo amanecía bramando contra la debilidad de Caicedo:

Una mujer descocada [decía el periódico], que se presenta en el traje que no corresponde a su sexo y que hace vestir lo mismo a sus dos criadas insultando el decoro y burlando las leyes se presentó ayer en la plaza pública, atropelló los guardias que custodiaban el hermoso castillo de fuegos artificiales y rastrilló una pistola declamando contra el gobierno, contra el pueblo y contra la libertad. La sola presencia de esa mujer forma el proceso de la conducta de Bolívar...

Y aquí rayos y truenos contra el Presidente Caicedo quien entrado de lo ocurrido lejos de encarcelar a la agresora había ido galantemente hasta su casa con el fin de tranquilizarla y darle explicaciones.

Muerto Bolívar en el aislamiento y en la miseria como todos sabemos, el dolor de doña Manuelita no calmó en absoluto sus arrebatos vengadores. Los primeros tiempos de su viudez fueron por el contrario sumamente tempestuosos. Ahora más que nunca se creía obligada a defender su ausente. Como la sombra de Bolívar que la inmunizó hasta entonces no se proyectaba ya sobre ella, el gobierno colombiano resolvió libertarse a toda costa de La Libertadora y se le participó con muy buenos modos que estaba desterrada. Doña Manuelita dio por no oída la participación y declaró que no saldría de su casa bogotana, donde la rodeaban tan queridos recuerdos del pasado, sino cuando estuviera muerta. El gobierno insistió en su determinación. Doña Manuelita en la suya. Le manifestaron que se verían obligados a recurrir a la fuerza y le fijaron un plazo. Terminado el plazo doña Manuelita se declaró enferma y se metió en cama con dos pistolas mientras Natán y Jonatás, armadas hasta los dientes, le guardaban las puertas. Cuando llegó la justicia y vio los aprestos de resistencia, temerosa de que hubiese sangre, regresó a deliberar con el ministro y con el Presidente. Después de muchos conciliábulos y de mucho ir y venir se decidió prender a las dos negras por sorpresa y desterrar a doña Manuelita con cama y todo. Tendida como los muertos, con los pies por delante, salió de su casa en camilla, para no regresar más. Recordaba siempre la imagen alegórica y la tenía a mucha honra. Una vez lejos de la casa pidió su caballo para seguir el viaje y se dirigió por Cartagena al pueblo de Paita donde debía quedarse hasta el final de su vida. Allí guardó su larga viudez y sólo existió ya para recordar con unción el pasado. Pobre y desvalida tuvo que trabajar para sostenerse y hacía jarabes medicinales que una de sus negras salía a vender por el pueblo. A poco de su destierro murió en el Ecuador Mr. Thorne, su marido, quien con generosidad sajona la había absuelto porque quizás la había comprendido. La absolución llegaba hasta el punto de nombrarla única heredera de su fortuna. Doña Manuelita juzgó que aceptar aquella herencia era

contrario a su dignidad y a la fidelidad que merecía el recuerdo de Bolívar. Renunció por lo tanto a la fortuna de Mr. Thorne y siguió haciendo jarabes.

En Paita la encontró como hemos visto Simón Rodríguez. En Paita la visitó Garibaldi. En Paita alcanzó a conocerla don Ricardo Palma quien la describe ya muy vieja, sentada en su sillón de paralítica, a un lado del patio en su modesta casita de bahareque. A veces, cuenta Palma, alguien que venía a verla o a comprar jarabe preguntaba desde la puerta de entrada:

—¿Está aquí La Libertadora?

—Adelante ¿qué quiere con La Libertadora? —contestaba ella desde su silla de ruedas.

Llevando así con orgullo hasta la vejez su título de Libertadora, doña Manuelita aparece como el tipo de la mujer fuerte. Personal y rebelde se fabricó ella misma su código de moral y dentro de él fue consecuente y fiel hasta la muerte. Algunos hallarán paradójica esta afirmación tan contraria a la opinión corriente y habrá quien se escandalice por ella. Pero que aquel que estando en la miseria sea capaz de renunciar a una herencia por rendir culto a un recuerdo, que le tire a doña Manuelita la primera piedra.

PREÁMBULOS, AGRADECIMIENTOS Y DESPEDIDA

AGRADECIMIENTO Y PREÁMBULO A LA LECTURA DE LAS CONFERENCIAS EN BOGOTÁ*

DESPUÉS de las palabras dichas hace un instante por el señor Nieto Caballero, siento más que nunca este desamparo en que nos deja en la vida el hecho de no poder improvisar rápida y fácilmente. Su disertación tan brillante y tan generosa para la causa de las mujeres y para mi propia persona merecía como continuación algo más actual y más vivo que la monotonía de estas páginas ya leídas y escuchadas con mucha bondad una vez. En mi improvisación, a más del agradecimiento, hubiese quizás habido réplicas y contra ataques a tanta galantería. Pero por lo visto era mi sino en Bogotá el de recibir toda clase de dones sin poder retribuirlos. Resignada como los pobres ante la avalancha de generosidad, sólo me queda el recurso de delatar en público a los que contribuyeron a desprender en el corazón de ustedes esa avalancha tan dulce y tan temible, a fin de que en adelante estén prevenidos contra ellos: ¡Fueron los periodistas! Además del maestro Arciniegas, amigo de toda mi vida que no necesita de mis labios calificativos ni elogios, fueron muy especialmente, esos dos grandes encendedores de entusiasmo, glorias muy representativas y muy puras de la Colombia de hoy: el señor Nieto Caballero, y el señor Eduardo Santos.

Son los grandes periodistas los que en nuestra época dominan el mundo, al enviarnos todos los días en sus cuartillas escritas con la vehemencia y la fe de los que creen y esperan, el pan de nuestra propia opinión. Ellos mandan y hay que obedecerlos. Obediente por naturaleza no me queda pues otro recurso que el de dar sencillamente las gracias a ellos por la semilla de entusiasmo que pusieron en el corazón de ustedes, y gracias a ustedes por haberlas dejado crecer con tal abundancia de flores.

Y como el tiempo apremia y son muchas las páginas por leer comienzo obediente a pasar por mi voz como un disco en un fonógrafo, mi dos veces vieja historia de las mujeres dolorosas.

Como les conté hace apenas algunos días, esta visita a Colombia me estaba dando llamadas al corazón desde hace ya mucho tiempo.

* Documento mecanografiado en el reverso de una hoja de papel tamaño carta con el membrete de la *Pensión Augusta*, Bogotá. Palabras que Teresa de la Parra leyó en Bogotá al reiniciar el ciclo completo de lecturas.

DESPEDIDA LEÍDA EN BOGOTÁ AL CONCLUIR EL CICLO DE CONFERENCIAS*

Señores:

Antes de despedirme, antes de decirles como entre amigos íntimos, como entre personas que viven en la misma casa: hasta luego; hasta cada rato; quiero darles de nuevo las gracias. No tanto por los honores y por el cariño con que me han colmado; sino por el tesoro de ensueño que me han regalado para la soledad y que me llevo. Las ciudades queridas como ésta crecen y florecen en la ausencia. El alma verdadera de las cosas, demasiado sutil para descubrirla con los ojos materiales vuelve a visitarnos silenciosamente en los países extraños, entre la sombra de los paisajes grises, durante los ratos de dulcísima nostalgia. A la inversa de lo que suele ocurrir en las comunicaciones espiritistas en las cuales, los grandes muertos llegan de su país misterioso para contarnos como a niños asombrados relatos pueriles de palabras deshilvanadas; el alma de las ciudades queridas y lejanas reaparece al contrario nimbada de luz y nos murmura, quedísimo, secretos inefables que desconoce la voz, y no traducen las palabras.

Al despedirme de ustedes y de Bogotá no quiero evocar ahora el desgarrón del tren que se aleja, ni la tristeza que levantan las manos amigas cuando vuelan y revuelan un momento antes de borrarse en la distancia o perderse bruscamente en la interrupción de la primera curva. Quiero evocar por encima de todo eso, mucho más allá, la alegría mansa y fina con que esas manos han de resurgir para invitarme a la vuelta. ¡Cuánto he de recordarlas y quererlas desde Europa! Ellas me ayudarán a recoger pacientemente, mi ramito de flores del campo, el que se recoge en las excursiones para el amor del regreso. Obedeciendo a sus llamadas siento que volveré muy pronto, no para esas confidencias de la vejez, de que antes hablé, sino para otra entrevista muy cercana llena de alegrías y de sorpresas, para ser entre ustedes, no la huésped de honor que ha pasado en el vértigo de estos días, sino que volveré con mi bautismo y vestido blanco de bogotana que me han regalado ya, y que ha de imprimirme indeleble carácter. Entonces, como esas indias humildes que he visto cruzar por las esquinas de los barrios pobres, embozadas en su paño oscuro, con su paso acelerado y corto y la carga doblándoles de resignación la espalda; o como las devotas mañaneras embozadas también y también cargadas por quién sabe qué fardo de ideales de amor ya marchitos o muertos, como las indias humildes y las devotas mañaneras vagaré a mi regreso por Bogotá pidiéndole a calles e iglesias mi limosna de añoranza y de alimento lírico. Podré así dialogar largo con las sombras de los que ya se marcharon,

* Documento mecanografiado en dos hojas de papel tamaño carta, con correcciones autógrafas.

de los que al pasar de los días fueron dejando caer, generosos, esta herencia de hospitalidad noble y fecunda que comparten ustedes con los caminantes y con los peregrinos de sus alturas.

Gracias por ella; gracias por los brillantes honores recibidos, pero gracias mil veces y sobre todo por esa cosecha ideal que he de segar desde lejos y que volveré a traerles pronto como el modesto obsequio de una campesina, cuando en la sonrisa del saludo, les repita lo mismo que al amanecer de una noche corta, llena de estrellas y de lindos sueños, otra vez: ¡buenos días!

AGRADECIMIENTO Y PREÁMBULO A LA CONFERENCIA LEÍDA EN BARRANQUILLA*

Señores:

Antes que nada, muy brevemente, quiero darles las gracias a todos por el recibimiento triunfal que me han hecho y por la emoción inolvidable de la llegada, ayer, cuando al bajar del avión después del largo viaje maravilloso que el calor de la hora había ido caldeando, caí en Barranquilla, como en un verdadero oasis de cariño y de flores: las que me llevaban fraternalmente mis queridas hermanas de Barranquilla. Esas mismas flores renacieron de noche bajo mi ventana cuando comenzaba mi sueño y vinieron a conversarme de amor en una serenata improvisada y encantadora que me daba un grupo de señoritas y de jóvenes barranquilleros. ¡Cuánta gracia en la gentil sorpresa! Tales flores musicales al volar en la brisa y llegar hasta mi cama me hicieron olvidar en un momento mis fatigas de viajera. Durante una hora sólo viví con el alma conmovida hasta las lágrimas de ternura y de añoranza. En el ramillete ideal habían escogido con delicadeza infinita las más puras expresiones de mi cariño: el himno de Venezuela y el de Colombia; el delicioso *raconto* de Mimí en Bohemia, ecos de ese París en donde vivo y que me espera y por fin la canción *Mi nostalgia* es decir la mía, la que me llevaré siempre prendida en el alma, cuando me aleje de Colombia, la que todos los segundos, como el tic tac de un reloj, me llamará al regreso. ¡Mi nostalgia! el único tesoro silencioso con que podré ya pagar eternamente esta gran deuda de cariño que les debo a todos.

Y ahora, pidiéndoles perdón por este encierro y por la monotonía de las palabras —en Barranquilla la mejor conferencia será siempre la brisa bajo las estrellas en la noche, tan cargada de enseñanzas de amor y de alegría!— ahora, luego de pedirles perdón por ese cambio de oro en cobre, voy a contarles que este viaje a Colombia me estaba dando llamadas al corazón desde hace...

* Documento manuscrito en el reverso de dos hojas de papel tamaño carta con el membrete del *Hotel del Prado*, Barranquilla.

AGRADECIMIENTO Y PREÁMBULO A LA LECTURA DE LAS
CONFERENCIAS EN MEDELLÍN*

Ya contemplo con el alma la visión maravillosa del regreso. No será, estoy segura, por medio de trasbordos que retardan el impulso del primer saludo sino directamente, desde el vapor hasta aquí, por ese camino ya comenzado, que ha de unir muy pronto a Medellín con el mar y que será el mejor símbolo de esta ciudad trabajadora y galante que ofrece la hospitalidad y llama al progreso no con vanas palabras sino con hechos cumplidos y duraderos.

Veré también entonces, así lo espero, cubierta de flores y transformada en paseo público, esa preciosa colina de Nutibara, corazón de la ciudad futura, esa colina que con hermosas palabras llamó ayer don Ricardo Olano uno de los infatigables embellecedores de Medellín: "verde esmeralda que se levanta entre la vegetación oscura de la Vega".

Esperando ese día del regreso, lleno de gloriosas realizaciones, quiero mientras tanto dar a todos ustedes las gracias. Quiero darlas muy especialmente a esos cumplidos representantes de la caballerosidad antioqueña: a don Ricardo Greiffestein, a don Ricardo Olano, a don Alfonso Castro, y a todas sus señoras, quienes me mostraron mi camino de peregrina por la ciudad y por sus alrededores. Quiero darlas también a los periodistas por sus gentilezas y quiero darlas por fin a todos y cada uno de ustedes, no tanto por los honores recibidos sino por el cariño fraternal con que me los han ofrecido, y por esa cosecha ideal que me han sembrado en el alma y que volveré a traerles como el modesto obsequio de una campesina cuando al asomar de nuevo a este valle familiar y mío, les repita el saludo de nuestro primer encuentro: otra vez y por muy largo tiempo: ¡buenos días, hermanos!

PREÁMBULO A LA LECTURA DE LA SEGUNDA CONFERENCIA EN MEDELLÍN**

Señores:

A petición de algunos amigos voy a repetir una de mis conferencias: la que trata de las mujeres místicas y soñadoras que formaron nuestro espíritu y vivieron hasta fines del siglo pasado. Yo hubiera querido hablar de algo más actual: de mis impresiones tan diversas y sorprendentes recogidas en Medellín. Desgraciadamente no tengo el don exquisito de la improvisación espontánea. Como esas impre-

* Documento manuscrito en el reverso de dos hojas de papel tamaño carta con el membrete del *Hotel Bristol*, Medellín.

** Documento manuscrito en el reverso de una hoja para telegrama del *Hotel Bristol*, Medellín. Según estas palabras, Teresa de la Parra repitió en Medellín la segunda conferencia.

siones han de ser duraderas volveré a traerlas algún día. Ojalá pudiera expresar entonces el bienestar interior que me ha producido esta ciudad sonriente. Esperando a que llegue ese día, vuelvo por gracia de la bondad de ustedes a repetir estas palabras dos veces viejas.

AGRADECIMIENTO Y PREÁMBULO A LA CONFERENCIA LEÍDA EN
CARTAGENA DE INDIAS*

Señores:

Después de dar las gracias a mi amigo el señor Fernando de la Vega por las gentiles palabras con que al presentarme aquí, predispone a mi favor la indulgencia y la cordialidad de ustedes, quiero darlas a los periodistas y escritores por la abundancia de su generosidad y quiero darlas a todos y cada uno de Uds. no sólo por el recibimiento de cariño que me han hecho, y por su asistencia aquí, sino por el divino regalo espiritual que guardan encerrado en el ambiente de esta ciudad bendita y que recibí al llegar como un nuevo bautismo, como una gracia inesperada del cielo.

Esta linda y querida Cartagena de Indias, con sus rejas y balcones salidos a la calle, como cabezas amigas que saludaran sonriendo al recién llegado; con sus murallas nobles, con sus tejas florecidas de años, debe ser para todos los buenos hispanoamericanos, un lugar sagrado de peregrinación y de fe en el porvenir.

Ella, en la gracia de su silencio nocturno, acariciado de luna y de brisa del mar, puede hacer grandes milagros de unión. Mucho más que los Congresos panamericanos o que las propagandas de prensa, esta Cartagena de Indias, inmóvil en el tiempo, predica con su expresión de ternura, como la madre vieja en el sillón patinado por el roce de sus manos, el cariño y la unión entre todos los hermanos. Esta Cartagena de ustedes es mía como es de todos los hispanoamericanos que quieran en el pasado y en el porvenir a la América nuestra que va creciendo entre esperanzas y dolores. Bolívar que quiso a Cartagena como a una novia predilecta nos enseñó a quererla por su ejemplo: es uno de los más dulces mandamientos de su catecismo de unión.

Porque es tan mía no quiero elogiarla con vanas palabras. Mi obsequio, como el de los peregrinos verdaderamente fervorosos, será, lo presiento, el obsequio mudo y humilde de los ex-votos.

Dentro de algunos días, cuando me aleje por el mar en el crepúsculo veré desde allá, desde el fondo del horizonte, en el último ángulo visible de sus murallas o de sus fortalezas, prendido para siempre y balanceándose en la brisa el ex-voto vivo de mi corazón.

* Documento manuscrito en el reverso de tres hojas de papel tamaño carta con el membrete del *Hotel Americano*, Cartagena.

En recuerdo a todo cuanto Cartagena me evoca de familiar, de suave y de eterno, he escogido como primera lectura, la influencia que tuvieron en nuestra formación las mujeres místicas y soñadoras de nuestra Colonia, esa Colonia nuestra, la de todos, la que se quedó guardada aquí para regalo de los caminantes, la que supo ser una siendo múltiple lo mismo que los grandes misterios sagrados de religión y de amor.

NOTAS Y VARIANTES

ABREVIATURAS Y DESCRIPCIÓN DE LOS DOCUMENTOS

- Ms. VERSIÓN manuscrita, escrita a lápiz en papel blanco rayado por una sola cara. Primera conferencia: 37 folios numerados; segunda conferencia: 25 folios numerados del 2 al 26 (falta la primera página); tercera conferencia: 34 folios numerados.
- Existen dos juegos (original y copia) mecanografiados de estos manuscritos escritos con cinta negra, a doble espacio, en papel copia tamaño carta, por una sola cara. La copia no presenta variantes ni correcciones significativas con respecto al manuscrito. Primera conferencia: 29 páginas; segunda conferencia: 27 páginas (falta la primera página); tercera conferencia: 35 páginas.
- Mna. Original de la versión mecanografiada del manuscrito, escrito con cinta negra, a doble espacio en papel copia tamaño carta por una sola cara. Este juego presenta variantes y numerosos añadidos, tachaduras y correcciones manuscritos en tinta y a lápiz y agregados a máquina. Presumimos que ésta fue la versión que la autora utilizó durante su gira. Primera conferencia: 35 hojas numeradas del 1 al 34 (la p. 5 tiene un añadido de una hoja sin numerar). Se observa que las primeras páginas del manuscrito fueron modificadas y reescritas, sustituyendo las primeras páginas de la copia mecanografiada del original por nuevas páginas con otra mecanografía; a partir de la página 9 se retoma la versión del Ms y las páginas presentan una doble numeración. Segunda conferencia: 31 páginas numeradas; la primera página (faltante en el manuscrito) ha sido aquí reescrita con otra mecanografía; la p. 13 se continúa en una numerada como 13,1 y la p. 22 se continúa en una página numerada como 22,2; estas páginas, así como la primera, la 23 y la 24, fueron añadidas al manuscrito. Tercera conferencia: 35 páginas numeradas.
- Mnb. Juego de copias mecanografiado según las correcciones y adiciones de Mna., encuadradas por separado en cartulina color ladrillo con un cordón violeta en el lomo y una etiqueta en la portada señalando, en romano, el número de la conferencia. No presenta correcciones autógrafas. Consideramos que se trata del texto que su hermana María hizo reproducir y que sirvió de base a la edición de Garrido. Las correcciones

son de la mano de María Parra y se limitan a suprimir algunas erratas, colocar los acentos, las comillas, las "ñ" faltantes y modificar, a veces, la puntuación. Este juego presenta erratas, omisiones y errores de transcripción que han sido luego perpetuados en las ediciones existentes. Primera conferencia: 28 páginas escritas con cinta violeta, a doble espacio, por una sola cara, en papel blanco tamaño oficio. Segunda conferencia: 28 páginas escritas con cinta azul, a doble espacio, por una sola cara, en papel blanco tamaño carta. Tercera conferencia: 29 páginas, escritas con cinta negra, a doble espacio, por una sola cara, en papel copia tamaño carta.

Borradores de la primera conferencia:

- ba: Dos cuartillas, a máquina, escritas con papel carbón azul, en papel copia tamaño carta, a doble espacio, por una sola cara. Presenta el siguiente encabezado o título, todo en mayúsculas: "La influencia oculta de las mujeres en la formación del alma hispanoamericana".
- bb: Una cuartilla, a máquina, escrita con papel carbón azul, en papel copia tamaño carta, a doble espacio, por una sola cara. Presenta el siguiente encabezado o título, todo en mayúsculas: "La influencia oculta de las mujeres en la formación de Hispanoamérica"; y como subtítulo, centrado, subrayado y en minúsculas: "La ñusta doña Isabel".
- bc: Seis hojas, a máquina, escritas en papel carbón azul, en papel copia tamaño carta, a doble espacio, por una sola cara. Presenta el siguiente encabezado o título, todo en mayúsculas: "La influencia oculta de las mujeres en la formación de Hispanoamérica". La paginación está seguida hasta la p. 3, falta la p. 4; continúa en la p. 5; la p. 6 contiene sólo seis líneas de texto, y el número de la página está tachado; falta la p. 7, y concluye con una página, numerada como 8, pero de dudosa continuidad con lo anterior y tachada en cruz, a lápiz.

EDICIONES:

- A: *Tres conferencias inéditas*. Caracas, Ediciones Garrido, 1961.
 B: *Obras Completas*. Caracas, Editorial Arte, 1965.
 C: *Obra*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982.

Las palabras o frases en cursivas en las notas constituyen variantes cuando se trata de Ms y corresponden a tachaduras cuando se trata de Mna.

Primera conferencia

¹ El Ms. presenta una versión muy diferente para el comienzo que contiene consideraciones sobre el hecho literario y el papel del autor, no desarrolladas por Teresa de la Parra en ningún otro escrito: aun cuando el último párrafo fue incorporado luego en el párrafo 6 de la versión definitiva, lo reproducimos integralmente, colocando entre corchetes las palabras o frases que aparecen tachadas en el Ms.:

"Yo creo señores que cuando un autor ha escrito un libro que ha sido bien acogido por un público [selecto] cualquiera, la más acertada actitud que debe tomar en adelante frente a tal público será la del silencio en la ausencia. Esta actitud que bajo el sueño grave de la muerte guardan con tanta elegancia nuestros autores preferidos de otros tiempos, es uno de los más finos perfumes, con los cuales al hojear de sus libros nos embriagan dulcemente de añoranza y de ensueño. No pudiendo tener a mano sin grandes inconvenientes el recurso de la muerte, nos resta a los autores vivos el de la ausencia, menos sugestivo, es cierto, pero único capaz de imitar con gracia discreta el primero. Habiendo tenido en mi vida una vocación ardiente de lectora y una muy tibia vocación de escritora, conozco [en sus más recónditos secretos] la importancia de esta receta literaria. Sé por experiencia sentimental el papel desapacible que asume un autor cuando viene a interponerse bruscamente entre su lector y las sombras amigas que éste ha ido devanando del libro y formando poco a poco [con infinito cuidado] a imagen y semejanza de sus deseos, dolores y ansias espirituales. Es el papel del intruso, el de la clásica suegra que llega a interrumpir un manso acuerdo. Mi vocación de lectora, como toda vocación modesta, me ha sido propicia. Me ha enseñado la virtud de la prudencia. No siendo la prudencia una virtud brillante, puesto que en ocasiones se la considera sinónimo de cobardía, puedo confesarla en público sin [exceso de arrogancia] pecar de pretensión. En mis ensayos literarios he temido tanto el peligro de interponerme entre el lector y las visiones evocadas por él, que con un miedo invencible, siempre creciente, me he ido apartando, apartando, hasta eliminarme realmente de [entre] ellos. Fuera del nombre, que ha quedado como por distracción en las portadas impresas, no reconozco ya nada de mí en mis novelas. Escrita la primera por una muchacha de nuestros días, de quien nadie sabe aún su paradero; redactada la segunda por una abuela ya muerta quien fue en su vida hospitalaria y cariñosa como tantas otras que estas ciudades de América guardan aún bajo sus techos de teja; tales novelas o relatos no tienen ni tuvieron a mis ojos más autores que esas dos ausentes. Situadas en los extremos opuestos de la existencia, se quedaron algún tiempo conmigo, me contaron sus ansias de vivir la una, su melancolía de haber vivido la otra, y de acuerdo con mi receta se fueron discretamente a tiempo de editar los libros.

"Pueden señores comprender ahora, cuál sería mi perplejidad cuando hace algunos meses recibí carta de mi amigo el exquisito escritor y Ministro de Bolivia, Alcides Arguedas, la cual me transmitía la siguiente invitación: venir a Colombia para [hacer] dar algunas conferencias que versasen sobre mis libros y vocación literaria. Tan honorífica invitación me dejó al punto sumida en un mar de temores y de tentaciones. ¿Cómo [hacer] dar una conferencia? ¿Cómo hablar de unos libros ya desprendidos de mí cuya historia, por falta de perspectiva, no soy capaz de realizar todavía? ¿Y la vocación literaria..."

² Mna: "Me parece señores que estoy soñando como dicen en los cuentos, al verme aquí, en Bogotá frente a un público de tantos íntimos y viejos amigos..."

³ Mna: "La voz apremiante de que hablo vino a mí en forma de carta."

⁴ Mna: "La redactaba mi amigo el Ministro de Bolivia en Colombia, Alcides Arguedas. En ella me transmitía de su parte y de parte de otros amigos la siguiente invitación: venir a Colombia a hacer..."

⁵ Mna: "Los dos primeros temas, debo confesarlo enseguida, me parecieron oscuros y cundidos de lagunas difíciles de llenar con ayuda de libros y cartas como hacemos cuando se trata de los muertos y de los demás. [Al margen de este pasaje la autora escribe a lápiz "no" y traza una línea que lo suprime, enlazando con una "y" la frase anterior con la siguiente.] No me es fácil explicar a ustedes..."

⁶ Mna: "...como en mi vida había hablado..."

⁷ Mna: "...y a través de la selva y de los Andes llegar hasta Bogotá, la ciudad familiar y soñada."

⁸ En Mnb A, C, "una dulce sed de confidencias" se mantuvo un error de transcripción al interpretarse una marca para la lectura oral como si fuese una "s".

⁹ Mna: "Yo sé, lo he dicho ya, y lo repito con alardeo de niño..."

¹⁰ Ms: "...familiares e inútiles y hasta para que nada le faltase de íntimo y de casero ese cariño ha tenido también sus voces roncas de finjida severidad recargada de anatemas".

¹¹ Ms: "...juventud. Sin peligro de decepción podré así como Narciso ver reflejada en los ojos de mis oyentes no la imagen de lo que soy, sino la visión divina de lo que hubiera querido ser.

"Siguiendo esta evocación de Ronsard que pudo inspirar tal vez sus Memorias a mamá Blanca, a falta de otro tema, les invito esta noche a vagar sin rumbo por nuestros pasados tiempos americanos. No por aquellos que la historia a segado y recogido con majestad un poco arbitraria quizás, sino por otros que ella desdeñó, los de hechos dudosos y vidas oscuras, donde todo quedó sumido en esa penumbra o luz de luna amiga de los poetas, los amantes y los soñadores.

"Para guiarnos con apariencias de orden por nuestro paseo de luna he hallado este tema que ostenta según creo el sello semi-doctoral, semi-científico, con que debe presentarse a sí misma toda

conferencia que se respete: la influencia de la mujer en la formación del alma americana. Confieso que la redacción de este título..." En Mna. no hay cursivas y se intercalan casi diez párrafos antes de retomar la redacción del Ms.

¹² Mna: "...no tuvieron a mis ojos más autoras..."

¹³ Mna: "...por trascendental y por urgente de remediar..."

¹⁴ Mna: "...o con injusta violencia los menos..."

¹⁵ Mna: "...en plena rebeldía más o menos callada según la oprima el ambiente, quien le dice todos los días de viva voz lo que la otra le dijo por escrito".

¹⁶ Mna: "...escondiendo los casos o negando los síntomas..."

¹⁷ Mna: "...se quiere tener a toda costa carta de limpieza..."

¹⁸ Mna: "...a veces también modernas..."

¹⁹ Mna: "...como la telegrafía sin hilos que también la representa, atraviesa..."

²⁰ Mna: "...fuerte, franca y verdaderamente sana, limpia de hipocresía frente a la nueva vida debe ser libre ante sí misma consciente de sus responsabilidades, útil a la sociedad..."

²¹ Mna: "...mil veces noble y sana."

²² Mna: Este párrafo fue agregado a lápiz, al final de la p. 5 y continúa en una hoja sin numeración.

²³ Mna: "...sobre las mujeres modernas y los adquirí en efecto..."

²⁴ Mna: "...características de la raza..."

²⁵ Mna: "...de noche frente a la madre según la clásica costumbre criolla..."

²⁶ Mna: "...por reacción ante la vida moderna."

²⁷ Mna: "...quien debe llegar aquí en junio o julio, me lo anunció en una carta en la cual llama a Colombia 'lo más sano y decente' del trópico".

²⁸ Mna: "...dos de las más grandes poetisas..."

²⁹ Mna: "...por la independencia y el trabajo..."

³⁰ Mna: "...es, guardando las distancias, el caso de..."

³¹ Mna: "...y por otro la rebeldía de la que se siente superior, el odio mutuo mezclado de pasión, el divorcio y por fin un día en una de las entrevistas del proceso, el marido la asesina y se mata, único medio de saciar su sed de dominio y someterla a ella".

³² Mna: "Ella con su voz autorizada les hablará del feminismo justo. Yo, entre tanto..."

³³ Mna: "...a mis muertas abnegadas..."

^{34a} Después de examinar las distintas versiones y borradores, y de acuerdo con lo que señala expresamente la autora en el párrafo 11 de la presente conferencia, podemos suponer que a partir de ahora continúa el texto que preparó en París, y cuyo comienzo está en el Ms. (véase la n. 1). Los primeros 15 párrafos parecen haber sido escritos durante su viaje, tal vez en La Habana, antes de llegar a Colombia, ya que a partir de aquí, la p. 9 de Mna. pasa a coincidir

exactamente con el Ms. Si examinamos el estilo y los contenidos también llegaremos a esta conclusión, pues en estos primeros párrafos la redacción es a veces algo torpe y deshilvanada, y en ellos se hacen afirmaciones algo apresuradas o paralelos un poco simplistas si se los contrasta con la originalidad, la precisión y los matices del resto de las conferencias.

^{34b} Mna. [agregado a lápiz, con un "no" encima y tachado]: "*Prescindo por hoy de las dolorosas o mujeres de la conquista, voy a hablarles de las más actuales: de las inspiradoras, nuestras gloriosas abuelas de la Independencia.*" Según esto deducimos que quizá Teresa de la Parra pensó alterar el orden de las conferencias.

³⁵ "...y pensé (por fin) en que nuestra hermosa patria..." el paréntesis, tachado en el Ms., fue incluido en Mnb, A, C.

³⁶ Mna: "...todo nombre compuesto y haciendo frente al gran *quid pro quo*, decir..."

³⁷ Mna: "...como muchos *leaders*..."

³⁸ Ms: "...en manos extrañas para desacreditarnos sistemáticamente y han servido a menudo entre las propias manos para despertar desavenencias y avivar odios de raza".

³⁹ En bc, se observa otra versión de ese párrafo. Suponemos que se trata de una versión, anterior incluso a la del Ms, con la cual pensó iniciar la conferencia; en las versiones posteriores la autora condensó los contenidos de estos párrafos fundiéndolos en uno solo. Transcribimos la versión integral de bc: "Las relaciones entre países de razas distintas suelen establecerlas desgraciadamente los individuos menos aptos para comprender: militares, comerciantes, o gobernadores ávidos de provecho material, y ávidos en lo espiritual de imponer y de no recibir. Es una necesidad inconsciente de toda codicia y de la codicia nacionalista especialmente, el desdeñar para destruir a conciencia alegando motivos de futuras reconstrucciones. Es difícil por el contrario destruir lo que ha llegado a comprenderse, porque la comprensión es elemento de amor. Ir a descubrir bajo esas fórmulas oficiales creadoras del soberbio nacionalismo, de las guerras, y hasta de la historia que es el relato de las disensiones, ir a descubrir bajo esas fórmulas la veta escondida de la unión y del amor es acercarse a la obra creadora de la naturaleza y es hacer obra de paz. En los países hispanoamericanos, después de cuatro siglos de vida, podemos observar todavía que mientras los personajes oficiales ponen etiquetas de antagonismo sobre las cosas, la verdadera vida representada por la juventud, el pueblo y sobre todo por las mujeres, se encarga de barajar las etiquetas estableciendo de nuevo la santa confusión. Me refiero especialmente al molesto antagonismo, obra de la imprenta y no de la lengua viva, que ha venido a oponer el indo americanismo al hispano americanismo. Yo quisiera insistir en la maldad que encierra en ciertos casos estas dos fórmulas enfrentadas como dos teas de discordia dentro de la misma casa.

De un lado el inhumano desdén del ininteligente e insensible que se cree todavía único árbitro y señor; del otro lado el indianismo romántico, el odio sordo del mestizo hacia la raza intrusa, el odio que espolea aún diariamente la divulgada e injusta versión de la conquista española a sangre y fuego. Como si sólo de destrucción se tratara, como si la conquista de América fuera un caso aislado en la historia del mundo, y no la eterna y odiosa ley de todas las guerras y de todas las invasiones. Es lo más triste el observar que para esta campaña de desunión se valen a menudo sus predicadores de lo que fue al contrario obra de amor, al sacar tan inoportunamente a colación al excelente y exaltado Padre Las Casas, el protector de los indios. Nadie puede negar que el Padre Las Casas fue un apóstol y un santo. Supo condenar con valor el espíritu de crueldad que anima las guerras y el abuso inicuo del fuerte contra el débil. Pero como muchos *leaders* del pacifismo y de la igualdad, luego de amar con pasión la piedad y la justicia amó todavía más el fuego de su propia elocuencia. Con sus chispas se han prendido muchos incendios. Brillante polemista vivió desgraciadamente en una época en que las afirmaciones vehementes no tenían la vida efímera que tienen hoy en los *meetings* y en la prensa. Sus enérgicas campañas enriquecidas a veces con estadísticas de mortandades imaginarias, al pasar a la categoría de documentos históricos, han servido de instrumento en las manos extrañas para desacreditarnos sistemáticamente y han servido en las propias manos para despertar desavenencias y avivar odios de raza."

⁴⁰ Mnb, A, B, C: "Fueron las mujeres de la conquista. Oscuras Sabinas, obreras anónimas de la concordia, verdaderas fundadoras de las ciudades por el asiento de la casa, su obra más efectiva a través de las generaciones." Por un descuido de puntuación en Ms y por una omisión de copia en Mnb ("sigue todavía"), se ha perpetuado un error en todas las ediciones que da un sentido muy ambiguo a esta frase.

⁴¹ En todas las versiones esta frase aparece así: "...encierra ya todas las características de la clásica 'matrona criolla nuestras abuelas de ayer'. Quizá por descuido la autora omitió la preposición "de". Mantenemos la corrección de la edición B, por ser la que completa el sentido de la frase.

⁴² bc: "...del otro lado del mar vemos pasar..."

⁴³ bc: "Se llaman las más ilustres: Doña Marina, la compañera de Cortés casada más tarde con un noble español..."

⁴⁴ Mnb, A, B, C: "...la otra Doña Isabel, mater dolorosa del Inca Garcilaso; y otras pobres esclavas o herederas de cacicazgos, que comparten..." Hemos reestablecido esta frase basándonos en Ms, Mna y bc, y hemos agregado una coma después del segundo "otras" para evitar una ambigüedad que cambiaría el sentido de la frase.

⁴⁵ bc: "El tipo del cacique blanco, adaptado por completo al am-

biente indio, no es leyenda romántica, es un caso auténtico de conversión por milagros del amor y de la abnegación femenina.”

⁴⁶ bc: “...un compañero suyo, llamado Aguilar después de muchos esfuerzos y aventuras logró llegar hasta la tribu donde había dejado cautivo a Guerrero con el dinero necesario para pagar su rescate. Sorprendido y un tanto escandalizado de hallarlo enteramente feliz lo amonestó diciendo ‘que iba a perder su alma por vivir entre indios idólatras’ Guerrero lo despidió por medio de estas palabras textuales:...”

⁴⁷ Ms: “...acabaron siendo poetas fundadores”.

⁴⁸ bc: “...no en balde se navega tan lentamente por...”

⁴⁹ Ateniéndonos a Ms, se corrige la puntuación de este párrafo, cerrando la exclamación en “...navío!”, en lugar de los dos puntos (Mnb, A, B, C.). También hemos agregado una coma después de “sobre el mar” para evitar la ambigüedad.

⁵⁰ bc presenta otra versión de este párrafo: “Las mujeres que figuran en la formación de nuestra sociedad hispanoamericana, imprimiéndole su sello suave y hondo no es ésta ni aquella en una obra determinada. Es la muchedumbre colectiva y anónima: son todas. Creo que dentro de esa colectividad podrían dividirse en tres vastos grupos. Las de la Conquista: son las dolorosas crucificadas por el choque de las razas. Las de la Colonia: son las místicas y las soñadoras. Las de la Independencia: son las inspiradoras y las realizadoras. Todas en su época, lo mismo las de Méjico, que las de Bogotá, o la Habana, o Lima, o Quito, o Buenos Aires o Caracas, a pesar de la comunicación y de las distancias parecen moverse en la misma ciudad. Son vecinas del mismo barrio. Son hermanas.”

⁵¹ M: “...las veo divididas en tres vastos grupos”.

⁵² Ms: “...realizadoras y amantes: Pola Salavarieta, la mártir colombiana. Manuela Pedraza, la Tucumana, Antonia Santos, Luisa Arismendi, Manuela Sanz; es a Méjico y al Perú a donde he ido buscar hoy dos humildes [flores] indígenas como prototipos de las primitivas dolorosas”.

⁵³ ba presenta una versión distinta de este párrafo. Por estar a continuación del encabezado, suponemos que se trata de una primera versión del comienzo de la conferencia. La transcribimos integralmente respetando las correcciones a lápiz: “En la multitud anónima de las primitivas fundadoras de Hipsano-América, en el grupo que podría llamarse ‘las dolorosas’, hay dos indias ilustres y especialmente representativas. Dentro de la oposición de caracteres y de sus destinos son dos prototipos de las realizadoras de concordia. Por medio del amor y de la maternidad fundieron como otras muchas las dos razas enemigas en el mestizo.”

⁵⁴ Ms: “...en las diversas historias sobre la conquista...”

⁵⁵ ba: “...conjuraciones como la ocurrida en la ciudad de Cholula”.

⁵⁶ Restituimos, según Ms y Mna “sonadas” en lugar de “soñadas”, como se ha perpetuado por una corrección errónea en Mnc.

⁵⁷ Ms: “...el honorable y modesto escudero...”

⁵⁸ Corregimos la puntuación según Ms y colocamos las comillas que seguramente por un error de copia fueron omitidas en las versiones mecanografiadas, ya que se trata, sin duda, de una expresión característica del español de los cronistas.

⁵⁹ Ms: “...en la ciudad de Santiago de Baracoa”.

⁶⁰ Mnb, A, B, C: “...buena lengua y buen principio”. Corregimos según Ms.

⁶¹ Ms: “...como si hubiese nacido en Madrid”.

⁶² Ms: “Doña Marina era sin duda el Mesías. No se la debe acusar de traición. Obedecía a imperativos revolucionarios [tachado].”

⁶³ Ms: “...el retrato de Doña Marina. No hay embajada...”

⁶⁴ Mnb, A, B, C: “...y todo esto que cuento aquí lo vi muy certificadamente y lo juro, amén”. Se ha restituido el texto tal cual aparece en Ms y Mna.

⁶⁵ Ms: “...veo pasar...”

⁶⁶ bc: “...Todos pertenecen a la raza de los extranjeros vencedores y con su espíritu sagaz que afinado por el dolor y la maternidad parece adivinar el dolor de muchos siglos futuros, perdona la maldad pasada y como para bien grabar el ejemplo, la perdona, haciendo alardes de generosidad”.

⁶⁷ Mnb, A, B, C: “...a Pedro de Iricio el ‘pasitilla y lo que veíamos de él no era para nada’...” Corregimos según Ms y Mna. Evidentemente, en Mnc se omitió una línea (pasicorto ...Castilla), errata que se perpetuó en todas las ediciones posteriores.

⁶⁸ Ms: “sino algo mucho más alto: un romance en prosa”.

⁶⁹ Mnb, A, B, C: “...la verdad histórica...” Corregimos según Ms y Mna.

⁷⁰ Ms: “...cosas muy inteligentes y se pronuncian discursos admirables.”

⁷¹ Mnb, A, B, C: “...en cambio en los romanos y en los evangelios...” Se restituye según Ms y Mna.

⁷² Ms: “...adelante todo el mundo”.

⁷³ Ms: “...en honor de los relatos en los cuales...”

⁷⁴ Ms: “...la cuesta es una calle o callejón cualquiera...”

⁷⁵ Ms: “...allá va Jesús...”

⁷⁶ Mnb, A, B, C: “...no son los hombres”. Se restituye según Ms y Mna.

⁷⁷ Mna: “...porque a pesar de ser falsa se acerca más a la realidad y se acerca con más gracia...”

⁷⁸ Ms: “...instalado en un Palacio del Cuzco”.

⁷⁹ Mnb, A, B, C: “...dueña de la casa criolla, afable y llana en la hospitalidad”. Se corrige la puntuación según Ms y Mna.

⁸⁰ Ms: “...o decretando muertes bajaba trotando [en la obscuridad] por la calle estrecha y silenciosa”.

⁸¹ Mnb, A, B, C: “...unos besos que le había dado la diosa enamorada”. Se corrige según Ms y Mna.

⁸² Ms: "...y de regreso a España se entregó para siempre a la vida del espíritu".

⁸³ Mnb, A, B, C: "...dejan ver todavía". Se corrige según Ms y Mna.

NOTA: Al establecer el texto de la segunda y la tercera conferencias se mantuvieron los criterios utilizados para la primera; no se anotan las modificaciones introducidas en la puntuación, ni los casos en que se restableció la separación de párrafos de acuerdo con Mna. En las notas se reproduce la errata perpetuada en Mnb, A, B, C, y se pone en cursivas la palabra restaurada, siguiéndonos por Mna.

Segunda conferencia

¹ Transcribimos el fragmento que se conserva en la p. 2 del Ms y que posiblemente corresponde a una primera versión de los párrafos iniciales de esta conferencia: "...blemente ha sabido guardar esa curva ascendente llena de espiritualidad y de vida interior que sin nada destruir va germinando lenta y segura hacia un fuerte porvenir, tratar ese tema en Colombia [Bogotá] donde tanto se le aprecia y conoce es quizá un pleonasmó, gramaticalmente hablando; pero ¿no hay cierto encanto en el eco que se repite, en el espejo que refleja y el amor es acaso otra cosa que la monotonía de lo gloriosamente insaciable?"

² Mnb, A, B, C: "...con ideales lejanos y espera la llegada de algo incierto..."

³ En Ms la mención a la clausura de los conventos es más reducida. En Mna aparece ampliada con la referencia al partido Godo.

⁴ Mnb, A, B, C: "...dentro de la *toga* blanca..."

⁵ Mnb, A, B, C: "...llevaban junto con *el dote*..."

⁶ Mnb, A, B, C: "...*el vergel* de perfecciones..."

⁷ Mnb, A, B, C: "...con una simple *basquina*..."

⁸ Mnb, A, B, C: "...si se *morían*... [refiriéndose al chapetón, en singular]"

⁹ Mnb, A, B, C: "...suelen usar *las iletradas*..."

¹⁰ Mnb, A, B, C: "...fueron *sus* cuentos..."

¹¹ El episodio de doña Francisca de Tovar no aparece en el Ms. En Mna aparece como un añadido y con el siguiente párrafo final, tachado en cruz: "Si las recuerdo especialmente aquí en Cuba, uno de los países de América que tuvo más sabor criollo y en donde viven todavía las mamá Panchita y las tías Próceres de la Independencia, es porque creo que todos estamos en el deber de recogerlas y guardarlas con cuidado. Ellas son eficaces para defendernos de las peligrosas invasiones espirituales. Con ellas se hace más historia, más patria y más unión hispanoamericana que con los congresos internacionales y con los discursos pedantes que nunca llegan al cora-

zón." Evidentemente, este episodio formaba parte de la conferencia que dictó en Cuba sobre Bolívar.

¹² Mnb, A, B, C: "...con Francia los gérmenes..."

¹³ Mnb, A, B, C: "...nunca más *libro*..."

¹⁴ Mnb, A, B, C: "...y *ese* muy por encima..."

¹⁵ Mnb, A, B, C: "...estalló la malhadada revolución. ¡Adiós para siempre..."

¹⁶ Mnb, A, B, C: "...es el enemigo *de lo bueno*..."

¹⁷ Mnb, A, B, C: "...a ver como *andaba*..."

¹⁸ Mnb, A, B, C: "...*les* aseguraba..."

¹⁹ Mnb, A, B, C: "...esos límites discutidos imaginarios..."

²⁰ Mnb, A, B, C: "...*Catalina O'Leary*..."

²¹ Mnb, A, B, C: "...unos estudiantes recomendados..."

Tercera conferencia

¹ La tercera conferencia trata sobre las mujeres de la Independencia y este tema coincide con el contenido de la conferencia que Teresa de la Parra dictó en el Lyceum de La Habana. El resumen que publicó el *Diario de la Marina* en Cuba (24 de abril de 1930) así lo confirma. Del estudio de los manuscritos y borradores concluimos que se trata de la misma conferencia, a la que luego le hizo recortes y modificaciones (véase la n. 11 de la segunda conferencia). En una hoja sin numeración, el Mnb contiene un párrafo introductorio, escrito con la misma máquina de los agregados a la segunda conferencia, que seguramente corresponde al preámbulo de la conferencia de Cuba. Lo transcribimos integralmente:

"la Independencia del continente hispano-americano o mejor dicho la revolución emancipadora de principios del siglo XIX es también la historia de Cuba. Si influencias extrañas venidas del norte, [tachado: las verdaderas, las grandes enemigas] impidieron que Cuba tomase parte en el concierto de los Libertadores de 1810, ella hizo su espíritu por sí misma y en el alma vidente de Bolívar que presintió sus glorias y sufrió entonces por su ausencia, Cuba hizo en espíritu acto de presencia en aquella primera Independencia que fue prólogo y anuncio de la suya. Las dos independencias fraternizan y se reflejan a un siglo casi de distancia como se reflejan las almas de sus dos grandes apóstoles, Bolívar y Martí. Son las mismas causas, los mismos ideales, los mismos martirios, las mismas glorias. Tanto en una como en otra las mujeres colaborarán de una manera profunda y secreta.

"Antes de ir a buscar la influencia que éstas van a tener en aquella primera Independencia y en la formación del genio de Bolívar, les invito a evocar la época..."

Creemos poder afirmar que Teresa de la Parra leyó la conferencia

en Cuba en abril de 1930. Aunque la cronología de Velia Bosch la ubica en 1927, creemos que existen suficientes pruebas para corregir esa fecha (cf. *Diario de la Marina* del 24 de abril de 1930; carta de Teresa de la Parra a Vicente Lecuna del 18 de mayo de 1930).

² Mnb, A, B, C: "...sobre la calle corre el alero".

³ Mnb, A, B, C: "...con el nombre de *mantuanas*".

⁴ Mnb, A, B, C: "...se oye el cantar *sinistro de la pavita*".

⁵ Mnb, A, B, C: "...de la época".

⁶ Mnb, A, B, C: "Los expulsados eran en su mayoría criollos, hijos, hermanos y parientes que al verlos embarcar..."

⁷ Mnb, A, B, C: "...en el reino de las almas".

⁸ Mnb, A, B, C: "...se acordaron que eran criollos".

⁹ Mnb, A, B, C: "*Aquí* en América".

¹⁰ Mnb, A, B, C: "...que *dejara* vacío".

¹¹ Mnb, A, B, C: "(que debo advertirlo sin la menor animosidad anticlerical) 'creo en Dios y en...'"

¹² Mnb, A, B, C: "...hacer *aquí* la apología".

¹³ En el Ms el párrafo siguiente era mucho más reducido. En Mna aparece tachado en cruz y se lo vuelve a copiar agregándole la referencia al Decreto de guerra a muerte.

¹⁴ Mnb, A, B, C: "...ciudad *destruida*".

¹⁵ Mnb, A, B, C: "...enclaustradas de sus tres conventos".

¹⁶ Mnb, A, B, C: "...y él tenían".

¹⁷ Mnb, A, B, C: "...y en sus decisiones".

¹⁸ Mnb, A, B, C: "...viejo negro".

¹⁹ Mnb, A, B, C: "...aquella otra loca y gran amiga".

²⁰ Mnb, A, B, C: "...aquel rumbo que".

²¹ Mnb, A, B, C: "...en Bilbao, muchos meses Bolívar".

²² En todas las ediciones sigue ahora a continuación un párrafo que en Mna aparece tachado en cruz por la autora y que en Mnb (versión corregida por su hermana) aparece copiado pero igualmente tachado en cruz, con la anotación "sic" en el margen. Como el párrafo es una evidente digresión que se aparta del curso de la exposición, consideramos justo respetar la corrección de la autora y transcribirlo aquí integralmente:

"Es muy curioso observar que con este caso de Bolívar es ya la tercera vez que el lujo de los indianos los hace caer en desgracia ante las autoridades la corte de España. Por presentarse con penacho de plumas de todos colores ante la presencia de Felipe II, quien como de costumbre se hallaba cerrado de negro, Fernando Pizarro, conquistador del Perú, que llegaba de América a defender su causa y la de sus hermanos, dispuso tan mal al austero Felipe II, que reprimado primero por su penacho y por sus colores acabó perdiendo su reclamación. Declarado rebelde fue a dar en una cárcel donde permaneció veinte años. El mismo incidente, aunque atenuado, ocurrió a Jiménez de Quesada, el poeta conquistador de la Nueva Granada.

Habiendo desembarcado de América y acudido a una audiencia cubierta de franjones de oro que él juzgaba merecer y que atestiguaban su gloria tan legítima y tan pura, Quesada fue escoltado por los gritos de: ¡al loco, al loco! y así desprestigiado en su persona fue desoída igualmente su petición."

²³ Mnb, A, B, C: "...penas de amor toda la vida".

²⁴ Mnb, A, B, C: "...como personajes de los libros de entonces. Yo esperaba mucho".

²⁵ Mnb, A, B, C: "...*revelación*".

²⁶ Mnb, A, B, C: "...viajes a *Londres* para distraerse".

²⁷ Mnb, A, B, C: "*Este* hombre."

²⁸ Ms, Mna: tachado en cruz:

"Una de las razones que me hacen dudar del ateísmo de Doña Manuelita es el culto exagerado que le rendía a su pelo. Como lo tenía ensortijado, fino y no muy largo, se lo dejaba caer bajo el sombrero y sobre los hombros. Ni aún en sus momentos de mayor furor militar consintió en recogerlo ni en atárselo: trotando sobre el caballo lo llevaba suelto al viento o saltando sobre la espalda. Yo no creo que se pueda ser atea y presumir tanto de bucles. Aunque diversas, son cosas que no concuerdan."

²⁹ Mnb, A, B, C: "Cuando estos se declaran hostiles."

³⁰ Mnb, A, B, C: "...vivió entonces en Bogotá".

³¹ La frase anterior aparece tachada en Mna, pero como desarrolla la idea anterior y se ha mantenido en todas las ediciones de la conferencia, decidimos mantenerla, respetando la puntuación original, en la cual no constituye un párrafo aparte.

DE LA CORRESPONDENCIA
Y LOS DIARIOS

Selección, presentación y notas
de María Fernanda Palacios

LA VIDA de Teresa de la Parra no se inserta directamente en los acontecimientos históricos de trascendencia colectiva como es el caso, por ejemplo, de Rómulo Gallegos y de José Rafael Pocaterra. Sin ser precisamente una ermitaña, cosa que sin embargo fantaseaba a menudo, su existencia estuvo marcada por un alto sentido de la privacidad y por una tendencia finalmente obligada al recogimiento. Tanto sus admiradores como sus críticos han exagerado cuando sugieren una vida llena de triunfos mundanos, sociales y literarios. Sin duda ellos generalizan y literalizan excesivamente algunas palabras de la propia Teresa, pasando por alto quizá el humor y esa simpática y sincera vanidad con que acostumbraba hablar de sí misma. De allí esta paradójica situación: esa vida, tan ajena a los asuntos del día y tan poco importante desde el punto de vista del interés público, ha sido quizá una de las más asediadas en nuestra historia literaria. Los resultados han sido hasta ahora más que dudosos: cronologías confusas que ocultan la falta de pruebas con afirmaciones apresuradas y contradicciones que no pueden pasar inadvertidas para un lector cuidadoso; o bien, biografías con pretensiones excesivas, que estiran un acontecimiento o un dato más allá de sus posibilidades, inflando sin necesidad una vida cuyos rasgos más significativos están quizá en otra parte.

En esta edición quise sortear ambos peligros sin tener que sacrificar ni eludir la elaboración de una secuencia, lo más completa y precisa posible de su vida y su obra. Y ¿qué mejor material que las cartas y las anotaciones personales cuando se quiere reconstruir con discreción y veracidad el perfil atenuado pero hondo de una biografía como la suya?

El criterio que me sirvió de guía al hacer esta selección tiene su origen en ese "miedo invencible" que Teresa de la Parra sentía de interponerse entre el lector y la imagen que los libros van creando del autor. Es decir, quise evitar hasta donde podía la conclusión unilateral con que la cronología congela y deforma la riqueza elusiva y cambiante de una personalidad; quise, sobre todo, preservar la reserva con que Teresa de la Parra supo borrarse, sin por ello dejar de situar, con la mayor exactitud posible, el dato que podría ser revelador.

En una vida como la suya lo significativo no está en la trama anecdótica sino en las resonancias e intermitencias de la vida interior; en el contrapunto incesante del intelecto y los afectos, las emociones y las ideas: todo eso que las cartas y los diarios recogen mejor que cualquier otro documento. Pero ese tipo de escritos exigen a veces un lector si no experimentado, al menos sí especialmente curioso o tenaz, que no se fatigue con ciertas repeticiones,

que no se pierda en la infinidad de detalles insignificantes, que sea capaz de ir urdiendo una trama invisible que lo salve del murmullo de la cotidianidad, esa voz intermitente y desigual. He querido ser un poco ese lector y ofrecer con esta selección, no el resultado final de una investigación, sino el fruto, siempre provisional, de una lectura atenta a la vida de Teresa de la Parra a través de estos escritos.

De allí que en lugar de la acostumbrada antología de cartas prefiriera reunir todos aquellos fragmentos que me parecían significativos. Con el fin de facilitar su lectura y consulta, los agrupé temáticamente en tres amplias secciones, y en cada sección se sigue un orden cronológico. Finalmente, como una guía, al margen izquierdo del fragmento, traté de identificarlo o sintetizarlo con alguna palabra o frase alusiva a su contenido.

En la primera sección: "Mundo cotidiano y mundo interior" pueden verse el contrapunto y las tensiones entre estos dos aspectos de su vida. La segunda: "Obra y vida intelectual" agrupa comentarios e impresiones de sus lecturas, de su propio trabajo y opiniones sobre la cultura y el arte en general. La tercera: "América, Bolívar y la Colonia" reúne sus reflexiones sobre estos temas, los cuales configuran, además, la base del libro que no llegó a escribir.

Para la presente selección se revisó el mayor número de fuentes manuscritas disponibles y todas las publicaciones existentes hasta julio de 1988. En el estudio de estos materiales tropecé con numerosos problemas que debo mencionar con el fin de precisar tanto las limitaciones como las soluciones y criterios adoptados.

En primer lugar, no está demás recordar que no existe una edición que recoja el epistolario completo de Teresa de la Parra. Hasta ahora la edición más cuidada y la selección más armoniosa, aunque no la más completa, sigue siendo la primera antología de *Cartas* publicada en 1951, con prólogo de Mariano Picón-Salas, por las ediciones de la Revista Cruz del Sur. Como suele ser costumbre entre nosotros, no se indicó quién hizo la selección, ni cuáles fueron las fuentes y las pautas utilizadas. Allí se reunían por primera vez once cartas dirigidas a Vicente Lecuna, diez a Luis Zea Uribe y dieciséis a Rafael Carías. Para todas las ediciones posteriores de las cartas a Lecuna y Zea Uribe, ésta parece haber sido la fuente.

El epistolario de Rafael Carías es, hasta la fecha, el único que ha sido editado por separado. Existen dos ediciones y en ambas el texto fue establecido y ordenado por el propio Carías: la primera se publica en 1953, en Caracas, con el título *Epistolario íntimo* en las ediciones de la Línea Aeropostal Venezolana; la segunda fue iniciativa de Carías, como homenaje a la memoria de la autora, editada en España en los Talleres penitenciarios de Alcalá de Henares en 1957, con el título *Cartas a Rafael Carías*. Estas dos ediciones son las que han servido de base para todas las selecciones posteriores del epistolario. En 1986 tuve oportunidad de consultar directamente la colec-

ción completa de estos manuscritos, los cuales, para entonces, eran aún propiedad de la señora Margarita Carías de Brewer, hija de don Rafael Carías. La presente selección es la primera que se hace después de revisar las ediciones de Carías y restablecer los textos escogidos al cotejar los manuscritos. El estudio de los originales reveló, además del hallazgo de algunas cartas y postales inéditas (de las cuales publicamos los fragmentos más significativos), la presencia de supresiones no debidamente señaladas en las ediciones y de erratas en la transcripción y las fechas. Debe tenerse en cuenta que Carías publicó esas cartas apenas veinte años después de la prematura muerte de su autora, cuando aún los hechos y las personas mencionadas en la correspondencia podían verse afectados por la publicación. Recordemos también que Carías, además de amigo muy cercano, fue por muchos años el administrador de sus bienes, lo cual explica que su correspondencia esté llena de detalles relativos a las rentas e intereses familiares que poco podían interesar al lector de entonces. De modo que en cuanto a las supresiones, Carías, hay que reconocerlo, actuó con una muy justa delicadeza y no omitió nada que fuera sustancial para la valoración de Teresa de la Parra como artista y como ser humano. Pero lo que hace unos años parecía innecesario o indelicado publicar hoy conviene hacerlo con el fin de precisar, corregir o aclarar un sinnúmero de equívocos surgidos en el transcurso del tiempo, y por un sentido de íntima justicia hacia Teresa de la Parra.

En cuanto a las correcciones que introdujo, la mayoría se corresponden con las convenciones de comienzos de siglo para este tipo de ediciones: aplicación de las normas de puntuación con excesiva puntilliosidad; se uniforma innecesariamente el encabezado de la carta y la firma; se omiten o sustituyen usos o palabras que se consideraban demasiado coloquiales. En cuanto a las fechas, es evidente que en muchos casos fueron agregadas por Carías, quizá varios años después, cuando ordenó sus recuerdos, lo cual convierte este epistolario en una fuente viva de incertidumbres y contradicciones sobre las cuales habrá que trabajar por mucho tiempo.

Las *Obras Completas* publicadas por Editorial Arte en 1965 incluyen una antología de cartas donde se reproducen las editadas por Cruz del Sur y se agregan: diecisiete cartas a Clemencia Miró, tres a Carlos García Prada, tres a destinatario desconocido y dos publicadas en la prensa: la carta a don Lisandro Alvarado y la carta a Eduardo Guzmán Esponda. Esta edición, aparentemente limpia de erratas notorias, es muy imprecisa en cuanto a la cronología de las cartas a Clemencia Miró y continúa la tradición de no señalar sus fuentes y criterios editoriales. La otra selección considerable de cartas aparece en 1982 en la Biblioteca Ayacucho (*Obra, Narrativa, ensayos, cartas*. Selección y cronología de Velia Bosch). Esta edición reproduce diez cartas del epistolario a Carías, seis de las cartas a Lecuna, tres

de las cartas a Clemencia Miró, las diez cartas a Zea Uribe, las tres cartas a García Prada, las tres cartas a destinatario desconocido y las cartas a Lisandro Alvarado y a Eduardo Guzmán Esponda; y se añade un conjunto inédito: trece cartas a Gonzalo Zaldumbide, cuatro a Enrique Bernardo Núñez, una a Miguel de Unamuno, tres nuevas cartas a destinatario desconocido, una carta a su madre y hermanas y fragmentos del allí llamado "Diario de Bellevue-Fuenfria-Madrid". Al cotejar algunos de estos inéditos con los manuscritos pude notar omisiones considerables, fallas en la transcripción y equivocaciones en la adjudicación de fechas y destinatarios. Como esta edición no trae notas ni específica convenientemente las pautas seguidas, creo necesario advertir que tanto el texto como los datos no son totalmente confiables, y que las fallas son aún más considerables cuando se trata de los diarios.

En cuanto a la selección de *Cartas a Lydia Cabrera* (Madrid, Torreozas, 1988) realizada por Rosario Hiriart, debe tenerse en cuenta que se trata, nuevamente, de una edición no anotada, que no especifica sus criterios editoriales. También aquí se observan fallas evidentes en la transcripción y en las fechas.

Para la presente edición hemos restablecido el texto cada vez que pudimos cotejar con los manuscritos. Esto fue así para todas las cartas a Carías, seis cartas a Zaldumbide, dos de las cartas a Enrique Bernardo Núñez y las tres cartas a destinatarios desconocidos publicadas en la *Obra Completa* y que aquí establecemos como dirigidas a Carlos García Prada. También tuvimos acceso a la colección completa de los diarios, propiedad de la señora Elia Bunimovich de Pérez Luna, y esto nos permitió, además de transcribir y restablecer los textos escogidos, hacer la más amplia selección publicada hasta ahora.

No es fácil fechar con precisión la correspondencia de Teresa de la Parra. En muchos casos el año, aun el mes, falta; a veces tampoco aparece el nombre del destinatario. En muchos de los manuscritos el año ha sido agregado, quizá mucho tiempo después; lo cual implica que aun cuando la anotación sea de la propia Teresa, subsiste un comprensible y a veces considerable margen de error.

Cuando citamos fragmentos cuyos manuscritos han podido consultarse, optamos por transcribirlos nosotros y restaurar el texto. Los datos que hemos restablecido se colocan entre corchetes y remitimos a una nota cuando la modificación contradice la cronología o las adjudicaciones realizadas hasta ahora. Modernizamos la acentuación y sólo corregimos la puntuación cuando lo consideramos necesario para la comprensión de la frase.

En cuanto al diario, no está demás aclarar que, al contrario de lo que se ha afirmado, Teresa de la Parra no dejó un diario propiamente dicho; se trata más bien de una serie de agendas de 12 x 8 cm donde anotaba algunas impresiones y una muy sucinta relación

de sus ocupaciones del día: salidas, visitas, lecturas, remedios... Una agenda del año 33 y las agendas del 35 y el 36 son todo lo que queda. En ellas no hay lugar para reflexiones, ni desarrolla sus opiniones o sentimientos; sería entonces bastante forzado hablar del "diario" de Teresa de la Parra perdiendo de vista estas limitaciones. Por lo mismo, tampoco tiene mucho sentido decir que su escritura llegó a una "casi ininteligible manía de condensación y abreviatura". Basta quizá tener en cuenta que por ser anotaciones de agenda, el lenguaje se recorta hasta hacerse telegráfico. Los fragmentos escogidos han sido transcritos tal cual y sólo nos permitimos completar las abreviaturas más obvias, introducir puntuación cuando parecía necesaria y agregar alguna que otra preposición o palabra cuando era indispensable para una adecuada comprensión del texto. Sólo en este último caso colocamos el término agregado entre corchetes.

Las notas a lo largo de la selección remiten a dificultades y precisiones de orden editorial, o bien sirven para dar alguna información o referencia que nos parecía oportuna para una mejor comprensión del texto.

NOTA AUTOBIOGRÁFICA*

NACIDA en Venezuela de una larga familia de seis hermanos, pasé casi toda mi primera infancia en una hacienda de caña de los alrededores de Caracas. Muchos de mis recuerdos de esa primera infancia están encerrados en *Las memorias de Mamá Blanca*. Huérfana de padre a los ocho años mi madre se trasladó junto con mi abuela materna a una provincia de España para hacer allí nuestra educación. Tanto mi madre como mi abuela pertenecían por su mentalidad y sus costumbres a los restos de la vieja sociedad colonial de Caracas. Por lo tanto mi segunda infancia y mi adolescencia se deslizaron en un ambiente católico y severo. Las procesiones de Corpus y Semana Santa, las Flores de María, fiestas de Iglesia, además de los paseos por el campo fueron casi los únicos espectáculos y reuniones que conocí entonces. Regresé a Venezuela a los 18 años. Pasé allí largas temporadas en el campo durante las cuales trataba de leer lo más posible. En Caracas me puse por primera vez en contacto con el mundo y la sociedad. Observé el conflicto continuo que existía entre la nueva mentalidad de las mujeres jóvenes despiertas al modernismo por los viajes y las lecturas, y la vida real que llevaban, encadenadas por prejuicios y costumbres de otra época. Sin fe en tales prejuicios se dejaban sin embargo a todas horas dominar por ellos, suspirando, sólo en deseo, por la independencia de vida y de ideas, hasta que llegaba el matrimonio que las hacía renunciar y las entregaba a la sumisión acabando por convertirlas a las viejas ideas gracias a la maternidad. Este continuo conflicto femenino con su final de renunciamiento me inspiró la idea de mi primera novela *Ifigenia*. La crítica que encierra contra los hombres y ciertos prejuicios hizo que en mi país la recibieran con algún mal humor. Algunos círculos ultracatólicos de Venezuela y de Colombia creyeron ver en ella un peligro para las niñas jóvenes que la celebraban al verse retratadas en la heroína con sus aspiraciones y sus cadenas. La novela fue atacada y defendida con gran exaltación en diversas polémicas cosa que contribuyó a su difusión.

En 1923 me trasladé a París en donde vivo desde entonces.

En 1928 escribí mi segundo libro *Las memorias de Mamá Blanca* que a la inversa de *Ifigenia* fue muy bien recibido por los tradiciona-

* En una carta a Carlos García Prada (París, 7 de mayo de 1931) Teresa de la Parra le envía estos datos biográficos para la edición escolar de *Las memorias de Mamá Blanca*; la forma autobiográfica hace de esta nota un documento revelador. El primer dato es "históricamente" inexacto: Teresa de la Parra nació en París, el 5 de octubre de 1889.

listas y con cierta decepción por las lectoras de *Ifigenia* que echaban de menos las ideas revolucionarias de María Eugenia Alonso, la heroína sacrificada a los prejuicios.

Actualmente me ocupo en estudiar la época colonial hispanoamericana sobre la cual quisiera escribir algún día.

1924

I. MUNDO COTIDIANO Y MUNDO INTERIOR

1924

A RAFAEL CARIAS. París, 2 de marzo.

[...] estoy en completo ayuno de literatura: (ni leo ni escribo una palabra)...

Tiempo perdido y ganado

[...] Aun cuando, como le digo, parece que perdiese el tiempo lejos de toda vida de contemplación interior, la aprovecho muchísimo en otro sentido: es cierto que abuso un poco del baile en los *dancings*, de los tacones de 7 centímetros, de las *cloches* muy ceñidas a la cabeza y de los vestidos *fourreau*, cosas todas que me consumen un tiempo precioso; pero en cambio, visito ordenada y metódicamente todos los lugares, museos y monumentos más interesantes del viejo París.

Tomo clases de declamación y de dicción francesa con Mme. Moreno, una de las más atrayentes ex-actrices de Francia, voy a algunas conferencias interesantes de la Sorbonne y de la Universidad de los Anales donde he oído a Gyp, a Colette, a Tinayre y otras celebridades masculinas y femeninas de la literatura contemporánea.¹ Por lo tanto creo que de semejante combinación de elementos, algo provechoso habrá de salir algún día.

A un destinatario desconocido. [Ginebra], junio.

Recibí anoche *La Revue*... mil gracias otra vez, por ella y por los (¡saludos!) de Gonzalo, que sólo descubrí en el sobre esta mañana hace apenas un instante. Me ha dejado pensativa. Me figuro que debe

¹ Con el nombre "Université des Annales", la revista literaria *Les Annales* organizaba ciclos de conferencias en los que participaban conocidos profesores e intelectuales. De las tres novelistas que menciona: Marcelle Tinayre; Gyp, seudónimo de Sibylle Marie Antoinette de Riquetti de Mirabeau, Condesa de Martel (1850-1932) y Colette, seudónimo de Sidonie Gabrielle (1873-1954), sólo esta última mantiene hoy un lugar destacado en la historia de la literatura francesa. En tiempos de Teresa de la Parra las tres eran muy populares y sus novelas suelen ubicarse dentro de la corriente sentimental.

insomnio; abundancia abrumadora de tiempo

excursiones en la naturaleza y en su alma

estar muy ocupado, siempre, siempre, con aquellas mismas ocupaciones que le hacían llegar tarde a casa de *Champs Elysées*. Yo en cambio, tengo una abundancia de tiempo que me abruma, mis horas, sobre todo las que paso de insomnio, son innumerables; créame, de buena gana le enviaría unas cuantas de regalo, si no fuese por el temor de que vaya usted a emplearlas mal y en ese caso, tener que compartir las responsabilidades. ¡No siempre se puede ser tan generoso como se quisiera!

Le escribo en mi cama, con el balcón abierto sobre el más radiante de los días de primavera y un paisaje que duele a fuerza de ser lindo: el lago circundado de montañas verdes... Con mi hermana Isabelita que es sin duda ninguna, una de las personas más simpáticas que existen, he hecho excursiones, no solamente en los alrededores de Ginebra y en la Saboya, sino también en este campo del porvenir que a mí se me antoja todo agostado y que ella siembra de todo lo imaginable con la misma actividad que tuvieron estos meses de abril y mayo, tan generosos con los árboles y tan crueles conmigo.² El otro día llegamos a Anecy en la Saboya, comimos al aire libre a orillas del lago y volvimos ya de noche, creo que nunca como esa noche he sentido el amor fraternal con que nos acompaña la naturaleza cuando estamos tristes.

Hasta ahora no he visto sino unos amigos suizos de mis hermanos, y otros suramericanos. Me aburre la gente. Fuera de este rato de conversación al cual me invitaron los (saludos) de Gonzalo, puedo decir que no he hablado con nadie, salvo por supuesto con Isabelita, cosa que no cesa ¡con cinco años pasados en que no nos habíamos visto y con todo el futuro que ella se empeña en ver desde aquí como un cielo lleno de estrellas!

A un destinatario desconocido. Ginebra, 17 de junio.

Recibí su carta, que no había contestado, no sé si

² Se refiere a la enfermedad y muerte de su amiga Emilia Ibarra de Barrios, hija del general Andrés Ibarra, edecán de Bolívar y cuñada del presidente Guzmán Blanco. No tuvo hijos y Teresa fue para ella una suerte de hija y compañera.

1924

por flojera o por alguna de estas sabias y desconocidas razones que nos conducen a las mujeres.

desencanto; necesidad de soledad

No le digo que sigo más triste y más desencantada que nunca porque no quiero hablar más de mí misma ni repetir la misma cosa.

Aquí comienzan a llegar delegados a la Conferencia del trabajo y tenemos el hotel hecho una Torre de Babel. ¡Un fastidio!, era mil veces preferible la soledad, el lago y los paseos en vaporcitos casi vacíos.

A Rafael Carias. Ginebra, 3 de julio.³

Días después de la gran desgracia que me aflige, recibí su carta que leí entre lágrimas, porque pasaba el día entero llorando. Me sentía abandonada y sola, aburrida de vivir, desencantada, como si todo mi espíritu se me hubiese muerto también junto con Emilia. Por eso no le había contestado aún.

tristeza suave y honda

A fines de mayo me vine a Suiza junto a mi hermana Isabel y aquí mi desesperación estéril se ha vuelto tristeza suave y honda. Quizá influya esta naturaleza suave de lagos y colinas verdes.

prescindir de los demás

[...] Creo que para hacer algo de provecho en la vida, hay que prescindir lo más posible de los demás, salvo cuando son buenos amigos, sinceros y espontáneos como lo es usted.

situación independiente

[...] Têngame al corriente de todo. No sé si sabrá usted que mi tan querida y maternal Emilia, me ha dejado heredera de todo lo suyo. Tengo por lo tanto si no diré la riqueza, sí una situación independiente.⁴ Ojalá este gran dolor tuviera algún día su primavera y su verano; entonces viajaría y escribiría en cualquier rincón sonriente y apacible, todas estas cosas nuevas que me ha enseñado el sufrimiento.

"inquietud nómada"

[...] A veces pienso que en Caracas era feliz y que he sido desgraciada por esta inquietud nómada que llevamos todos los venezolanos en el alma y

³ Después de cotejar el manuscrito se ha restablecido el año de esta carta fechada hasta ahora como de 1927. El año fue agregado a lápiz por Carias, pero el papel de luto con monograma que utilizó Teresa de la Parra después de la muerte de Emilia Barrios y la referencia específica a este hecho, justifican fecharla como de 1924.

⁴ La frase anterior fue omitida en las ediciones del epistolario.

1924

que usted lleva muy grande según he podido ver. Esta inquietud, que creó quizás las religiones y las artes, esta sed de ideal no se cura caminando, créame; no hacemos sino trasladarla, tras de nuestro cuerpo, sacrificando a veces la tranquilidad familiar del alero, y del rosal, y del cielo nuestro de todos los días...

A un destinatario desconocido. [Ginebra], agosto.

soledad, "desorden" y aburrimiento

[...] ¡Tengo tal impresión de abandono y soledad! Después de haber resuelto ir a Caracas en el vapor del siete, resuelvo no irme hasta el 22. No creo que mi hermana Isabel me acompañe. Me iré, quizás con mamá, o me iré sola.⁵ A ratos resuelvo no ir de ningún modo: ¡qué importa nada ni nadie! Tengo ganas de estar quieta, quieta, como las cosas y como los muertos!

Estoy en cama, tengo un chal negro porque tengo frío y desde hace varios días me encuentro *por fin* hoy bonita, allá en el espejo entre las almohadas blancas. ¡Qué desperdicio éste de estar bonita estando tan sola! ¡Si viera mi cuarto! ¡qué horrible desorden! Después de la gira tengo interinamente un cuarto triste y feo que da sobre la calle en lugar de dar sobre el lago. Esto me ha puesto tan de mal humor que lo he dejado en desorden: maleta, baúles, *nécessaire* y libros en el suelo. Se parece a mí el cuarto. Sólo que él es feo y yo por de pronto (nada más que por de pronto) estoy muy bonita. Sin embargo, hace apenas media hora sollozaba con la cabeza escondida en la almohada. Lloraba de indecisión, de *regrets*, de sensibilidad indefinida, de voluptuosidad divina de llorar.

[...] Me olvidaba decirle que en medio del gran desorden de mi cuarto tengo un búcaro lleno de rosas encarnadas que me mandó un muchacho dahnés de la Sociedad de las Naciones, que quiere enseñarme el arte de conducir automóviles, y me ha invitado a salir ya dos veces. Es bastante bien, pero si viera cómo me aburren él, el volante, el auto

⁵ Se refiere al viaje a Venezuela que realizaría a finales de 1924.

1924

afinidad con Santa
Teresa

y todos los demás hombres, éstos tangibles que se me acercan y me hablan! Quisiera como Sta. Teresa tener a Dios de amante, desgraciadamente casi no creo en Dios y como creo tantísimo en la muerte, yo también "vivo sin vivir en mí" es decir, sin presente, muerta de tristeza por el pasado y muerta de miedo por el porvenir.

Ya la cama se me está haciendo por fin hospitalaria, la almohada más suave con la cabeza, las sábanas cariñosísimas sobre la piel. Es que ya tengo sueño. ¡Buenas noches! ¿Meteré mañana en un sobre todas estas incoherencias? Ahora, cuando apague la luz volveré a llorar hasta que poco a poco me iré quedando dormida.

A Gonzalo Zaldumbide.⁶ San Juan de Luz, agosto.

anhelo de ternura

Te escribo con lápiz aunque me hayas dado tu pluma de oro. Quisiera hacerte sentir este momento mío tan hondo y tan lleno de *regrets*. Me dijiste el otro día que era incapaz de sentir ternura, y desde la muerte de mi pobre Emilia que era para mí todo un mar de cariño no hago sino pedir limosna de ternura y en estas horas de la noche, en mi cama, tan inhospitalaria, busco los mendrugos recogidos y se me vuelven todos, todos esos *regrets* de que te hablo que se me suben a los ojos y me ruedan por las mejillas. ¿Pero qué te importa a ti nada de esto? Leerás estas palabras con tu mirada ausente hundida en su más allá y no las comprenderás, dirás tal vez como Hamílcar: "escribe signos que no tienen sentido". Bien, entretanto sigo yo con mis *regrets* y tan, tan solita dentro de mi alma. Tú no estás en ella, te puse en una silla para que te sentaras y hace ya varios días que ni siquiera la silla veo. Siento el más profundo desprecio por esa cosa que llaman amor, que es brutal y salvaje como los toros del domingo, con los pobres caballos destrozados. No quiero sino ternura, eso que tú crees que yo no

⁶ Gonzalo Zaldumbide (1885-1965): escritor y diplomático ecuatoriano muy estimado por sus ensayos sobre Montalvo, D'Annunzio y Rodó. La correspondencia permite hablar de un romance con Teresa de la Parra entre los años 1924 y 1928, que luego se transformó en una ininterrumpida amistad.

1924

conozco y en lo cual soy maestra especialista imposible de equivocarse ni engañar.

A Gonzalo Zaldumbide. Caracas, 6 de noviembre.⁷

tristeza; soledad;
amor

[...] No puedes imaginarte qué atareo, entre las visitas, los negocios, las preocupaciones, los importunos y el teléfono. Mi estado de ánimo en estos días es pésimo. [...] Todas estas contrariedades me tienen como comprenderás decaída de espíritu. Además por no sé qué misteriosa evolución sentimental es ahora en estos últimos tiempos cuando siento con más intensidad mi dolor por la muerte de Emilia. En las tardes, sola, acostada en el diván de su *boudoir*, recordando tantos ratos de intimidad, en que sentía junto a mí con la naturalidad con que siento la luz del sol, su inmenso cariño protector, tengo accesos de verdadera desesperación.

Sólo tu recuerdo me libera a ratos. Pero he observado que a medida que pasa el tiempo tiene menos fuerza tu amor para vencer este drama mío de tristeza y soledad. No sé a qué atribuirlo. Será tal vez que mis once años de amistad con Emilia, siendo ya una costumbre, arrolla nuestro mes de amor que volviéndose pasado es débil y fácil de vencer. Esperemos que al hacerse de nuevo presente, con la fuerza de la realidad habrá de triunfar de todo. Es lo que ardientemente deseo, porque no quiero sufrir, ni vivir este martirio de las añoranzas.

A Gonzalo Zaldumbide. Caracas, 21 de noviembre.

buen humor

[...] Hoy estoy de muy buen humor porque al abrir

⁷ La edición de la Biblioteca Ayacucho reproduce esta carta como escrita en "Caracas, noviembre 6, 1928." Restablecemos la fecha de 1924 en virtud de lo siguiente: está escrita en el papel de luto que Teresa de la Parra utilizó en 1924; existen cartas fechadas por ella desde París en octubre del año 28, y Carías le escribe a París, desde Caracas, en noviembre del 28; una serie de cartas y testimonios señalan inequívocamente que su viaje y permanencia en Caracas el año 28 fue entre los meses de abril y mayo, mientras que sí existe evidencia de que se encontraba en Caracas para el mes de noviembre de 1924. Finalmente en la carta se mencionan dos hechos que corresponden al año 24: su reciente paso por San Juan de Luz antes de embarcarse y el estar dedicada a "embalar vajillas" en la casa que pertenecía a Emilia Barrios.

1924

el periódico (acabo de desayunarme y te escribo como de costumbre en la cama) encontré la noticia de que el Gobierno del Perú te había invitado junto con otras cumbres hispanoamericanas, al centenario de Ayacucho, como yo también, aunque no lo sepas, estuve a punto de ir, no sabes lo que acabo de divertirme en pluscuamperfecto de subjuntivo (hubiéramos, habríamos y hubiésemos... ¿es subjuntivo?) pensando cómo la habríamos corrido en Lima. La delegación venezolana al Perú, salvo mi amiga [...] está compuesta de todos los gordos más feos de Caracas. Los pobres [...] perdidos como una isla en semejante mar de carne, se empeñaron en que el Ministro del Perú debía invitarme entre las demás personalidades descollantes venezolanas. Como comprenderás, Lima, en las actuales circunstancias *ne fait pas mon affaire*, y ni yo puse de mi parte ni los otros tampoco me concedieron nada. ¡Ah! si yo te hubiera sabido en camino, ilustre plenipotenciario, creo que en 15 días me hubiese puesto a la altura o mejor dicho a la anchura de la señora [...], nuestra embajadora, y así quizás hubiera merecido los honores de una invitación o nombramiento.

[...] Vi a [...]. Me pareció una ruina, muy, muy, muy vieja y fea. Por su pleito con Emilia y sus viajes, hacía más de 6 años que no la veía. Hablando de ti, me dijo: "Gonzalo te quiere mucho... tiene una casa muy bonita... y ahora ya no tiene el carácter *aceitunado* de antes, me ha parecido más alegre". De donde deduje que *antes* tenías el estilo *aceitunado* porque estabas enamorado de tu prima (¿Mercedes?) y que si ahora no estás taciturno es porque *no estás* enamorado. Bueno, *tant pis pour toi*. Yo tampoco lo estoy, ni lo estaré nunca jamás.

Después de decir semejante herejía se me acaba de derramar tu pluma y se me han manchado las manos, el papel, las sábanas: ¡un horror! Adiós.

A Gonzalo Zaldumbide. [Caracas], 2 de diciembre.

tristeza; la casa:
peregrinación al
pasado

Mi Gonzalo querido: No puedo decirte lo triste y lo solita que me encuentro, ¡hasta hace un instante estaba sin siquiera pensar en ti! —Isabelita ha salido

1924

con nuestra amiga Conchita, yo, esperando el eterno embalador (trabaja media hora todas las noches) me he quedado sola y me cogió el crepúsculo y me cogió la noche. ¡Si vieras qué cementerio! Al lado, la casita abandonada y vieja de dos pobres beatas, muertas ya, la última dos meses después de Emilia y cuya casa húmeda y florecida de jazmines, de un gato, de ladrillos en el suelo y viguetas desnudas en el techo (¡ya la están tumbando!) era en otros tiempos, en los tiempos en que escribía mi libro tuyo un sitio de peregrinación al pasado, cuando Emilia salía y yo la esperaba para el *cocktail*, la casa de las Rodríguez era el paréntesis aburrido y pintoresco entre mis cuartillas guardadas y la comida. Al otro lado de esta casa "el corralón", gran solar tapiado y vacío que fue en un tiempo el cementerio del Convento de las Mercedes. Luego la iglesia que se extiende hasta la esquina. ¡Yo, como *sandwich*⁸ entre tanta desolación y tanta muerte! ¿Me ves? Triste, con mi mantoncito negro, escribiéndote como de costumbre *acostada* en el sofá del *boudoir* bajo la luz de la lamparilla eléctrica. He cambiado toda la casa para mi nuevo inquilino, otros papeles en las paredes, los cuadros más familiares, ausentes, los muebles movidos que parecen protestar pidiendo a gritos sus queridos puestos de antes... Y yo sin poder fumar ni sentir aquel llamamiento de la vida que sentía días atrás. ¡Estoy muy triste Gonzalo, triste, triste, triste!

A Gonzalo Zaldumbide. [Maracay], diciembre.

la espera; el amor;
la naturaleza

[...] Aún estamos en Maracay. Seguimos en plena vida de *dolce far niente*, de la cama al auto y del auto al río, al potrero o a la laguna. Yo, como lema de sortija, y de tu sortija, "canto mientras espero" y no espero sino tú, lo demás no son sino eslabones para llegar más pronto o para llegar mejor. El canto que entretiene mi terrible impaciencia es también el canto de tu amor que veo y miro y siento en todos lados, lo mismo en los paseos de la madrugada

⁸ Edición de la Biblioteca Ayacucho, p. 533: "...yo como sandwichs..."

1924

que en los del crepúsculo, lo mismo en el encanto del río que en las escenas virgilianas de las vaquerías, y en el de la luna mirada a través de los samanes, los cujies y los carros, cuando a toda prisa corremos en plena noche perfumada: tú, tú y siempre tú hasta en el amor o en el deseo que se levanta a mi paso. La misma carta de María Eugenia que escribí, mientras esperaba en pleno presentimiento tu llegada!

[...] Si vieras, Gonzalo, cómo me acompañas siempre a todas partes. Rumiante insaciable de los cortos, instantes de banquete, me pregunto asombrada qué fenómeno inesperado es este fenómeno fisiológico de la fidelidad. Viene de la misma fuente, quizás de donde brota el amor maternal porque es irrazonado, animal,⁹ bastante estúpido y es el resultado de caricias, huellas de beso. Te repito, ¡no lo comprendo!

1925

A Rafael Carías. Ginebra, 7 de septiembre.

[...] Sigo en Ginebra: un tiempo delicioso y un movimiento extraordinario con la apertura de la Sociedad de las Naciones. Todos los "grands bonnets" (o grandes cacaos, como decimos allá) de la política se encuentran aquí. Excuso decirle que sólo pienso verlos reunidos una o dos veces en solemne asamblea. ¡Es lamentable cómo se parecen a todo el mundo pero es interesantísimo el contemplar tanta solemnidad inútil! Como delegado de Venezuela he visto a Zumeta que se encuentra entusiasmado con las tristes alegrías y alegrísimas tristezas de María Eugenia Alonso. Le dije naturalmente que era una hija ya emancipada, cuyo "succés" me interesa cada día menos. Que era en Caracas, cuando todavía bajo mi tutela recibía flores fragantes en su retiro conventual, cuando me halagaba mirar sus poquísimos pero sinceros admiradores.

solemnidad inútil

⁹ Edición de la Biblioteca Ayacucho, p. 535: "...porque es irrazonable animal..."

1926

A Gonzalo Zaldumbide. [Vevey (Suiza), ¿verano?]

[...] No sabes el gusto tan grande que tuve ayer noche al encontrar tu carta. Estaba tristísima, me dolía tu ausencia de veras y tu carta me alivió el dolor. Me dormí como si te hubiera visto en la tarde. Voy a confesarte que en los primeros días de llegar aquí no sentí que me hicieras tanta falta. Quizás el calor de la familia reemplazaba un poco el tuyo. Además tenía otra vez tus ideas enemigas que pasan de tiempo en tiempo. Estos distintos estados de ánimo que a ti te inspiran desconfianza son la prueba más grande de mi cariño; tiene raíces que yo misma ignoro, y que tantas veces ya me han sorprendido. Tú vuelves siempre Lillo mío cada vez más querido, mis aparentes indiferencias, no son sino variaciones sobre el mismo tema, el tema siempre vuelve con más fuerza, y estas alternativas no hacen sino variar y renovar todos los días mi gran cariño. Ellas me libran del aburrimiento y de la monotonía: acéptalas con benevolencia, son la riqueza de un amor lleno de lujo y abundancia. ¡Que si soy rica! No te quejes ahora de esa riqueza que brota como la tierra que te perteneciera, ésta que no sabe de cheques ni de acciones, ni de billetes de bancos: ¡Papeles sucios!

Ayer estaba triste, primero, porque empezaste a hacerme caprichosamente una falta horrible; después porque Isabelita resolvió viaje violento a París; igualito a mi último viaje tan loco y tan lindo de hace cuatro meses. Todo me lo recordó y me puse dolorosísima pensando que yo no me iba ahora.

Porque te adoro, con ese amor que sólo nace de las grandes barreras. ¡Éste que conocemos ahora nosotros dos! Desgraciadamente no tenemos el dinero que rompe las barreras y alisa los caminos.

A Gonzalo Zaldumbide. Vevey, [¿agosto o septiembre?].¹⁰

desaclimatación interior

[...] No estoy todavía aclimatada como la otra vez a pesar de que llevamos una vida agradable, demasiado

¹⁰ El presente fragmento corresponde a una carta inédita de Teresa de la Parra a Gonzalo Zaldumbide. El lugar y la fecha fueron visiblemente agregados por la autora, posiblemente varios años después.

1926

agradable quizás. Tengo ideas negras que ya se van poniendo grises, espero que dentro de algunos días amanezcan rosas.

Tengo mucho que escribir y no hago nada. En cambio juego tenis, lo cual me hace bien y me impide pensar en ti: no te quiero *abimer*; prefiero que te quedes como dejé de verte.

dejar

No hago proyectos: no iremos a Italia, me dejaré vivir aquí hasta que la corriente me devuelva a París.

A Gonzalo Zaldumbide. [Vevey, ¿octubre?].¹¹

[...] Pienso como te dije irme a París a fin de mes, es decir, la otra semana. Creo que llegaré a Saint Cloud con María. Allá me quedaré algunos días. Estoy de nuevo invitada a la Varenne para las primeras semanas de noviembre pero no pienso aceptar esta vez, me angustian mucho los compromisos.

Aquí ha empezado ya el invierno y la vida del campo, sin tenis, paseos, ni jardín se hace pesada ¡tengo ganas de verme ya en París! ¿qué haré allá? No sé. ¿Nos seguiremos viendo? Tengo muchos deseos de conversar contigo, pero sigo como siempre sin plan fijo y dejándome llevar por la corriente. Ya sabes cuál es la más fuerte.

1927

A Rafael Carías. París, 7 de mayo.¹²

Viaje a España

[...] Pasé un mes en España encantador. Semana Santa y Feria en Sevilla; luego Extremadura tras

¹¹ El presente fragmento corresponde a una carta inédita de Teresa de la Parra a Gonzalo Zaldumbide. El lugar y la fecha los hemos establecido basándonos en ciertas semejanzas de tono y contenidos con otras cartas del mismo periodo, pero el margen de error es considerable.

¹² Esta carta, fechada en el epistolario como de 1927, junto con otra del 15 de mayo del mismo año, abre una serie de interrogantes en la cronología de Teresa de la Parra. En primer lugar, ese "mes en España", que por tratarse de "Semana Santa y Feria en Sevilla" tendría que ser abril, contradice algunas fechas de la correspondencia anterior en el epistolario de Carías (una desde París del 26 de febrero, donde dice estar preparando un viaje a Cuba; una del 22 de marzo y otra del 25 de abril, enviadas supuestamente desde La Habana, todas de 1927); como en los manuscritos estas fechas no presentan enmiendas notorias, no es posible ubicar con precisión ese "mes en España". En segundo lugar, en la cronología de Velia Bosch (*Obra*, Biblioteca Ayacucho, 1982) se

1927

las huellas de los Conquistadores leyendo a Cieza de León y a López de Gómara, cronistas de la época; que son una delicia. Fui a Trujillo, a Cáceres, Mérida, el Monasterio de Guadalupe; luego fui a Ávila tan llena de Santa Teresa, el Escorial, Toledo, Cuenca y pasé unos días en casa de la Infanta Paz en su hacienda de Luján, llena de color y de interés. Fue como viajar a través de los siglos. Es la manera de visitar a España, buscando lo hondo y no la superficie que naturalmente en confort y fácil agrado deja que desear.

París: el calvario de las casas de moda

Me vine llena de buenas resoluciones, rebotando deseos de escribir, pero al llegar a París me encontré con que todo el mundo andaba ya con los claros vestidos de verano, que los restaurants del bosque estaban ya abiertos y que no tenía que ponerme; y como lo más inmediato es quien manda, empecé el calvario empinadísimo de las casas de moda... Santa Teresa, Guadalupe y Luján se van esfumando. Para soñar en París se necesitaría que esa facultad fuera de acero, a fin de resistir a la avalancha de agradados momentáneos y cómo hacerla de acero?

A Rafael Carías. París, 3 de junio.¹³

herencia y enemistades

[...] Hoy le escribo con un objeto menos literario o lírico que de costumbre. En la última carta de Luis¹⁴ recibida hace dos días, me dice: "me dispongo a

ubica el primer viaje de Teresa de la Parra a Cuba en 1927, para asistir como "invitada al Congreso de la Prensa Latina". Sin embargo, más confiable parece la información que Rosario Hiriart toma del testimonio de Lydia Cabrera, cuando ubica ese primer viaje como delegada al mencionado Congreso en 1928 (*Más cerca de Teresa de la Parra*. Caracas. Monte Ávila, 1983, pp. 62-66). Varias cartas de Gonzalo Zaldumbide confirman el viaje a Cuba del 28, mientras que no hemos conseguido documentación para 1927. Existe además una cronología manuscrita por la madre de Teresa (archivo de la familia) donde apunta: "1927. Estuvo en Andalucía, Extremadura. En Castilla fue huésped de la Infanta Doña Paz en su cortijo de Saelices, en La Mancha, viajó con Isabelita". En virtud de todo lo anterior, y mientras no aparezcan nuevas pruebas, podemos suponer que el viaje a España fue en la primavera de 1927 y que las cartas a Carías desde La Habana han sido fechadas de manera equivocada.

¹³ Carta inédita a Rafael Carías donde le cuenta a su amigo y administrador las desavenencias que surgieron entre ella y los familiares de Emilia Barrios a raíz de la herencia que ésta le dejó. La carta interesa porque muestra la claridad y el realismo con que Teresa de la Parra afrontaba situaciones conflictivas, y su capacidad para mantener cierta comprensión y distancia aun en medio de la indignación.

¹⁴ Luis Parra, hermano de Teresa.

1927

entregar la dirección de tu administración a Carías". Noticia que me llena de júbilo pues era ese mi deseo. Supongo que deben Ud. y Luis estar ya de acuerdo. [...] Por este mismo correo le escribo a éste sobre un asunto que me interesa mucho y el cual puede resolverse con tacto y habilidad. Como le digo tengo dos acciones del Banco de Venezuela depositadas en el Banco Caracas, el cual las hipotecó en 15.000 bolívares, más o menos, dinero que se invirtió en los gastos de la testamentaria. Usted conoce la actitud de A. I.: enemistad a muerte conmigo porque yo no quise entrar en arreglos ridículos que él me proponía: ceder la renta por la tercera parte del capital. Él, por desgracia, es el albacea junto con P., y ambos, árbitros en caso de venta o cualquier otra medida. El Banco Caracas exige que se le pague su hipoteca. Nada más fácil sería que vender los muebles de la casa de Las Mercedes y pagar la hipoteca. Esto es un arreglo que conviene a todos y aun más a la sucesión que a mí, puesto que espero que mi vida ha de ser más larga que la de los muebles. A. en su nombre, en el de su hermana de quien es apoderado (aun cuando ella reprueba su actitud) me ha declarado la guerra aun cuando el malestar esté contra sus intereses. [...] A Luis le encargo que trate de arreglar este asunto que considero difícil. En contra mía tengo a los M. No necesito definirle la mentalidad del G. M.: una avaricia sordida mezclada con una rivalidad feroz por todo aquel que posee algo. Después de haber sido el causante principal de la ruina de los Barrios (todas las antiguas propiedades de éstos están actualmente en su poder) se condujeron siempre, él y la señora M., con Emilia, con un egoísmo indigno. El testamento de Emilia ha hecho de ellos mis mayores enemigos. Esto con muy mala fe pues a la Señora M. le consta que durante la vida de Barrios, cuando Emilia vivía una existencia heroica luchando ella sola contra la crisis de la caña, llena de deudas que contraía Barrios, sin créditos para pagar el peonaje y gastos de la hacienda, era yo quien le conseguía en casa la suma que necesitaba con urgencia y que su hermana millonaria y sus sobrinos ausentes no le adelantaron

1927

jamás. La señora M. fingía ignorar siempre las angustias monetarias de Emilia, que fueron a veces trágicas. La nobleza inmensa del carácter de Emilia, como su aislamiento y necesidad de apoyo moral hizo que yo me uniese a ella hasta el punto de ser más que una hija. Los M. saben muy bien todo eso. Con inmensa mala fe me declararon la guerra e instigan a A. en contra mía. Hasta cierto punto es natural que yo herede de Emilia sus enemigos puesto que heredé su renta. Afortunadamente que nada pueden hacer los M. directamente contra mí, si le cuento su actitud es para que Ud. se encuentre en autos de todo.

1928

*A Lydia Cabrera.*¹⁵ [Vevey, ¿comienzos de 1928?]¹⁶

proyecto de viaje

[...] Yo sigo con mi viaje en proyecto; sin nada decidir de fijo. Creo en efecto que La Habana sintigo me resultaría una Habana de tercera clase; son las personas quienes le dan ser y razón de ser a las cosas [;] sin interés y sin amigos las ciudades todas son cementerios, ¡mucho peor! porque los muertos andan y hacen ruido.

¿para qué ser heroicos?

No creo estar en París antes de un mes. Sólo entonces habré terminado las Memorias cuyo nombre ya conoces. Sola, sola me siento a ratos fuerte, a ratos no puedo más. Entonces me consuelo pensando que soy heroica. Pero al fin y al cabo, ¿para qué ser heroico? Comer, dormir, andar, etc., para eso nacimos, todo lo demás es soberbia!

¹⁵ Lydia Cabrera, reconocida antropóloga y escritora cubana, nacida en 1900. Conoció a Teresa de la Parra en París en 1927 y desde 1929 fue su amiga más cercana. En 1936 publicó sus *Cuentos negros de Cuba*, dedicados a Teresa de la Parra.

¹⁶ En la edición de Rosario Hiriart (*Cartas a Lydia Cabrera*. Madrid, Torre-Mozas, 1988) esta carta, sin fecha, aparece como "probablemente de 1927". Nos inclinamos a fecharla como de 1928, tomando en cuenta lo dicho anteriormente en la nota 7. A partir de ahora, cada vez que corregimos las fechas establecidas en la edición de Hiriart, o bien incluimos nuevas precisiones, lo hacemos basándonos en el contexto de la carta, en el cotejo con el resto de la correspondencia y, como las cartas a Lydia siguen por momentos un ritmo casi diario, pudimos, en algunos casos, reconstruir el calendario apoyándonos en las cartas que mencionan el día de la semana. En todos estos casos el dato que proponemos aparece debidamente señalado entre corchetes y el signo de interrogación cuando la evidencia no es definitiva.

1928

Como no quiero filosofar demasiado te abrazo y me despido hasta pronto espero.

A Gonzalo Zaldumbide. Caracas, 14 de abril.

[...] Llegué bien a pesar del ambiente tempestuoso.¹⁷ Comienzo a ocuparme de las cosas. La época no puede ser peor y me falta la confianza en ti y en mi habilidad. Trabajaré como si fuese segura del éxito. Recibí tu carta, amor. Veo a través de las noticias que en ella me das, como vi en Cuba a través de tus detestables amigos, que las cosas quizás no podrán ser.

Muchas páginas podría escribirte sobre Caracas y sus últimos acontecimientos: lo haré de palabra cuando te vea. Mi llegada que yo quise que no se avisase, fue de sorpresa y relativamente fría. Luego he recibido muchas visitas y flores pero sin fiestas, la gente anda triste.

Mi vida no puede ser más reposada: ¡descanso por fin de los conflictos! Vivo en casa de Elia que es un encanto y cuyo marido excelente tiene la manía del encierro. Elia no ve a nadie. Yo estoy en el alto o segundo piso de la casa destinada a Mamá. Recibo las visitas en el salón de Elia en rueda solemne como en los tiempos de antes. Caracas me entristece. Siento, Lillo, una indiferencia dolorosa hacia todo lo que me rodea (fuera de los hermanos), es como si estuviese rodeada no de cadáveres sino de esqueletos. Dos veces he salido de noche a teatro y restaurant, la vista de la gente, sus palabras, sus felicitaciones me producían un fastidio profundo. ¿Cómo podemos ser tan sensibles a la ausencia? ¿Qué fibra es la que se rompe en estas ciudades chiquitas que ya no vuelve a empatarse? Ni la calle de las Mercedes, ni el recuerdo de Emilia, nada me conmueve.

...22 de abril.

soledad; amor Me encuentro sola y triste, amor mío. Elia, mi her-

¹⁷ Se refiere a los actos contra la dictadura de Juan Vicente Gómez ocurridos durante la celebración de "la Semana del Estudiante" en febrero de 1928.

1928

mana, se ha ido a una casa de campo que tienen cerca de Caracas, por enfermedad de uno de los chiquitos y aunque pasa el día entero conmigo, se va en la tarde a las cinco y me quedo sola. Como quiero evitar las visitas que podrían serme molestas o comprometerme, digo a todos que estoy sola con ella, cierro la puerta y me quedo en la casa desierta con dos de las sirvientas. Esto me deja en reposo, pero tengo ratos de tristeza negra. Hoy todo el día has estado en mi pensamiento. No ceso de pensar de qué distinta manera te quiero, de lo que te quería cuando vine a Caracas hace cuatro años. ¡Cuánto, pero qué mal te quería entonces! Cuán *nouveau riche* del amor era. Ahora lo que me da mayor gusto es pensar que en el tumulto de personas que he visto pasar en todo este tiempo no hay nadie con quién pueda establecer, ni por asomo, el acuerdo que tengo establecido contigo. Te soy fiel por impotencia como una vieja de 75 años, el amor con su inquietud de ansias y celos se ha extinguido en mí. Estoy *blasé*, Lillo, en Caracas no me atraen ni el deseo de gustar, los elogios me aburren mortalmente.

[...] huyo como de la peste de las invitaciones que a más de aburrirme, me distraen el pensamiento que necesito tener libre de preocupaciones. Tengo aquí mucho prestigio de seriedad y lo cuido con celo extremado. Esto me hace aparecer orgullosa y no creo gozar de muchas simpatías entre el elemento masculino que me ha abordado. Pero, mejor así: de los dos escollos es el menos malo. Las mujeres me rinden culto, entusiasmo frenético de todas. Salvo dos o tres, las demás me adoran: respiran por la herida. He visto también con mucho gusto que mis dos hermanos disfrutaban de una reputación sólida de muchachos intachables. Como te digo me han parecido muy inteligentes y simpáticos, nos queremos mucho, es una gran novedad. ¿Cómo estarás tú? En otro plan quizás, pero con el mismo *dégout* dentro del alma, como si lo viera. Como ya has de sentir algo teatral en los homenajes que te hagan. ¿Cuándo llegará el día de enviar al diablo literatos y políticos para vivir mansamente, dulcemente, en esa patria doble que sería nuestro matri-

1928

monio en Francia? ¿Cómo andarán las cosas por tu lado? A veces me decepciono, luego vuelvo a reaccionar. Al diablo mandaría todos estos proyectos si no me sostuvieras tú. Para mí sola me basta con lo que tenía, con lo que tendré si no tengo éxito. Contigo es otra cosa, todo me parece poco, todo inseguro. Hay maternidad en mi cariño además de tantas otras cosas.

A Gonzalo Zaldumbide, A bordo, [¿mayo?].¹⁸

como los habitantes del limbo

[...] No sé por qué me parece que estoy abandonada, lejos de ti, lejos de todo, sin desesperación ni tristeza, sola con el mar y el cielo: así deben vivir los habitantes del limbo.

A Rafael Carías. París, julio.

vaivenes: afuera y adentro

[...] apareció la segunda edición de *Ifigenia*. Las "Memorias"... se imprimen; me voy de París huyendo del calor, a mi regreso, en octubre, me instalaré en casa de Isabel mi hermana en Neuilly; quizá vaya a Munich en agosto, a la temporada de conciertos de Wagner, invitada de nuevo por los príncipes de Baviera; la traducción inglesa de *Ifigenia* augura gran éxito aunque no hay aún nada firmado ni decidido¹⁹ y en medio de tanto vaivén no acierto a sentirme alegre y feliz sino muy breves ratos.

Aquí siguen rumores fantásticos, ¿qué habrá de cierto? Yo me traje de allá un inmenso desprendimiento muy definitivo hacia casi todo y un profundo cariño por una minoría, los amigos nobles y buenos tan dignos de mejor suerte, tan grandes y tan fuertes en su silencio y en su actitud estoica.

desmentido

Sé que dicen allá que se me dio una importante suma. Es absolutamente falso, una falsedad con mala intención.

¹⁸ Carta inédita a Gonzalo Zaldumbide escrita en papel con membrete de la "Compagnie Générale Transatlantique", abordo del *Perou*, el barco que la llevó a Caracas el año 28.

¹⁹ No se llegó a realizar la traducción inglesa de *Ifigenia*.

1928

No he obtenido ni siquiera mi pensión²⁰ a la cual tenía derecho. La injusticia de unos y otros, lejos de amilanarme, me hace reaccionar. Ahora me siento sin obligaciones; enteramente libre e independiente.

A Rafael Carías. Vevey, agosto.

[...] Veo por la frase final de su carta que se halla usted en una de esas horas de melancolía que nos barren el alma de tiempo en tiempo como un viento desolador. Piense, mi buen amigo, que es el tributo que hay que pagar cuando se tiene el alma delicada, la inteligencia sutil y los ojos puestos en alto, hacia puros ideales. Quizás le cause satisfacción el que le diga la amable impresión de espíritu limpio que me dejó usted en mi último viaje a Caracas. En aquella situación de callejón sin salida ¡qué hermosa era su actitud de estoicismo que protesta, alma adentro, sin quejas vanas y fáciles! Estoy tan desencantada de los falsos valores, de los que hacen de todo retórica, sin el pudor de callar a tiempo y tan dispuestos a cambiar la actitud de protesta por la de servilismo, si el azar, en vez de mostrarle un número par, les dejase entre las manos el impar. Hombres honrados y serenos como usted, son los que hacen un país digno y grande. Para los que como yo, miramos la representación desde lejos, son usted, ustedes los estoicos, los

desencanto de los falsos valores

²⁰ En una carta inédita a Carías de noviembre de 1928, Teresa de la Parra se refiere a una pensión de 500 bolívares decretada por el Congreso Nacional, donde dice que accedían a pagársela de nuevo, por ser "la misma que se nos había pagado como nietas del Dr. Luis Sanojo hasta el año de 1924". En el archivo de la familia existe un documento en papel de la Cámara del Senado, Oficio núm. 300, fechado en Caracas, 7 de junio de 1916, dirigido a las ciudadanas: Ana Teresa, Isabel, Elia y María del Pilar Parra Sanojo que por ser de interés para confirmar lo relativo a la pensión se transcribe íntegramente: "...En sesión de ayer dictó la Cámara que presido el siguiente Acuerdo: 'La Cámara del Senado de los Estados Unidos de Venezuela, —Acuerda: —Único— Se excita al Ejecutivo Federal a que conceda a las nietas del Licenciado Luis Sanojo: Ana Teresa, Isabel, Elia y María del Pilar Parra Sanojo, la pensión especial de doscientos bolívares mensuales.— Dado en el Palacio Federal Legislativo, en Caracas a 6 de junio de 1916 —Año 107 de la Independencia y 58° de la Federación— El Presidente, José Ignacio Lares.— El Secretario, G. Terrero Atienza.' Transcripción que hago a ustedes para su conocimiento, y como resultado de la representación que dirigieron a esta Cámara. Dios y Federación. José Ignacio Lares."

1928

el concepto de Patria

que salvan y purifican en su silencio y en la sombra de incompreensión que les rodea, el concepto de Patria, como los recuerdos de la infancia, como la armonía de los paisajes en el recuerdo, como las sombras de los antepasados. ¿Qué importa no triunfar? Para los puros, los vanos honores se vuelven contra ellos como una carga pesada y vacía. Si es para usted una satisfacción decirle que lo aprecio intensamente, quiero decirselo con toda sinceridad; lo aprecio por su alma limpia y digna.

1929

A Rafael Carías. París, 9 de mayo.

optimismo

[...] Veo por su última carta, a pesar de la prisa y la conicismo que me advierte, cierta desanimación o decaimiento. Espero que haya sido pasajero y que se encuentre de nuevo en ese estado de optimismo tan necesario para vencer en la vida. Hay que creer en sí mismo, amigo Carías, a pesar de los demás y a pesar de la adversidad que se domina con fe, la santa fe sin engreimiento ni vanidad, la que le deseo como estado natural de gracia. Usted la merece y sé que la tiene cuando no se deja influir por toda la maldad o mejor dicho la vulgaridad de la mayoría.

A Rafael Carías. París, 24 de junio.

Hace tiempo que no le escribo, le debo dos cartas: una larga y otra corta de cuentas y letras [...]. Su primera carta, la larga, me causó una dulce alegría: como de costumbre era usted el primero que llegaba a traerme el eco producido en el propio ambiente por mi libro,²¹ el eco sentimental de un alma y de una inteligencia claras. La impresión fue excelente. Cada día me interesa menos el juicio impreso y más la carta, no por falsa modestia, ni por modestia sola, sino porque voy entrando en la edad en que sólo se vive gratamente en la vida inte-

²¹ Se refiere a *Las memorias de Mamá Blanca*

1929

misticismo sin fe

vulgaridad social

autoobservación;
Diario de Amiel

rrior. Cuando no se tiene un hogar, ni hijos, ni cuidados y preocupaciones necesarias a la vida material, vivir en profundidad y no en extensión es lo único que interesa. La paz del alma y la serenidad es el único cielo de este misticismo sin fe ni esperanza en el más allá de la muerte. Los libros y unos cuantos amigos a quienes se aprecie y que nos aprecien acaban por ser la única verdad, lo demás es ruido que aturde y que nos impide oírnos a nosotros mismos y a los que dicen cosas gratas por sinceras y sentidas. A mí me es muy difícil asistir al espectáculo de la vulgaridad social sin ponerme a su nivel de vulgaridad y lo más triste es que para llegar a ese nivel tengo aún que hacer un esfuerzo: el de bajar que es en mí menos natural que el de subir. Yo lo he tenido siempre a usted por un alma verdaderamente amiga en el sentido de la claridad-inteligencia y de la claridad-limpieza. A propósito de esto pienso enviarle dos libros: *L'amitié* y *San Francisco*, de Abel Bonnard.²² Son dos obras exquisitas, verdadera alegría del espíritu. Estos libros son recientes. Dígame, no se olvide, si conoce el *Diario* de Amiel; el espíritu superior que sólo vive observándose a sí mismo como al mundo entero del espíritu para legar su trabajo al público después de su muerte. Es un libro lleno de un desencanto fuerte que nos hace huir del éxito vulgar y nos cultiva el orgullo de ser buenos y nobles sin más público que el de nuestras propias alas.

1930

A Vicente Lecuna. La Habana, 12 de julio.

ver por evocación

[...] Mis cuatro días de viaje de Cartagena a La Habana me han enseñado a saber esperar; las cosas se ven después por evocación en la soledad: la gente por encantadora que sea, la de sociedad, son especíes de aisladores, pero ellos se borran de nuestra mente antes que la imagen de las cosas y el alma de los muertos.

²² Abel Bonnard (1883-1968), escritor y periodista francés. El ensayo *L'amitié* es del año 1929. Fue miembro de la Academia Francesa, excluido luego de la misma por haber sido colaboracionista con el gobierno de Vichy durante la segunda Guerra Mundial.

1930

A Rafael Carías. Villars-sur-Camby (Suiza), 22 de agosto.

Washington: vida apacible vs. vida moderna

[...] Mucho me alegro de que su viaje a Estados Unidos le haya dejado tan agradables impresiones. También a mí me gustó extraordinariamente Washington. Creo que es una de las ciudades en donde la vida debe llevarse apaciblemente, cosa tan necesaria para ser feliz; el vértigo de la velocidad y del trabajo ha invadido y afeado el mundo entero.

A Lydia Cabrera. [Villars-sur-Camby, ¿agosto?]

regreso a Colombia

Aunque llevo aquí vida interior, no es del todo espiritual, pues aún no he comenzado a leer como quisiera, como leí en el tren, que me parecía estar sola con lo infinito. He trabajado en el sentido de que he puesto en orden mis cartas y papeles de Colombia. Muchos no los había leído. Me siento agobiada y considero indispensable escribir algo para explicar tanto silencio y pagar tanta deuda. Veremos con Vejarano a quien veré probablemente el viernes. He revisado algunos Repertorios Americanos. Hablan continuamente contra Machado.

el triste *charme* de París

Es cierto lo que dices en tu carta. Yo también he sentido el *charme* de París en verano por los *quais*, pero yo estaba muy triste y muy sola, pensaba en mi muerte y la deseaba recordando las generaciones que habían caminado y sufrido de desencanto como yo por las mismas calles, frente al mismo Sena...

A Rafael Carías. París, 1º de octubre.

vida interior

[...] Con salud y tranquilidad monetaria se hace en cualquier parte del mundo una vida feliz si se tiene como usted vida interior; no le deseo, pues, sino que guarde para siempre firmemente esos dones únicos que dan ese bienestar que se trasluce en su carta. En estos momentos en que necesita educar a sus hijos, una situación monetaria holgada es importantísima. A propósito, me permito aconsejarle para ellos que no descuide como suelen hacer tanto en Caracas la enseñanza de los idiomas, sobre to-

hablar "idiomas"

1930

do del inglés, hoy tan indispensable allá para los negocios. En todo orden el conocimiento de un idioma es una puerta abierta que amplía extraordinariamente las ideas y da ventajas grandísimas y efectivas sobre los que sólo conocen el suyo. Desgraciadamente suelen ser entre nosotros los más ineptos quienes más idiomas hablan, sólo les sirve para importar apariencias de cultura y como decía mi tío Manuel Hernández: "perder la ocasión de callarse la boca".

1931

A Rafael Carías. París, 16 de enero.

felicidad del alma y sacrificio

Aunque hace pocos días que le escribí una carta muy corta por falta de tiempo, hoy vuelvo a hacerlo con más calma porque recibí la suya de dos de diciembre, escrita, se comprende, en esos momentos de melancolía, los mejores quizás de la vida, porque sentimos la nostalgia de lo grande y de lo bello que creemos podemos encontrar más allá, en otro ambiente, en otro género de vida y que en realidad sólo está, sin que lo sepamos, en el fondo de nosotros mismos. Son los viajes de la vida interior los que pueden curarnos. Usted es sin duda un poeta que no expresa sus sentimientos porque no ha encontrado o no ha querido encontrar la forma; un místico sin religión y es esa su tristeza resignada y hermosa. Mientras más pasan los años más me convenzo de que todas las cosas que nos deslumbran, el mucho dinero, el éxito, los honores, no pueden satisfacer sino a las almas positivistas y vulgares, y éstas en su pobre satisfacción no sospechan siquiera la existencia de la verdadera felicidad que nos viene del alma; el amor a la vida que nos rodea, de la cual somos una parte a la vez efímera y eterna.

Usted tiene dentro de ese mismo sacrificio continuo de que me habla, en el cual van pasando los días uno a uno, grises, sin brillo exterior, pero llenos de su propia substancia que se da a los suyos sin pedir nada en cambio, la suprema felicidad en

1931

la suprema generosidad. Es cierto que a cada rato sentirá el choque de la incomprensión, la vulgaridad diaria de las mezquindades desapacibles, ¿pero, dónde no se encuentran? Más o menos grandes, más o menos frecuentes, están en todas partes.

Es cierto que la vida independiente, sin la responsabilidad y las mil preocupaciones que implica una familia nos deja correr libres, como y cuando queremos, hacia lo que nos gusta; pero ¿no queda entonces la tristeza infinita del vacío esa nostalgia de responsabilidad y de sacrificio? Yo creo, querido amigo, que sólo podemos ser felices dentro del misticismo. El siglo xx fue un siglo demoledor por ateo, fue suficiente y charlatán; creyó haber dicho la última palabra con sus inventos y su materialismo y ahora estamos sufriendo las consecuencias. La gente toda se odia porque quieren arrebatarle los bienes materiales como en una piñata, y cuando una revolución o un sistema ha triunfado, son los mismos males con distintos nombres.

La única ventaja que veo yo en la vida de las grandes ciudades, es que es más fácil aislarnos de la gente, haciendo vida de solitario gracias al anonimato, pudiendo ir cuando queramos hacia lo que nos cautiva, nos distrae o nos levanta el espíritu. Pero en cambio ¿qué desventaja la de este clima sin sol, ni estrellas, ni cielo! Qué bendición la del trópico siempre en plena comunión con la naturaleza tan buena amiga y maestra. Yo creo que con bienestar económico, salud, libros, unos ratos de soledad y una casita de campo modesta y agradable, sin saber ni leer sobre política, se puede ser en Caracas enteramente feliz. Yo creo que la gente de la Colonia era muy feliz, tenían la dorada mediocridad y no los atormentaba el deseo de mando ni el de los millones. Con un cielo siempre azul y la seguridad de Dios ocupándose de ellos ¿qué vida más agradable puede darse?

A Rafael Carías. París, 27 de abril.

[...] Comprendo su silencio y esa abulia de que me habla, yo también la siento muy a menudo y no

el siglo xix, inconvenientes de la modernidad

la dorada mediocridad de la Colonia

1931

me ofendo nunca porque un buen amigo sincero como usted me deje de escribir o de ver durante algún tiempo. Las cartas a los indiferentes, esas que se escriben mecánicamente, se contestan de prisa; para escribir a los amigos hay que tener "buen tiempo" en el alma, para darlo a compartir.

Me gusta mucho cuando me dice sobre sus lecturas y preferencias; su misticismo ecléctico de concordancia y fraternidad universal, tiene usted razón: es la única verdad y la única religión verdaderamente parecida al cristianismo de Cristo.

Diario. Junio 6.

Me encuentro, lo quiero creer para que me sirva de esperanza, en un periodo de crisis moral. Siento en mí una inmensa miseria de iniciativa, de deseos, sólo tengo ojos para mirar esa pobreza que me paraliza. ¿De dónde puede venir el remedio? ¿De dentro? ¿De fuera? Adentro no hay más que el espectáculo deprimente y siempre alrededor de él, ahogándolo el no saber qué quiero, qué quisiera querer. Es la ruina por falta de nervio, de fe. ¿Si buscara la reacción de afuera? Sólo una amistad de las que tan rara vez se encuentran en la vida, amistad, no amor, podría dármele por contagio de entusiasmo de generosidad. Me parece vivir desde hace algún tiempo en un clima espiritual que no es el de mi espíritu. No llevo en mí la suficiente fuerza de concentración para hacerme mi clima dentro de otro opuesto y me siento decaer sin elementos ningunos para aislarme y defenderme. Tal vez un viaje. ¿Este deseo continuo de viaje, de "salir", no será la señal de mi inutilidad en el mundo como ser colaborador de la vida por haber equivocado mi vocación, cualquier "estado" definido y humilde, que evité siempre por egoísmo: temor de perder libertad y adquirir responsabilidad y trabajo? El trabajo físico, gimnasia de la energía, habría sido mi salvación, me habría salvado de la abulia que confunden con la bondad. Yo sé que no es bondad. Dice Rilke (acabo de leerlo) que todo *comienzo* es bello. Yo quiero comenzar hoy. Pero ¡qué gran humildad

"buen tiempo" en el alma

misticismo ecléctico

"crisis moral": falta de fe; deseos de viaje; vida interior

1931

se necesita! ¡Sembrar en campo estéril, contando sólo con el azar! ¡la lluvia inesperada! La vida interior es un mundo maravilloso, a condición de que en ella nazcan y se muevan las cosas, o se reflejen las de afuera. ¿A qué profundidad misteriosa se encuentra esta mía que sólo pasa por instantes, tan caprichosa, tan opaca, y tan rápida que ni siquiera puedo exprimirla yo misma en palabras?

A Luis Zea Uribe.²³ Beaulieu (Francia), 6 de septiembre.

[...] En estos días de soledad he leído con reposo la historia de la filosofía del alemán Messer tratando de recordar tantas cosas mal aprendidas y olvidadas; este estudio me ha fortificado en mi renacimiento a la fe, del que fue usted la "voz en el camino de Damasco". Por eso lo he recordado mucho. En las ciudades grandes, donde vive en eterna apoteosis la era mecánica, acaba ella por arrancarnos de un todo nuestra atención hacia lo material exterior y nos olvidamos de este reflejo de Dios que es nuestro yo. Lo encerramos en un rincón y no lo volvemos a ver ni a oír.

Diario. Beaulieu. Septiembre 6.

[...] Regresando como de toda reunión mundana cansada y aburrida a pesar agrado y amabilidad concurrencia.

Sept. 8 [...] Tarde lluviosa, aburrimiento completo. Depresión moral.

Sept. 10 [...] Ambiente de vulgaridad exterior e interior, gasto fantástico, *moeurs* imposibles, cosas que reconcilian a uno con el comunismo.

Sept. 12 [...] Sensación desagradable de ausencia, de desconexión. Veo que me hago de día en día menos sociable, no tengo *engranaje* espiritual con casi nadie. Me aburro con la gente. Me siento miserable de soledad.

aburrimiento mundano

soledad

²³ Luis Zea Uribe, destacado médico y cirujano colombiano. Representante ante el Congreso de esa República, Inspector General de Sanidad y autor de un libro, *Mirando al misterio*, sobre fenómenos espirituales metapsíquicos, que Teresa de la Parra leyó con interés.

1931

¿Sería en realidad más agradable vivir aquí que en París? Esta mañana ayudé a Lydia a hacer su equipaje. Pasé el día sin leer. A las seis fui a dejarla a la estación y me dejó su partida una impresión de soledad absoluta, algo como la muerte. Al regresar sola mirando las hojas secas que volaban en un vendaval de otoño y un mar bravo tenía el alma llena de angustia. Pensaba en la soledad de la muerte, soledad del que se va en pleno elemento desconocido y del que se queda. Estoy triste. Lydia me hace más falta de lo que creía.

disciplina

He resuelto con ella traducir *Les contes de cristal* de Miomandre.²⁴ Mañana comenzaré continuando mi estudio de la Filosofía. Quiero ver si realizo algo en estos días que pasaré en Beaulieu. Me servirá de disciplina. Trataré de no perder el tiempo y ver cuánto puede rendir un trabajo asiduo. ¿Pero podré resistir la soledad completa? Si me fuera posible iré tal vez a Italia. No sé qué será de mí este invierno. Necesito reflexionar y tomar una dirección seria hacia algún trabajo.

soledad

Sept. 17 [...] Sentí un gran alivio cuando arrancó el tren y me quedé por fin sola en el vagón con mi libro. ¡Qué razón tenía Emilia! ¡Qué fastidiosa es la gente!

Sept. 23 [...] A partir de hoy me siento tranquila con serenidad de espíritu y sobrellevando bien la soledad. Ayer, antier y casi toda la semana anterior he estado inquieta, atormentada por ideas fijas.

Sept. 27.

experiencia "rara"

[...] El viernes después de escribir y dormirme profundamente sentí algo raro como si me despertaran. Encendí, me levanté a beber agua y volví a acostarme y apagué, sintiendo siempre la sensación de ese algo raro. Cerré los ojos para dormir y al abrirlós en la media oscuridad (había mucha luna y tenía la ventana abierta) vi un reflejo muy grande sobre la cómoda. Pensé: es la luna que se refleja en el espe-

²⁴ Francis de Miomandre, escritor y crítico francés, contemporáneo de Teresa de la Parra. Tradujo parte de *Ifigenia* al francés (Paillart, 1926 y Champion, 1927) con un estudio preliminar, reproducido en español en las *Obras Completas* de Editorial Arte.

1931

jo de plata que está sobre la cómoda. Un momento después la luz (grande y muy clara) se apagó encima de la cómoda y se fue a encender en un rincón de la pared donde no parecía posible que pudiera ser reflejo venido del exterior. Estuvo así como diez minutos. Eran las doce de la noche. No tenía miedo y dije mentalmente: Emilia, si eres tú, demuéstremelo de algún modo: que se apague la luz por ejemplo. Y la luz se fue. Creo que era esto una contestación a lo que había reflexionado en la tarde acerca de mis lecturas sobre la inmortalidad del alma y mis dudas de siempre presentes a pesar de tantas pruebas. Fui ayer a la iglesia y recé pero hoy domingo me he ido a misa. Tomo hoy la resolución de hacerlo con fe en obsequio del alma de Emilia que por sí misma me ha hecho decir "recen" con una imploración tan honda y tan triste. Escribí esto a Lydia ayer con muchos detalles aunque le hablé de esta resolución de ir regularmente a misa. Al llegar a París haré decir 30 en algún lugar cercano e iré a oírlas.

Diario. París. Octubre 5.

dispersión

[...] París es la dispersión, por todos lados influencias que me estorban cuando no me perjudican en el sentido más serio, el de la fe y en la unión de mi espíritu con ciertas cosas determinadas que le convienen y que al desaparecer no siento reemplazar por otras. Si se reemplazaran sería evolución siempre provechosa. ¿Habrá evolución latente que yo no alcance a sentir?

Diario. Neuilly (París). Octubre 18.

hacer pasado

[...] He comenzado a poner orden en papeles viejos (desde 1924) que quería releer, ordenar y romper. He comenzado por mi correspondencia con Gonzalo. He pasado hoy domingo el día enteramente sola, releyendo mis cartas y las tuyas, he roto muchas, he guardado y clasificado otras. Son cuatro años intensos de mi vida los que he visto pasar. A pesar de alguna monotonía, cuántas cosas olvida-

1931

das, de valor documentario para mi vida interior, y qué melancolía ver cómo nos vamos muriendo en lo que dejamos atrás que lo fue todo en un momento dado y está ya marchito a pesar de recordarlo con cariño y ternura.

1932

A Rafael Carías. Leysin (Suiza), 23 de febrero.

enfermedad: reflexión, conformidad y lentitud

Va a extrañarse y a dolerse también un poco cuando le diga de donde le escribo. Estoy en el "Gran Hotel de Leysin", sanatorio de tuberculosos... Tengo una lesión en un pulmón, me la descubrieron hace poco. Aquí estoy desde hace quince días, sola, en cama, con el balcón abierto de par en par sobre la nieve, y una temperatura de tres o cuatro grados dentro del cuarto. Mi pobre "animal" de tierra caliente, expansivo y afectuoso se encuentra espantado, pero el espíritu está tranquilo, conforme de antemano con todo, creyéndose entre tierra y cielo. Todo, todo cuanto me rodea es blancura, luz y silencio. Las noches son muy lindas, tan lindas como las de Caracas, y la luna sobre la nieve de una luz rara por lo clara y lo fina. Aquí leo, reflexiono, recuerdo la vida del mundo y espero ¡hasta que Dios quiera!

Según parece y me han enseñado en la radiografía mi enfermedad no hace sino empezar. Me había debilitado y tomé por accidente la infección. Me aseguran que mi caso es muy favorable, que me curaré pronto, que he salido de la edad peligrosa, que no ha habido casos en mi familia, etc., etc. ¡Pero qué sabe nadie! ¡Esta enfermedad es tan caprichosa y tan traicionera! Hay quien viene en camilla moribundo y se va curado, otros vienen muy alegres, por dos o tres meses, y no vuelven más. Manuel Antonio Matos, tenía, recuerdo, cuarenta años cuando fue a Davos y murió a los cuarenta y dos. En todo caso me siento resignada, contenta casi con mi suerte, sea cual fuere; veo estos meses o años de cura como un camino blanco, todo lleno de vida espiritual, algo parecido a la luz de la luna sobre nieve. Es el estado de gracia. Ojalá no me abandone nunca.

1932

Isabelita mi hermana vino a acompañarme y se fue a los tres días. Desde entonces estoy presa sin casi hablar con nadie. Los libros, el sol y la nieve, es todo. Al principio es duro, las horas pasan con mucha lentitud, una lentitud absurda, para nuestra época, luego todo se va haciendo leve hasta creer que ya no se vive en la tierra. Es el país ideal para los poetas. Leysin es la ciudad de los tísicos, los hay de todas las edades, de todas clases sociales, de todas fortunas, los sanatorios populares, los universitarios, los de lujo, todos parecen fraternizar en esta enfermedad que tanto afina el alma.

Yo no siento nada o casi nada. Pero tampoco me dejan hacer nada. Todo esfuerzo, dicen, retarda la curación. No puedo por eso escribirle tan largo como desearía.

A Lydia Cabrera. Leysin, [¿marzo?].

[...] Mis tardes despejadas me gustan mucho; si no tuviera otras amenazas sería la hora del crepúsculo tan feliz como la de la siesta. ¿Has visto algo que amargue la tranquilidad como la idea de un teléfono que va a sonar? ¿Y cuando por fin suena? Tú decías en una de tus cartas de chiquita "que se te rompían los cristales por dentro"...

A Lydia Cabrera. Leysin, [¿marzo?].

[...] Le estoy tomando gran antipatía a todo lo que no sea mi cuarto: el corredor, el gerente, el salón, el olor del comedor, los *clientes* con sus cabezas de *abrutis*, *genre "Montagne magique"*, todo me está aburriendo, no se diga la comida... Pienso a ratos si no me resultaría mejor y hasta más barato para el invierno que viene alquilar una casita y traerme a Mamá con una sirvienta. Las dos personas que me gustaba ver se fueron: la vieja M. Charset esta mañana. Se fue en un auto y me dejó una *corbeille* de pensamientos. Era muy fina ¡y tenía tanto tacto! Es lo que les falta a mis pobres amigos, los G., no lo conocen (ella va a entrar de un momento a

el teléfono

el sanatorio, falta de tacto

1932

incultura del alma

otro en el cuarto, pues me anunció visita). Casi todos los franceses tienen tacto. ¡Qué importante es para mí en la vida! Es como el perfume de la cultura, la flor de la buena educación. Pero la gente inculta de alma cree que la educación consiste en no usar palillos, no comer el pescado con un cuchillo y tener lustre en las uñas. Tonterías yanquis.

El poeta me hizo ayer una larguísima visita. Empieza siempre por dedicarme su culto como a la Virgen, como a las Santas, como a lo sublime de la belleza y la poesía, sigue criticando el amor *bestial* de casi todos los hombres (ej. R.) y para desarrollar bien el tema se enfrasca en unas consideraciones de una senilidad grosera que lo excitan. Se le hinchan las venas de la nariz y a mí me da una repugnancia casi como si me tocara. Él no se da cuenta. Sigue, yo deseo que se caiga el techo para variar de tema, pero nada, hay que *seguir* oyendo hasta el fin. Ayer me contó la repugnancia que había sentido una vez que vio ante sus ojos realizar por otros el "acto sexual". En un momento dado, no pude menos de soltar la risa pensando en la bofetada que le largaría la mujer de entrar en el cuarto y verlo.

A Lydia Cabrera. Leysin, [¿abril?].

Sueños a medias

[...] ¿No te pasa a ti esto de tener sueños donde queda una buena brecha de conciencia de manera que se tiene cierta lógica en medio de lo absurdo? Se pierde la facultad que en los verdaderos sueños nos hace inmateriales, que confunde las épocas y los lugares como si todo volara, y en donde las ideas se asocian con unos aciertos dignos de cualquier buen poeta. Esos sueños a medias en donde no hay alas, sino pies y pico, nos son a veces muy desagradables y tienen más de obsesión que de otra cosa. Hay veces que les encuentro una solución, como en el caso de la Cabra vestal,²⁵ y ya me

²⁵ "Cabra" o "cabrita": nombre con que Teresa de la Parra llamaba a Lydia Cabrera. La "Cabra vestal" se refiere a un sueño o una fantasía de Teresa en la que Lydia aparecía como una vestal que podía haber estado condenada a morir enterrada viva por faltar a las reglas. La "solución" consistió en haber podido comprobar que se trataba de un sueño. Cf. *Cartas a Lydia Cabrera*, p. 139.

1932

quedo tranquila. Otras veces no encuentro salida y por mucho rato estoy presa en la obsesión hasta que me despierto. Son generalmente las noches de desvelo.

A Luis Zea Uribe. *Leysin*, 3 de abril.

[...] Esperaba un rato de intimidad para escribirle y contarle muchas cosas, cuando acontecimientos que no esperaba y que han cambiado enteramente mi género de vida, me han dejado sin escribirle hasta hoy. Pero no lo he olvidado; al contrario, en mi nueva vida lo recuerdo mucho y lo quiero aún más que antes. Aquí hay lugar y tiempo para sentir que se quiere. En las grandes ciudades (aunque sea París), no se sabe de sí mismo.

enfermedad: esta-
do de gracia

[...] Yo estoy encantada de someterme a todo porque mi estado moral es excelente: un verdadero estado de gracia; nunca he sentido tan intensamente la dulzura de vivir. Y es que vivo dentro de la resignación; es lo que nos hace falta quizá cuando nos agitamos allá abajo en "la plaine": renunciar a la voluntad y a los deseos. Sé de antemano que esta enfermedad es péfida, sé cómo se engaña a los enfermos; sin embargo, desde el principio he estado de acuerdo con todo cuanto pueda venir: el dolor, la muerte, la salud. Mi vida es suave y feliz a pesar de que estoy presa, bloqueada entre la nieve, todo el día en cama, ante el balcón abierto de par en par.

soledad, resigna-
ción

[...] Y en *Leysin* estoy, querido Zea, haciendo la vida que ya le he descrito: cama, cama, cama, soledad, aire puro, nieve, montañas azules, libros, un aparato de radio, serenidad, resignación y, cosa que no conocía: una gran amistad conmigo misma.

Volví a leer sus cartas ¡con cuánto cariño! La manifestación luminosa²⁶ de que me habla me ha con-

²⁶ Se refiere a una extraña experiencia que le sucedió en Beaulieu (véase en las páginas 133-134 de esta edición el fragmento del diario de Beaulieu del 27 de septiembre de 1931). La carta de Zea a la que se refiere este fragmento relata la experiencia siguiente: "En días pasados nos sucedió a mi mujer y a mí un incidente que le refiero porque acaso pueda interesarle. Por dos veces consecutivas, apareció al lado de nuestro lecho una manifestación luminosa incomprensible: era como un globo de luz roja del tamaño de un huevo, sin irradiación, inmóvil sobre el tapiz. Yo me levanté para cogerlo, después

1932

experiencia meta-
psíquica

movido mucho. En Beaulieu vi varias veces "la luz" que vino a visitarme. Aquí, en el mes de soledad que llevo, la he buscado mucho pero nada he visto todavía. Tal vez la llevo dentro del alma y es esta paz infinita y dulcísima que me acompaña sin cesar.

[A Carlos García Prada].²⁷ *Leysin*, 4 de abril.

bienaventuranza

[...] Esta vida de prisión y soledad en las alturas bloqueada entre la nieve se me ha ido haciendo tan dulce y me ha dado tanta serenidad que a veces me pregunto si no será esto un principio de la bienaventuranza, de la verdadera vida. Qué lejos estoy de mi viaje a Estados Unidos que proyectaba este verano y del cual usted me habla en su amable carta que acabo de releer...

A Vicente Lecuna. *Leysin*, 5 de abril.

paraíso búdico

[...] Tengo una lesión en un pulmón que empieza. Creo que me curaré, y que me curaré muy pronto, pero mientras tanto hago la vida de los grandes enfermos: reposo absoluto en la cama, soledad, silencio, aire puro y prisión completa entre la nieve. Como he renunciado a toda voluntad y a todo deseo, me siento en una especie de paraíso búdico y vivo muy feliz...

de haberlo visto por más de cinco minutos por nosotros y de haber discutido la posible naturaleza de la manifestación. Lo estreché en mi mano sin sensación de quemadura, y entre mi mano desapareció. Dos días después se presentó el mismo fenómeno, pero en esta ocasión fue mi mujer quien se levantó para atrapar el extraño objeto, y como en la vez pasada el globo luminoso se le perdió en la mano, sin haberle dejado impresión de quemadura ni aun de contacto. Poco después, por el lenguaje que en metapsíquica se llama tiptológico, es decir por golpes, la mesa o velador nos dio la explicación del hecho. Era, según lo afirmó la entidad medianímica, una parienta de usted, me parece que fue la señora Ibarra, quien se mostraba en esta forma, para darme las gracias por haber despertado en usted el sentimiento de la inmortalidad y de la supervivencia más allá de la muerte." Carta de Zea Uribe a Teresa de la Parra, Bogotá, 6 de noviembre, 1931.

²⁷ En la edición de las *Obras Completas* de Editorial Arte y en la de la Biblioteca Ayacucho esta carta, junto con otras dos escritas el 21 de junio y el 29 de diciembre de 1932 desde *Leysin*, aparecen como dirigidas a "destinatario desconocido" pero de su lectura se deduce que se trata de Carlos García Prada, ya que en ellas se refiere a la edición que éste realizó de las *Memorias*.

1932

Bolívar poeta

[...] A veces me pregunto qué habría hecho Bolívar si en 1830 lo hubieran mandado a curarse a Leysin (que no existía entonces). ¿Cómo hubiera podido refrenar su actividad? Tal vez, como era tan complejo, se habría desarrollado en él el gran poeta que llevaba adentro.

A Rafael Carías. Leysin, 15 de mayo.

nostalgia

[...] Sigo mi vida horizontal en mi cárcel blanca. Hace cuatro días que nieva sin cesar. Me he acostumbrado ya de tal manera a la cama que las horas se me van sin sentir. Viajo mentalmente... voy mucho a Caracas. ¡Qué ocasión tan extraordinaria para escribir un libro si tuviera aún una migajita de fe en mí misma! De aquella que tenía en Macuto en 1922. ¡Usted tenía fe y yo tenía aún más y como la fe mueve montañas! Pero todo se lo han llevado estos diez años y yo no me quejo de mi orfandad.

A Lydia Cabrera. Leysin, 15 de mayo.

el enemigo íntimo

[...] No vivas tan brava contigo, Cabra: perdónate. Yo sé que es incómodo ese enemigo íntimo, pero no le busques pleito. Yo me doy cuenta, en días como hoy, que se puede alcanzar el *acuerdo* con medios exteriores. Creo que hay dos: las caminatas al aire libre y la música...

A Lydia Cabrera. Leysin, 13 de junio.

los malentendidos

[...] ¿Sabes que tus papeles me han parecido como papeles de vivo que estuviera registrando un muerto? Contribuyó quizás el dolor del pulmón, que yo temía pleuresía (el suequito tiene pleuresía, está muy mal). Para que no se me despierte otra vez la idea con el desvelo, te escribo. Hasta tus dibujos de chiquita, que tanto me hacen reír, esta noche los vi así: como deben verse los del otro mundo. Me decías algo que no comprendía, y era el muro, el mis-

1932

mo de Mme. B. que se me levantaba a veces, ésa era mi distancia y era mi culpa y es mi culpa, la de siempre: dejar que se levanten muros que podría tumbar con palabras, pero las palabras no vienen, no las digo, *no las puedo decir*, y detrás de los muros, como arañas y cucarachas, viven los *malentendus*. Cuántas veces me he preguntado qué será, "hiperestesia", como dice J. G., pero no lo es porque no le temo a la verdad en ciertas cosas: es cuestión de ambiente, no sé, no puedo comprender, hiperectesia de *pudor*, de sensibilidad tonta, alma que se preserva por falsa dignidad, no sé.

el odio como forma del miedo

¿Sabes que he visto aquí que detrás de mis bravatas y mi valor le tengo miedo a la enfermedad, le he tenido siempre miedo? Esto me humilla. Mi odio a los G. era miedo, miedo al círculo cerrado de tuberculosis que me ponían todos los días al cuello como una argolla de presidiario. Yo quería evadirme y eso era todo. Esta noche me siento sin la irritación, como las noches de las tardes en que venía J. de visita.

falta de realidad

¿Por qué tus papeles me han dado esa impresión tan rara esta noche? Me parece que tú vives y yo no. ¡Qué puñados de cenizas los días vividos y qué poco nos queda de ellos. Qué otros somos! Qué absurdo es castigar por lo que fuimos en el pasado, por eso que es ceniza sin sustancia ninguna de nosotros mismos. Hay cuentos que tienen mayor realidad que la vida. Yo me relato mi vida y me parece que es mentira, que no era yo. "Realizar" el yo sería quedarse extático, detener la sucesión de los hechos y del tiempo, del devenir. ¿Será el estado de los muertos o ellos también siguen corriendo en esa sucesión infinita de pasados y futuros sin presente?

A Rafael Carías. Leysin, 21 de junio.

soledad: "tristeza pura"

[...] Hace dos días que he vuelto a la soledad completa. Es duro acostumbrarse. Tiene algo de entierro una ausencia aquí; como está uno tan sensible, a todo se apega como los niños.

Mucho le agradezco su deseo de acompañarme que realiza en parte: ¡lo recuerdo tanto! El otro día pensaba en el tono de tristeza interior que encie-

1932

rran sus cartas y me preocupaba. Luego pensé que era el resultado de sus mismas cualidades, de la sensibilidad de su alma noble, y concluí: ¡mejor para él que sea así! Aquí, Carías, la tristeza se depura, se limpia. Es la vulgaridad humana la que nos la ensucia allá, en el mundo. Por eso, porque no quiero que me manchen mi tristeza pura, no veo a casi nadie aquí en este Sanatorio, en donde no faltan fiestas y reuniones. Debo tener fama de salvaje. Los libros, la música, los recuerdos, me bastan.

Le mando esa fotografía tomada en mi terraza de cura. Así me puso la vida.

[A Carlos García Prada.] *Leysin, 21 de junio.*

soledad y sociedad; deseos de viaje

[...] Usted sabe, porque es montañés y amigo de la soledad, hasta qué punto nos hacemos sensibles en la altura y el silencio, más aún cuando se tiene esta enfermedad, que inventaron los románticos... Su cariño, su interés, su amistad, han llegado desde tan lejos, a despertar un eco en mi alma, que se prolonga a través de los días y me neutraliza alguna que otra impresión desagradable que se recoge siempre "en sociedad". Porque aquí estimado amigo se pasa bruscamente de la soledad a la sociedad. En la noche después de la comida en el salón se conversa con los convalecientes o los acompañantes de enfermos. Por una persona interesante, cuánta banalidad, cuánta vanidad "agresiva", que duele más aquí que en otra parte por la misma razón que lo agradable agrada más.

Mi salud va muy bien. He aumentado en peso, el pulmón enfermo está casi claro, los bacilos reducidos a un *minimum*. Si Dios quiere que no tenga complicación ni recaída, en la primavera próxima ya curada podré dejar el sanatorio. ¡Pienso en ese momento con un ansia tan grande de vida! Como me aconsejan que no regrese aún a París, me siento con alas como los pájaros migratorios y hago toda clase de proyectos: ir a Grecia y a las islas del Archipiélago, a España, a las tierras de la Gran Colombia; miro el mapa y viajo todos los días "alrededor de mi casa"... Me olvidaba: también Washington entra en el itinerario.

1932

[...] Cómo nos van separando de la tierra los adelantados. Ya no la conocemos ni tratamos sino como en fotografías y cinematógrafo.

A Lydia Cabrera. [Vevey, ¿19 de agosto?]

tutela familiar y espíritu de independencia

Recibí carta de Caracas, hoy no quiero volver a L. y los líos con mis casas. Me siento hoy muy *fiera*, muy decidida a saltar si no salen las cosas como debe ser. María me hace un plan de vida *acomodado* a sus deseos y disciplina andina. Que me vaya a Los Teques con mi Mamá, "dos sirvientas y una casita que no debe ser amueblada" por higiene, sino amueblarla yo; quedarme allá y nada de Caracas ni otros lugares: no hay nada como Los Teques, etc., etc... Un plan de reducirme de nuevo a menor edad con tutela de hierro en donde llevaría ella una de las voces cantantes. ¡Buena estoy yo para semejante plan! Aunque comprendo que es malacrianza, y que debo agradecerle su eficacia, respecto al arreglo de la casa me ha dado mucha rabia la carta. Pienso contestarle hoy mismo diciéndole que no pienso atravesar el mar hasta no poder vivir donde me da la gana haciendo lo que quiera y *sin regimen*. Yo sería capaz de matarme a disparates por espíritu de contradicción y hacerles sentir que no me dominan.

A Luis Zea Uribe. *Leysin, 11 de septiembre.*

los enfermos; la belleza de la muerte

[...] Su carta de consejo y despedida ¡tan hermosa! me encantó y me consoló por adelantado de lo que nos estuviera preparando el destino a los dos. Ya no le temo a la muerte. La monotonía de los días, exactos en esta prisión, ha aumentado a mis ojos la velocidad de la vida: tengo la impresión de volar en un tren hacia un punto al que no puedo tardar mucho en llegar. A veces me pregunto si será algún presentimiento esta sensación de viaje, pero son tales los progresos que he hecho, que no es probable ya que sea este tren el de la llegada definitiva. [...] Hay fuera de los sanatorios, aun entre los mis-

1932

mos médicos no especialistas (y no se diga nada entre los profanos y la gente de países como los nuestros), una leyenda negra de la tuberculosis que corresponde a otra época (especialmente al romanticismo) y que es mil veces peor que la realidad. La gente se muere por ignorancia: no se cuidan por no confesar que están enfermos. Cuando se deciden a confesarlo viniendo a un sanatorio, ya es demasiado tarde, porque aquí tampoco se hacen milagros. Otra cosa que instruye mucho pero que desmoraliza algunas veces son los casos presentes de los otros enfermos: sus historias. A mí especialmente no me desmoralizan las recaídas ni los casos desesperados de los demás: los escucho con gran simpatía y los reconforto si puedo. Me parece repugnante ese sentimiento de cobardía de los que, porque están enfermos, no pueden oír hablar de agravación ni de muerte: me parece como si estando en la guerra se saliera corriendo. Algún día, sin embargo, si lo veo le contaré en detalles la muerte de una amiga de 18 años vecina mía a quien nunca vi. ¡Qué linda su muerte! Yo sabía por la *femme à chambre* que estaba condenada a muerte, que apenas se levantaba de la cama y que estaba sola. Su familia, gente muy rica de la provincia francesa, tenía horror a la enfermedad y a los sanatorios y apenas venía a verla de paso. Yo sabía lo sola que se sentía. Yo tampoco salía entonces de mi cuarto: ella me conocía por los pasos y yo a ella por la tos. No esperaban su muerte sino para el otoño, pero un día de mayo se agravó de pronto y murió en la madrugada del siguiente día. Yo le había mandado flores en la tarde y sus últimas palabras parece que fueron para agradecerme las por medio de la sirvienta, quien le decía todos los días de mi parte "que no se creyera sola, que yo estaba cerca de ella acompañándola". Yo no tuve noticias de la gravedad, pero sentí su muerte al ver por la ventana el paisaje: había caído una niebla muy fina sobre los árboles que empezaban apenas a echar las hojas... No oí toser y llamé a la sirvienta para preguntarle: "La petite d'à côté (nunca supe su nombre) est morte? je le sens et je ne l'entends plus tousser". La sirvienta me lo negó para no impresionarme y porque

1932

es consigna de los sanatorios esconder la muerte. Lo supe dos días después cuando ya la habían sacado de noche, sin ruido, como si se tratara de un crimen pero yo, sabiendo sólo por mi sensibilidad que había muerto, la estuve llorando todo el día en que estuvo tendida, delante de su paisaje de nieve, sola, con las flores que yo le había mandado la víspera, entre las manos. Parece que era muy linda y que murió creyendo que iba pronto a levantarse para ir a pasar unos días en su país (era del sur de Francia). No creo posible que la muerte pueda dejar una impresión de poesía y de levedad tan grande como la que me dejó la de esta niña. Me pareció de una belleza infinita y me pregunté durante varios días cómo había podido temerla tanto en otro tiempo.

A Lydia Cabrera. Vevey, [¿finales de septiembre?].

[...] Acabo de optar por quedarme, que es lo más razonable. Como Mamá viene aquí, me quedaré un tiempo con ella a fin de darle completo gusto en lo que es su obsesión sentimental: verme, vivir con ella algunos días cumpliendo con todos mis deberes místico-filiales. Hay un tercer punto muy importante y personal: es el de haber formado a mi alrededor el vacío de las influencias extrañas y demolidoras y haber fortificado la costumbre de la lectura en una soledad casi absoluta que nadie me interrumpe. Esta costumbre me ha creado ya la atmósfera espiritual indispensable a mi espíritu, mi pobre espíritu de buey que sólo sabe entrar lentamente con mucho esfuerzo y mucho silencio y quietud en la entraña de las cosas.

A Rafael Carías. Vevey, 3 de octubre.

Hace unos días que me encuentro aquí en *la plaine* como dice la gente de la montaña. He venido a cambiar de clima durante estos meses suaves del otoño, para que la montaña al regreso me haga nuevo efecto y ¡a esperar la nieve, que venga y que se vuelva a deshacer en la primavera! Después no sé

"mi espíritu de buey"

1932

lo que será de mí ni hacia qué climas me lleve mi estado de salud.

No estoy tan optimista como estuve en mi última carta y usted me dice. En junio estuve realmente bien, casi curada, pero el mes de julio fue de lluvia, de niebla y de frío. Debí bajar entonces a buscar un poco de calor y tiempo seco, pero nada me dijeron y he cogido una bronquitis tenaz que es siempre una incógnita... Mis ocho meses de vida en Leysin me han enseñado mucho: a conocer la enfermedad y a tener filosofía. Hay que estar siempre preparado a recibir una sorpresa desagradable con el ánimo alegre, sin decaer y "con elegancia". Es como en la guerra, en las trincheras, unos caen, otros esperan ayudando y compadeciéndose fraternalmente de los que cayeron, pensando en que quizás también caerán mañana, pero desafiando la amenaza con una alegría afirmativa que acaba por ser sincera... Siento hoy un profundo desprecio por todos los que estando enfermos "no quieren oír hablar de enfermedad ajena". Es una forma de egoísmo odiosa. Yo he llegado a creer por el contrario que hay que abrir el alma al dolor de todos, y recoger algo cada día: ¡se ven casos tan tristes y tan bellos! Cortar todo contacto con la vida en plena juventud es a veces renunciar a todo, morirse quedándose el cuerpo vivo, mirando cómo los demás se reparten lo que se ha dejado atrás: el amor, la gloria, el porvenir, todo lo que en la juventud es más que la vida misma.

Entre otras cosas porque ya se sabe que no son tan grandes los tesoros como se creía a los veinte años. Por eso observo, admiro y aprendo.

La montaña mágica

¿Ha leído la novela de Mann *La Montagne Magique*? Tiene gran fama y el premio Nobel. Pasa en un sanatorio en Davos y son dos inmensos tomos de 600 páginas. Empecé a leer el primer tomo y no pude acabarlo. Me causó una especie de molestia invencible ver cómo el autor sólo parecía fijarse en lo exterior; páginas y páginas con todas las manifestaciones vulgares de los vulgares: ¡cuánto hay a veces en una sola palabra, en una sola mirada silenciosa, toda la revelación de un drama desgarrador que se calla!

la enfermedad; sacrificio y misticismo

renunciar al lujo

tristeza reposante

dolor de los cambios de las cosas

1932

[...] Pienso mudarme del Grand Hotel, pues es demasiado caro para como están las cosas y se seguirán poniendo. Pienso instalarme en una pensión modesta donde se come bien, se tiene excelente servicio y los cuartos muy limpios y muy linda vista. Hay que renunciar a cierto confort y lujo; pues ya me están pareciendo insoportables y hasta de mal gusto, la gente del confort y el lujo.

[...] No se preocupe por lo demás, y si la renta se reduce a la mínima expresión, me iré entonces a vivir al Sanatorio popular; lo mismo se curan, lo mismo se agravan y lo mismo se mueren pobres y ricos.

[...] Lo que me dice de Caracas, no me extraña, tenía que llegar allá también. Hay quienes siempre gastan y triunfan sin saber de dónde sacan el dinero: es un misterio, pero son tipos que abundan en todas partes. Recuerdo hace dos años en La Habana oía y veía lo mismo.

A Lydia Cabrera. Vevey, [octubre].

[...] Las tardes han sido tristísimas. El cielo negro, el lago del mismo color y los árboles dejando volar las hojas. Esta tristeza me es, sin embargo, reposante después de la montaña. Allá estaba nerviosa. Sentía en mí un mal espíritu, un demonio destructor de toda alegría, enconado contra la vida y contra mí misma. Aquí estoy triste y aburrida, cosa que no tiene importancia. Desde hace dos noches me liberó enteramente de los demonios de la montaña [...]

[...] La carretera, en cambio, se ha vuelto un infierno de camiones, automóviles y motocicletas. El arreglo ha sido fatal. Antes pasaban poco a poco por las numerosas curvas y el camino estrecho. Ahora pasan a todo correr y con todos los ruidos combinados posibles. Se acabó también el caminito, mi paseo habitual en cinco o seis años que vengo a Vevey. ¿Te acuerdas?, el que iba bordeando las casas que están a orillas del lago. Era un caminito lindo que tenía sus rincones simpáticos y un pedazo de playa en donde yo iba a sentarme y me quedaba mucho rato mirando el agua... Eran muchos meses de soledad, de ratos de neurastenia y de tris-

1932

teza los que había ido acumulando en esa playita... La acabaron. El camino viejo ya no se sabe ni por dónde iba. Hay una sola carretera anchota, asoleada, odiosa y la casa ésta no se reconoce; quitaron la verja. En su lugar hay un muro. Sólo por el título del garaje, *La nouvelle Siam*, se sabe que es la villa Lanser. Estas comprobaciones que hice la otra tarde en mi primer paseo me dejaron muy triste. Me duele que cambie el aspecto de las cosas. Un mueble fuera de su lugar en un cuarto donde vivo me entristece. [...]

depresión

Si vieras qué sola y qué desamparada me sentía anoche. Deseaba la muerte con toda mi alma. Pensaba en mi desvelo, en el lago que no devuelve a los ahogados, y lo fácil de un paseo en *périssoire*, sin regreso, con un accidente a cien metros de distancia.

diagnósticos

Me desmoralizó mucho el viaje a Leysin. Nada le dije a Jaquerod, que me vio en la radioscopia y debió encontrar algo nuevo. Me dijo que siguiera aquí, que él confiaba mucho en la reacción del regreso, que si no tenía lugar sería entonces la frenisectomía o un pneumotórax. Renger me dijo que la bronquitis era tuberculosa y muy larga de curar. Yo no quiero ser contagiosa. Tú no comprendes lo que esa idea puede molestar a ratos y la aversión que se tiene contra uno mismo. Lo grave es la frecuencia de la tos. Mientras más toso más bacilos puedo sembrar alrededor mío. Pero hoy me siento mejor.

el "espíritu de familia"

Hoy me mudó Leid.²⁸ para el *boudoir*, que tiene una temperatura muy agradable. No sé cuándo vendrá Mamá, ni por cuánto tiempo. Quiere traerse a la Nena, pero yo no quisiera, pues me preocupan los niños por el contagio. No puedo quejarme aquí del cuidado, ni de la comida, ni del gasto. Mme. Leidenback, bajo la dirección de María, hace cosas criollas estupendas. Me dejan (salvo Leid.) leer y estar sola, pero el ambiente familiar cansa a la larga. Cuando venga Mamá se instalará la rueda con tejido. Yo tengo espíritu de familia y me gusta conversar unas horas o pasar algunos días. Después

²⁸ Leid. es Mme. Leidenback, ama de llaves que trabajaba para Teresa de la Parra y sus hermanas en la casa de Vevey.

1932

de cierto tiempo empiezo a sentirme bicho raro y a aburrirme de la soledad y de la compañía. María sola no me daba esa impresión.

A Lydia Cabrera. Vevey, [octubre].

la emoción de la Ópera

Quería escribirte anoche largo dándote cuenta detallada de mi viaje del viernes a Lausanne, pero no había tomado té y me cogió a las nueve el sueño letárgico, consecuencia creo de la sanocrisina, de la que te he hablado ya varias veces. He dormido doce horas. Las primeras oyendo muy bien a Lohengrin que daban en la Gran Ópera. Me decía en mi sueño que es la mejor manera (la única ya) de escuchar las óperas. Todo se idealiza, el drama toma otra vez su carácter, el verdadero *puesto* que ha perdido en la realidad ante los ojos abiertos, grotesco como resulta lo *démodé*... Cuando vengas oiremos toda una *Aida* por ejemplo y verás cómo tengo razón. En el último acto casi se llora, cuando Radamés grita ¡Aida! Te aseguro que se vuelve a sentir la emoción honda, olvidada, que nos hacen las cosas en la primera infancia. ¡Cómo envidio a veces la sensibilidad de mis cinco años! Sólo los *poetas* saben guardarla intacta toda su vida. Saben usarla y la esconden para la vida diaria. Hay quienes no la esconden nunca y parecen locos.

anuncios de vejez

Creo que te conté mis consultas médicas. También el oculista me gustó. Me dio otros vidrios advirtiéndome que no me alarmara por esas crisis de la vista. Son, cuando se trabaja con los ojos, resultado de altas y bajas del estado general. También la vista, según él, se estabiliza después de cierta edad. Son los trastornos ocasionados por las primeras fallas. Como ves, anuncio de vejez como las canas, como las nuevas arrugas que aparecen de un golpe un día, que la luz le da cierto modo brutal sobre el espejo...

el espectáculo de la vida

Cuando terminé con las pruebas después de los médicos, bajé avenue de la Gare, entré al Mirabeau a dejar una carta en el buzón, miré el reloj y eran las 7 de la noche, ¡una verdadera aventura para mí! Aunque cerca de la estación tomé el tran-

1932

vía y llegué cuando el tren se desprendía. Lo dejé ir. Fui a los informes y me dijeron que era menester esperar más de una hora para el próximo tren. Fui al *buffet* a tomar un *grog* que me recomfortara. No puedes figurarte la impresión extraordinaria que me hizo en el *buffet*, bajo la acción del *grog*, esta vuelta a la vida. Desde hace ocho meses no veía tanta gente reunida, esa gente anónima de los cafés dentro de cuyos círculos está toda la vida. Me parecía no pertenecer al mundo. Lausanne, como centro ferroviario y centro de estudios, es animadísimo a esa hora en que pasan varios grandes trenes. Hay muchos jóvenes estudiantes, hombres y mujeres de todos países. Había muchos *couples*. Unos parecían viajar juntos; otros, al contrario, separarse, tal vez para siempre. Yo me sentía en mi rincón, con el *grog* en la cabeza, como un fantasma, un ser de otro mundo que hubiera caído de pronto en la tierra a la que conocía sólo por referencias, por la historia, como si me encontrara en el Foro de Roma o en la Ágora de Atenas. Me llamaban la atención dos cosas a la vez: lo fea que es la humanidad en su apariencia vulgar si los ojos se detienen ahí, y la belleza interior extraordinaria de la juventud y el amor. En el fondo no tengo antipatía por la humanidad. La que me disgusta es la *mundana* que viene a violar el mundo interior y a angustiarse a uno consigo mismo.

A Lydia Cabrera. Vevey, [octubre].

reminiscencias sentimentales

[...] Ayer tarde por economizar los ojos, inventé viaje al cine de todo el mundo: Mamá, Nena, Leid., Lily la sirvienta. Yo, como un jefe de tribu a la cabeza, con bastón y mucho abrigo, las llevé a pie a ver la *Atlantide*. Me interesó al principio y me cansó al fin el ambiente de misterio. Pensé con tristeza en lo que he envejecido estos diez años: la obra *Atlantide*, que debía ser peor, me encantó. Creía entonces en el *charme* de las mujeres bellas y fatales. Me sentía atraída por ellas y las identificaba a Doloritas G., que me parecía entonces una diosa, algo que volaba por encima de lo humano, digno de ado-

1932

ración a *distancia*. Llegué cansada, triste con tristeza de domingo y me metí en cama a las 9 que me pusieron bastante mal las ventosas. Me dormí profundamente, como acostumbro ahora, para despertarme a las once, que son aquí altas horas de la noche. Me defendiendo entonces con la radio. No puedo dar con una onda que cantaban en Milán y me encontré en Toulouse con un programa de canciones criollas que me pusieron el corazón como un merengue de sentimentalismo, nostalgia, *saudade*, etc., todo el repertorio en el cual venía: *Un viejo amor*, el tango *Se fue pa jamás volver* (y otra cosa que no recuerdo).

A Lydia Cabrera. Vevey, [octubre].

nihilismo interior

[...] He pasado la noche sin dormir. Vuelven de nuevo los insomnios de fin de mes que exaspera la sanocrisina. Exaspera no es la palabra. Hay un elemento de depresión que domina, que me hace desear la muerte en silencio, una muerte de la que nadie se diera cuenta, ni tú misma y podrías seguir entretenida con el fantasma de mi recuerdo.

Turgueniev llamó nihilistas a los jóvenes de su tiempo con los que se encontraba en desacuerdo porque tenían la obsesión de verlo todo de un modo negativo. Yo me siento horriblemente nihilista en mis desvelos. Siento el deseo del Nirvana en su interpretación pesimista, la que tanto me indigna cuando la considero de día bajo la luz del sol, tal vez porque es mi enfermedad y mi verdadera fe.

A Lydia Cabrera. Leysin, [¿noviembre?].

"sé lo que eres"

[...] Hace tiempo, Cabra, que vengo pensando que sólo de acuerdo con la verdad se puede vivir serenamente. El aforismo "sé lo que eres" ha venido a ser casi mi único punto de mira desde que vivo lejos del mundo. He descubierto hasta qué punto no he sido lo que era en mi vida pasada por falta de decirme *la verdad*.

1933

A Luis Zea Uribe. *Leysin, 2 de enero.*

soledad y sociedad;
simpatía con el dolor

[...] Me había ido del Grand Hotel, que es el sanatorio principal de aquí, en parte por economía, pero sobre todo por la vida social, que me tenía cansada; ¡me es tan indispensable la soledad durante varias horas por lo menos para aguantar esta vida de destierro! Pero ahora me siento demasiado sola, en este hotel pequeño adonde me he mudado, y he decidido regresar mañana al Grand Hotel. He escogido un cuarto muy alto con una vista muy linda, y me anima la idea de instalarme en él arreglándolo con algunos cuadros y mis libros, de manera que no parezca cuarto de clínica. Tendré el valor de poner en la puerta un letrero que diga *pas de visites*, lo que me permitirá pasar el día en paz. En las tardes bajaré a ver el mundo: una o dos horas de sociedad bastan; ¡si pudiera volver a escribir qué feliz me sentiría!

Hay en estos sanatorios un espíritu de fraternidad que es simpático. Como todos vivimos bajo el mismo temor y el mismo régimen, como en la guerra, se desarrolla un espíritu de compañerismo generoso y sincero. Junto al drama de los más enfermos, que van decayendo y despidiéndose de la vida, con mucha dignidad generalmente, hay la vida mundana de los que no saben estar solos y que invitan continuamente a su cuarto o vienen a hacer visitas. Éstas son terribles y son naturalmente casi siempre las menos interesantes. Tengo sin embargo buenas amigas por quienes siento verdadero cariño y con quienes me gusta conversar alternando así los ratos de soledad. Lo terrible es la invasión, la amenaza continua del bacilo, tos en la puerta. Desde que se hace intimidad con el ambiente social, se vive bajo el régimen de las ciudades de Sur América: no se respeta nada la soledad. Hay naturalmente todas las consecuencias también de la vida en las ciudades pequeñas, bromas de unos con otros, enemistades, *flirts*, chismes, etc., que ayudan a pasar el tiempo. Pienso cuando esté mejor pasar mis ratos de actividad visitando las clínicas populares, las de los niños, el sanatorio universitario, etc. Hay mucho bien que hacer acompañan-

1933

do a los enfermos o llevando a los pobres un pequeño recurso; hay además mucho que observar y que aprender. A mí me entona mucho ver de cerca el dolor, aunque me entristece, la vida se me anima toda, se me llena de sentido, lo que no ocurre nunca cuando se está en compañía de la genta rica y vacía.

A Luis Zea Uribe. *Leysin, 2 de enero.*

la vida confortable
y desabrida

[...] Después de sus cartas últimas lo veo con los ojos del espíritu, clarísimo, enteramente curado, con muchos años de vida apacible, de vida en pleno campo, para enseñarme muchas cosas que no conozco: ¿tal vez el mundo de las estrellas que tanto me apasiona, allá en su telescopio? Veo un gran patio de café delante de una casa, veo bambúes, jazmines, ruido de agua, palmas con muchos cocuyes y el gran cielo claro con racimos de estrellas. La vida aquí no tiene sabor, es como un campo que no huele nunca a nada. Todo el mundo está como si lo hubieran hecho en serie y le hubieran marcado, hasta el fin de la vida, los actos y los movimientos todos que debe ejecutar. Esto es lo que se llama civilización; está muy bien para fundar sanatorios y establecer un confort irreprochable, pero ¿y el espíritu que no se exalta nunca y que anda siempre sin tropezones y sin ruido como si caminara sobre la nieve?

la confesión

[...] Todo debe comprenderlo, sabe que el mal, el bien, las debilidades, los errores, son enfermedades del alma. Debe ser una gran satisfacción tener una intensa vida espiritual y darla a compartir, a curar a un espíritu generoso y fuerte. La Iglesia católica instituyó con la confesión un admirable camino de perfección, pero, desgraciadamente, los confesores no están siempre a la altura moral de su misión y la confesión resulta entonces lo contrario, una violación arbitraria y vulgar de los secretos del alma.

enfermedad y de-
presión

Me he dejado deprimir mucho, Zea, en estos últimos meses, y ésa ha sido la causa por la cual no le he escrito: ¡tengo ya tres cartas tuyas sin contestar! Este silencio con usted y con otras personas que me quieren también, es una especie de rebel-

1933

día contra la enfermedad, la rodeo de silencio y de soledad, como si quisiera vengarme negándola expansión, y eso es una maldad muy grande, de las que deben confesarse. Mi última carta debió de ser de agosto. Hasta entonces todo iba muy bien: vivía en paz gracias a una fanfarronería que sentí desde el primer día que supe lo que tenía: tuberculosis...

A Lydia Cabrera. Leysin, [¿comienzos de año?].

miedo y enfermedad

Bonjour Cabrita bonita! Acabo de tomar desayuno y fricción, la *Ninu*²⁹ duerme muy formal en su edredón sobre el sofá, espero a que llegue Mamá de misa a desayunarse en mi cuarto para levantarme. Hace calor pero el día está nublado como esos días bochornosos de verano: todo va a resolverse en lluvia y quizás —me han dicho— hoy vuelva la nieve. Yo tengo miedo a un nuevo cambio de clima: no sabes cómo me he puesto de cobarde. Este miedo le quita a uno toda la alegría de vivir, pienso en lo feliz que era cuando me sentía *insouciant*. No sé qué es peor: si miedo sin enfermedad o enfermedad sin miedo. Pienso en Sardi menos enfermo que yo era él quien de veras lo estaba por su terror de todas horas, yo en cambio, entonces, aunque enervada y malcriada por otras causas me reía de la enfermedad, ni siquiera me rozaba el temor de que pudiera ser grave.

A Lydia Cabrera. Leysin, 7 de febrero.

[...] El tiempo está malucón. Sigo, sin embargo, mejorando pero sin salir y es eso lo que me hace enjoridar. Nada hemos resuelto sobre la sonocrisina. He decidido detener la tricaína (es ella, creo, quien me desvela) y seguir unos días más la creosota. Me parece que me ha hecho mucho bien.

melancolía

No sabes, Cabrita, no te lo había dicho, qué *dégoût* tan profundo tenía para los libros y la llamada vida interior. Para colmo, como la T. S. F. está

1933

hecha una ametralladora, ya ni la enciendo. He estado, por lo tanto, en el *abandono* absoluto. Como si me hubiera caído en alta mar al agua. La monotonía, lo infinito y la muerte. He pensado mucho en la muerte sin fe o, por lo menos, con muchas dudas sobre el después. Hoy he vuelto un poco a los libros. Estoy resignada y no me quejo, pero qué triste es sentirse enfermo, inválido sin poder ir y venir.

A Rafael Carías. Leysin, 11 de febrero.

fastidio; religiosidad

[...] Hoy es domingo, hace frío y un sol muy lindo. Estos domingos de Leysin tienen un fastidio sordo e irritante, (aunque en el fondo son exactos a los otros días) si no se trata de despertar en el alma el sentimiento religioso. Acabo de oír por radio una misa, la he seguido rezando como usted me aconseja, haciendo acto de resignación a la voluntad divina, y siento actualmente un gran bienestar espiritual. Oyendo las campanas de la única iglesia de Leysin, me ha parecido que una voz amiga me llamaba de muy lejos y he pensado que era sin duda la suya recordándome que hace ya tiempo que recibí su última carta.

Maeterlinck: la armonía del universo

Me alegro de que le hayan llegado bien los tomos de Fabre y pienso lo mismo que usted; es una de las lecturas más interesantes que pueden hacerse. Yo no he leído a Fabre todavía, pero conozco la vida de las abejas y de las termitas o comejenes por Maeterlinck, que me asombraron. La vida de los comejenes, sobre todo, es admirable y Maeterlinck la describe muy bien. Meditando sobre estas cosas nos damos cuenta de lo pobre que es nuestra inteligencia, de la que estamos los hombres tan orgullosos, cuando se la compara a la armonía maravillosa de las leyes que dirigen el mundo: esa energía divina que penetra todos los seres y los despierta al misterio de la vida. Creo en efecto que no hay nada mejor para los niños que esa clase de lectura. Despierta el sentimiento poético y el misticismo. Yo creo que los niños son capaces de comprender co-

²⁹ *Ninu*: nombre de la perrita.

1933

sas que no están a nuestro alcance y de las que nosotros nos reímos porque no vemos todo el sentido oculto que tienen.

...martes 14

[...] Mi salud va bien pero piano, piano. Tengo el aspecto de gozar de una salud estupenda, pero ya he aprendido a conocer esta enfermedad, me he convencido bien de una verdad importantísima: que casi la única forma de cura es el tiempo; hay que aliarse con él y tener paciencia.

[...] Este primer mes del año 33 me ha sido por el contrario sumamente favorable. No quiero alardear pues parece que trae guiña, pero si sigo así, dentro de poco habré entrado en el periodo de la convalecencia. Ésta, para consolidar la cura, debe ser larga. Yo me avengo mucho a cuidarme, pues para mi carácter es la vida ideal. No hay siquiera el peligro de caer en el egoísmo, pues por una simpatía invencible que trae la misma enfermedad, vive uno pendiente de los otros enfermos, se sufre y se alegra uno con ellos.

He vuelto al Gran Hotel. Me había ido por economía a una clínica modesta donde se tenía en el fondo el mismo cuidado de aquí. Pero era en los días cortísimos de invierno y me invadió "el *cafard*". Los amigos y amigas de aquí me sacaron de allá y casi a la fuerza me hicieron regresar al Gran Hotel. Aquí hay muchos *halls*, grandes salones, gran restaurant, gente rica y bien vestida, alegría toda para la vista, ¿pero creará que tengo la nostalgia de mis amigos de la Richemond? Eran más interesantes que los de aquí porque eran de posición monetaria modesta y entre la pobreza y la enfermedad y la juventud también se hace un ambiente espiritual lleno de belleza y de armonía. Quisiera escribir sobre los casos de la Richemond como yo los veía. Cuando salí de allá me prometí volver de visita muy a menudo, casi todos los días... sin embargo tengo ya un mes aquí y no he sido para volver una vez. Hasta qué punto nos pone de imbéciles la vida mundana y comfortable. Como Keyserling,³⁰ creo que

simpatía con la enfermedad

armonía de la pobreza

1933

esta era de confort (él dice mecánica, es lo mismo) es la de la decadencia engreída; ¡volvemos a la barbarie!

A Juan Liscano. *Leysin*, 17 de febrero.

naturaleza y cultura moral

[...] Mucho me gusta tu carácter independiente y el entusiasmo que tienes por Venezuela. Yo creo en efecto que todo lo que se refiere a la naturaleza aun dentro del carácter mismo de la gente: espontaneidad, generosidad, si es superior a aquí. Pero falta cultura, no tanto la intelectual como la *moral*, sobre todo en los hombres. El ser en todas ocasiones caballero, *gentleman* como dicen los ingleses, no es cosa que abunda mucho por allá. No me refiero sólo a Venezuela sino a todo Sur-América. Ya lo verás cuando te encuentres de golpe en aquel ambiente tan agradable y seductor en todos los otros sentidos. Como yo creo que la verdadera superioridad humana no es la intelectual sino la ética, te aconsejo que trates de fortificar aquí todas las cualidades nobles de tu alma, imprégnete bien de lo elevado que tienen estas viejas culturas de modo que se diga de ti siempre no sólo que eres un intelectual sino que eres un caballero. Las dos cosas se armonizan muy bien y son las que constituyen las sociedades verdaderamente superiores.

A Lydia Cabrera. *Leysin*, [¿28 de febrero?].

dificultades económicas; cartas al gobierno

Anoche me sentía con *cafard*, con impresión de abandono. Hoy, en cambio, amanecí tranquila, como si tal cosa. Aproveché cierta claridad de espíritu que sentía, mandé a pedir la máquina a Madriz y

³⁰ Conde Hermann Von Keyserling, filósofo y escritor alemán, fundador de la "Escuela de Sabiduría" en Darmstadt (1920). Es notable la afinidad de Teresa de la Parra con algunos supuestos y preocupaciones de Keyserling: ella compartía su crítica a ciertos valores de la civilización occidental, demasiado "intelectual", volcada hacia el control material de la naturaleza ("era mecánica") y separada de las fuentes más profundas de la vida; y aspiraba a una conciliación con los valores espirituales de Oriente, cuya pasividad, aparecía también como demasiado excluyente.

1933

escribí dos cartas: una al General Gómez y otra a Requena. Quedaron a mi gusto, pues sin ninguna palabra que pecara de cortesía y la forma que se debe, expliqué mi situación en Leysin, le dije de los alquileres, baja del bolívar, los precios altos de Suiza y terminé pidiéndole que me indemnizara con un aumento de la pensión lo que pierdo con el cambio. A Requena le pedí leyera o entregara personalmente la carta, y como él fue quien me llevó a las vaqueras por Maracay y vio las coplas y ordeño en *Las memorias de Mamá Blanca* (cosa que lo halagó mucho), se me ocurrió después que mandé mi carta enviarle un ejemplar de la edición para estudiantes pidiéndole igualmente que se la enseñara a Gómez: esto, que no se me ocurrió sino de casualidad a última hora, va a hacer el gran efecto, pues a Gómez le gusta que Venezuela "quede lucida". A las doce todo había salido ya estupendo. Veremos qué resulta. No sé cómo he podido decidirme. Creo que tú, de tanto que me diste. Pero aunque tenga *resultados* no creo que sean éstos muy lucidos. Me repugna un poco pedir para mí en esta época en que tantos lo necesitan más que yo. Pero es un sentimiento tonto, puesto que son los ricos del gobierno quienes de todas maneras han de tomarlo todo.

A Lydia Cabrera. Leysin, 5 [de marzo].

el démon de midi

Hace rato que pensaba en escribirte, pero he tenido visitas y durante la siesta me sentí adormecida, con las manos pesadas, incapaz de ninguna acción material pero con una lucidez de sueños extraordinaria. Sigue suelto en mi espíritu un *démon de midi* (¿midi del invierno?). Tiene horror de toda voz, de toda cara exterior, sobre todo masculina, y como acabo de leer en Keyserling, a propósito de los enamorados médicos y tímidos: "*il se cache dans l'ombre et là, où il n'est pas dérange, il s'enferme dans ses rêves et il célèbre des fêtes solitaires*", tengo la impresión de ser sólo espectadora de esas *fêtes solitaires* que celebra mi *démon de midi*. Siento a mi alrededor una atmósfera tibia y perfumada (aquí donde nada que huela naturalmente, huele) y me

1933

duelen los pies como si estuviera en La Habana, casi no puedo andar.

Quise ir a almorzar sola, pero Madriz me esperó. Estuvo bastante discreto durante el almuerzo y me distrajo. Pero luego vino a empeñarse en que oyera el *Rigoletto* que está dando la Scala de Milán; yo detesto, por regla general, las óperas en la radio, tienen demasiada importancia y hay que seguirirlas con la atención entera para que no resulten ruido incómodo. Afortunadamente, trajo también a Cezy, que se acostó a los pies de mi cama. Estaba muy linda y me distraje mirándola con el *Rigoletto* obligado, *el caro nome* que cantó muy bien la soprano. Voy a llamarla más tarde, cuando calcule que se hayan ido los niños, para hablar con ella. Se llevó el otro día el libro de [ilegible] y si vieras cómo ha comprendido todo y qué cosas tan lindas dice sobre lo que ella piensa que es el alma inmortal y la vida después de la muerte. "Yo no sé... un papagayo, no sé nada porque soy burra, pero me parece..." ¡Cuánto más inteligente que ellos!... A propósito, hablando de Francia, en el análisis Espectral, país que juzga Keyserling el único donde el amor no está en bancarrota, habla del *amayvorismo* (etimológicamente, mujeres sin senos; no hombres), que se está preparando para el porvenir como reacción contra la tiranía ancestral del hombre. La tiranía y la vulgaridad, diríamos nosotras pensando en los de nuestras tierras. Opina, más o menos, que las mujeres no amorosas vivirán indiferentes al hombre, las amorosas *auront des amies*. De donde saldrá la sumisión de los hombres y una especie de régimen matriarcal. Me hace gracia lo que cuenta de que las *doucet* han declarado que el amor no es un instinto natural, sino una de las muchas invenciones funestas del capitalismo, una construcción ideológica que debe desaparecer con él, y han fundado la "Liga contra el Amor".

A Lydia Cabrera. Leysin, [¿12 de marzo?].

vida de sanatorio;
fugacidad

[...] Estoy a ratos harta de la misma gente. No me cansa tanto la soledad como la monotonía exterior

1933

de las caras y las conversaciones. ¡Qué paciencia se necesita y qué tenacidad de enfermedad ésta!

Me he sentido especialmente triste. Empiezo a sentir por el tiempo una impresión que describe mamá y en la que yo no me fijaba: la impresión de que las horas se van a la carrera, *perdidas, porque no estamos con los que queremos*. ¿Por qué sentiré, desde hace algunos días, la impresión de tiempo limitado? ¿Será ya vejez o que voy a vivir poco?

A Clemencia Miró. Leysin, [25 de marzo ³¹].

Muchas gracias por su carta de anoche tan cariñosa. Yo también me quedé bajo el encanto de su visita durante muchas horas. Como aquí nada pasa las impresiones agradables se prolongan indefinidamente hasta que con ellas nos hundimos en el sueño y vuelve otro día.

Cuando estoy sola no suelo poner el fonógrafo, no sé por qué, es ya una costumbre. De modo que ayer la música de discos fue también para mí una ventana abierta sobre el pasado, un pasado que llegaba de muy lejos, de muchos siglos! Vuelva antes de irse y volveremos a oír los mismos discos y otros averiados por numerosas caídas, pero muy bonitos.

No necesito nada ni para Lausanne ni para ninguna parte. Soy la mujer que nunca necesita nada. Hace algún tiempo que lo he descubierto con bastante pena; es muy triste!

La abraza afectuosamente.

A Luis Zea Uribe. Leysin, 25 de marzo.

[...] Yo creo que ya le conté que aquí, en Leysin, no hay tiempo. Kant (si no me equivoco) dice que el tiempo no es sino una forma de nuestra sensibilidad o manera de ver nuestra. Aunque nunca he llegado a comprender bien esta verdad metafísica,

"la mujer que nunca necesita nada"

"el tiempo no existe"

³¹ Establecemos la fecha de esta carta guiándonos por otra dirigida a Luis Zea Uribe, donde comenta lo dicho aquí a Clemencia Miró y menciona haberle escrito "ese mismo día".

1933

aquí en Leysin la he comprobado; de modo que ha venido a ser para mí una especie de dogma. "El tiempo no existe", me digo a cada rato. Y creo que me consuelo de que vaya pasando sin casi vivirlo. Contra lo que se figuran los enteramente vivos, los de "la plaine" como dicen aquí, los días vuelan. Me recuerdan los caballitos de madera de la feria allá, en lo más lejos de mi infancia. Cada quince o veinte segundos como por magia aparecía la misma cara o el mismo porte ante la vista. Aquí, ese porte y esa cara es la voz del criado por la mañana a las ocho menos cuarto que entra con el desayuno, y a las doce de la noche, con la luz ya apagada, la voz tenue pero muy clara de la radio con la cual me voy quedando dormida. Pero, como en los caballitos de palo, esas dos voces se suceden con el intervalo de algunos segundos y también como algo misterioso de magia...

Me interesa mucho lo que me dice acerca de la "renovación o reconstrucción del hombre antiguo". Tengo una gran fe en la autosugestión que practico en Leysin con mucho éxito. Es el sistema Coué, que usted debe conocer y del que la gente profana se burla a menudo.³² Yo no lo practico para obtener cosas materiales, ni aun la misma salud, porque creo poco en su eficacia para cuanto es exterior, en cambio es decididamente de gran eficacia para todo lo que es de orden moral. Por ejemplo, para el desarrollo de la memoria, la voluntad, para la alegría interior, para despertar el interés por algún estudio, da verdaderos buenos resultados. Aunque se parece al sistema de visualización de que usted me habla y que yo practicaba ya tal vez por insinuación suya telepática, al rezar por los muertos, el sistema de Coué difiere en que es completamente mecánico. Aconseja repetir las palabras en voz alta o por lo menos bien articuladas sin pensar en ellas, durante diez o doce veces. Asegura que es mejor no concentrar el pensamiento porque esto estorbaría al inconsciente que como una tercera persona escucha lo que decimos. Es a él a quien necesitamos

autosugestión y visualización

³² Émile Coué (1857-1926): psicoterapeuta francés que estudió los fenómenos del hipnotismo y la sugestión. Teresa de la Parra se refiere aquí a la técnica que éste desarrolló con el propósito de propiciar un equilibrio orgánico y psíquico a través de la autosugestión, conocida en su época como el "método Coué"

1933

domar y enseñar como a un animal que se educa para el circo. Parece que sus posibilidades son infinitas e insospechadas de nuestro mundo consciente al cual estorba o, según su capricho, ayuda. Es el caso que desde hace más de un año hago, después de vestirme y antes de comenzar el día (nunca estoy sin hacer nada), cinco minutos de autosugestión. Luego, al rezar por Emilia Ibarra, trato de verla en los diferentes lugares en donde solía estar en vida; en las distintas habitaciones de la casa de Caracas o de la casa de hacienda, en el patio, en el recibidor de entrada, y estas imágenes me acompañan después mientras leo o tomo mis notas.

A decir verdad no sé cómo me ha venido esta segunda costumbre que usted llama de visualización. Hace ya un momento, mientras le escribo, que me lo estoy preguntando. ¿Ha sido quizás consejo suyo? Hace un año sólo ejercía la autosugestión del sistema Coué. Voy a acentuar la visualización, creo que tiene en efecto muy buena influencia en mi espíritu. Como le he dicho muchas veces, yo no soy desgraciada en Leysin, al contrario, me considero feliz, más feliz de lo que he sido quizás en todo el resto de mi vida anterior, pero es una felicidad triste y negativa.

Yo hablo a menudo del nirvana para definir esto, pero le doy el sentido pesimista que le da Schopenhauer y que es, creo, el puro sentido ortodoxo: ausencia de deseo hasta la negación de la vida. Ni goce ni sufrimiento. Un bienestar continuo de limbo donde nunca llega nada que nos hiera, ni el alma, ni los sentidos, ningún ruido desapacible, un servicio impecable, una cama blanca y caliente, los libros, la linda vista, la radio (casi sin parásitos) que nos lleva como fantasmas invisibles y con alas a los teatros y salas de conferencias, de donde nos vamos sin ruido y sin que nadie nos vea. Pero todo ese bienestar es silencioso y negativo como la nieve que cubre los árboles y el suelo. Hoy precisamente antes de empezar a escribir a usted recibí una carta de una amiga (una hija de Gabriel Miró,³³ el es-

felicidad negativa

"ausencia de deseo"

³³ Gabriel Miró (1879-1930): novelista español vinculado a la Generación del 98, conocido principalmente por sus descripciones líricas del Levante (*Libro de Sigüenza*, 1917).

1933

critor español) que ha pasado la pobre cuatro años inmóvil por una tuberculosis de la columna. Como ya está casi bien y puede circular, va a pasar unos días abajo y para despedirse me pregunta: "¿qué necesita, Teresa, de Montreux o Lausanne?" Me quedé mucho rato repitiendo "qué necesito..." hasta convencerme de que en realidad no necesitaba nada. Le contesté diciéndole que acababa de descubrir que yo era "la mujer que no necesita nada" y que este descubrimiento me había dado tristeza. ¿Cree usted que es para alegrarse o para entristecerse descubrir en sí tan gran falta de ambición? ¿No será, Zea, una señal precursora de la muerte? ¿La vida que siente o sabe que debe desprenderse?

A Lydia Cabrera. Leysin, [marzo o abril].

[...] ¿Por qué no podrá fotografiarse el pensamiento y los sentimientos para mandarlos como son? ¡Qué traición a uno mismo es escribir!

En la mesa discutieron sobre *Jeunes Filles en Uniforme*, apasionadamente y mucho rato. Te contaré otro día lo que me sugirió la discusión. Te hubiera divertido e interesado mucho la mentalidad de los tres: Heitor, Madriz y Cezy: "quedó triste de pensar que podrían existir esas cosas" (y doblaba la cabeza hundida); Madriz intransigente, hecho una furia como ante la presencia de un monstruo misterioso. Ya se habían ido "más allá de la película". No aceptaba el beso de la maestra a Manuela. Aseguraba que cuando se besan así "otras cosas harían", y él, que ha rodado por todos los lupanares inmundos, hablaba con horror y como con asco. Me llamó la atención: 1º, que no aceptara el amor sensual puro sin realización, y 2º, la intransigencia hacia el amor en sí, su incapacidad de comprensión. Cuánta vulgaridad me pareció que encerraba tal intransigencia en un libertino. Heitor estuvo mucho más comprensivo, pero te aseguro que era interesantísimo observarlos a los tres. Yo en la actitud *término medio*, afirmando el amor sensual que Madriz rechazaba como un absurdo: qué abismo hay entre estos hombres de nuestras tierras y uno.

intransigencia del
libertino y amor
sensual puro

1933

¡Qué *couche* impenetrable de vulgaridad les cubre el alma y los imposibilita de sentir todo lo que está más allá de las tristes realizaciones del C...!

A Lydia Cabrera. *Leysin*, [¿2 de abril?].

Hoy pasé mal las primeras horas de la mañana, pero a las doce salió el sol y me compuse. Vino entonces Elena Gache con su *manteau* de viaje y su sombrero, muy mona, a decirme que ya era la hora del tren, que se marchaba, y volví a ponerme triste: ¡así soy de sentimental! Le había cogido cariño a esta muchacha. Tiene, como Gabriela Maura, una de esas almas limpias y transparentes. Esta Gache sin intelectualidad tenía la cultura de *sentimiento*, destilada a través de muchas generaciones de gente buena y fina. Lo siento. Para complemento había puesto la radio y estuvo estupenda, clara y suave. Tocaba melodías, una de ellas del repertorio de Guireguire, la hacienda de los Barrios: ¡hacia quince años que no la oía! ¡Si vieras qué evocación tan dulce y *poignante*! Sentía hasta el olor, ese olor de casa de hacienda que ha estado cerrada, con cuartos grandotes; un olor *sui generis* acompañado de telas de araña en las vigas y rayos de sol que cruzan el encañado y las ponen a brillar. ¿Recuerdas cómo son los techos de vigas y caña amarga con paredes encaladas de las casonas de haciendas? ¡Ay, Cabra, cómo sentí esta mañana lo fugaz de nuestra vida en el tiempo! Es tan corta la vida, se nos va de entre los dedos y lo que pasó no vuelve sino raras veces a raticos... Vamos a renacer con alas en algún planeta, tal vez de flores. Bien considerado, es muy poca la ventaja, en cuanto larga vida, la que le llevamos a las flores. La tierra tiene trescientos millones de años (dice Flammarion) y puede tirar unos tres millones más. Lo cerquita que tenemos a los Asirios y Caldeos: son casi nuestros contemporáneos. [...]

[...] Tengo ya una numerosa correspondencia por contestar. ¿Por qué me escriben tanto o por qué no tengo yo la energía de no contestar a nadie? Nací con el instinto de contestar las cartas y pagar

cultura de sentimiento

evocación y sentido del tiempo

instinto de reciprocidad

1933

las deudas. Es una gran inferioridad, ¡es más fuerte que yo!

A Luis Zea Uribe. *Leysin*, 21 de mayo.

Le escribo desde mi terraza de cura, en cama, con un día de primavera maravilloso, cosa que no es aquí muy frecuente. Como tengo la cama pegada a la baranda y hay una vista muy linda sobre el valle, me parece que voy viajando en aeroplano. Me acuerdo de aquellas travesías ideales que hice en Colombia sobre el Magdalena y el Atlántico... Era quizás el anuncio de todo lo que iba a saber después sobre el espíritu y de lo que iba a experimentar en *Leysin* de vida desmaterializada.

[...] Tengo la suerte de que hay en el hotel una estupenda biblioteca de dieciocho mil volúmenes que se ha ido formando en los cuarenta años que tiene de existencia este Hotel. Gracias a la biblioteca los enfermos capaces de hacer vida interior llevan con alegría la enfermedad. Pero es desolador ver la cantidad de gente que se mata porque no puede vivir lejos del mundo.

[...] Todo porque no pueden resistir la vida de sanatorio, que podría, sin embargo, ser tan dulce y tan útil para un alma joven que empieza a vivir. Pero todo eso es consecuencia de la mala educación, de la falta de disciplina moral que hay en ciertas clases sociales. Parece que en los sanatorios populares y en los de las clases modestas, el espíritu que domina es otro que el de éstos en donde la gente poco acostumbrada a dominarse vive desesperada con la enfermedad; cuando no hacen las locuras aquí mismo, se van a hacerlas a París y regresan para no levantarse más.

A Luis Zea Uribe. *Leysin*, 16 de septiembre.

[...] Aquí estoy, pues, y seguiré presa y resignada. Aquí veré caer las hojas del otoño que ya empiezan a dorarse, veré caer la nieve del invierno, apuntar otra vez los retoños de primavera y entonces veremos...

enfermedad y vida interior

1933

Lo más triste es que por razones económicas tuve que mudarme del sanatorio. Ahora vivo en el Hotel Mont Blanc, que es de menos categoría que el Grand Hotel. Sin embargo el cuidado y confort es el mismo. Hay más disciplina y ambiente de clínica que allá no existe, pues es un lujo el tratar de quitar a los enfermos la impresión de que lo están. Yo he tenido varios días de *cajard* o nostalgia, para hablar en español, pero ya va pasando. Nadie sabe más que yo cómo somos de sensibles los enfermos, cómo nos apegamos al médico y a cuanto nos rodea.

[...] Como los hoteles están cerca, veo también de vez en cuando las dos o tres personas con quien me reunía allá. Tengo, además, mis libros, mi vida interior, mi radio que me distrae a ratos y las cartas de los amigos lejanos, entre los que usted es siempre uno de los más venerados.

...22 de septiembre

[...] X se fue al empezar el mes de septiembre y yo decidí mudarme del hotel. Todo esto mezclado a una temporada de niebla, no contribuyó a darme ideas alegres; al contrario, sentía, sin llegar a la completa rebeldía, un desgano pesimista por la vida. Pensaba con bienestar en el no ser de Schopenhauer y el Nirvana búdico. Pero ya he reaccionado; con tales ideas no me hubiera atrevido nunca a escribirle: ¡se fueron con la niebla y la lluvia! Ahora ha vuelto el buen tiempo, el del otoño en la montaña, que tiene una luz muy fina y un tinte de melancolía que se parece a la música.

[...] Creo, al contrario, que la tuberculosis trae a menudo, si el ambiente es propicio, un estado de euforia que asusta a veces, porque parece ser el de la felicidad por desmaterialización completa (la bienaventuranza de los que ya no viven). Creo también que ésta es la razón por la cual tantos poetas y artistas fueron tuberculosos, y pienso, aunque me llamen positivista o hereje, que fue su enfermedad la que dio a Santa Teresita su perfume de santidad.

[...] Yo sé que cuando se tiene veinte años los veinticinco parecen ser la madurez completa si no

la sensibilidad del enfermo

desgano y nirvana

felicidad por desmaterialización

las edades de la vida

1933

la vejez. Pero reflexionando un poco se comprende que es un gran error empezar a vivir demasiado pronto. Dígame que si yo tuviera ahora veinte años y la salud que tenía entonces, haría la vida que le recomiendo a ella por higiene espiritual, es decir prolongaría mi educación hasta los veinticinco años, que es la edad más linda y de mayor plenitud. ¡Desgraciadamente estoy ya muy lejos de los veinte años! Sin embargo, desde que estoy enferma no me duele como antes el pensar que cada día me aleja más y más de la juventud. Ahora ya sé que la vida es como un viaje. Cada etapa tiene su clima, su paisaje, sus encantos. Lo importante es sabernos adaptar a cada etapa y no vestarnos de verano cuando estamos entrando al otoño o al invierno...

A Lydia Cabrera. Leysin, 12 de octubre.

Zaldumbide

[...] Sobre los comentarios de unas y otras de Z. te diré que no hay que darles importancia. Si yo hubiera buscado la *entente* completa en el matrimonio, Zaldumbide sería hoy sin duda, a los ojos de María, Seida y todo el mundo, un marido virtuoso y un hombre modelo. No habría los otros comentarios. ¿Qué me importa que digan "la pobre Teresa" si yo sé a qué atenerme? No tengo por él ningún sentimiento de antipatía, no siento ningún movimiento de hostilidad ni agresión; en conciencia sabes que no le reprocho nada.

A Lydia Cabrera. Leysin, [octubre].

la polémica

[...] Como no hago nada por los ojos, me la paso elucubrando y polemizando. Esto me disgusta mucho porque se me despierta el espíritu afirmativo y enfático que tanto me repugna en los demás. ¿Por qué no observar las cosas y conservar las observaciones en nosotros mismos? ¿Por qué ese afán de imponerlas a los demás e imponerlas con pasión? En cambio, las observaciones sin polémicas ni discusiones es lo más agradable a que puede llegar la conversación. Todo esto pensé ayer a propósito de una

1933

frase de tu carta con la que no estaba yo de acuerdo y *tal vez* (?) con razón. Dices, hablando de tu nuevo grupo: "entre este elemento mi socia gana mucho, te lo aseguro" (hasta aquí muy bien); aprecias hasta lo que, juzgado *con un criterio egoísta, resulta defecto*. Esta segunda parte como movimiento de reacción contra los otros puede pasar de *boutade*; considerado en sí, está muy mal. Estuve en plena polémica imaginaria. No puedo soportar Cabra que se reconozca superioridad donde sólo hay mixtificación de superioridad; raíces de defectos mezquinos revestidos de espíritu franciscano cristiano idealista. El fondo de tu socia es el mismo de los estudiantes cubanos, el mismo del Apra del Perú. Una necesidad de odiar y destruir todo lo que pasa la línea social en donde ellos se encuentran, cosa que es muy antipática.

Ninguna persona de fondo verdaderamente superior, cristiano y franciscano *odia*. Que tú creas que si pensamos así es por *criterio egoísta* es asumir tú una actitud de humildad y sumisión ante una falsa superioridad que me subleva, a pesar de lo que te he dicho antes de que me fastidia tanto sublevarme. Pienso que es en otras proporciones, si tú quieres, la actitud de Miomandre como lo conocí en 1925, *aguados los ojos*, describirme la vileza de la gente que no reconocía en Godoy el ser superior al San Francisco de Asís que (según él) no podía asumir y vivía lastimado y sufriendo pensando en el dolor humano. Rendirle culto de superioridad a los que se mistifican ellos mismos y mistifican a los demás haciendo de sus defectos mezquinos y personales cualidades sublimes, es ser como m... Prefiero transigir con los que exhiben ingenuamente sus egoísmos, avaricias, mezquindades, etc. Y... me tengo que ir a vestir corriendo, perdona el "discurso".

A Lydia Cabrera. Leysin, 27 de octubre.

[...] Sí, a veces me aburro, pero me distraigo a mi misma como podría hacer con un niño que estuviera a mi cuidado diciéndome de tiempo en tiempo que *no debo aburrirme* porque estos años de descanso

falsa superioridad

1933

son una preparación para otros que vendrán después y que hay mucho que leer y que aprender.

flexibilidad moral

Comprendo lo que me cuentas, pero mi moral es severa sólo con los que hacen mal a un tercero "en pensamiento, palabra u obra", como dice el catecismo. Lo demás, si hay *tenue*, me deja indiferente, y en ocasiones, si no hay engaño, puede parecerme muy bien. Además, considera que los *mœurs* se relajan en tiempos de revolución y de crisis, de modo que es menester decir *à la guerre comme à la guerre*. No sé si te escandalizarás de que mi opinión no sea otra y me encuentres cínica, pero las severidades exageradas están buenas para las ciudades pequeñas y no para los tiempos agitados en que vivimos.

A Lydia Cabrera. Leysin, 1º de noviembre.

ser dignos de la enfermedad

[...] Leí un artículo de Mauriac sobre las enfermedades largas (se refiere, sin duda, a una tuberculosa); tiene una frase muy bella y muy profunda. Dice, poco más o menos, que el enfermo debe hacerse *digno* de la enfermedad como de un privilegio, porque su energía es el altar del sacrificio en el que se purifica toda la humanidad: como el sacrificio de Cristo. Iba a mandarte el recorte, pero creo que Solveira se llevó el periódico. Interesante para un enfermo que lo entienda, que tenga la suficiente altura moral para comprenderlo.

A Lydia Cabrera. Leysin, 6 de noviembre.

anhelo de libertad

[...] Es triste, Cabra, no poder ir y venir libremente, bañarse en el mar, caminar al sol, y cansarse si hay algo bonito que ver. Volver a ser lo que fui. No pido ni pienso en la juventud, sino en la libertad.

A Clemencia Miró. Leysin, 15 de noviembre.

el enfermo como "soldado pasivo"

[...] Sí, Clemencia, somos como soldados en lucha para defender o reconquistar un gran imperio espiritual... leí en estos días la crítica que hace Mau-

1933

riac de un libro (no recuerdo el nombre) que trata precisamente de estos casos de enfermedades largas en que es menester desterrarse del mundo. Los comentarios que inspira a Mauriac son más o menos éstos: los que sufren aislados y a largo plazo son el crisol, el altar del sacrificio por el cual se purifica y avanza en perfección la humanidad entera. Es la renovación del sacrificio de Cristo. El elegido debe penetrarse de su misión y hacerse digno del privilegio; la corriente de dolor será entonces una fuente de felicidad ultraterrena; y de ella se beneficiará la vida entera. Este *soldado* pasivo no sólo no ataca sino que ni siquiera se defiende del dolor el gran enemigo. Éste se transforma y florece en una existencia nueva en la que predomina el espíritu puro. Usted ya la conoce, puesto que el día en que se despidió de mí, no lo olvido, más que alegría alborotada de regresar abajo parecía tener nostalgia. Creo que ya le he dicho, qué perfume de simpatía me dejó por ese sentimiento, en su última visita. Qué lejos de la aversión natural (pero tan vulgar!) de los que se van renegando de Leysin, porque no sintieron nunca su ambiente sagrado parecido al que se respira en las iglesias vacías.

Gabriela Mistral y
Santa Teresa

Si ve a Gabriela Mistral saludela de mi parte, dígame que nunca la olvido. Su recuerdo me entona como el de esas santas que supieron unir la vida activa a la contemplativa que iban derramando a su alrededor. Desde que sé que está en España se me identifica con Santa Teresa a quien debe parecerse mucho físicamente. Tiene (sin que creo que se dé cuenta ella misma) una nota festiva teresiana en su conversación, que es de intención grave y generalmente, lo festivo viene del modo inesperado de como combina las palabras y las asociaciones de ideas.

A Rafael Carías. Leysin, 6 de diciembre.

Creo que he dejado pasar mucho tiempo (como me sucede aquí tan a menudo, porque el tiempo en Leysin a fuerza de ser idéntico casi no existe) sin contestar a su última carta.

Después de haber pasado, enteramente sola, los meses de septiembre y octubre, recibí a mediados

1933

"vocación de en-
claustrada"

pobreza y enfer-
medad

de noviembre la visita de María mi hermana quien se quedó conmigo quince días, que me parecieron un sueño de cortos y de entretenidos. Antes de su llegada hacía una vida de cartujo, pues en este nuevo hotel no conozco a nadie, entre otras cosas porque no hay casi nadie a quien conocer, circunstancia magnífica para hacer largas y buenas curas que se pierden con la compañía y la conversación. Me he descubierto un poco tarde que tenía vocación de enclaustrada, pues esta soledad absoluta, lejos de desesperarme, me ha dado una gran serenidad y como el anhelo de alcanzar la perfección interior. Me parece a ratos que camino hacia ella, pero después descubro que no es mérito ninguno tener la mansedumbre de los bienaventurados cuando se vive lejos del mundo, sin las grandes y pequeñas contrariedades que nos proporciona a cada instante "el prójimo inevitable" de que habla Keyserling. No puede imaginarse cómo se siente aquí la crisis en la ausencia total, casi de enfermos. El Grand Hotel que tiene una reputación mundial, a donde llegaban enfermos de todas partes, cuenta apenas con unas diez o doce personas. ¡El otro día fui a almorzar invitada por un amigo y éramos tres personas en el restaurante! Lo que da verdadera tristeza es pensar que cada uno de esos puestos vacíos representa casi con seguridad una tumba más en algún cementerio, pues el porcentaje de curaciones en las ciudades es muy escaso. Esta enfermedad, más que ninguna otra, es cruel con los pobres, y la crisis está haciendo en estos momentos grandes hecatombes. ¡Cuántos se quedan atados a su trabajo sabiendo que no podrán dejarlo sino para la muerte! ¡Cuando las contrariedades y la lucha por la vida lo depriman, piense, querido amigo, en el don maravilloso que Dios le da al concederle la salud y la libertad de acción! cuando estamos sanos y felices pensamos poco, o mejor dicho no pensamos nunca en el bienestar que nos sostiene.

A Gonzalo Zaldumbide. Leysin, 24 de diciembre.

[...] En estos días de Navidad que son para mí

1933

muy evocadores —sobre todo de mi infancia— estoy pensando en ti con mucho cariño. Te veo como te describiste en tu última carta: solo, triste, disgustado contigo mismo, y con el año que se acaba, y quisiera, darte aunque fuera por algunas horas un poco de calor y simpatía.

No sé si alguna vez te conté, que fue en un día como hoy, un 24 de diciembre al amanecer, que murió mi padre. Yo acababa de cumplir nueve años, y las primeras horas de aquel día que me revelaron la muerte y tantas otras cosas oscuras todavía, se marcaron de tal modo en mi espíritu, que desde entonces cada vez que llega navidad y me quedo un momento sola conmigo misma, el recuerdo de ese día tan lejano y sin embargo tan vivo, me abre todo el pasado. Hoy veo los distintos pasados de mi vida, tan diversos y tan cerca unos de otros como los tabloncillos de una hacienda de caña vistos desde arriba, desde la casa. Como he aprendido a verlos todos, los mejores y los peores con el mismo cariño, me parecen una especie de riqueza muy grande que hubiera heredado en estos últimos años. Rilke dice que los recuerdos de juventud y de infancia son una especie de mina inagotable para el escritor, superior a todo lo que encierran los libros y demás medios de cultura ¿será cierto? A mí me ha hecho impresión esa idea. Hoy quisiera mandarte (si es que así es) en felicidad y bienestar interior, la parte de esta riqueza que te corresponde, de tablón de caña, tantas horas de amistad noble y buena como pasamos juntos, unas más felices que otras, pero todas llenas de verdadero calor de vida.

Esto sigue a pesar de la época, solo y triste. El tiempo está bellissimo: todo está cubierto de nieve, el cielo azul sin una nube y el sol tan fuerte que puedo quedarme al aire libre desde las diez de la mañana hasta las 4.30 de la tarde, la sensación de aire puro en la cama bien caliente es deliciosa. Sin embargo, hay ratos en que me aburro, me abandona por completo la conformidad y me parece que no voy a poder aguantar más. Me parece la vida una cosa sin sentido y me pregunto si vale en realidad la pena tenerla así, como en suspenso, por cuidarla, cuando al fin y al cabo es para llegar siempre

evocación de "los distintos pasados"

1933

"estado de gracia"

por otro camino al mismo punto... Afortunadamente que estas rebeldías son cortas y la fuerza de ambiente me vuelve pronto al estado de gracia que es la conformidad.

A Luis Zea Uribe. Leysin, 25 de diciembre.

Hoy día de Navidad, que es día de alegría y de buenas nuevas, me siento felicísima en esta vida de sanatorio que para tantos es como un presidio o como un cementerio anticipado. Puedo asegurarle, sin que esto sea afectación, que nunca he sentido momentos de felicidad tan pura y tan intensa como los que he conocido en esta soledad de Leysin. Leo, en general, poca literatura ligera, y mucho sobre todo aquello que pueda contribuir a iluminar mi alma y a fortalecerla en el sentido de la comprensión y el amor universal.

1934

A Rafael Carías. Leysin, 18 de julio.

felicidad

[...] A principios de marzo me dio la bronquitis asmática que me ataca en todas las primaveras, pero este año fue más fuerte que nunca. Tuve fiebre y me vi obligada a quedarme en cama durante más de un mes. Por primera vez desde que estoy en Leysin, me sentí verdaderamente triste y descorazonada, pues pensaba que debía tratarse de una complicación seria que me escondían y veía, sin resignación, la decadencia lenta, encerrada, sin esperanza hasta llegar al fin, ¡quién sabe entre qué sufrimientos! Perdí en gran parte el gusto por la lectura y me aburría en mi soledad llena de ideas negras. Afortunadamente este periodo de neurastenia o pérdida de la gracia, no fue muy largo. Cuando llegaron los días de sol, aun cuando la bronquitis seguía siempre lo mismo, empecé a cambiar, pude salir un poco y me demostraron con las radiografías que la bronquitis era banal y que el pulmón había seguido mejorando. Como no me gusta alarmar, a nadie había participado mis temores, de modo que esos días negros los pasé en la soledad

"neurastenia o pérdida de la gracia"

1934

más absoluta. Después recibí la visita de mamá que se quedó aquí unas tres semanas y cuya presencia me hizo mucho bien. A fines de abril, como la bronquitis persistía y me molestaba mucho, me decreté yo misma que era necesario bajar a la planicie y aunque los médicos no eran de opinión de que lo hiciera, tanto discutí que por fin me lo permitieron: les dije que tomaba toda la responsabilidad, que significaba el cambio de vida y de clima. El 10 de mayo me fui a Lausanne con una alegría infantil, como cuando a los seis u ocho años me veía en coche con mis hermanos camino a la hacienda. Me instalé en un lugar llamado Ouchy cerca del lago, lleno de jardines y poco a poco fui sintiendo cómo volvía la salud, regresando a la vida. La cosa más trivial me llenaba de alegría: tomar un tranvía como todo el mundo, ir al cinematógrafo, pasear en vapor por el lago, todo me parecía nuevo como en los días de la infancia... Yo creo que después de tantos meses de esta vida de paz tan bienhechora al principio para los que tienen sed de vida interior, se forma en el espíritu una especie de saturación de la que es menester salir para no caer en la neurastenia. Era esa mi teoría en abril y he visto por los resultados que tenía razón.

conformidad

[...] No sé si le conté los contratiempos económicos que vinieron a coincidir con los de la salud. Pero gracias a la economía y a la subida del cambio he podido irme nivelando a pesar de los gastos ocasionados por el viaje a Lausanne. Yo no me quejo por los contratiempos económicos, pues considero que siendo sola por poco que tuviera bastaría con someterme a ello. Lo triste es tener una familia que sostener, estar enfermo, no poder trabajar y ocasionar gastos. Se ven o adivinan aquí tantos de esos dramas, que, a la larga, por muy egoísta que sea, acaba uno pensando poco en sí mismo.

1935

A Rafael Carías. París, 11 de enero.

Me encuentro en París desde hace tres meses, ya

1935

convaleciente del pulmón, pero sufriendo siempre del asma que me dejó la larga permanencia en la montaña.

amistad; evocación del pasado

Después de los años de ausencia, como salgo apenas, me puse desde hace unos días a revisar mi "archivo": recortes de periódicos, cartas y retratos, todo lo que forma ya para mí un pasado definitivo, en que los años de juventud se confunden con el entusiasmo ya apagado de la creación literaria. Después de mucho leer y clasificar por años, encontré un paquete de cartas del año 22 recogido en Macuto. Entre ellas la carta de "Ángel Ruiz" que tanto me había entonces animado y conmovido...³⁴ Fue una evocación dulcísima de aquellos tiempos: Emilia Barrios, la casa de los Guzmán medio en ruinas en donde me escondía a escribir, el eco del mar, el aire tibio y hasta el olor salobre que me traía ensueños de tierras lejanas, de lectores en espera, y aquel Ángel Ruiz que llegaba a anunciarme lo que yo creía una alucinación de mi amor propio: ¡el éxito literario!

La emoción con que leí la carta de Ángel Ruiz fue tan grande y tan llena de profunda simpatía como la que experimenté aquel domingo en Macuto mientras miraba por la ventana abierta de mi escritorio en ruinas, cómo temblaban las hojas del inmenso matapalo.

Entre esas ramas encontraban mis ojos todo lo que iba escribiendo María Eugenia Alonso. Ahora, doce años después, con la misma emoción y mucha melancolía pensé en el amigo que andada perdido en la multitud y a quien no podía dar las gracias por la buena nueva que llegaba hasta mí. Y a pesar del olvido, a pesar de haber escrito ya dos veces sin resultado, resolvía hacerlo esta tercera, no ya a Rafael Carías, sino al primer amigo, al más viejo: Ángel Ruiz, por quien tengo un sentimiento de amistad tan puro y tan sincero.

³⁴ Ángel Ruiz es "el otro yo" de Rafael Carías: "ese ente misterioso que unas veces nos trata con bondad y otras veces con rudeza" (Rafael Carías, Introducción a la segunda edición del epistolario: *Cartas a Rafael Carías*. Alcalá de Henares, 1957).

1935

*Diario.*³⁵ *Madrid, abril 13.*

aburrimiento y banalidad

[...] Me aburro como si algo muy profundo y lejano me solicitara fuera de la banalidad ambiente que me pesa.

abril 16"falso *esprit*" y "desmayado tropical"

[...] En taxi demasiado alboroto: la llamada animación española a base de hablar todos a un tiempo con falso *esprit* y frases falsamente *chispeantes*. Me canso. Prefiero el desmayado tropical...

abril 18

géneros de vulgaridad

[...] En la tarde visitas: [...] Comparo dos géneros [de] vulgaridad: la una espiritual B. [de] cuentos obscenos; la otra de formas y manera de expresarse F. [...] Profundo malestar moral.

abril 19

banalidad y agudeza

[...] Conversación banal de cuentos verdes de una gracia tan falsa y rudimentaria como podría ser la de una reunión de gente rural en un pueblo primitivo. Pienso en la agudeza francesa y aun en la criolla de Caracas y me parecen aquéllas por comparación con ésta algo extraordinario.

abril 23

distanciamiento

[...] Viene a las once D. B. Es una viejita flaca igual a D^a E. Me interesa mucho como ambiente social el cuadro que me hace de lo que ha sido su vida. Es tal la distancia de tiempo que su presencia nada me añora. Es como si aquella vida no me perteneciera a mí sino a otro ser que me la hubiese contado. Tampoco siento simpatía por aquellos tiempos. Tanto cambiar y tanto evolucionar por dentro me ha cortado todo lazo sentimental.

³⁵ Todos los fragmentos de la agenda o diario de 1935 son inéditos.

1935

abril 24

malestar moral

[...] Me duermo temprano, amanezco con malestar moral, pienso [en la] necesidad [de] vencer tendencias que me llevan a lo agrio espiritual: pero veo a la vez que me siento sola para esa lucha o experiencia.

abril 29

falsa aristocracia

[...] viene [...] M. D. Buena moza, gritona, fanática derechista; no es antipática pero debe ser insoportable verla a menudo. Lydia me cuenta su vida tempestiva a pesar principios, lo que me desagradada. Es representativa tipo aristocracia (falsa) madrileña.

mayo 5

conciencia del pasado

[...] llega M. B. Me cuenta su vida desgraciada, su separación que prepara, carácter [del] marido: me hace impresión asistir como en [un] teatro a escenas de un medio social. Me cuenta además [acerca de] compañeras de colegio, lo que me divierte e interesa mucho. Comparo sus vidas y psicologías actuales con lo que fueron. Siento en general muy hondamente los años pasados, los medios tan diversos ya desaparecidos: tengo la impresión de haber vivido siglos...

*Diario Cercedilla. Sanatorio "La Fuenfria", mayo 15.*³⁶

operación del pulmón

[...] vienen a buscarme para el reconocimiento. Temprano seguirá intervención. Llego, están Tapia y Sayé. Empiezan radioscopia y neumo hasta 600. Se ve [que el] neumo admite más aire. Vemos radioscopia: gran sorpresa: lóbulo inferior empieza [a] despegarse. De nuevo neumo hasta mil c.c. y de nuevo

³⁶ Teresa de la Parra se trasladó al sanatorio de "la Fuenfria", en Cercedilla, cerca de Madrid, para someterse a una intervención del pulmón.

1935

radioscopia: gran espacio. Queda con esto asegurado éxito operación. Se hace radiografía y comienzan preparativos intervención. Son largos. Me asombra mi sangre fría. Me colocan [en la] espalda placa aisladora [de] electricidad. Me cubren [con la] sábana y comienza Sayé por encajarme dos agujas neumo. Sigue anestesia, bisturí, introducción instrumentos. Cuando apaga luz para exploración interior me he desmayado, pero [la] comprendo enseñada. Comienza la cauterización. Unos segundos de dolor intenso y la voz de Sayé: "Teresa, hija, ya no tiene usted adherencia." Alegría consiguiente.

Sigue exploración y otro corte más doloroso que el primero. Por fin termina Sayé sacando instrumentos. Me he quejado tres veces pero sin perder sangre fría. Ahora mientras me hacen puntos [de] sutura empiezo a temblar y sudar. De nuevo radioscopia. Se comprueba neumo *perfecto*, éxito total. Radiografía, regreso [en] camilla. Bienestar moral pero dolor heridas. Vienen a saludarme Tapia y Sayé. Encantada verlos y agradecerles interés.

junio 22

euforia

[...] Tomo café [al] despertar y siento extraordinaria euforia como no había tenido desde hace años: no es la serenidad inerte de Suiza sino un ensueño (*rêve éveillé*) exaltado *creador* como sentía en Caracas y en mis primeros años de Europa. Pienso si será cuestión de clima y me parece extraño después del embrutecimiento de ayer que no me permitía leer.

junio 26

reposo interior

"No temas nada y bendice todo lo que acaeciera."

HÖLDERLIN

junio 27

[...] Tarde bellísima después siesta y merienda: olor

1935

pinos, ocaso encantador, trabajo con Lydia en catálogo. Le leo Zweig, Hölderlin y J. R. Jiménez.

"Los dioses mueren cuando muere el entusiasmo".

HÖLDERLIN

junio 29

el "tono despectivo",
"antítesis de la ternura"

[...] Durante [la] comida discusión agria con Lydia: cada vez siento me choca más [el] tono despectivo [que] toma para hablar de ciertas cosas. Quisiera hacerle sentir el mal efecto que me produce respecto a ella misma y todo lo que destruye en mi espíritu: es como la antítesis de la ternura. Creo que es ésta siempre un resultante de la delicadeza y el respeto tan indispensable en todo afecto hondo. Pero ese afán de atacar sin miramientos es un efecto del *debraillé* de la malacrianza.

julio 12

nuevos propósitos

[...] Tiempo y salud excelentes. [...] Reflexionando luego [tengo la] impresión [de] que por falta [de] organización hace casi un año pierdo miserablemente el tiempo. Diferencia [con los] tres años [en] Leysin durante los cuales estudié metódicamente y con notas tantas cosas útiles. Me propongo hacer un trabajo [de] revisión [de] materias: estudiar y repasar notas, tomar nuevas, releer mismos temas etc. dedicando con energía una hora diaria. Me siento *renovada* como si hubiera salido de una *larga* crisis durante la cual hubiera perdido mi *yo* hoy recuperado. Hay que *vitalizarlo*.

Diario. París, agosto 16.

[...] Continúa crisis sin tregua. Duermo con pantapón [?] sin poder acostarme. Cabeza apoyada en la mesa y sentada en una silla paso noche y día. La sensación [de] asfixia por espasmo de la tráquea es horrible, peor que todo dolor, creo [que si] se pro-

1935

descubrimiento del dolor

longara podría llevarme a la locura. Tengo [la] impresión [de] haberme hundido por primera vez en las regiones del sufrimiento que no conocía sino [en] forma abstracta. En medio de mi angustia no hago sino pensar en todos los que sufren. Me parece haber *descubierto* el dolor y estoy como espantada.

A Lydia Cabrera. [Paris.] 23 de agosto.

los abismos del sufrimiento

Cabrita, he sufrido muchísimo. Hasta ahora no sabía a qué abismos puede llegar el sufrimiento. Me parece llegar de un viaje lleno de experiencias insospechables. Ya te contaré. Pero no hay razón de que te alarmes ni pierdas la cabeza, como lo veo por tus cartas: demasiado sabes *que de asma no se muere nadie*. Siento toda mi personalidad como un libro desencuadernado cuyas hojas anduviesen revueltas: efectos de tanta nueva experiencia y también de los narcóticos. He tomado mucha morfina y opio. Ya me he ido zafando de todos y actualmente, como te dije, aparte de muchos remedios como inyecciones, sólo tengo los curativos.

convalecencia

[...] Mi estado actual es de *convalecencia*. No salgo de mi cuarto, aunque paso el día en el sillón, no en la cama, para respirar *mejor*. (¿Sabes que pasé 48 horas sentada en una silla con la cabeza sobre la mesa sin casi moverme?) Tengo un *râle* continuo molestísimo pero soportable y nada de asfixia. Toso y escupo a ciertas horas en abundancia. En general, es un estado parecido al que tenía antes, cuando estaba embromada. A la caída de la tarde suele quitárseme el *râle* pero me da la fatiga, que es peor.

la enfermedad no tiene causa

Las causas de este *ciclón* no hay que buscarlas en motivos *x* — *y* o *z*, como tanto le gusta hacer a la gente. Kindberg, al verme, declaró que no había que buscar *causa* a mi estado, que estaba así *porque sí*, que así era el asma. También dijo que había visto muy raros casos de tanta agudeza en *continuidad*, que sólo en viejos de edad muy avanzada. Cuando tenga más lejos de mí la pesadilla te contaré en de-

1935

talle lo que sentía. Ahora me parece que se me renueva. Estoy un poco como Lala y los que no quieren oír hablar de sufrimientos. Tengo todavía el terror físico. En general, me siento actualmente en un estado soportable que se va atenuando. *Peligro no hay ninguno y nada te he ocultado*. De modo, Cabrita, que cuando recibas esta carta escríbeme diciendo que estás tranquila y sigue tomando en paz y gracia de Dios tus aguas y baños. Trataré de que ésta te llegue por *express recommandée*.

septiembre 11

conciencia de la gravedad

Me despierto con el estertor. Pido a Isabelita me haga inyección efedrampoules, tomo caryfedrina y empleo bismuto. El *râle* cesa pero me siento cansada [por] mala noche. Como con poco apetito, no duermo durante la siesta y acabo por sentarme en el sillón para sentirme mejor. Repito inyección efedrampoules y tomo las gotas glotyl pero nada me mejora. Voy a comer [a la] biblioteca con María e Isabelita y vuelvo a la cama sintiéndome siempre mal y con profundo desaliento; me veo sin salida entre la exudación de la pleura y el asma. Muy pesimista me duermo pensando que la salida de Fuenfria ha sido quizá mi sentencia de muerte.

octubre 12

malestar moral: repeticiones y obsesiones

[...] Visita Seida, Lydia, Carlitos. Me distraen. Se hace tarde. Me quedo de nuevo sola, como en la cama y luego desvelo, profundo malestar moral. *Degout* de la vida...

octubre 13

[...] Cuando se marcha Cabra, de nuevo desvelo peor [que] noche anterior. Horrible malestar moral. Creo que insistimos demasiado en tratar los mismos temas y repetir tantas cosas ya dichas.

1935

octubre 15

[...] Me enervo por hablar sola demasiado rato. Lydia vuela a las cargas de siempre, a su fobia fija tan lejos de la paz que necesito. También los demás me repiten siempre las mismas cosas. Esto, en la inmovilidad y la falta de ideas nuevas pues ni siquiera leo, me forman en el espíritu como una pesada atmósfera de obsesión y es el desvelo, el implacable, que no me deja leer. También la radio *repite* y aumenta obsesión. Siento ganas de irme sola y lejos donde nadie me siga. A veces deseo de revivir el pasado junto a los que ya no son ¿será la muerte que ronda?

presentimiento de la muerte

octubre 16

[...] Vamos al cine pues necesito *evadirme*. Sé que ciertos temas [de] conversación repetidos todos los días me hacen terrible daño psíquico e impiden dormir. [...] Siento no poder pasar Leysin 2 meses [de invierno]...

octubre 23

[...] Llega Lydia tarde en la noche. Me siento y la siento distante. Hablamos [del] viaje³⁷ pero no encuentro como de costumbre espíritu de colaboración. Consejos: "debes quedarte tus días en cama" cuando le cuento [que] la inmovilidad me desvela y da neurastenia. Pero nada de lo que es *mi* sentimiento interior existe para ella. Me quiere como se quiere a un perro.

Diario Cercedilla. Sanatorio "La Fuenfría", noviembre 7.

fastidio e inercia

[...] Tarde larga y aburrida siento hacia las 6 impresión de fastidio como muy rara vez tuve en Leysin. Pienso [en la] necesidad [de] reaccionar contra

³⁷ Se refiere al último viaje que realizó de vuelta a España, acompañada por Lydia, en busca de un clima más favorable que aliviase la enfermedad.

1935

inercia me ha invadido hace un año haciendo acto de voluntad y forzando ejercicios Coué. De otro modo es inaguantable Fuenfría. Me duermo temprano y me levanto con el mismo sentimiento de fastidio.

noviembre 8

cariño posesivo como agresión a la interioridad

[...] conversación [con] Lydia. Siento en ella siempre la intención tendenciosa contra lo que me rodea por celo o exclusivismo, lo que tiene el mismo resultado de siempre: la reacción en mí. Me une a cosas que sin su matiz de agresión me serían indiferentes [y] jamás pensaría en ellas. Como resultado de este flujo y reflujo de opiniones se establece un *malentendu*. Esto sigue como cavando una zona de desunión. En mi opinión todo viene de la falta de interés de ella por todo lo que es mundo interior de los demás. Quiere mucho y generosamente y apasionadamente, pero quiere como si se tratara de un animal o un objeto. Será culpa de su costumbre de querer a los perros?...

noviembre 11

inconformidad

[...] Después [de] entrar siento malestar bronquios me va raspando hasta llegar en lo moral [a] verdadera crisis de inconformidad *caffard negro*...

noviembre 28

cariño posesivo y ternura

Me levanto muy temprano, baño y [me] visto para esperar a Lydia. Como [de] costumbre inveterado *plantón*. Me confirma convicción [de la] forma egoísta de su cariño. Exageraciones melodramáticas y sin razón cuando a ella le da por angustiarse pero indiferencia completa, tabla rasa de lo que pueda ocurrir en mi espíritu. La ternura en las uniones nace de esa especie de atención constante, de oído aguzándose para escuchar lo que pasa en el espíritu del ser querido, de donde [las] delicadezas que mientras más sutiles más levantan como un to-

1935

rente de ternura y de mutuo acuerdo. El sentirse querido como un objeto cierra las corrientes espirituales. Pero hay que aceptar a los demás *como son* no como quisiéramos que fueran porque entonces surgen las disputas y a un mal se añade otro peor.

noviembre 29

Mala noche. Ideas fijas. Escribo [a] Boris y Elia³⁸ pidiéndoles me den cuenta [de sus] estudios. Decido seguirlos de lejos con el mayor interés posible. [Hago] Notas sobre necesidad de hacer don de sí mismo si se quiere hallar [la] felicidad, vida llena, me han impulsado [a ello]. Quiero ocuparme [en] forma eficaz [de] esos niñitos, ser como la suplente de María y si algún día les faltara servirles de madre en cuanto mi salud y medios materiales me lo permitan.

diciembre 4

Empiezo ejercicios Coué relacionados [con la] salud física aún no ensayados. Hasta ahora sólo lo moral. Como de costumbre luego del té, desazón: la cama, la lectura, nada me vence ni entretiene.

diciembre 5

Me despierto a las 6 y [me] levanto a desayunar. Regreso [con el] cuarto arreglado lo que me da gran bienestar moral. Pienso no debo mirar hacia el pasado sino hacia *adelante*, cosa que despierta la iniciativa. Ejemplo de Lydia puede estimularme mucho. Buscar libros [que] sirvan de acicate. No leer a la diabla lo que vaya cayendo en las manos sino escoger, hacer un plan. Día como los anteriores: monotonía aplastante.

felicidad: "hacer don de sí mismo"

desazón

bienestar moral: planes

³⁸ Se refiere a Boris y Elia Bunimovich, sus sobrinos, hijos de su hermana María y de Marc Bunimovich.

1935

diciembre 6

extenuación

[...] Extenuación. Me disgusta [como] mal síntoma [mi] estado general. [...] Este malestar me da impresión enfermedad y pasión de ánimo. Siempre la misma tendencia a extenuarme. Comida [y] tertulia [en el] cuarto [de] M.

separatismo vasco: falta de afinamiento intelectual

Se habla de la interpelación [en las] Cortes por separatismo vasco; me producen [la] impresión de siempre: falta de afinamiento intelectual.

diciembre 7

Leo A. B. C. polémica Congreso separatismo vasco. Me parece, en efecto, [la] actitud de éstos, inadmisibles. Argumentos basados en el insulto y la denigración sistemática, la horrible denigración de la que no se saca nunca sino odio o por lo menos la actitud [de] inercia por falta de fe.

diciembre 9

rememoración

Al despertar Coué. Termino por encima libro R. L.,³⁹ empiezo *Captifs* de Kessel. Parece [que] continuará [la] dulce emoción [y] añoranza [de las] cartas leídas anoche. El libro, banal en sí, sirve como de punto de apoyo [para] recuerdos y ensueño. Pienso que en el cantón de Vand está encerrada en el recuerdo una parte de mi vida. Quizá la de mayor plenitud. Primero Genève, época tensa por [la] pena [por la] muerte [de] Emilia, [años:] 24-25. Después: 26-33, Vevey. Días apacibles, pero también días de intensa lucha interior secreta... Año 27 de soledad desoladora, de donde salieron cosas trascendentales no sospechaba, el viaje a Cuba, etc. También *Memorias de Mamá Blanca*. Temporadas Ver y M. P.

diciembre 12

[...] Me quedo sola con Raty.⁴⁰ Aprovecho [para]

³⁹ Según otros fragmentos del diario podemos asegurar que se trata del libro *Del Tajo al Rhin* de Ricardo León (1877-1943), cf. infra, p. 256 de esta edición (Diario, 8 de diciembre de 1935). Joseph Kessel, escritor y periodista francés (1898-1979).

⁴⁰ *Raty*: nombre de la perrita de Lydia Cabrera.

1935

deseo de regresar a Venezuela

ordenar papeles y mandar [las] cartas más urgentes. Releo las de Luis y María. Deseo de él [de] vernos allá me parece cariñoso; por un momento ansío regresar a Venezuela ¿lo podré algún día?

diciembre 15

sensaciones "raras"; idea de muerte

[...] Noche de desvelo. Tengo varias sensaciones raras, primero de nerviosidad en los miembros, brazo derecho pesado, etc. Me adormezco, me despierto de golpe muy asustada pues me parece haber oído tres palmadas como si me llamaran... Voy a la *toilette*, regreso con un dolor o peso que me parece en la vejiga, ligado con angustia síntomas tuberculosis renal. Por fin me duermo, me pesa idea [de la] muerte y no sigo acostada, por las palmadas, me duermo sin apagar.

diciembre 16

ayudar el subconsciente

[...] Coué hecho a conciencia parece darme calor de vida y un raro optimismo no sentía desde hace mucho tiempo. Creo ciertas fórmulas me están haciendo efecto. Decido [que] es menester ayudar [al] subconsciente con [la] voluntad. Me dejo llevar demasiado [por la] pereza. Y en la inmovilidad o amodorramiento pierdo las horas miserablemente. ¿Por qué no imponerme e imponer a los demás reglamento, ahora que las crisis me lo permiten?... En la tarde siesta. Cuento inédito de Mark Twain no me convence. En sueños a la moda de antes, *representación* de [la] que habla Thomas, personajes creados ya que *pasan en escena*: ¿Por qué haber prescindido de este placer de la vida interior? Por qué miserias negativas los había cambiado. Pero nadie es dueño de su yo si lo entrega a la merced de todas las influencias.

diciembre 20

la muerte de Gómez; deseos de regresar

[...] [La] Muerte del Gral. Gómez me ha despertado recuerdos vida pasada en Venezuela. Me acuerdo de todo con ternura, sensación de felicidad que des-

1935

conocía y deseo regresar a lugares donde viví [mi] juventud. Me da pena ver tantos muertos y pienso diferencia entre seres nuevos; pero ¿no es más intenso el pasado cuando queda abolido de un todo por la muerte?

diciembre 21

la idea de "patria"

Sigo pensando en Venezuela. Parece como si a pesar temores por intereses personales sintiera renacer una posibilidad de *patria*, idea que me ha sido hasta ahora como extraña. Sin pensar ni prever como siento probable regeneración, renovación también en mí de toda yo si volviera a Venezuela y lo deseo con toda mi alma.

1936

Diario. Madrid, enero 2.

cuidarse uno mismo

[...] Observando a los médicos como hago desde hace cuatro años se llega al convencimiento de que hay que cuidarse uno mismo según las propias observaciones, ellos no deben ser sino especies de consejeros cuyas prescripciones deben seguirse o no según vaya diciendo la propia experiencia.

el descastado

[...] Creo como Barrés que para poder realizar algo en el orden espiritual debemos acercarnos a nuestro medio-ambiente. El descastado carga en sí una especie de maldición. Hay, es cierto, este drama de la inferioridad del ambiente, pero ¿no puede uno acogerse siempre a la parte noble y bella que hay en todo país cuando se mira con tolerancia? Quiero renunciar cada día más y más a la intolerancia, fobias, ideas fijas. Tener la indulgencia del sabio que ve en ciertos defectos que nosotros hallamos odiosos simples fenómenos de evolución. Hay que mirar de alto para mirar lejos.

tolerancia sin concesiones

[...] Hay que hacer concesiones para mantener el cariño, pero ninguna que represente una claudicación porque entonces es sentirse en estado de dependencia con la consiguiente disolución moral.

1936

enero 7

[...] Lydia trae [el] folleto [de] José María Chacón a propósito [de la] conquista y leyenda negra.

[...] Es un tema que me aburre a fuerza de tanta polémica y de tanto oír tratarlo en forma simplista y con odio. Cada vez siento mayor necesidad de acercarme a las cosas con curiosidad y el amor natural que ésta despierta cuando indagamos sobre algo.

los prejuicios

El *parti pris*, o prejuicio, es decir, el apasionarse o pronunciarse antes de *conocer*, toda lo enreda y hace que no se llegue nunca a ver con serenidad. Se queda uno siempre en la discusión desagradable. Choque de opiniones y amor propio: el eterno "yo" brutal y feo que trata de imponer y de ganar.

enero 11

evocación del pasado

[...] Comienzo a leer un libro tomado al azar en el estante de Luz, es de Paul Morand: *Ouvert la nuit*. Comienza en el Quai de Lausanne, despedida en un tren que sale hacia París... Hay un ambiente creado por mis propios recuerdos. ¡Cuántas llegadas y salidas sola de Lausanne, con aquella sensación única que me daba mi independencia y tantos sueños imposibles no realizados! Verdadera plenitud de vida, de juventud... Lo que dice P. M. me interesa menos: al hilo del relato me voy siguiendo a mí misma: viajes del 25; el del 27 con mi libro terminado y después en tres meses de reclusión, la recompensa de París, el proyecto de viaje a Cuba del 28, tan brillante, tan *réussi*. Me siento acompañada, confortable como en una buena casa caliente con todos estos recuerdos, mientras un silencio y una soledad completa (la de una casa vacía) me rodea...

enero 13

vitalidad e intranquilidad

[...] De los bronquios estoy mejor, desde ayer y muy bien del estómago. Estado de vitalidad por buen estado general me hace aburrida la cama, ade-

1936

más tiempo espléndido de sol me llama a la vida activa: pienso en viajes y con un deseo infinito [de] regreso a Venezuela. Creo que son estas circunstancias que me hacen recordar en forma irritante (casi fobia) lo que se me dice de desagradable y sacar deducciones que me exaltan y enturbian la paz. Insisto en ejercicios Coué [como] forma [de] destruir esos malos estados de alma. Pienso me son perjudiciales en todos sentidos.

aburrimiento y vida interior

[...] Hay que constatar, ponerme en guardia contra influencias que me perjudiquen, trazar un plan y observarlo con *firmeza* para *olvidar*; que no venga nada, ni un ápice de rencor a enturbiar mi soledad y mi vida interior como ocurrió ayer. Tener la mente limpia para leer, soñar, proyectar, escribir, toda función activa interior tan importante para no aburrirme en la inmovilidad. Ayer tarde me aburrí mortalmente.

enero 18

no poseer

[...] Cada vez que veo de cerca la verdadera desgracia me pregunto ¿para qué emprender nada y sobre todo para qué *poseer* nada? En el fondo cuando gozamos con la posesión de algo somos iguales a los niños cuando reciben un juguete: jugamos con lo mío creyéndonos inmortales. Todo es prestado, todo es juguete un rato.

enero 20

[...] Me fastidia el desorden en que me encuentro y la conversación general estilo "bromita" sembrada de cuentos verdes y las palabras sin ton ni son me enervan.

el "tono" humorista sin la gracia

[...] Pienso como de costumbre en lo chocante del *tono* humorista sostenido a la fuerza cuando no lo anima la gracia. ¡Cuánto más agradable la conversación que no pretende ser graciosa! Casi me alegro de no tener gracia o *esprit* natural, así no me expongo a caer en estos simulacros tan contrarios al verdadero ingenio.

1936

enero 21

el *ménage*

[...] Hasta ahora he leído mal sin fijar la atención, con el espíritu lleno de pensamientos y preocupaciones que lo hundían en la más lamentable realidad. Comprendo hasta qué punto se atrofia la parte alada del alma cuando es menester luchar con el *ménage*; ¡si a las preocupaciones de la comida y la compra se añade la de los hijos, no se diga entonces nada!

soledad y epicure-
ismo

[...] Pienso durante un rato en la felicidad del hedonismo y del ideal epicúreo del que puedo gozar en lo que me queda de vida sobre todo si las circunstancias me lo permiten: yo me siento mal entre la gente y encuentro bienestar con la independencia y la soledad.

enero 23

fatiga, malestar

[...] Cansancio y somnolencia me invaden después de almuerzo y caigo en la cama pensando qué sería de mí si las circunstancias me obligaran a llevar vida normal. Estas crisis de fatiga infinita en la que no puedo cargar con mi propia persona, ni levantar los brazos, me parecen alarmantes. No pueden provenir del neumo ni de la inmovilidad porque serían entonces permanentes y esporádicas. Puede que sean trastornos glandulares. Temo por los riñones. La tuberculosis es tan traidora en estos órganos. Decido hacer análisis completo para saber a qué atenerme. En la tarde vienen Luz y Fernando. Los recibo en mi cuarto, éste se queda a comer y se va tarde. Inapetencia, malestar, mala comida, oportunamente duermo pronto y profundamente. Día sin lectura, apenas los periódicos. Me parece desesperante teniendo todo para poder leer con gusto y sin molestia, no llegar a hacerlo por no saber el tiempo o por dejarme invadir por mil tonterías que nada me dejan.

enero 24

vida social y frivo-
lidad

[...] Hace tiempo que vivo sin la influencia tan saludable del espíritu afin más avanzado que sirve

1936

de iniciador. Es esta la flor de la amistad, la única manera de que sea agradable la vida "social".

[...] El andar eternamente con gente frívola o de tendencias sectarias opuestas deja no sólo la impresión de haber perdido lamentablemente el tiempo, sino la de una especie de extenuación que mata a la larga, la personalidad. Si no se quiere discutir hay que hacer creer que se está de acuerdo, reír, sonreír sin ganas y es este remontar de corriente lo que a la larga extenua. A veces también despierta en la soledad por reacción el espíritu de agresión y de contradicción, todo "*refoulé*" agría el carácter. Son suma de influencias negativas, como las de las fuerzas "negras".

enero 26

la compañía de los
objetos

[...] Me despierto tarde con impresión de tristeza y desaliento. Todas las cosas que me rodean en esta casa me parecen extrañas, despegadas de mí. Me gusta sentir la compañía de los muebles y de los objetos; siento no haber traído de París los *bibelots*, me gusta mirar los que fueron de Emilia, que conocía en su casa donde me eran familiares como los míos, y que me han acompañado luego en estos doce años que han seguido a su muerte, pero los pocos objetos que he traído están colocados de modo que no los veo de mi cama; tampoco los libros. En Ley-sin me acompañaban ellos. También me acompañaba la radio: la de aquí sólo me deja oír la voz del horrible *speaker* de Madrid, ¡banalidades de todo orden y parásitos infernales!

[...] Pienso que hace ya diez años de los cuales cuatro de enfermedad o sea de vivir fuera del mundo.

enero 28

neurastenia

[...] Después de comer sigo con impresión neurastenia: todo me agobia, el mal tiempo, la casa y los muebles feos; la falta de libertad diaria, presencia [de] F. para lo que nos resta de vida en Madrid, conflicto venida mamá y María ¿cabrán en la casa?

1936

etc., etc. Vuelvo impresión neurastenia de la mañana. Decido hacer en ese sentido y tratar de ocuparme en cosas más manuales que en simples lecturas: revisión cartas, por ejemplo. Hace mucho tiempo que impulsada inconscientemente quizás por autosugestión, siento necesidad ejercer iniciativas y emotividad seguidas.

enero 31

nostalgia

[...] Cuento del *Journal*: espera de una cita en pleno París de primavera me ha traído la *evocación* y la *nostalgia* de mi vida activa, del encanto especial de París en los lindos días y de la juventud de la que me voy alejando más y más como un mar que atravesara esta enfermedad. En mi conversación con Lydia continúa la evocación de los años pasados, hablamos en gran acuerdo sintiendo las mismas cosas.

febrero 1º

el "libro posible"

[...] Siento pasar aquellos dos años, sobre todo los meses del Gran Hotel como un ensueño lleno de encanto y de posibilidades poéticas. Pienso en el libro posible que tanto deseo y lo siento de pronto como si viviera en mí, sensación que me inunda del placer que sentía cuando vivía en medio de los personajes de *Ifigenia* y de *Las memorias de Mamá Blanca*. ¡Qué felicidad sería volver a ese ambiente del alma retoñando de creación como un árbol en primavera!

desorden disolvente

[...] Creo que es menester orientar la lectura hacia un fin determinado, especializarme en algo, poseerlo de veras y desarrollar entonces iniciativa, actividad, perseverancia. Todas estas condiciones se anulan cuando no se fija un plan. Este desorden es disolvente sobre todo para los espíritus lentos y ordenados como el mío.

febrero 2

[...] Tarde aburridísima, cansancio, neurastenia. Voy un rato donde está Luz de visita. Me siento tan abu-

1936

rrida, alejada de lo que hablan, hostil. Analizo luego (psicoanálisis) esta sensación y encuentro las causas.

desadaptación

[...] Quisiera no sentir nunca esta sensación de desadaptación que agria a la larga el carácter. Sufro además de encierro, de claustrofobia. Creo que si viviera en una casa agradable sin nada que me molestara, acabaría por tener la impresión de Leysin: serenidad y don de escribir fuera del tiempo.

II. OBRA Y VIDA INTELECTUAL

1924

A UN destinatario desconocido. [Ginebra,] 24 de junio.

[...] Aunque sea ya tarde preguntarlo: ¿Me perdona que le escriba con lápiz? Es mi costumbre cuando escribo porque quiero escribir: mi amiga la coma, y mi galante amigo el lápiz que me sirve y me obedece como nunca podría hacerlo esa estorbosa, comercial e indiscreta tinta, todo lo explica tan demasiado claro, que a mí francamente, me asusta.

la "indiscreta tinta"

A Gonzalo Zaldumbide. [Caracas,] 6 de diciembre.

[...] Como verás renuncio a la pluma fuente que siempre está pidiendo tinta o prodigándola. Sé que te disgusta el lápiz, no obstante insisto hasta que lo aceptes. En mi opinión es la piedra angular de la literatura y el brazo derecho del amor. Tú no quieres comprenderlo así. *Tant pis*. En el fondo creo que debe evocarte los tiempos dulcísimos, perfumados de cebolla, pimienta, y ¡Dios sabe cuántas cosas más! de la cocinera de tu adolescencia. Me imagino que te escribiría: "Mique Rido gonsalo te hespero esta noche..." con lápiz y papel de estraza y tú por asociación de ideas con tu ingratitud y tu inconsecuencia cobardísima de hombre detestas el lápiz. Yo no, yo lo adoro. Y es que en el fondo como no he probado más cocina que las muy exquisitas de la Tour d'Argent y el Chapon Fin, mi aristocrático *Eversharp* de oro (regalo de un pretendiente hace tres años) es un puente tendido sobre el mar. Lo que salga de él no tiene importancia: borradores, líneas irregulares, aspecto de escritura humilde y plebeya. ¡Qué importa! Yo lo adoro porque es complaciente, porque me acompaña y se acuesta sobre mis rodillas y juguetea en ellas, y se adormece a ratos, amigo de la cama, el diván, los cojines y las

el lápiz: piedra angular de la literatura

1924

siestas como los perritos falderos queridos y mimadísimos a quienes todo se les permite.

1925

A Miguel de Unamuno. París, julio.⁴¹

Es a usted, mi estimado amigo y maestro, a quien debo, más que a nadie, la satisfacción íntima y serena, depurada de toda vanidad, de haber escrito un libro.

Cuando lo conocí y le dediqué mi novela en el almuerzo literario de hace algunas semanas, pensé que no iba usted a leer ni una de sus 520 páginas. Es verdad que con acento austero y patriarcal de abuelo vasco, había demostrado interesarse muy vivamente por su raza española de más allá del mar. Habló de ella con pasión, como si hablara de su propia ascendencia, "verdadera resurrección de la carne" explicó usted. Pero también es cierto que luego, con el mismo acento austero de abuelo vasco, y con aire además muy despectivo, habló de las personas superficiales, de las mujeres cuya única ocupación es el vestir, y de todos aquellos que confunden lamentablemente el modernismo o moda con la verdadera elegancia: la escultórica, la que reside en el ademán y en el esqueleto, como la del Esopo de Velásquez en sus harapos, o como la de Ulises al presentarse desnudo ante Nausica. Deduje que mal podía encontrar gracia ante sus ojos una novela, cuyo órgano directo de expresión, como el teclado en un piano, era casi todo el tiempo la preocupación de la elegancia, no la escultórica, sino la otra, la de la equivocación lamentable, la del modernismo o moda. Y me fui convencida de que novela y autora habían de parecerles igualmente triviales e indignas de atención.

Grandísima fue mi sorpresa el otro día, cuando al entrar en un recinto oí que hablaba usted de *Ifigenia* ante numeroso auditorio: ¡Ya estaba leído! ¡Y

⁴¹ Esta carta se publicó en *El Universal* del domingo 19 de diciembre de 1926. En una carta a Carias del 24 de noviembre de 1926 (véase p. 218 de esta edición) dice haberla escrito "hace un año".

1925

con lujo de pormenores anotado! La analizaba Ud. detalle por detalle, sin entusiasmos ni elogios, sino con esa paciente curiosidad con que examina el naturalista un insecto del campo o la flor silvestre que por primera vez ha llamado su atención. Mi presencia no alteró ni un ápice el hilo de su conversación, y siguió detallando el libro como si entre la autora y la recién llegada no existiese el menor lazo común. Yo sentí al instante el milagro del desdoblamiento, me hice también auditorio, y por primera vez, encantada, libre de censura y de elogios directos, sin asomos de vanidad, tuve la sensación noble y reconfortante de "haber escrito".

la sensación de
"haber escrito"

Quiero darle las gracias por el milagro del desdoblamiento, quiero dárselas por el juicio escrito, pero quiero dárselas sobre todo por estas 4 páginas que recibí anteayer, apretadas notas, hechas con lápiz al calor de la lectura. ¡Cuántas son y qué llenas están de vida!

Los elogios son sobrios, sólo dicen indicando página y párrafo "Bien" "Muy bien" y algunas veces "¡Muy bien!" sin dar razones, lo cual es una forma de generosidad, porque mi imaginación puede elegir lo que más le agrada, y en ratos de fecundo optimismo, forjarlas y ¡elegirlas todas!

Las objeciones son mucho menos lacónicas. Como algunas de ellas terminan en un punto de interrogación, me persiguen sin cesar con su voz de pregunta. Yo quisiera acallarlas, pero ellas no se avienen al silencio. Necesito pues contestar algunas de las que tengan a mi entender contestación o sea defensa, porque hay otras, lo confieso, que al igual de la Esfinge, se quedarán interrogando eternamente!

Copio pues las escogidas, bajo el párrafo aludido, y con el número correspondiente de la página tal cual Ud. lo ha hecho, voy contestando:

San Francisco de
Asís

Pág. 52 y 53... "¡tiene para todas las criaturas la dulce piedad fraternal de San Francisco de Asís"... Yo no creo que la piedad de Gregoria fuese precisamente franciscana, ¿o es que se refiere Ud., entonces a ese San Francisco, elegantizado por una leyenda turbia? Me es difícil saber cuál es mi San Francisco, don Miguel ¡he visto pasar tantos! Al

1925

primero lo recuerdo entre las nieblas sonrosadas y confusas de mi primera infancia, cuando aún no sabía leer. Lo conocí en una oleografía presidiendo la hospitalidad de cierta casa amiga, sobre el portón cerrado del zaguán o vestíbulo, tal cual acostumbraba hacerse allá en Caracas. Era como el portero complaciente y mudo de aquella casa. Yo solía contemplarlo a mi sabor mientras venían a abrir. Lo representaba la oleografía, abrazando al Crucificado, con las estigmas que despedían cinco rayos y el globo del mundo bajo sus pies. Este primer San Francisco portero, si bien me entretuvo a ratos, no encendió jamás mi cariño ni mi admiración. Tal vez porque mis ojos recién abiertos a la vida juzgaban a las personas según las apariencias, y aquel pobre capuchino de sandalias y cerquillo, tan semejante a cualquier contemporáneo, tan inferior al dulce Crucificado, no podía evocar el prestigio del pasado ni el esplendor augusto del cielo. Desde entonces, han seguido desfilando ante mi vista diversos San Franciscos, en cuadros, esculturas, sermones y versos decadentes, hasta conocerlo por fin, descrito por Jørgensen y por la Pardo Bazán. Estos dos autores despertaron definitivamente mi admiración y mi ternura por el santo tal cual si le hubiera visto en su dulce andar sobre la tierra hablando y sonriendo. ¿Será éste por fin el verdadero?... Confieso que no he leído aún el San Francisco de Sabatier y que no conozco el texto entero de "Las Florecillas". En todo caso, el San Francisco a que aludo en mi novela es aquel suave y descalzo hermano de todo cuanto existe; el que llegó a cantar a "la hermana muerte", el que a fuerza de amar toda pobreza, amó en el Hermano Junipero la miseria fragante de su inteligencia, y el que de haber conocido a mi vieja lavandera, pobre, negra y fea, en vista de la humildad alegre de su espíritu, no hubiese titubeado en llamarla también: "Hermana Gregoria".

Pág. 111... "abuso y soberbia de la inteligencia..." ¿Y qué me dice Ud. del abuso y soberbia de la tontería?

Pero es que "Tío Pancho" no parangona aquí la inteligencia con la tontería, sino que la parangona con las luces naturales del instinto a los que juzga

1925

la tontería como "debilidad de inteligencia"

superiores y mucho más amables. Yo considero que la tontería no es ininteligencia, sino debilidad de inteligencia, con desorden comunicativo en las ideas y gran facilidad de palabra para manifestarlo. Me parece como Ud. que el tonto es con frecuencia más funesto que el torpe, y creo que ambos son más incómodos que el bruto con lo cual vuelvo a caer en las mismas ideas que expresaba Tío Pancho.

resignación

Pág. 113... "La gran armonía del Universo basada en la resignación completa de las víctimas..." ¿Y esa resignación no es a veces el divino desprecio hacia el tirano?

—¡Cierto! Yo también pienso que en toda resignación y en todo sacrificio hay un divino desprecio hacia alguien o hacia algo, un divino desprecio inactivo, que no pide venganza ni espera justicia, y que duerme tranquilo con el dulce sueño de la serenidad.

el espejo

Pág. 47 "...Las monjas acaban por olvidarse de sí mismas a fuerza de no mirarse (bella expresión) en los espejos..." Como uno se olvida de sí mismo, Teresa, desdoblándose y vaciándose, es a fuerza de mirarse en el espejo. ¿El espejo nos da acaso nuestro fondo?

—No. Pero recuerdo que María Eugenia Alonso no hablaba aquí del alma. Hablaba del rostro de la apariencia exterior. Era la belleza física de su amiga Mercedes Galindo, a la que ella aludía. Y de ésta, con sus caprichosas alternativas y dolorosas decadencias, sólo nos habla el espejo, o las espontáneas manifestaciones ajenas que también vienen de otro espejo: los ojos.

la indiscreta verdad

Pág. 149. "...la mentira, dulce hermana de paz..." ¿La verdad, entonces, hermana de la guerra?

—¡Sí; sí; yo creo mil veces que sí, aunque Ud. no lo apruebe! Perdóneme esta insubordinación agravada y aparente cinismo. Pero los que tenemos el espíritu orientado hacia la verdad, no tanto por virtud, como por un natural indolente, distraído o falto de imaginación, conocemos las amarguras de guerras encendidas por verdades imprudentes que podíamos muy bien haber dejado dormir en la penumbra. Esto desde el punto de vista del egoísmo o la conveniencia. Desde otro punto de vista, el de la

1925

piEDAD y altruismo, considero que la verdad, desencadenada en nuestra boca, puede producir heridas tan dolorosas, crueles e inútiles como las que producen fusiles y cañones en tiempo de guerra. Creo en suma, que si al conocimiento de la verdad debemos algunos instantes de exaltada satisfacción, es el de su perpetua ignorancia quien nos concede en cambio el feliz aprecio de nosotros mismos y la cordial consecuencia que de ello resulta: estar siempre de acuerdo con nuestra propia persona y con todas aquellas otras que acompañándonos en la vida nos la siembran de flores, porque también aprendieron a venerar, discreta y bondadosamente, dicha afable ignorancia.

Pág. 259... "¿Por qué no publica Ud. más versos?"

la poesía lírica

—Porque sólo he hecho en toda mi vida, a costa de mucho esfuerzo, dos o tres poesías que juzgo bastante mediocres. Yo creo que en el fondo de casi toda poesía lírica, hay un impudor de alma que se desnuda, y el impudor necesita gran pureza de forma, a fin de no exponerse a ser reprochable o a ser cómico.

el "fastidio"

Pág... "el único objeto de la fe es la esperanza..." La aparente irreligiosidad de la pobre señorita que escribió porque se fastidiaba, es una forma de religiosidad y nada me extrañaría que María Eugenia Alonso acabara en devota, ya que no en mística, y mucho menos en asceta. Su verdadera tragedia está expresada allí, en su sed de inmortalidad, si no en el sentido católico y judaico, en el otro en que ya le he hablado: el helénico y platónico. ¿Es por eso por lo que escribió y no por fastidio? ¿Por qué no escribió Ud. 'hastío' que es más castellano y más enérgico?"

—El título primitivo de mi novela era: *Ifigenia* y como subtítulo: "Diario de una señorita que se aburre". Antes de terminar el libro, se publicaron unos fragmentos encabezados tan sólo con el subtítulo. Debía anunciarse la aparición de los fragmentos, y para ello, antes de remitir mi manuscrito, di el título de viva voz para el anuncio. Publicaron por error: que "se fastidia" en lugar de que "se aburre", y yo no corregí, en parte por inercia o acuerdo con lo ya establecido, en parte también porque la substitución me advertía que si la palabra "fastidio" era menos

1925

precisa, resultaba en cambio más espontánea o natural dentro del léxico venezolano. La acepté pues como un venezolanismo, y corregí el libro de acuerdo con el nuevo título. No creía entonces que mi novela fuese más allá de Venezuela. Pero estoy muy de acuerdo con Ud.: en español de España, en castellano, la palabra "fastidio" que tiene otras acepciones no expresa de una manera precisa la idea del hastío. Muchísimo me complace comprobar que prescindiendo de tantas otras, es esta la única objeción que me hace Ud. en cuanto a léxico jesta misma que mi oído me advirtió muy a tiempo! Y digo mi oído, Don Miguel, porque es en él donde la analogía, la sintaxis, la retórica, el diccionario de galicismos, y aun el de la Academia, han tejido al azar su caprichoso nido, sin colaboración ninguna de mi parte, tal cual las aves del cielo y como Dios les ha dado a entender. Desde allí promulgan leyes que yo no me esfuerzo en recopilar y que un travieso espíritu tan propicio a las artes como rebelde a las ciencias me obliga de continuo a obedecer. Yo escucho atolondradamente sus locas insinuaciones, con ellas por todo bagaje me voy a escribir y me consuelo de tal pobreza pensando que es agradable virtud la de humillar así la inteligencia, que su soberbia puede expiarse con terrible pena de pedantería, y es servidumbre caer bajo su dictadura, ya que nunca fue ella, sino nuestra madre la necesidad y nuestro buen hermano el uso, los autores de toda gracia y toda naturalidad...

... "Y ahora un consejo: No se preocupe de lo que digan, ni dejen de decir de su libro; recójase en sí; tire el espejo, Teresa..." — ¡Recogerse en sí! No sabe qué de acuerdo estoy con ese paternal consejo, que me he dado a mí misma tantas veces, sin obtener como resultado sino la tristeza, el remordimiento y la humillación de no haberlo seguido nunca. Y si como Ud. tanto aprecio el recogimiento, no es porque el trato con mi propia persona me parezca especialmente interesante, sino porque es en la soledad del alma donde suelen visitarnos, con sus rostros más amables y sonrientes, las imágenes de nuestros semejantes. Allí entablan alegres y amenísimas tertulias en donde las palabras corren libremente, sin

el oído de la lengua

"recogerse en sí"

1925

que las emponzoñe el deseo de brillar ni las cohíba el temor de resultar indiscretas. En cuanto al espejo, créame: el culto diario que le rindo por rutina y sin asomos de fe, está cruelmente castigado por aquella aridez espiritual de que hablan los místicos: ausencia de la divina gracia por tibieza en el fervor. Creo que el espejo, no solamente nos vacía o nos desdobra como Ud. bien dice, sino que nos multiplica además hasta lo infinito en partículas tan insignificantes, que las vamos perdiendo como alfileres, por salones, *dancings* y casinos, sin que nos sea posible volver a encontrarlas nunca. Prueba de mi poco fervor al espejo, Don Miguel, es que muchas, muchas veces, mirando desfilan maniqués en las exposiciones de las casas de moda, mientras mis pobres ojos se entornan, agobiados por todas las zozobras de la indecisión y de los precios inabordables, sorprendo de pronto a mi espíritu, que furtivamente, sin más traje que sus dos alas de nostalgia, se ha ido volando, camino de aquella otra exposición que Ud. conoce muy bien: la que se extiende a orillas del Sena desde el Quai de la Tournelle, al Quai d'Orsay, la que bajo el cielo, la lluvia y el sol, abre a todos los ojos sus generosos cajones, la tan amable de aspectos como afable de precio: la exposición de libreros de lance ¡vieja amiga llena de regalos y de ricas sorpresas a quien siempre tengo presente y a quien nunca voy a ver!... No, yo no hubiera inventado el espejo. Si como Narciso me ahogo todos los días en su insípida atracción, no es por convencimiento, créalo; es por arraigada tontería, por obstinado espíritu de asociación, por inercia de hoja seca, que corre, salta y se destroza sobre la corriente con apariencias de inmenso regocijo; es, en una palabra, por esta cómoda mentalidad de carnero que nos conduce por la vida a hombres y a mujeres, en plácidos y apretadísimos rebaños. De todo lo cual deduzco que no debemos engrairnos ni despreciarnos demasiado por nuestras propias acciones, ya que como opinaba el buen abate Coignard: viles o nobles no son enteramente nuestras, las recibimos de todas las manos y casi nunca las merecemos.

Esperando que tendré el gusto de verlo pasado

las casas de moda
y los libreros del
Sena

1925

mañana, y que sabré entonces lo que piensa de esta última herejía lo saludo con todo mi cariño, y mi gran devoción.

A Rafael Carías. París, 14 de julio.

[...] Espero que hayan recibido mi libro, son ustedes (que lo tuvieron en sus brazos recién nacido) de los pocos amigos a quienes lo he enviado. Hasta ahora no puedo quejarme del éxito obtenido. No dejen de tenerme al corriente de cuanto comentario favorable o desfavorable despierte en Caracas. En el fondo es el único público que verdaderamente me interesa. Lo demás es vanidad, y si en París me he apegado un tanto a la alegre vanidad de los trapos, cada día, en cambio me despego más de la vanidad literaria. La encuentro lúgubre, incómoda y llena de responsabilidades. "Tâche d'être belle, et tais-toi" que decía no sé quién, es actualmente mi regla de conducta. Desgraciadamente es difícil ser bella; pero me desquito de la primera parte del adagio con la segunda, callándome. Es por eso quizá que nada escribo.⁴²

A Rafael Carías. Bellerive (Suiza), 21 de agosto.

[...] Hoy me interesan casi más las críticas que los elogios. No deje de referírmelos todos. Aquí ha tenido el libro mucho éxito en los círculos de habla española y francesa que conocen nuestro idioma. Creo decididamente que *Ifigenia* tiene "sangre ligera" como dicen en Caracas. La traducción no ha empezado por abandono de mi parte. Para la edición francesa es indispensable reducir y ¿qué le corto a María Eugenia? El pelo y los vestidos los tiene ya cortísimos... habrá que privarla de un brazo o de una pierna y estoy en el "embarras du choix" no sé qué será peor si dejarla coja o manca.

Estoy en Suiza desde hace unos veinte días. Ha-

⁴² Completamos esta frase que, por haberse perpetuado una errata, era hasta ahora ininteligible.

vanidad literaria
y "vanidad de los
trapos"

temor al elogio

recortes a *Ifigenia*

1925

distracción vs. "abu-
rrimiento suave"

la "heroína román-
tica"

Don Lisandro Alva-
rado

el "papel de embalar"

go una vida de reposo espiritual con excursiones en vapor o automóvil que me han hecho gran bien. En París, no solamente no escribo, sino que tampoco leo una línea. La diversión agitada que me aleja de mí misma me causa un malestar inmenso; qué distinto del aburrimiento suave, poblado de ensueños y de ansias de ideal.

[...] Nada de instalaciones, ni de matrimonio; a correr, a errar, hasta que me rinda el cansancio y vuelva quizá a escribir.

Le escribo a orillas del lago, en un poético restaurant, en pleno campo, donde se oye una orquesta mientras se miran pasar lanchas y vaporcitos, todo ello dentro de un paisaje de tarjeta postal, lo más cinematográfico del mundo. Yo, vestida de blanco, me siento ¡por fin! una "heroína romántica".

[...] Como le he dicho ya, le repito sin falsas modestias, que le temo más a los elogios.

1926

A Rafael Carías. Jean-les-Pins (Francia), 1º de marzo.

Recibí su carta y el juicio crítico del doctor Lisandro Alvarado, tan erudito y filosófico como incomprensible. Mi juicio a su juicio fue esta exclamación llena naturalmente del respeto que me merece: ¿Por qué no lo escribiría en griego de una vez? No nos hubiéramos comprendido mutuamente, él por hablar demasiadas lenguas muertas; yo, por relatarlo todo en esta pobre lengua viva con que pedimos y comemos el pan nuestro de cada día. Así habríamos estado seguros de no debernos nada ninguno de los dos.

A Don Lisandro Alvarado.⁴³

Mi querido amigo don Lisandro:

Ayer, recién llegada de una larga temporada pasada en la hacienda, de rodillas, ante una gran caja

⁴³ Esta carta, firmada por "María Eugenia Alonso", es la respuesta de Teresa de la Parra al artículo de Lisandro Alvarado sobre *Ifigenia* publicado por la revista *Elite*, núm. 14, del 19 de diciembre de 1925. Lisandro Alvarado (1858-1929): médico venezolano, reconocido historiador y traductor, suele ubicarse en la segunda generación de los positivistas.

1926

de madera, me ocupaba de desenterrar de la paja y los papeles viejos mi vajilla de loza blanca cifrada en azul. Yo misma la había embalado con grandes extremos y de manera tal que los choques, vaivenes y tropezones del viaje, atenuasen en el papel y la paja sus injurias a la porcelana. De pronto, sin saber por qué alisé un papel que había venido acunado entre salseras y platos de postre y entonces, martirizada por infinitas arrugas apareció una página de la revista *Elite* con un artículo que decía "Ifigenia y Don Lisandro Alvarado". Aunque las arrugas no proviniesen de la edad ya remota del artículo sino de esos desprecios y malos tratos en que suele acabar su vida todo pensamiento impreso, me sentí al punto invadida por la dulce y tenaz melancolía de las cosas pasadas. Dejé entonces a otras manos el cuidado de desenterrar la loza, y me dediqué por completo a la lectura y a las consideraciones, pues siempre he creído que es fatal temeridad la de mezclar los ensueños con los trabajos manuales; unos y otros sufren, se desportillan y se destrazan, con esa brusquedad desapacible que asumen en su trato las cosas y personas que se desprecian mutuamente.

De ayer acá he leído ya varias veces su artículo mi querido don Lisandro. Su lectura me ha producido gratisimas impresiones. Mientras mis ojos corrían sobre las líneas quebradas y zigzagueadas por la multitud de arrugas, mecida por suaves halagos, le sonreía todo el tiempo con esa invisible cordialidad espiritual que desde la sombra saluda con frecuencia a los autores.

He visto que en su nota crítica (esto me satisface mucho!) usted prescinde casi por completo de Teresa de la Parra, pretendida autora de la novela *Ifigenia*. Tanto su análisis como sus juicios y presagios, se ciñen únicamente a mí, es decir, a mis ideas personales, muy especialmente a aquellas expresadas una mañana, ante el mutismo de Abuelita, Tía Clara abrazando su cesto y el inmenso y medio calado mantel de granité. A dicha escena y a mis revolucionarias ideas concreta usted casi todo su juicio, encerrado por lo demás en una forma clásica, galante y afectuosa. Pero no obstante su pater-

1926

nal galantería: ¡no me lo niegue don Lisandro! usted también lo mismo que Tía Clara y Abuelita, se ha indignado cariñosísimamente al escuchar mis ideas. Tan santa indignación se desliza escondida entre los floridos meandros de su cultura griega y latina, pero yo la he descubierto.

Su artículo es el segundo viaje de represalia o castigo a San Nicolás; sus palabras son de nuevo las dos manos de la pobre Tía Clara crispadas de espanto sobre la cabeza gris, siempre tan ondulada bajo horquillas y peinetas. Tal prontitud en escandalizarse demuestra mucho cariño y creo sin duda alguna, que sus amonestaciones y pronósticos sumados a los de Abuelita y Tía Clara, hubieran hecho mis delicias, en aquella lejanísima mañana de mis rosados dieciocho años.

No quiero con esto acusarlo de exagerada ingenuidad, ni pretendo que el afecto que me profesa pueda llegar a esos límites de apasionada ceguera, donde tropieza y se lastima con frecuencia el santo cariño de abuelas y de tías. No. Sólo presumo que usted, distraído, corriendo a toda prisa tras los numerosos pleonasmos, barbarismos y solecismos que plagan ese diario como langostas y saltones una verde campiña, ha enredado al descuido su pie en la escondida trampa y al igual de Abuelita y Tía Clara se ha quedado allí preso. Como ante ellas, tímida cazadora, terminado el rosario de herejías, siento aletear el vivísimo deseo de libertarlo ya, diciéndole en silencio y con el alma: ¡muchas gracias!

Porque no olvide mi querido crítico y prisionero don Lisandro, que si a los dieciocho años, acumulamos sobre los labios el rojo de *Guerlain*, los cigarrillos egipcios, y las ideas volterianas, no es por arraigada convicción, ni por el placer un tanto insulso de que nos admiren, sino por ese otro gusto mil veces más picante de que nos reprueben y critiquen. Es la impaciencia inhábil y graciosa de reflejar cuanto antes la anhelada independencia, y siempre, para inmensa alegría de la adolescencia, hay austeras personas cuyo candor indignado se adelanta a ofrecer a manos llenas tan inocente gusto. Desgraciadamente ya han pasado para mí algunas mañanas desde aquella lejana en que sentada

1926

junto a la silla de mimbre de Abuelita, aprendía calados sobre el mantel de granité. Ahora ya sé que barridos al cabo por el tiempo, elogios y reproches son igualmente vanos.

Muy halagada me tendría el comprobar su predilección por mí sobre Teresa de la Parra, si mi alma fuera de un natural inclinado al triunfo, y si el brillar me ofreciera siempre en su copa de oro la embriaguez deliciosa del éxito. Pero no es enteramente así. En eso como en todo tengo mis caprichos. Me duele apagar a una rival y siento por la pretendida autora de esa nueva *Ifigenia* cierta amistad sincera, donde se mezclan cordialmente la compasión, el desdén y la simpatía. En el fondo no puedo decir que la desprecio. Cometió es cierto, la horrible indiscreción de hacer editar en París bajo su nombre, ese diario íntimo que yo había destinado a los ojos de las polillas y a las manos amarillentas del tiempo que se sienta a leer en el fondo de las viejas gavetas. Pero juzgo que tal indiscreción ha sido expiada con creces y la perdono; he visto sus diversos retratos publicados en todo género de revistas, diarios, periódicos y semanarios. En ellos aparece invariablemente con vestidos pasados de moda, en actitudes desairadísimas, manchado el rostro por la tinta de la imprenta, y arrugado por el furor de las máquinas de linotipo; todo ello en una forma verdaderamente lamentable y profética. Creo que esa gloria que la ha desfigurado así, lo mismo que una viruela, es indigna de envidia e incapaz de excitar mi rivalidad ni la de nadie. Se la cedo, pues, contenta y feliz de vivir aquí en la sombra, donde mi rostro, mimado siempre por lociones, cremas y polvos decaerá suavemente bajo el desgaste del tiempo, sin haber sufrido nunca las bruscas inclemencias de la publicidad.

Pero aún tiene otro castigo: mi diario o relato, ha sido reconocido ya en ciertos círculos de Caracas como auténtica galería de retratos. Bajo cada esbozo se ha escrito un nombre; todo el que pasa mira primero el letrado, juzga de la obra según la fidelidad rigurosa de cada parecido, y como éstos no existen, la autora de *Ifigenia*, declarada inhábil de pincel y falsa de vista, rodeada injustamente por

la fama de la "pretendida autora"

la "fidelidad de los retratos"

1926

todos esos sinsabores que parecen florecer en manchas sobre los amplios sombreros de los pintores retratistas, cargará eternamente, sin las rosas, las espinas de una profesión que no es la suya.

Por lo demás reconozco en Teresa de la Parra, un alma sensible y delicada. En medio de mi descontento le estoy agradecidísima. Indiscreta y piadosa, antes de lanzar mi diario a todos los juicios lo retocó con esmero. Exageró gentilmente mis defectos con una malevolencia impregnada de cariño y de bondad. Sabía que para obtener la aprobación de medio público, era de todo punto indispensable merecer la reprobación del otro medio; comprendió que algunos me llamarían deliciosa, a costa de que otros muchos me llamasen detestable; se dijo previsora, que aun aquellos que prodigan elogios, necesitan como garantía, la de poder borrarlos en un momento dado, con justas y enérgicas censuras; y presintió por fin llena de interés, que para llevarme pronto por ese atajo que conduce al corazón de todos, era preciso hacerme saltar por sobre el infortunio, la imperfección, y los errores, como se salta por sobre troncos y peñones para vadear un río. Es casi conmovedor el advertir con qué fina atención ha deformado mis cualidades, salpicándolas aquí y allá de irregularidades, como esas sonrisas que arrugan las mejillas, estiran los ojos, ensanchan la boca, y son toda la alegría defectuosa y amable de ciertos rostros. Ella ha amenizado mi inteligencia al recargarla de una insufrible pedantería; y si mi natural belleza resulta tolerable a los ojos de todos, es debido a la obstinación de esa petulancia que constante y pertinaz no decae un segundo.

Me considero muy inferior a esos defectos y lo deploro. Se lo digo en gran confianza don Lisandro: ¡por Dios, no lo repita nunca!

Creo que la firmante de *Ifigenia* conoce con tierno conocimiento nuestra amena ciudad de Caracas. Si retocó tan atentamente mi relato fue con la intención de que se leyese aquí, frente a la pensativa maternidad del Ávila, bajo la tibia sombra de los patios, la sonrisa de los helechos, el murmullo de las pilas, y esas voces importunas y fraternales que al llamar a la puerta, parecen sacudirnos

1926

la "gentil maledicencia" y la ficción

efusivas pidiendo "una limosnita" o preguntando "si hay botellas". Sé que como yo, Teresa de la Parra aprecia mucho a Caracas, por la gentileza inofensiva de su maledicencia, siempre viva y alerta como el pez prisionero en su globo de cristal. Ella ha logrado atraerla muy hábilmente a mi diario tendiéndole un anzuelo inocente y parecido al que le tiende en las fiestas un vestido muy corto o un escote muy largo. Ahora ya, picoteada jovialmente por el pez, puedo contar tranquila, con el afecto y el aprecio de todos.

Yo también creo que la maledicencia de Caracas es decorativa, respetable, y preciosa como una vieja filigrana de oro. La han tejido juntos, en dulcísimo acuerdo, los años, el aburrimiento y el ingenio. Debemos entre todos conservarla y no dejarla nunca morir de inanición. Es casi un deber. Ella es la hermana alegre y habladora, de tanta pulcra existencia femenina, cuya soledad viene a distraer todos los días con historias fantásticas que como las de caballería y los cuentos de Perrault, desprecian el despreciable realismo. Juntas, las dos hermanas, se pasean enlazadas, y se mecen indolentes por los anchos patios entre rosales y jazmineros, porque así se lo pide la hospitalidad clarísima de estas casas, en donde a todas horas entra libremente el sol, el aire y las visitas. Jardinera de virtudes, la gentil maledicencia es quien riega y quien poda los ajenos cercados, desprovistos siempre de toda cerca. Si a veces es tenaz, no es nunca consistente, porque como una araña, teje sus frágiles arabescos sobre lo inverosímil: la trama de su tejido carece en absoluto de sólida malevolencia, y es que sus hilos no los tendió jamás para malvada cacería de moscas, sino para que un ingenio ágil y sutil ensayara allí sus saltos y cabriolas, como un equilibrista ensaya su repertorio sobre la cuerda floja.

No quiero afirmar con esto que la murmuración de buena ley sea en Caracas moneda corriente al alcance de todas las manos, o por mejor decir de todas las lenguas. No. Juzgo por el contrario que es un arte difícil, rarísimo, y me parece que en general decae.

Si como Paris, querido don Lisandro, fuese yo

1926

nombrada árbitro en semejante juicio o contienda, y hubiese de otorgar al más hábil la perfumada manzana, no la concedería jamás al grupo bullicioso e inconsciente de mis contemporáneas, que hablan, saltan y se rien, con un regocijo natural y sin sentido, como el de los pájaros, y que ignorándose todavía a sí mismas, ignoran el universo que en ellas se refleja sonriente y claro, como en un espejo. Mucho menos aún se la concedería a los grupos masculinos, congregados en los clubes o diseminados en las esquinas. Creo que su murmuración urgida siempre por la impaciencia de expresar mucho en el menor tiempo posible, adolece de truculencia. Suelen destruir el interés del auditorio desde la primera palabra que pronuncian, gracias a lo mucho que ésta revela, y sus historias languidecen con frecuencia en la monotonía, como la de esas personas que para relatar un filme o una novela empiezan por contar el desenlace.

La manzana de Paris, amigo don Lisandro, la otorgaría yo a ojos cerrados sin asomo de dudas ni titubeos, a aquellos amables zócalos femeninos de vestidos negros y cabezas grises, que hasta hace pocos años adornaban las desnudas paredes en todas las fiestas; y eran la única alegría verdaderamente alegre de los bailes. Sus manos hábiles y finas que en otro tiempo habían tejido escarpines para todos los pies que se cruzaban y entrecruzaban ahora al compás de la música, conocían el sentido exquisito de la medida, y el ritmo lento que interesa y cautiva. Pero un modernísimo criterio, con furor iconoclasta, y so pretexto de otorgar más amplitud a la diversión, ha barrido los amables zócalos negros y grises donde el ingenio, asustado sin duda por las vueltas y pisadas, corría siempre a refugiarse durante el baile. Ahora en castigo de tanta barbarie, desde las desnudas paredes, entre bostezos, sólo contempla a los bailarines la vulgaridad, y el horrible fastidio de divertirse demasiado.

Como habrá usted observado, esta vida de reclusión que siendo temporal me hizo revolucionaria, ahora, al ser definitiva, me ha hecho terriblemente tradicionalista. ¡Abogo, pues, por la restauración de los zócalos! Si fuese de un natural emprende-

el ingenio de los zócalos

1926

dor, y si mi vida de reclusa me lo permitiera, así como en París se organizan discursos y conferencias para la conservación del Gran Trianón, yo organizaría conferencias y discursos para la restauración de los zócalos. Aconsejaría probablemente después, la destrucción de estos abominables patios de mosaico, huérfanos de flores y de tierra húmeda, cuyos mezclados perfumes eran el encanto apacible y hondo de la vieja casa de Abuelita. Pero es posible que mi voz se perdiera ahogada por el ruido del *jazz-band*, y es casi seguro que yo misma, vencida por la fuerza de esa música como por la fuerza de un remolino, interrumpiría mi discurso antes de haberlo empezado, y me pondría a bailar *charleston*, sin el menor deseo. A un golpe de tamborón empezaría a una vez todos los saltos, y entonces, ante la desnudez de las paredes, el ridículo de mi pareja, el mío, y el de todos los demás, se perdería tristemente, sin que nadie lo apreciase, ni lo tomase en cuenta.

la restauración por
el recuerdo

De lo cual deduzco, don Lisandro, que las mejores restauraciones son aquellas que presididas por la nostalgia e iluminadas por una dulce melancolía, vivirán eternamente nobles en la gracia divina del recuerdo.

Y terminando con estas consideraciones mi larga carta, vuelvo a mi vajilla después de saludarlo muy cariñosamente. Voy a revisar una tras otra en el armario de la loza las largas hileras de platos, a fin de comprobar si alguno ha sido roto por los vaivenes del viaje y apresurarme así a reemplazarlo cuanto antes.

María Eugenia Alonso

A Rafael Carías. París, 21 de junio.

Conservo en afecto la carta que me escribió usted al devolverme el manuscrito de *Ifigenia*. Fue el primer juicio crítico sobre el libro; nunca olvidaré la emoción que me produjo su entusiasmo y aquella seguridad con que afirmaba el éxito de *Ifigenia*. Era usted mi primer lector y el único que la leyó en manuscrito. Su carta fue la primicia y fue mucho

1926

la gloria que "no
sabe a nada"

más del diezmo del éxito, ya que por este camino del éxito son los primeros pasos los que nos conmueven, los únicos que nos hacen saborear un poco eso que llaman gloria, que a mí se me antoja ahora parecida al maná: es un gran favor, viene del cielo y ¡no sabe a nada!

¡Qué diferencia los elogios del público y de los críticos a la mirada de interés, a la risa de alegría y satisfacción con que oía Emilia, por ejemplo, al caer de la tarde, todo lo escrito en el día! Si pudiera conservar esas emociones que me causaron mis primeros oyentes ¡cómo las conservaría y qué puesto de honor les daría por sobre todas las críticas publicadas después! Su carta tiene ese puesto de honor y lo guardará siempre.

A Eduardo Guzmán Esponda. París, junio.⁴⁴

He recibido la revista *Santa Fe de Bogotá*, con su estudio crítico sobre mi novela *Ifigenia*, y las amables palabras que lo acompañan.

invencible pereza

Hace tiempo que deseaba contestar a su saludo, pero hasta ahora me había dejado llevar por esta dulce, invencible pereza, que me domina desde hace tres años hasta el punto de impedirme escribir aun las cartas más urgentes, después de haber pasado más de año y medio durante el cual, el lápiz y las blancas cuartillas, pañales de *Ifigenia*, eran mi alimento, mi sociedad, y mi amor de todos los días. Espero que perdonará tanta negligencia al ver cómo hoy contesto no sólo el saludo sino también el artículo.

patriotismo conti-
nental

Mucho, muchísimo me interesa, el que mi novela *Ifigenia* haya gustado en Bogotá, ese tranquilo remanso de la raza, que presiento desde lejos poblado de ensueños. Quizás por haberme educado fuera de mi país (en España) tengo un patriotismo que siendo muy intenso, es un poco continental: vuela fácilmente por sobre todas las fronteras americanas. Creo que como los segundones del siglo

⁴⁴ Esta carta es la respuesta de Teresa de la Parra al artículo del crítico colombiano Eduardo Guzmán Esponda, "La novela de una caraqueña".

1926

xvi. ha hecho más o menos la misma ruta sentimental. Si se detiene con preferencia en Caracas, sueña siempre con México, Lima, Quito, Bogotá, todos esos dorados tesoros de virreinos y capitánías, que se ofrecen al oído en las diversas cadencias con que cada país va rimando los mismos sentimientos, en la misma canción del idioma.

Mil gracias por la bondad que ha puesto usted para comprender el espíritu de la inquieta y resignada "Señorita que se fastidia". No hay elogio ni halago que no le prodigue al principio, luego, para que nada falte, acompañando tanta gentileza, tiene usted hacia ella, violencias e injusticias que delatan si no me equivoco, una vehemente simpatía. Se siente cómo de pronto, disgustado por algo indefinido que no se adivina bien, decide usted en represalia cortar amistad con ella y no seguirla comprendiendo. Como presumo que tales desacuerdos no son culpa del crítico ni de la narradora, sino de alguna tercera persona que podría muy bien ser yo, voy a tratar de hacer las paces entre los dos disipando en lo posible, toda mala inteligencia.

La primera es insignificante. Quiero no obstante mencionarla:

Al hablar de la "María Eugenia Alonso" que llega de París, usted se extraña de que *no sea todavía la chicuela de trenza y de claustro*; se pregunta *en qué salones y en qué tiempo adquirió tales refinamientos*; y acaba por considerar el caso *como un lunar de la novela*.

El refinamiento de María Eugenia Alonso es intelectual: estudios, lecturas, teatro, etc., y es sobre todo de indumentaria: vestidos de Patou o de Lanvin; las célebres medias de sesenta francos (hoy a más de 140); las uñas pulidas como espejos; el eterno rojo de *Guerlain*, etc., etc. Este género de refinamiento llevado a veces a su grado máximo lo adquiere en París cualquier muchacha bonita y adaptable si cuenta con dinero, en menos de dos o tres meses. Es un caso que se ve todos los días: varias sesiones en casa de un buen peluquero llámese Antoine o Calou; diez o doce visitas a las sombrereras y a los costureros de la place Vendôme o Rue de la Paix; varios paseos en las Acacias con té en el *Ritz*; comidas

desacuerdos entre lector y personaje

el refinamiento de María Eugenia

1926

en *Ciro's*, bailes en Florida; una semana de verano en Deauville y tiene usted realizado el milagro sin que la señorita en cuestión haya pisado jamás un solo salón de buen tono. Éstos lejos de ser propicios son muy hostiles a tal género de metamorfosis. En París, como en Caracas, como en todas partes, los salones de buen tono, están siempre presididos por el espíritu de *Abuelita* tan enemigo de que se enseñen las piernas. María Eugenia Alonso no tiene en cambio la soltura de trato, para la cual *sí se necesita* tiempo y salones. Recuerde usted su terrible timidez el día de la primera visita de Mercedes Galindo; lo poco que habla en la mesa mientras los demás discuten; su cortedad el día de la presentación de César Leal, etcétera.

lo poco novelesco de la moda

Aquí un paréntesis: "*la casa de Abuelita*" con el luto draconiano, las visitas etruscas, y las ventanas por fin abiertas, no es todo Caracas, *la modesta Caracas*, como usted dice, no. En Caracas hay una sociedad muy *à la page*, que recibe admirablemente, juega *golf*, *bridge*, tenis y ahora bailará *charleston*; agradabilísima de trato, pero muy poco interesantes como tipos de novela. El *snoob* o elegante profesional de todas partes es para el novelista lo que una mujer vestida a la última moda es para el pintor: algo difícil de reproducir por su vulgaridad o falta de carácter. En cambio: ¡cuánto color, en esas casas viejas, templos del aburrimiento, en donde flota como en las antiguas y húmedas iglesias el olor añejo de las tradiciones y de la raza!

Las otras objeciones de su artículo son mucho más graves, porque atacan en su base la tesis de la novela. Sólo citaré las principales.

Después de elogiar con calor la vida de mis personajes: *gente de pie que camina* (¡muchas gracias!), añade usted: "Donde flaquea esa personalidad ¡ay! es precisamente en María Eugenia Alonso que se empequeñece y se transforma hasta la insignificancia. El viejo adagio 'genio y figura' queda destrozado al final de la novela..."

Luego:

"Nuestra heroína termina casándose con su novio oficial después de escribir una carta saturada de vulgaridad epitafio de su antiguo buen gusto..."

1926

Después:

"Lo que la impulsa a casarse con su grueso personaje, es el temor al solterismo. ¿Y es ésta la misma muchacha que soñaba hacerse una brillante carrera con su piano y su talento?..."

la credulidad del lector

¡Pero con qué admirable candor masculino, fue usted creyendo palabra por palabra, todo cuanto en su charla le refería María Eugenia Alonso! Ni por inquieta era ella capaz de estudiar piano diez horas diarias, ni era, menos aún, capaz de huirse con el egoísta y seductor Gabriel Olmedo, por mucho que ella misma lo creyera, y por mucho que se lo cantara a la luna y a las estrellas. Pero usted ni siquiera lo sospechó así. Cuando llega el instante de la crisis sus previsiones se ven burladas, y ante la burla se disgusta: ¡es natural! Menos credulidad, y entonces, en lugar de disgustarse, habría comprobado el engaño, con esa amable sonrisa que dibuja la indulgencia sobre los rostros escépticos.

Justifico su violencia, pero la deploro. Gracias a ella, permítame que se lo diga, ha juzgado usted a María Eugenia Alonso con la inteligentísima incompreensión de un buen comerciante o de un hábil mecánico. ¿Por qué quiere usted ver en mi heroína la figura geométrica trazada con cartabón (a lo César Leal, por ejemplo) cuando ella está exprofeso hecha de curvas y sinuosidades? Usted desearía que los actos de María Eugenia Alonso se adaptasen, se encajasen todos matemáticamente, sobre sus razonamientos o palabras, cuando el *objeto único* de mi libro ha sido demostrar lo contrario, es decir, nuestra misteriosa dualidad, los terribles conflictos que surgen ante la sorpresa de lo que creíamos ser y lo que somos; y, finalmente, como consecuencia o síntesis del largo relato, suspendida en la última palabra, esta pregunta eterna y torturante sometida al lector: ¿cuál es el verdadero *yo* fruto de nosotros mismos, el *yo* que razona o el que se conduce? Mi gran trabajo, trabajo impropio casi, ha sido el de intervenir todo el tiempo, entre María Eugenia Alonso y el lector, dándole a entender a éste que ella *no se conoce*. Lo único que considero bien escrito en *Ifigenia*, es lo que no está escrito, lo que tracé sin palabras, para que la benevolencia del lector

"nuestra misteriosa dualidad"

1926

fuese leyendo en voz baja y la benevolencia del crítico en voz alta. Usted no ha querido leer sino lo impreso, por eso necesita saber a todo trance, la razón lógica y concreta de cada uno de los actos de mi heroína. Pero no llegará a saberlo nunca, porque ella es ilógica, y es ilógica, porque a pesar de esa mentalidad ultramoderna, que la lleva a la exaltación revolucionaria, la mandan y la mandarán siempre sus muertos.

No olvide que al igual de María Eugenia Alonso, todos los temperamentos sensibles (mujeres o artistas) llevamos dentro del alma esos dos *yo* diversos y contradictorios, tan raras veces de acuerdo: el que habla por boca de la razón, y el que obra por "razones que la razón no conoce". El uno es cuerdo, geométrico, lleno de lógica, lo gobierna el egoísmo y nos conduce al éxito; cuando él nos domina, el mundo nos llama "inteligentes". El otro es generalmente el loco, el pobre loco sublime, de los grandes sacrificios y las absurdas generosidades, el misterioso "huésped desconocido", que siembra el desorden, se burla de nuestro sabio tutor el egoísmo, y sepulta nuestra vida, como una miserable piedra gris que se amalgama y se pierde en el gran edificio de las sociedades eternamente en construcción.

La razón subconsciente que conduce a María Eugenia Alonso, su huésped desconocido, es sin duda ninguna como me lo reveló a mí misma un viejo y sabio escritor, su futura maternidad. Y con ella, precediéndola, todo el séquito de renunciamientos y de sacrificios que a través de los siglos la han acompañado siempre. Es ella, quien la hace caer desde el principio bajo el yugo del hombre inferior e importante, que la domina en esa forma tan absoluta y tan típica de nuestros países. Verdadera mujer: sensible, exaltada y sin voluntad, a tal punto se somete, que cree sinceramente en su amor por Leal y en la superioridad de éste. Recuerde su desagrado ante las burlas de Tío Pancho. Claro que hay una región de su alma en donde las cosas aparecen tales cuales son, pero ella no llega a confesárselo a sí misma: necesitó que lo dijera Gabriel.

En la carta final a Gabriel *saturada de vulgaridad* (¡es cierto! ¿pero por qué no a la vez de rancia

el "sacrificio"

1926

honestidad?) he tratado de describir un caso también muy típico: el de la mujer que se indigna, cuando oye insultar al hombre a quien pertenece, aun cuando ella misma lo desprecie y lo odie.

En cuanto al *temor al solterismo*, como usted dice, no es en absoluto, la razón que determina al final de la crisis el matrimonio de María Eugenia con Leal. La verdadera razón, la más fuerte, la arrolladora es su sumisión de mujer ya vencida y dominada. Lo demás son factores muy secundarios. Bien claro se destaca, en la última entrevista que a solas celebran los novios. Y creo, dicho sea de paso, que es usted un poco irrespetuoso al mencionar así, con tanto desdén el *temor al solterismo*. Confiese que merece más reverencia. Confiese que merece además, un nombre más ligero y más ágil, que evoque las graciosas actitudes del amor, a quien tan a menudo le roba el carcaj y las alas. Considere que desde el principio de los siglos ha sido casi siempre ese temor, quien en secreto, enseña a sonreír a las doncellas, prepara en silencio los desposorios, apadrina discreto las bodas, y junto con su bendición, concede a la desposada, esa paz honda que lima los abrojos y enciende las rosas en los oscuros destinos que fueron aceptados y no elegidos.

He observado que como usted son ya muchos los lectores masculinos a quienes desagrada el final de *Ifigenia*. Y les desagrada con una exaltación encantadora, que habría halagado sin duda ninguna, el alma frívola y coqueta de María Eugenia Alonso. Estoy cierta de que ella, dada su petulancia, hubiera opinado inmediatamente que tenían ustedes celos de Leal ya que no podían tenerlos de Gabriel. Yo que desde otro punto de vista, y por razones de técnica, tampoco estoy muy de acuerdo con el final de *Ifigenia*, me pierdo en conjeturas y juicios temerarios, cuando trato de explicarme las protestas de ustedes. ¿Será que les angustia el pensar que María Eugenia Alonso, con su losa de silencio, ha de ser en adelante, el prototipo de la mujer feliz, rodeada de bienestar y de virtudes a quien se saluda todos los días al atravesar la calle de su casa a la iglesia? ¿Será que les roza en la conciencia, el temor o el remordimiento de ser un poco Leal? No sé. Sólo he

la sumisión

el "César Leal" de cada lector

1926

observado que por contraste las lectoras, que conocen la frecuencia de esas losas de silencio, y presienten la fatal abundancia de Leales, ante el drama, en lugar de desagradarse se conmueven.

Como verá usted, con el análisis de los casos y matices que llevo enumerados, podía haber escrito varias páginas fuertes y elocuentes con pretensiones filosóficas. *Ifigenia* habría sido aún más larga de lo que es. Todos los lectores habrían tenido la explicación lógica de cada cosa, y en mi relato brillaría el orden simétrico y rotundo que reina en las novelas llamadas de *literatura fuerte*. Pero tanta superioridad habría agobiado con su peso todo el resto de mi vida. Por eso al esplendor magnífico de la fuerza, preferí siempre los humildes y frescos boscajes, por donde podía escapar huyendo de ella a todo correr. Mis pies conocen el cansancio de tan largas carreras, y también mis pobres manos inhábiles, pero activas, han sentido alguna vez la dulce extenuación que da el ir "torciendo el cuello" a las aves chillonas de la elocuencia. En *Ifigenia* se me quedaron algunas con el cuello sin torcer, y créame es lo único que verdaderamente me acobarda: cuando por imprevisión hojeo las páginas, vienen todas una tras otra como hilera de gansos a morderme las manos. Yo las encierro de nuevo a toda prisa entre las tapas del libro que por desgracia: ¡ya pasó la hora de la gran hecatombe!

la "literatura fuerte"

las aves chillonas de la elocuencia

A Rafael Carías. París, 24 de noviembre.⁴⁵

[...] Pensaba escribirle en estos días para remitirle unos artículos escritos el mes pasado y que deseaba confiarle a usted a fin de que los hiciese insertar en *El Universal*, mediante ciertas recomendaciones.

⁴⁵ En las ediciones del epistolario esta carta aparece como de 1927, pero el manuscrito revela que el año fue agregado a lápiz con letra de Carías. Hemos restablecido la fecha puesto que en esta carta Teresa de la Parra dice enviarle su artículo-carta a Miguel de Unamuno "escrita hace un año", publicada en *El Universal* el 19 de diciembre de 1926, y su respuesta "*Ifigenia* y un valiente defensor de los Aristeiguetas" publicado en *El Universal* el 30 de diciembre de 1926.

1926

[...] Creo que los artículos han de interesarles.⁴⁶ Los considero hasta cierto punto como un complemento de mi novela *Ifigenia*, pues contesto en ellos a las principales objeciones que me ha hecho la crítica. Como bien sabe usted, en su relato, María Eugenia Alonso, que todo lo detalla y lo comenta, no se analiza nunca a sí misma, porque de haber sido así, no sería ingenua.⁴⁷ María Eugenia Alonso no se conoce; yo he tratado de demostrar esto, lo he insinuado a través de ella, pero hay quien necesita de la afirmación rotunda y de la lógica, cuando la única lógica al tratarse de nosotros mismos es contar siempre con lo ilógico, con las sorpresas que nos depara el mundo misterioso de nuestro subconsciente, el único que sabe y nos dirige en la vida. El primer artículo es una carta que escribí hace un año a D. Miguel de Unamuno, émulo de usted en su cariño a María Eugenia Alonso, especie de convertido, porque he de advertirle, como ya verá en mi artículo, que recibió el libro de mis manos con el mayor desdén y escepticismo. Considero esa conversión como una de las más grandes satisfacciones que he obtenido escribiendo y digo una de las más grandes, porque la mayor me la produjeron ustedes, mis primeros lectores, los que leyeron a través de las correcciones del manuscrito: Emilia, Carmen Helena de las Casas, usted. Después de esa primicia de impresiones, los demás lectores, los artículos, los elogios, me han dejado muy poco, o mejor dicho no me han dejado nada.

A ese desgano por la fama atribuyo mi desgano de escribir.

[...] El último de mis artículos, algo violento como verá, es dirigido a un Vetancourt Aristeigüeta que se creyó ofendido por lo que se dice en mi novela sobre las "Nueve Musas". Me escribió una carta tan necia como insolente, que quería hacerla circular entre escritores hispano-americanos de París, ocultando en ella su nombre. En esa circular anó-

María Eugenia Alonso no se conoce

la fama y sus primeros lectores

⁴⁶ Todo parece indicar que los artículos escritos "el mes pasado" son: "*Ifigenia*, la crítica, los críticos y los criticones", de noviembre de 1926 (según la edición de las *Obras Completas*), e "*Ifigenia* y un valiente defensor de los Aristeigüeta", en *El Universal*, 30 de diciembre de 1926.

⁴⁷ La frase anterior fue omitida en las ediciones del epistolario.

1926

nima, insulta de la manera más violenta que puede darse, a varios historiadores: Tavera Acosta, Manuel E. Machado y otros a quienes no recuerdo, pues supone que fue por medio de ellos que conocí a las Aristeigüeta. No sabe que mi tatarabuela, Teresa Aristeigüeta, era una de ellas y que siempre he oído decir en mi familia que las Aristeigüetas fueron lindas, coquetas y burlonas: condiciones suficientes para que se las criticase; más o menos lo que digo en mi libro, sin empañar por eso el recuerdo de las nueve inquietísimas musas. Mi venganza habría sido publicar la carta en la prensa, dando el nombre del autor y contestarla luego, pero me pareció demasiado

El desgraciado Vetancourt no hubiera podido volver a Caracas; de tal manera se expresa de los literatos contemporáneos, de las actuales costumbres sociales, etc.; todo ello para exaltar, por contraste, la pureza de costumbres durante la Colonia y el honor de las Aristeigüeta. Yo jamás me hubiera ocupado en contestarle si no fuera porque su anónimo o libelo, dirigido a la Legación, fue leído por muchas personas.

1927

A Rafael Carías. París, 26 de febrero.⁴⁸

vanguardismo y criollismo

[...] Creo (por *Elite*) que allá deben haber abusado de la palabra vanguardismo que trasciende a criollismo. Aquí siempre se ha dicho "*avant-garde*", como usted sabe, pero no estoy enterada de que designe una escuela especial. Hay en todo eso, a mi entender (me refiero a las pseudo-nuevas sensibilidades) mucho snobismo, mucha originalidad forzada anti-original.

Yo soy un poco impermeable a todo eso. Me encanta el buen pan nuestro de todos los días y me gusta caminar entre la multitud gris, del brazo de "monsieur tout le monde" que tiene un admirable buen sentido y es reposante.

⁴⁸ Esta carta podría estar mal fechada y ser de 1928 (véase nota 11).

1927

A Rafael Carías. París, 5 de marzo.

Mil gracias por su carta, informes y recortes. Todos me han interesado y sacudido un poco, puesto que de nuevo me han hecho escribir y, lo que es más curioso, me han hecho releer las críticas de *Ifigenia* con un interés fresco, lleno de sabor. Todo es relativo y es sólo cuando hemos sentido la voz agria de la censura y del reproche que llegamos a apreciar, por la fuerza del contraste, la dulzura de la comprensión.

Según veo, en Caracas, por lo general, no han acogido con cariño mi novela. Esto no puede herir en absoluto mi amor propio de escritora, puesto que para piedra de toque tengo todos los demás públicos de habla española, que han sido, no gentiles sino *archigentiles*, encantadores, y no puede imaginarse lo que son los lectores franceses.

El caso de Caracas, pues, lejos de herirme, me interesa y me permite hacer observaciones muy curiosas. Hay en Caracas, como en casi toda ciudad pequeña, un microbio de envidia que nace en el organismo de un envidioso y gracias a sus condiciones virulentas, invade por contagio los organismos incapaces de producir envidia: a los no envidiosos. Yo recuerdo haber visto en Caracas muchas de estas epidemias: Villaespesa, Tito Salas y el Dr. Guevara Rojas entre los hombres, Doloritas Elizondo, Carmen Helena de las Casas, Anita Toledo, las Guevarita entre las mujeres.⁴⁹ Cuando Villaespesa escribió su drama *Bolívar* (de mayores o menores méritos literarios) en Caracas, en visperas ya del estreno, se le consideraba, gracias a la virulencia de la pandemia, como a una especie de monstruo, y este sentimiento se veía en contagiados, sanos de espíritu, incapaces de sentimientos pequeños, ni rivalidades literarias. Lo curioso es la exaltación que los domina. Yo recuerdo un amigo excelente, de magnífico corazón, que temblaba de furor al hablar de [...] inocentes *snoobs* que decían tonterías bien pronunciadas en francés y en inglés ¿qué era? Pues nada más que un caso de peste. Mi excelente, mi

censura y comprensión

el microbio de la envidia

⁴⁹ Esta enumeración fue omitida en las ediciones del epistolario.

1927

santa madre, estuvo una vez contagiada también contra una amiga mía. Cuando luego pudo comprobar el verdadero carácter, noble y sincero de esa alma joven, me decía: ¡qué razón tenías, qué distinta idea me había formado de ella! Yo tengo un temperamento que lejos de dejarse invadir por esos contagios, reacciona contra ellos, por un violento espíritu de contradicción. Todos esos perseguidos han sido siempre mis grandes amigos; me gusta andar en los calvarios y estoy segura de que, extranjera en Jerusalem, sin saber de qué se trataba, me hubiese unido al grupo de las santas mujeres.

Otra causa que me parece descubrir en esta hostilidad contra *Ifigenia* es ésta: el de no sentir allá la verdadera intención de la ironía. En nuestros medios suramericanos, y por regla general en casi todos los de habla española, la literatura es frondosa; en un torrente de palabras retumbantes se elogia o se insulta; es siempre el ditirambo o la diatriba, cosas ambas que nacen del mismo tronco y son igualmente fáciles y de mal gusto. En Venezuela, por ejemplo, no existe (afortunadamente) el género diatriba puesto que no hay oposición; pero por el mal gusto con que elogian algunos, se adivina todo el mal gusto que pondrían al insultar. La ironía, pues, se falsea siempre en nuestro medio, se la exagera, se la deforma, la rebajan a la categoría de insulto, lo consideran insulto *atenuado* y nada más. La verdadera ironía, no es eso, la verdadera ironía, la de buena ley (como digo en mi último artículo) es aquella que al igual de la caridad bien entendida, empieza por sí mismo; la que debe tener siempre una sonrisa de bondad y un perfume de indulgencia. Pero ni este perfume lo siente todo el mundo ni ven tampoco todos la sonrisa. La ironía es cosa muy distinta de la burla cruel de los vulgares.

Una vez yo dejé de tratar a unas personas porque habían tenido la crueldad y la vulgaridad de burlarse de un sombrero, ridículo es cierto, que, hecho por ella misma, llevaba puesto una muchacha muy pobre. Yo creo que un sombrero ridículo hecho por una muchacha pobre y puesto en su cabeza, es un poema respetable y bellissimo. En cambio ¡qué de cosas divertidas pueden decirse de un

diferencia entre burla e ironía

1927

sombrero comprado en casa de Talbot, por ejemplo, si en su extravagancia ha costado 1500 francos! Yo creo que en ciertos medios de Caracas, por incomprensión, han calumniado mi libro: lo han hecho pasar de la clase "ironía indulgente" a la clase *burla cruel*, equivocados y heridos en un amor propio patrioterero. Yo recibí una vez la carta de un amigo rogándome que suprimiese para una segunda edición las impresiones de María Eugenia Alonso al entrar en Caracas. Sobre todo aquello de las "casas chatas" le parecía la más espantosa falta de patriotismo. En cambio un escritor español muy inteligente y artista, me decía a propósito de esas mismas impresiones: "¡qué delicia, qué encanto debe ser esa Caracas con sus casas chatas, con patios y con ventanas a la calle!" y me aseguraba que a través de las malas impresiones de María Eugenia Alonso había visto una ciudad sentimental y encantadora. El artículo de *Fantoches* corresponde a la incomprensión del primer caso, lo mismo en lo referente a las casas chatas que en lo referente a las severas costumbres sobre las cuales se insolenta María Eugenia Alonso. Todo eso para el que *sabe ver* está tratado con muchísimo cariño. Resumiendo: creo que la hostilidad de Caracas contra *Ifigenia* es debida a la *envidia-pandemia*, a un exagerado patrioterismo y a la incomprensión de moralistas de criterio estrecho.

el patrioterismo

la "rivalidad de campanario"

Hay muchísimo también de "rivalidad de campanario". Afortunadamente que yo trato de libertarme de todo eso. Si me hubiese dejado invadir por el resentimiento, por la decepción, por esa herida terrible que nos hace la injusticia, herida que se cierra para siempre con olvido, con desprecio y con desdén; si al igual de otros *muchos* y *muchas* exclamara desde aquí, desde mi independencia gratísima de París, lo que ellos exclaman: "¡Qué país de mulatos y de esclavos es aquél!" estaría perdida. A través de todas las injusticias que puedan hacerme en Caracas, yo preservo como un tesoro mi cariño a Caracas. En arte "lo propio" es la cantera de donde se saca todo. Esta invasión de idiomas y de costumbres en el espíritu son fatales a la producción literaria. Los que se dejan llevar por esa corriente

lo "propio" como cantera

1927

no producen sino cosas grises y desteñidas. Pero esa corriente bien utilizada puede tener en cambio una gran ventaja: la de hacernos sentir por contraste el sabor especial de las cosas propias. El que cree conocer a su tierra porque nunca ha salido de ella se equivoca. Es viajando como podemos conocer nuestra tierra, viajando, conociendo y tratando íntimamente distintas personas. El que después de hacer un largo viaje en esa forma, dijera al volver a su tierra: acabo de hacer un recorrido en mi país, ahora lo conozco, ya diría una cosa muy exacta. Yo no me siento capaz hoy día de escribir sino "cosas criollas". Una novela escrita por mí que ocurriese en París, sería tan lamentable que no la acabaría.

presentimiento de *Las memorias*

Sin embargo, estoy sintiendo ya un libro, un libro de allá, que me está brotando y creciendo en el alma. No quiero de ningún modo que el rencor y la decepción me esterilicen el alma. ¿Qué importa que en Caracas no me aplaudan si de allá tomo los materiales necesarios para hacerme comprender en otras partes?

provincianismo

[...] Y es que para comprender la verdadera intención que cada cual pone al decir las cosas no basta a veces el ser inteligente, hay que haber visto pasar junto a sí los innumerables matices que ofrecen las diversas clases sociales y las diversas nacionalidades. Las personas de pueblo, los provincianos son muy susceptibles, se imaginan siempre que son blanco de las burlas, y en Caracas hay mucho espíritu de pueblo. Pero hay también otros y sé muy bien que allá tengo verdaderos y grandes amigos, como ustedes.

bondades de la maledicencia

[...] Supongo quién es esa parienta que me "hace la guerra". Me parece que la veo y me divierte imaginarme lo que dice. En el fondo es inteligente y de muy fácil palabra: creo que es la reina de la maledicencia amena de Caracas. Nació para un brillante destino y hubiera sido una gran conferencista. En el fondo le guardo cierto agradecimiento, pues viviendo cerca de mi casa, en una época, distrajo muchas de mis tardes tristes y vacías con el fuego artificial de sus historias. Si a costa mía distrae otras personas, cumple hasta cierto punto con una obra de misericordia.

1927

A Rafael Carías. Vevey, 1º de octubre.

vida de monja; Las memorias

[...] Estoy entregada a mis *Memorias de Mamá Blanca* y tengo un poco abandonado todo lo demás.

Pase lo que pase no quiero irme de aquí sin haber terminado mi tarea. Vivo como una monja, sola, frente al lago Lemán, escribiendo. Creo que este libro menos difícil habrá de estar mejor que *Ifigenia*.

A Rafael Carías. Corseaux (Vevey), 15 de octubre.

[...] Sigo escribiendo con perseverancia. A veces con menos brío, a veces con más. Si viera la vida que llevo ahora que comenzó el otoño y el acortarse los días. Sola, frente a un paisaje muy lindo pero muy triste, escribo toda la mañana; almuerzo, camino una hora a pie, vuelvo a escribir, vuelvo a caminar y de noche junto a la chimenea encendida, sola, oyendo crepitar el fuego y de vez en cuando la T. S. F. que me da noticias de los nuevos aviadores ahogados al atravesar el Atlántico, etc.

"vida de ermitaña"; Las memorias

En esta vida de ermitaña me siento a veces muy fuerte, a ratos tengo tristezas negras y resuelvo irme a París al lado de los míos, pero vuelvo a la perseverancia y a la fe ¡y adelante con *Mamá Blanca*!

éxito y críticas a *Ifigenia*

De hablarle sinceramente le diré que hasta ahora estoy satisfecha. Creo que es mejor que *Ifigenia*. Aunque quizá no tenga la misma acogida. Mi querido amigo. ¡Qué éxito el de *Ifigenia*! yo me siento un poco asombrada y agobiada. Teniendo el más inicuo, el más infame de los editores, la 2ª edición está casi toda pedida (la tiene en preparación hace cinco meses). Como sabía ya y como vio por el artículo de Gómez de la Serna (que no conocía y que usted me había enviado), en España no se conoce, en ninguna librería está, nadie la ha leído. La pobre *Ifigenia* es un libro que ha andado solo. El único apoyo fueron los libros que personalmente regalé a amigos y escritores que han ido trayendo los lectores en bola de nieve.

Como éxito extranjero le diré que va a hacerse una edición francesa de lujo a 600 francos el ejemplar

1927

con ilustraciones de Van Dongen. Está pedida la traducción alemana y me la piden para el ruso traduciéndola del francés.⁵⁰ Como éxito de orden práctico le diré que la casa Drecoll me ofrece vestirme casi "à l'oeil" con tal de que María Eugenia Alonso declare al discutir con su abuelita, que "todos sus vestidos son de Drecoll, que son muy bonitos y que no le han costado caros". Como comprenderá ya se lo hice decir. Veremos qué tal se porta la casa.

Le envío esa serie de retratos con el siguiente objeto: que los haga usted publicar como cosa suya en *Elite* o la revista más en boga. Quiero que se sepa que estoy escribiendo y que preparo un libro sobre España, y que estuve en casa de la Infanta Paz. Sé que se me acusa de haber abandonado la literatura y de querer gozar de los privilegios de escritora. Trabajo para obtener un nombramiento que me convendría en extremo y del cual le hablaré más adelante. Aunque los cargos no son injustos, quiero hacer otra impresión. Sé de antemano que, como de costumbre, quedará atroz en las copias, pero no importa. El retrato grande (no me gusta) se los envío a ustedes. Hágalo publicar también y envíeme los números. Dispense tanto fastidio.

¿Salió en *El Universal* mi capítulo?, ¿lo leyeron?, ¿les gustó?

[...] Los artículos colombianos anti-*Ifigenia* (son tres). ¡Terribles! Parece que como "réclame" han sido formidables. Los pobres. ¿Cómo no pensaron en eso? A mí no me indignaron en absoluto. Hasta ahora lo único que realmente me ha molestado es lo del señor Vetancourt.⁵¹

el libro más criollo

Para satisfacción suya le diré que mi actual libro será el más criollo de la literatura criolla. Todo pasa en el trapiche, en el río, en el corralón de las vacas, en los ranchos; las seis niñas que usted ya conoce, corren y se meten por todas partes.

⁵⁰ Esta edición de lujo no llegó a realizarse. Tampoco se hicieron las traducciones al ruso y al alemán.

⁵¹ Se refiere al artículo de I. Vetancourt Aristeigüeta "Apostilla a *Ifigenia* de Teresa de la Parra", *El Nuevo Diario*, Caracas, 15 de enero de 1927.

1927

A Enrique Bernardo Núñez. París, 25 de noviembre.⁵²

"chabacanería" de cierta crítica

Veo que la situación *Ifigenia* en Bogotá está "brava" vale decir muy divertida. Recibí, aunque muy tarde, un folleto,⁵³ chabacano, pero graciosísimo; ¿quién es ese Carlos de Villena? que trata a María Eugenia Alonso con una furia ingenua, como si ni por un segundo se tratase de una ficción, a pesar repito de la chabacanería a mí me ha producido una sensación exquisita, es el comentario vivo y palpitante de nuestras ciudades pequeñas: María Eugenia Alonso *viva* pasa por la calle, Carlos de Villena detenido en la esquina, al mirar que se aleja, la ataca esgrimiendo como energúmeno, naturalmente, la moral; pero tal furia no es en el fondo sino la exasperación del deseo ante la mujer bonita, coqueta e inaccesible: en resumen es el homenaje más sincero y menos incómodo que puede recibir una mujer: imagínese usted la furia moralista de Carlos de Villena encauzada por su camino normal y vuelta furia de amor con declaraciones y reclamaciones ¡qué fastidio para la paciente! A lo mejor Villena es un ungido cura o sacerdote, pero en todo caso es un Sátiro. De ser persona decente y de ser el folleto menos chabacano se prestaría a una respuesta divertidísima de parte de la propia María Eugenia Alonso. Yo que soy en la vida corriente la persona de la paz (me dejo engañar, maltratar o robar con tal de no oír, ni decir una palabra agria), soy muy pica-pleito cuando se trata de escribir yo misma no me reconozco. Quizás de los pleitos sea la voz lo que me encoge y asusta. Al tener conocimiento del folleto, sin haberlo leído, escribí a Arciniegas una carta que no me resolví a enviar después, desarmada por la chabacanería del escrito. Creo que voy siempre a remitírsela a fin de que la publique o no, según quien sea el autor del folleto.⁵⁴

soy muy "pica-pleito"

⁵² Hemos fechado esta carta como de 1927 ya que menciona haber concluido sus *Memorias de Mamá Blanca* (octubre de 1927) y se dirige a E. Bernardo Núñez como si éste se encontrase en Bogotá (para esa fecha era secretario de la Legación de Venezuela en esa ciudad).

⁵³ Se refiere al folleto "Estudio crítico de la novela *Ifigenia*", publicado en Bogotá, Imprenta de la Sociedad Editorial, sin fecha.

⁵⁴ Seguramente se refiere al artículo publicado en *El Universal*, el 31 de diciembre de 1927, "Carta de Teresa de la Parra al poeta Arciniegas".

1927

Las memorias de Mamá Blanca

He terminado ya con honra mis *Memorias de Mamá Blanca*. Las he escrito con cariño y están materialmente muy de acuerdo con mi gusto actual por lo cual les profeso gran afecto. No creo que tengan el éxito de *Ifigenia* porque ni es propiamente una novela ni se presta a discusión. Veremos cuánto tardan ahora en editarla las tortugas de los editores. Si el libro gusta seguiré en la serie, puesto que termina la obra al cumplir "mamá Blanca" siete años.

1928

A Rafael Carías. Vevey, 2 de febrero.

vida de "ermitaña algo laica"; lecturas románticas

[...] Ahora llevo una vida de ermitaña algo laica, pues en lugar de rezar, leo. Hay una paz silenciosa y blanca de nieve, deslumbrante y alegre cuando hay sol, pero triste, tristísima cuando sólo hay bruma y lluvia; este lago Lemán, tan literario, lleno de Byron, Shelley, Mme. Staël y Benjamín Constant, en estos días de niebla tiene la melancolía insulsa de las pobres mujeres feas e ininteligentes sin recuerdos ni remordimientos. Pero los libros me alegran la vida y más aún que los libros la figura de mamá tan dulce, que podía haberse ido y que está aquí tejiendo junto al fuego, vestiditos de lana para los nietos.

1929

A Rafael Carías. París, marzo.

"soledad poblada"

[...] Yo salgo menos desde que vivo en casa, leo con gusto a mi apetito y saboreo un poco más la vida del espíritu cuya clave aquí y en todas partes es la soledad poblada si no absoluta, parcial; "poblado" se refiere a libros y a un minimum de personas que nos traigan la paz del alma.

1929

A Rafael Carías. Vevey, 23 de julio.

Romain Rolland:
Juan Cristóbal

[...] ¿Sabes que en estos días recibí una carta encantadora que me enviaron de París habiendo salido de aquí mismo? Era de Romain Rolland, que resulta vivir muy cerca de aquí, desde hace diez años; en ella me contaba que las seis niñas de las *Memorias* eran sus amigas y jugaban en su jardín mientras él trabajaba. Pienso, por supuesto, escribirle diciendo que soy su vecina, que en mi soledad de hace dos años debí encontrarle a menudo paseando a orillas del lago mientras las niñas crecían cerca de él... y seremos amigos. ¿Se recuerda que fue usted quien me hizo conocer su *Juan Cristóbal* y que este libro tuvo gran influencia en mi formación literaria?

A Romain Rolland. Vevey, 21 de agosto.⁵⁵

Querido maestro y amigo:

Vuestra carta es un precioso regalo y un premio inesperado y maravilloso a mis tres meses de trabajo de hace dos años. Me parece que no fue sino para usted, y muy cerca de usted, que yo escribía sin saberlo, en plena soledad del otoño dorado de 1927, ese pequeño libro que usted ha escogido con gran simpatía. Quizás, sin usted darse cuenta, habrá encontrado la huella profunda dejada en mi alma, cuando aún muy joven, tuve entre mis manos, allá en Caracas, una pequeña ciudad tropical, vuestro *Juan Cristóbal*.

No puedo decirles que lo admiraba porque la admiración es algo lejano y demasiado frío. Yo tuve para usted otro género de sentimiento, un sentimiento que se ha desarrollado y acrecentado con el tiempo. Como los Evangelios y la *Imitación de Cristo*, usted me ha ayudado a encontrarme a mí misma en la vida interior; usted me ha mostrado, como se hace con un niño con quien se tiene buen cuidado de no intimidarlo, el maravilloso camino de

la influencia de
Juan Cristóbal

⁵⁵ Reproducimos la traducción de Armando Rojas (*Teresa de la Parra ante la crítica*. Caracas, Monte Ávila, 1982, pp. 41-42).

1929

la simplicidad en palabras profundas. He aprendido a amar a los humildes y a los infelices, y no he tenido temor de decirlo. Mis *Memorias de Mamá Blanca* no son sino una larga carta, impregnada de mi pasado, que yo le dirigía desde Vevey a Ville-neuve. Tardó varios meses en llegarle y estaba en caracteres impresos. Pero era usted la persona a quien le dirigía, según lo comprendo hoy.

Estoy de nuevo en Vevey. Aquí permaneceré varias semanas. Habito, con mi hermana, una villa situada al borde del lago. Si algún día, de paso por aquí, usted quiere detenerse algunos instantes en mi casa, hágamelo saber. Tomaremos el té en la terraza que, junto a mi habitación, mira hacia los Dents de Midi y desde donde se divisan las pequeñas embarcaciones que van de Territet a Ginebra. Soy un poco agreste y tímida, pero no tanto que me prive del placer de conocerlo, aunque sea por unos minutos.

Reciba, gran amigo de mi infancia, mis agradecimientos con lo mejor de mi alma emocionada y agradecida.

A Rafael Carías. Roma, 19 de octubre.

viaje a Italia; reflexión sobre la Roma "triumfal y declamatoria"

[...] Desde principio de septiembre estoy en Italia, llevando vida de peregrina por las pequeñas ciudades que se han quedado olvidadas del tiempo presente y que vamos descubriendo con su ambiente intacto, no contaminado por el turismo, como objeto de excavación.

En Suiza, donde pasé dos meses de absoluto reposo, me preparé con mucha lectura sobre los siglos XIII, XIV y XV (que son mis preferidos y los veo siempre en mi espíritu presididos por el espíritu de San Francisco) para este viaje que me ha dejado el alma llena de dulzura y de emoción. He venido con mi amiga Lydia Cabrera, inteligente y muy artista, a quien quiero mucho y con quien comparto los mismos gustos.

De las grandes ciudades hemos ido en automóvil hacia las pequeñas, donde los hoteles son malos pero el ambiente lleno de perfume de leyendas.

1929

¡Qué diferencia con esta Roma triunfal y declamatoria, renovada y vestida por el Renacimiento! San Pedro me ha parecido una inmensa y lujosísima estación ferroviaria de los Estados Unidos. No hay el menor sentimiento, ningún detalle que conmueva o hable al alma. Y ese torrente de fuerza y de mal gusto ha inundado las más viejas iglesias; las más venerables están invadidas por el río de estatuas colosales y musculosas; de túmulos complicados que resultan carnavalescos junto a las simples lápidas funerarias y los yacentes de las iglesias góticas. Ese mal gusto que siguió al Renacimiento, nos consuela (si lo aplicamos a nosotros mismos) de no ser poderosos por el dinero y por la sabiduría. La riqueza y la erudición son peligrosísimas, la mayor parte de las veces sólo sirven de vehículo para expresar la parte más vulgar de nuestro espíritu y para revestirnos con ella para siempre, con detrimento de las otras; la falta de recursos nos hace sobrios y discretos, vivimos más con nosotros mismos y todo lo que se da viene del alma y está impregnado de ternura. Es esta la consecuencia que he sacado de mi viaje por Italia y que me apresuro a comunicarle, impresionada como estoy aún por mi visita a San Pedro y San Juan de Letrán.

1930

A Vicente Lecuna. La Habana, 12 de julio.

el desánimo y el éxito

Yo soy una escéptica, una gran desanimada, el elogio, el éxito fácil me ha hecho mucho daño, ya no veo en mis libros escritos sino los defectos, y esa visión constante me quita toda iniciativa, toda fe en mí misma.

A Benjamín Carrión.⁵⁶ Vevey, agosto.

Recibí en La Habana su estupendo artículo que no sé cómo agradecerlo ni cómo elogiarlo, en cuanto a

⁵⁶ Benjamín Carrión (1898-1979), crítico, ensayista y diplomático ecuatoriano. En esta carta Teresa de la Parra se refiere al estudio que Carrión publicó sobre ella en su libro de ensayos *Mapa de América* (Madrid, 1930).

1930

trivialidad y acierto de los elogios

crítica, porque parecería que quiero retribuir los elogios con elogios. Leí una vez en un poema de Azorín llamado "La Oración del Poeta" (expresión muy depurada del dolor y del cansancio que deja en el alma el triunfo fácil) el malestar de conciencia que experimenta el espíritu delicado, cuando se siente exaltado por incompreensión del público o de la crítica en aquello que menos vale de la obra: en sus verdaderos defectos. Yo he tenido muy a menudo esa tristeza y esa humillación: sentir que me elogian por lo trivial, por lo de escaso buen gusto y mucho efecto, por lo que quisiera no haber escrito. Esa humillación es peor que el ataque injusto, el cual nos hace reaccionar y nos da confianza en nosotros mismos. Su estudio crítico ha sido para mí lo contrario de todo eso. Sus elogios (excesivos tal vez) van todos dirigidos con acierto extraordinario, a lo que hay de bien en mis libros, según mi gusto de hoy, lo demás lo pasa usted en silencio, y las dos cosas me han llenado de una satisfacción reconfortante y noble, que nada tiene que ver con la vanidad. La vanidad muerta por el triunfo fácil me ha dejado una especie de cicatriz sensible: ¡cómo me duelen en ella esos elogios errados de que habla Azorín!

Escribe usted con claridad, con verdadero espíritu analítico, se siente que ha leído con atención y simpatía de alma, descubriendo lo que quedó medio escondido, para eso, para despertar en el lector el interés de buscarlo. Aunque no le hubiese dicho ni una palabra al público, mi alegría al saber que tuve tan atento y fraternal lector sería la misma y con idéntico agradecimiento le daría las gracias.

Debo advertirle que su artículo me acompañó por toda mi gira realizada últimamente en Colombia. En todas las ciudades se reproducía con mi retrato o sin él, titulado generalmente "Último juicio crítico sobre Teresa de la Parra". Como mi viaje fue muy feliz y me ha interesado mucho, creo que el artículo me trajo buena sombra, buena sombra espiritual sobre todo. He visto mejor lo nuestro. A pesar de la corteza cariada, hay muchas cosas bellas, mucho donde trabajar; ¡quisiera escribir de nuevo!

1930

A Luis Zea Uribe. 1º de diciembre.

cultura y misticismo

[...] Yo no creo que la cultura signifique conocimiento ni talento artístico, yo creo que la cultura es el control de todos los sentimientos por la honradez, es la armonía, la elegancia moral ante sí mismo. Pero para la mayoría de las personas ésta no puede existir sin un gran ideal místico: el anhelo del perfeccionamiento interior. En nuestros medios "intelectuales", o sea escritores y políticos, hay una especie de individualismo feroz y banal porque sólo se basa en la opinión. Cada uno quiere que lo exalten, el que merezcan o no la exaltación los tiene sin cuidado. Siempre están dispuestos a pelearse la clientela de admiradores, como en los mercados se pelea a los compradores. Todos gritan; ¡qué confusión de valores y qué deprimente para los que están realmente dispuestos no a admirar sino a querer a los abnegados y a los buenos!

1931

A Rafael Carías. París, 16 de enero.⁵⁷

los intelectuales y los chismes

[...] Recibí el artículo de Concha Espina.⁵⁸ El chisme es una completa farsa que no me explico. Nunca he hablado mal de ella, ni siquiera la he nombrado. Me pareció una vulgaridad sin nombre el tono de su contestación dando crédito al chisme de un desconocido: así se lo hice sentir en mi respuesta.⁵⁹ Le ha dolido la lección y se ha excusado muy

⁵⁷ Fragmento inédito, omitido en las ediciones del epistolario.

⁵⁸ Concha Espina (1879-1955): escritora española, autora de dramas, cuentos y novelas. Su "pleito" con Teresa de la Parra, al parecer, se debió a un malentendido por intervención de un tercero que deformó unas declaraciones de Teresa. Un año después, en una carta, Zea Uribe le dice al respecto: "Aquella señora, doña Concha, me escribió una carta muy amable, y hace miles protestas de que no quiso herirla a usted. Hay que perdonarla. Trae esa carta un párrafo que le copio: 'en cuanto a la calurosa y entusiasta defensa que usted hace de su amiga, me parece muy bien, aplaudo la caballeresca actitud de usted, y desearía tener tan extraordinarios amigos. Sin duda ella se los merece. La envidia noblemente...'; éste es por lo menos un homenaje que la escritora española rinde al puro sentimiento de la amistad..." (Bogotá, 19 de abril de 1931).

⁵⁹ Se refiere al artículo aparecido en *La Esfera* el 23 de diciembre de 1930, "Escribe Teresa de la Parra: Carta de Concha Espina a la autora de *Ifigenia*. Contestación: ¿Quién es el Sr. Mendoza Griff?"

1931

herida, pero ¿no cree Ud. que tengo razón, que los intelectuales de nuestro idioma tienen sentimientos de gente del mercado?

A Vicente Lecuna. París, 23 de marzo.

Keyserling: fracaso de la era mecánica

[...] En estos días me acordé mucho de usted y de todos los que trabajan por el resurgimiento de un espíritu nacional, honrado y fuerte, equivalente al de la Independencia, sin violencias ni aspiraciones de éxito personal. El conde de Keyserling hizo tres conferencias en las que demostró de un modo muy claro y convincente el fracaso inminente de nuestra época que llamó la era mecánica. Conoce admirablemente todos los idiomas y todos los países, pues es un gran viajero. Predijo el advenimiento de una nueva era mística que vendría del mundo ibérico, es decir de la América del Sur, por ser, dijo, un pueblo inintelectual pero intensamente emotivo. Como la exposición toda estaba llena de observaciones exactísimas sobre nuestros países, no pude menos que creerlo con verdadera fe y alegría. Ojalá se vaya realizando la profecía.

A Vicente Lecuna. París, 6 de abril.

el "figurar" y la vida interior

[...] Noto que los periódicos de Caracas publican sobre mí, después de escoger cuidadosamente todo aquello que pueda hacerme aparecer bajo una luz desfavorable. Un día en una interviú hecha por un cronista, a su antojo, y que publican en un momento inadecuado; otro día es un pleito tonto que me hacen tener con Concha Espina, etc. Yo no me disgusto por eso. ¿Qué más da? Pero tienen estas cosas un valor documental útil para la historia y la novela: el espíritu de la ciudad pequeña. Qué importancia exagerada se le da al "figurar" socialmente, literariamente, políticamente. El público envidioso y envidia al mismo tiempo, sin medida, a los que figuran; no piensan en el vacío aburrimiento que causan a menudo sus elogios vanos. Yo he entrado felizmente ya en la edad en que sólo se vive feliz a la

1931

sombra, con algunos buenos amigos, los libros, la vida misma y el mundo interior del espíritu que da tanto cuando se cuida.

A Carlos García Prada. París, 5 de mayo.

[...] No sabe cuánto agradezco la cariñosa acogida que ha hecho usted a mis dos libros y la proposición que me transmite en su carta, no tanto por lo que encierra de exteriormente hermoso para mí sino por venir de usted, hispanoamericano y catedrático de literatura española. Nunca aspiré a tanto cuando los escribía: como habrá visto sólo traté de describir en ellos la vida de la hacienda y de la ciudad en su forma más íntima y familiar. Su proposición sin falsa modestia, me confunde un poco, pero la acepto desde luego conmovida y sumamente agradecida.

Las memorias de
Mamá Blanca

Me permito indicarle que para el objeto que usted se propone me parece que *Las memorias de Mamá Blanca* por sus dimensiones y por ser cuadros sueltos, es libro más apropiado que *Ifigenia*, un poco larga y con trama como toda novela.

A Vicente Lecuna. París, 4 de junio.

crisis de desaliento

[...] Acabo de reer su carta ya vieja de más de un mes: sus cartas tienen el don de reanimarme, me hacen mucho bien. Le he hablado muchas veces ya de mis crisis de desaliento y no quiero insistir, sé que es un dolor natural inherente a toda obra espiritual, por pequeña que sea, y lo acepto con resignación. Leyendo últimamente la vida de Tolstoi comprobé con simpatía las luchas crueles que tuvo que sostener contra sí mismo ¡y fue tan grande! Es cierto que, como nos enseña el catecismo, tenemos siempre a nuestro lado el ángel bueno y el malo. Sus cartas le traen aire puro a mi ángel bueno, aire de allá, de los tiempos en que la vida era tan sana y dulce... Mi ángel bueno respira y me da luego consejos de esperanza y de alegría.

Trabajo siempre alrededor de mi proyecto, querido

1931

amigo, aun cuando no leo directamente sobre Bolívar y la Independencia. Las cartas y los papeles no he querido verlos todavía. Estoy relejendo algunos autores que han tenido influencia en mí, por estimularme, pues a ratos me parece que he perdido la facultad de narrar; quiero leer también los místicos y algunos poetas, y pienso ir algún tiempo a Italia este verano. Cuando buscamos algo con cariño lo encontramos en todo, como a Dios; yo persigo el camino que me he propuesto —aunque no en línea recta— con humilde obstinación.

"memoria deplorable"

[...] Yo tengo una memoria deplorable: leo y olvido todo en seguida. Afortunadamente he trabajado con orden: me he armado de cuadernos de notas y cuento para más adelante con la otra memoria, la subconsciente, que a veces nos reserva grandes sorpresas en lo que se refiere al ambiente imposible de anotar.

A Carlos García Prada. París, 8 de junio.

edición escolar de
Las memorias

Me apresuro a contestarle para decirle de nuevo cuánto me honra su elección, la gran simpatía que me inspira su obra de difusión de nuestros libros suramericanos y añadir que lo autorizo por esta carta a editar en la forma que usted me expone, mi libro *Las memorias de Mamá Blanca*, quedando enteramente libre de hacer con él las supresiones y adaptaciones necesarias para que pueda servir al fin que usted se propone.⁶⁰

Como conservo todos mis derechos de propiedad avisé ya a mi editor poniéndolo en cuenta de lo que en su carta me dice usted. Como yo, ha comprendido que su proyecto de enviar los libros de aquí ya editados no se podía acomodar a la forma de sus libros pedagógicos, que me parecen, entre paréntesis, admirablemente bien hechos. Puede usted estimado amigo disponer como guste de mi librito. Le confieso que me halaga mucho pensar que él pueda contribuir a hacer conocer nuestra vi-

⁶⁰ Se refiere a la proposición para una edición escolar de las *Memorias* para estudiantes de español en los Estados Unidos; la publicación apareció en 1932 (Nueva York, Macmillan).

1931

da criolla. Creo sinceramente que casi todos los conflictos internacionales y sociales vienen de la falta de comprensión, se quiere casi todo lo que se comprende sentimentalmente. En ese sentido su apostolado en la América del Norte es muy útil y muy bello. Todo libro que lleve una luz de cariño por humilde que sea puede contribuir a su empresa. Tal vez tenga usted razón: si mis seis niñitas de *Las memorias de Mamá Blanca* pueden llevar algo de ese cariño a sus discípulos de literatura española, benditas sean, porque me darían la única satisfacción a que yo aspiro ya.

Diario. Beaulieu, septiembre 4.

[...] Estudiando historia de la filosofía, los eclécticos con Cicerón y Felon y los neoplatónicos con Plotino. No pude reanudar los baños de mar por el mal tiempo [...] Leído algunas notas sobre ensayos biográficos de Fleury.⁶¹ El método con que trabajaba Victor Hugo quien no creía en la inspiración sino en la costumbre que evita el terrible esfuerzo del "impulso" o mecanismo que interrumpe la falta de ejercicio físico o moral. *Toda* la vida trabajo *todas* las mañanas desde el amanecer hasta la hora de almuerzo: nunca las tardes. Observación sobre Courteline⁶² quien confesaba el trabajo penoso, inaudito, que representaba para él escribir. Leído de nuevo la conferencia contradictoria de d'Ors sobre el barroco.

La tesis de d'Ors sostiene que es barroca toda época de transición entre dos periodos clásicos. Lo barroco imita la actitud de la naturaleza mientras lo clásico imita la actitud de espíritu. Las dos son constantes y debe considerarse el barroco como simple desviación del buen gusto.

[...] Releída la 2a *Claudine* de Colette que no recordaba en absoluto. Creo debió tener influencia en mí: la leí creo en 1920. Me puso de buen humor en

Lecturas: la "costumbre" y la inspiración

Eugenio d'Ors

Colette

⁶¹ Claude Fleury (1640-1723): historiador francés, quien junto con Fénelon tuvo a su cargo la educación de los hijos del rey y fue confesor de Luis XV.

⁶² Georges Moinaux Courteline (1858-1929): escritor dramático francés.

1931

cuanto que desperté, tal vez por recuerdo o asociación de ideas, el deseo de escribir acompañado de la agradable facilidad que presta al espíritu el plan ya trazado y el trabajo diario (años 921 y 22 en Caracas).

estudios de Historia de la Filosofía

Sept. 23 [...] He seguido el estudio de la Historia de la Filosofía, hoy, especialmente con mucho gusto reteniendo y ordenando bien. Leo el psicoanálisis de Freud con gran interés especialmente ahora que he ido aceptando ciertas cosas que juzgaba arbitrarias al principio.

Freud

Antenoche hice una experiencia muy interesante. Traté de recoger el sueño y analizarlo según el método que indica Freud. El sueño correspondía a preocupaciones de la víspera, a opiniones oídas en conversaciones anteriores, todo en una forma simbólica que se podía analizar fácilmente gracias a coincidencias muy curiosas.

lecturas: Ilustración alemana; religiosidad

Sept. 25 [...] He trabajado hoy bien aun cuando en la mañana me sentí muy nerviosa y con ideas tristes. Leído sobre la Filosofía de la Ilustración en Alemania y la reacción romántica, especialmente Schiller y Novalis, su necesidad no sólo de misticismo sino de religión como fuerza moral para dirigir la propia conducta en oposición a los abusos producidos por la mala interpretación de la autonomía de Kant. La necesidad de intensa vida interior, el culto del yo con preferencia a toda manifestación que exprese la vida interior, "el alma bella" de que hablan Shaftesbury y Goethe. Regresé muy cansada y estoy rendida de sueño.

balance del estudio y las lecturas de filosofía

Octubre 5. [...] He terminado hoy la Historia de la Filosofía. A pesar de saber que estoy muy lejos de haberla estudiado plenamente, el esfuerzo realizado aunque sólo fragmentario y superficial me deja mucha satisfacción. He ordenado bien aunque superficialmente. El tiempo tampoco daba para más, y muchos estados de ánimo contrarios, desconectaron mi interés y atención a menudo. Creo sin embargo haber logrado algo importante: es el tener presente como un panorama los grandes rasgos, las distintas tendencias, oposiciones y reacciones: la lucha entre *intuición* y *positivismo*; el yo *irrefinito* y lo *objetivo*. Creo que he dejado completamente de la-

1931

el sentimiento es
más poderoso que
la inteligencia

do la fe en los dogmas positivistas y naturalistas, como en otro tiempo los católicos. Creo en la superioridad absoluta de las fuerzas inconscientes sobre las intelectuales. Dios es todo lo misterioso que deseamos conocer y que sólo es perceptible al sentimiento que es mucho más poderoso que la inteligencia y sus *conceptos* limitados al testimonio de los sentidos. He comprendido bien la teoría intuicionista de Bergson y el reflejo que la reacción contra el positivismo dogmático y el naturalismo, produce actualmente en el arte.

Nietzsche

[...] Me ha impresionado la admonición de Nietzsche: "Trata de ser tú mismo". Éste, unido a su principio de que sólo es cierto lo que puede sernos de provecho espiritual me decide a rechazar como inciertas las influencias contrarias que me impidan ser *yo misma*.

Lo hago sin esfuerzo. Me es fácil el pragmatismo puesto que por intento he creído siempre que todas las verdades son relativas, y respetables desde el punto de vista del que las aprecia.

escepticismo rela-
tivista

He sido siempre escéptica no tanto en el sentido de negar como en el de reconocer todas las posibilidades. Esta tendencia me ha dado reputación de bondad (no lo es) a menudo de falta de sinceridad o de valor para dar mis opiniones (que no tengo) porque todas me parecen equivalentes. Sólo el extremo en cualquier sentido es capaz de producirme una opinión que es la respuesta a lo que juzgo falta de medida, excentricidad e injusticia.

Diario. París, octubre 18.

Proust; Ortega y
Gasset

[...] Tanto la lectura de Proust como el ensayo de Ortega y Gasset: la "Deshumanización del arte" y "Sobre la novela" me han hecho bien en el sentido de que he hallado muchos puntos de coincidencia entre opiniones y lo que yo naturalmente pienso y siento.

1932

A Luis Zea Uribe. Leysin, 21 de mayo.

estudios clásicos;
lecturas

[...] Mucho me interesa saber que está traduciendo a Gomperz.⁶³ Yo tengo un volumen de su obra *Les Penseurs de la Grèce*. Espero que leeré algún día su traducción. Desde que llegué a Leysin comprendí que la simple lectura de cosas fáciles, es decir, de mera literatura, no podía bastar a llenar la vida, y que era menester para llevar con resignación esta existencia de presa o de paria, hacer trabajar el espíritu, como los cartujos y benedictinos. Creo que ya le dije que me había propuesto como placer estudiar la historia de Grecia y de Roma con todo lo que a ella se refiere: historia del arte, literatura, de la filosofía, de las religiones, etc. Usted sabe, en su gran erudición, lo amplias que son esas materias y los años que se necesitarían para conocerlas bien. Debería empezarse por las dos lenguas y yo apenas tengo algunas nociones de latín; pero, sin embargo, sin esperar haberlas conocido a fondo, el viaje en automóvil a través de esas épocas lejanas le ha dado a mi espíritu un equilibrio y comprensión de la vida que le estaba haciendo mucha falta, y que espero seguir cultivando.

[...] Hace más de dos horas que escribo sin parar, mal, seguramente, como lo hago siempre de primera intención y compruebo después cuando releo.

[A Carlos García Prada.] Leysin, 21 de junio.

sólo leer o releer

[...] Aunque muchos creen que escribo aquí o me aconsejan que lo haga, no he sentido aún la necesidad de hacerlo. En cambio siento la de leer y releer. Hay aquí una estupenda biblioteca, con mi plan de lectura, la radio y el sol de verano que viene de *tiempo en tiempo* radiante a evocarme el trópico, me siento feliz, pienso que hago un paréntesis de paz, hasta luego en que seguiré viviendo.

⁶³ Se refiere a la obra *Greischische Denken* en varios tomos del erudito alemán T. Gomperz, representante de la mentalidad positivista, quien tuvo el mérito de relacionar la evolución de la filosofía griega con la medicina.

1932

A Lydia Cabrera. Leysin, [junio o julio].

Colette

Acabo de recibir tu carta y no sabes el gusto que me has dado hablándome del libro de Colette. Figúrate que me lo leí anoche casi de un todo (me lo prestaron aquí en el hotel), tiene algunas *boutades* muy buenas. Tienes mucha razón en lo que dices: también yo estuve mucho rato por lo de *Paris-bidet* (es una *trouvaille*), pero la mujer es muy simpática y conquista. Uno se encuentra de pronto ante ella censora a lo J. G.: es imposible no cederle y no reírse. Y unas cosas tan gráficas: hay algo sobre los *señores virtiles* que por eso no pueden acariciarse como las mejillas y los melocotones... Yo creo que Colette es una deslenguada por mal educada y vagabunda. Ha andado siempre entre gente *faisandé* y ha tenido la desgracia de tener mucho *esprit*. El horrible espíritu brillante que mata tantas cosas y es en el fondo una escuela de vulgaridad de espíritu. Es posible que haya fibra sentimental en Colette. Yo creo que la tiene y que la esconde, es su único pudor. ¡Qué descaradita es!

A Lydia Cabrera. Leysin, [junio o julio].

[...] No me gusta nada Colette, tú tienes razón de sobra en todo lo que dices, y yo devolveré el libro. Lo que me gustó fueron las *ladies* que yo no conocía. No sabes cómo las *vi* y hasta qué punto me conmovieron. Ella, Colette, no tiene sino los chistes... mejores son los de un payaso o cómico que habla aquí en la T. S. F.

A Lydia Cabrera. Leysin, 16 de agosto.

[...] Sí, Cabrita, voy a abonarme enseguida a los *Cahiers D'Art*. Temo a veces alejarme demasiado de lo actual. Pero ¿sabes que en el fondo es lo contrario? Más leo los clásicos en la *historia* más me alejo de los pseudo-clásicos. Vivir en su época y en contacto con su *tierra*, la verdadera *tierra*, no las de las ciudades, sino las que tienen árboles, aguas, animales, campesinos y flores.

1932

A Lydia Cabrera. Leysin, [¿19 de agosto?].

Nicolás Guillén

[...] He visto en la *Revista de Occidente* unos versos de un poeta negro cubano que me gusta mucho. Te los mando copiados. Al acabar de leer la revista te la mandaré no sólo por los versos, sino por lo que escribe una muchacha, Margarita de Pedroso, *entichée* de geometría pero muy bien para mi gusto, *buen modernismo*. Interesante por ser mujer y española, muy superior a la mayoría de las Marinelas de la *Revista de Occidente*. El poeta se llama Nicolás Guillén y es mulato. Tiene la vena popular sin afectación ni literatura.

A Lydia Cabrera. Vevey, [¿septiembre?].

Misticismo y positivismo

[...] Para finalizar te diré que mi conversión a la fe no pudo venir en momento más oportuno. Ser místico es indispensable para que la vida tenga gusto a algo. El positivismo es odioso, estéril y fastidiosísimo. Él es responsable de toda la pedantería de nuestros escritores. Cuando no se puede ser pedante por falta de egolatría y de vanidad, es el vacío, la nada, el triste ¿para qué? ante el menor esfuerzo. Creo que a Emilia y a ti les debo haber vuelto a este mundo sonriente y amplio de la fe en el más allá. La vida interior sin fe es un cuarto oscuro y cerrado. Pero no es ya el catolicismo la religión de nuestra época. Su disciplina limitada es contraproducente, se cae forzosamente en el materialismo por necesidad de libertad y luz. La caída es peligrosa porque puede ser definitiva. Es ir de un cuarto cerrado, pero con ventanas que podrían abrirse, a otro más amplio pero sin abertura posible de ninguna clase.

A Lydia Cabrera. Vevey, [octubre].

[...] Me duelen mucho los ojos, hoy como ayer, y esto es una gran desgracia, sin ojos me quedo "a oscuras" con los demonios que me están esperando

1932

la lectura

para molestarme cuando estoy sola. La lectura es el viaje, el camino abierto que va a todos los países y climas.

[A Carlos García Prada.] *Leysin, 29 de diciembre.*

Las memorias de
Mamá Blanca

[...] Para darle las gracias y decirle la impresión que me causó el libro y las ilustraciones, tengo que contarle que me conmoví profundamente. No recordaba ya que usted me había ofrecido ilustrar el texto, al abrir el libro y verlo tuve una curiosa evocación de mi verdadera infancia, del campo, de la vida de allá, pero tan viva y tan dulce al mismo tiempo que se me llenaron de lágrimas los ojos.

[...] Me parece natural que se le hayan hecho supresiones al capitán Vicente Cochocho: está todo muy bien, me ha parecido sentir un ambiente de cariño en toda la elaboración del texto. Le pido que le dé las gracias de mi parte a todos los que han contribuido, a Mrs. Wilson, a su señora, a todos.

Le deseo para el año que empieza mucha salud y mucha felicidad. Me figuro que su vida en esa ciudad universitaria debe ser apacible, y le deseo por lo tanto que la prolongue el mayor tiempo posible. Me figuro que trabajará con gusto: quisiera conocer esa antología de que me habla y espero que no me olvidará al estar editada.

No creo que necesito darle las gracias por sus ilustraciones después de contarle la impresión tan suave que me produjeron y que aún me dura. Le envío en cambio mis felicitaciones, y mis más afectuosos recuerdos.

[...] Su prólogo está muy bien: la única objeción que podría hacerle es la de que me elogia demasiado. Pero pienso que será tal vez necesario para suggestionar los lectores a favor del libro y no digo nada.

Lo que dice usted sobre *Ifigenia* es muy cierto. Creo que ya le he escrito mi propia opinión actual. Si viera cómo me esforzaba cuando escribía en buscar esa musicalidad que ahora tanto me desagrada por falsa y por literaria. *Ifigenia* hubiera ganado mucho sin tanto lirismo innecesario. Pero es

1932

exceso de romanticismo; lo autobiográfico de *Ifigenia*

allí donde está el verdadero reflejo de mí misma, es decir, de mí yo de entonces, en ese exceso de romanticismo en que caemos tan a menudo en el trópico. La naturaleza exuberante y la influencia europea de exportación tienen la culpa. La verdadera autobiografía está en eso, no en la narración como cree casi todo el mundo, usted y Grillo también. Para hacer hablar en tono sincero y desenfadado a María Eugenia Alonso la hice la antítesis de mí misma, le puse los defectos y cualidades que no tenía, a fin, creía yo, de evitar que nadie pudiera confundirme con ella. Pero no calculé que el disfraz sólo serviría para los que me conocían muy de cerca y que para los demás la autobiografía (confirmada además con circunstancias exteriores de mi propia vida) iba a ser evidente. En realidad mi personaje María Eugenia Alonso era una síntesis, una copia viva de varios tipos de mujer que había visto muy de cerca sufrir en silencio, y cuyo verdadero fondo me interesaba descubrir, *hacer hablar*, como protesta contra la presión del medio ambiente. Si el caso hubiera sido en realidad el mío yo no lo habría nunca expuesto por un sentimiento de pudor muy natural. La seguridad que sentía de no creerme aludida fue lo que me hizo llevar al extremo del desenfadado el tono de María Eugenia Alonso, y ese tono resuelto más real que la realidad misma, nadie ha sentido la trasposición, han creído en la auténtica biografía y creo que es ahí en donde está el secreto del éxito de *Ifigenia*. El público adora las confesiones. Al principio cuando me di cuenta de esto me sentí muy *genée* y empecé a tomarle antipatía a *Ifigenia*, publicada dos años después de terminada y de vivir en París. Ahora el engaño me hace gracia. Me parece todo ingenuidad y andanzas de primera juventud, y creo que hasta yo misma he acabado por identificar un poco mi personalidad de entonces y María Eugenia Alonso. Cuánto me habría indignado saber esto mientras escribía. Yo quería entonces mi novela con pasión por lo que tenía de protesta revolucionaria *desinteresada*. Cuando fui a Colombia en 1930 sentí de un modo muy vivo la desilusión de cierto público ante mis conferencias: creyeron que

1932

iba a continuar la confesión y yo les hablé de evocaciones históricas, de gente muerta: Fany de Villars; Doña Marina, Doña Manuelita, la madre del Inca Garcilaso...

[...] Esto es una especie de presidio con mucho confort y buena comida. A veces me avengo mucho con él, pues como no tengo el carácter activo ni mundano vivo del pasado con los libros en magnífica armonía. Si pudiera volver a escribir me sentiría enteramente feliz. Pero si viera qué lejos estoy ahora de la fe y del entusiasmo que incita a trabajar. Quizás vuelva porque lo deseo mucho, más que la buena salud, pero no lo siento llegar. A veces deseo cambiar de país, creo que regresaría al trópico me haría mucho bien en este sentido y pienso en los lindos climas de montaña siempre con sol que tenemos cerca de Caracas.

1933

A Lydia Cabrera. Leysin, [¿25 de febrero?].

Hoy hubo aquí día trágico: un ciclón, los árboles se retorcieron como si fueran a ir volando, tempestad, nieve, etc. Ayer, cuando te escribí, estaba muy deprimida: el mal tiempo, la soledad, ¡las malas ideas que se cuelan como corrientes de aire! Hoy amanecí mejor. Desde que abrí los ojos me sentí otra. Me tocó, además, leer *El Critón* de Platón, ¿lo conoces?, ¿lo recuerdas bien? Mana de ese diálogo una filosofía dulce y fuerte, la de la resignación al sino, al deber, que fortifica el espíritu.

Aceptar la muerte sin rebelarse, aceptar con alegría todo lo que nos está destinado en la vida, sin anteponer nuestra conveniencia del momento. Hace dos días había leído el *Manual de Epicteto* (estoy en plena filosofía antigua, no te burles) y también me hizo gran impresión. Yo conocía las Máximas pero no conocía el *Manual*. Tiene todo lo que se necesita para ser un libro de lectura espiritual encantador, hasta la circunstancia de que se lee en dos horas. Cuando vuelvas lo releeremos juntas. Hay este pensamiento que se ha hecho casi lugar común y que es una especie de llave de nuestro mundo

desgano de escribir; nostalgia del trópico

lecturas clásicas

1933

moral si reflexionamos bien. Dice, más o menos: "Sólo somos desgraciados por nuestras opiniones, el mal nos hace daño porque creemos que es mal. Si alguien nos insulta o nos calumnia, la ofensa que nos resulta es porque opinamos que hubo insulto o calumnia, etc." —qué independencia y qué felicidad tan grande llegar a aislarse así de todo daño! Ésa sí que es una evasión del yo, de ese yo exterior que conecta al otro con todas las pequeñeces y los dolores del ambiente que nos rodea—. Esa renuncia la comprendo, no la de Krishnamurti, que no concreta qué cosa es ese yo al que debemos renunciar. —Piensa fuerte, cuando tengas *cafard* o un disgusto, que todo ese malestar proviene de una opinión que se debe quitar del medio.

A Lydia Cabrera. Leysin, 26 de febrero.

[...] Ayer hizo un día estupendo de sol: como de los más lindos. Salí con los Méndez y Madriz luego de haber ido a despedir a Berger, que se fue para Davos a hacerse la operación. Estuvo muy gentil, me mandó unas lindas rosas, que le agradecí mucho. Por cierto que su partida dio lugar a una discusión bastante apasionada, cosa que no siento por un lado, pues hay que ser valiente y caballerosa, como dices tú, aunque, por otro lado, me choca discutir por razones de ética y de estética y porque no creo que sea muy indicado para mi enfermedad.

Figúrate que Carola no fue, como es natural dados sus estallidos sentimentales, a despedir a Berger. Cuando regresamos salía ella muy arregladita con su perro, que le regaló Berger, y su kodak. Nos pidió hacer una fotografía de todo el mundo, habló un rato sobre el perro y se fue. Yo sentí naturalmente que estaba triste, que tenía que estar triste. Como te he dicho ya en estos últimos tiempos, sola o acompañada, no salía del cuarto de Berger, cosa que aquí, entre nos, no debió permitir Solveira, pero ya sabes la moral: "como no hay argentinos no importa..."

Cesy y yo estábamos para almorzar cuando llegaron Heitor y Madriz: Carola les había hecho un

1933

efecto *atroz* de mujer sin sentimientos: Berger había llorado al despedirse, mientras ella paseándose como si tal cosa con el perro y la kodak. Madriz, sobre todo, estaba apocalíptico. Yo, que sentí toda la bajeza que encerraban esas críticas porque conozco muy bien a mi gente, me puse a defenderla. Su sensibilidad, que su actitud era la de la persona que se controla ante el público, por evitar comentarios. Madriz siguió apocalíptico: "que una mujer que estando comprometida se metía el día entero en el cuarto de un hombre para salir después como si tal cosa el día que éste iba a hacerse una operación tan seria, era peor que una prostituta". No puedes figurarte la rabia que me dio esto y cómo perdí los estribos. Me reconcilié *con entusiasmo* (y por eso te lo cuento) con mi novela *Ifigenia*. Vi en ella el fin moral que recomienda Tolstoi y todos sus defectos me parecieron sin importancia junto al valor de la campaña en favor del débil. Le dije a Madriz (estuve pesada) que él representaba en ese momento todo lo más bajo del espíritu criollo, que es esencialmente falto de caballerosidad por cobarde, amigo de atacar al débil por medio de la difamación, incapaz de indulgencia ni de comprensión; que todo eso era *vulgaridad e incultura*; que él no era nadie para echárselas de moralista ni de juez, puesto que cosas tan mal hechas tenía en su vida, que él mismo nos las había relatado a ti y a mí (alusión a lo de aquella mujer). Se salió diciendo que una mujer no era como un hombre. Pero me parece que se quedó muy apenado, pues vino como a darme satisfacciones. Yo me quedé satisfecha de mi valor y Heitor, al fin, me dio la razón. Madriz no es en sí una mala persona, sino una hechura inconsciente del ambiente, sus cuentos son siempre "esquina a las Gradillas" y su moral cobarde y farisea (así se lo dije) es también de las Gradillas. Yo vi ya desde el otro día el proceso de su subconsciente: a él le gusta Carola, se figura las escenas en el cuarto de Berger (no puede figurarse el amor platónico que *podría ser*), estas imágenes lo excitan; ha hecho ya el balance entre él y Berger, sabe que Carola *hubiera* preferido siempre a Berger, que tiene refinamientos y delicadezas a las que él no alcanza. Esto le al-

anécdota: reconciliación con el espíritu de *Ifigenia*

1933

borota el plebeyismo y ciertos celos, pero en lugar de pagarla contra Berger, lo que sería más caballeroso y viril, lo paga contra Carola enarbolando la moral, seguro de que la gente le va a hacer caso...

Estuve a la altura de M. Gaffieri. Me siento satisfecha por Carola y me alegro mucho de haber "visto" el espíritu criollo ya olvidado porque me transportó de alegría al pensar que no tengo que vivir junto a él, y no sabes cómo bendigo a Emilia y te bendigo a ti por toda la independencia que tengo hoy día y ya ¡Dios lo quiera! hasta el fin de mi vida. Qué lindos serían aquellos países si pudiera arrancárseles toda esa m...! Pero se necesitan muchos años y mucha gente para que se limpien.

A Lydia Cabrera. Leysin, 14 de marzo.

[...] Estoy ahora entregada al siglo XVIII. Todos los días me propongo hacer comentarios contigo y comunicarte las impresiones de mis lecturas, pero cuando llega la hora de escribirte las lecturas están perdidas en el fondo de mi conciencia. Se me ha despertado, creo que con exageración, el espíritu crítico contra todos estos escritores que tenían tan poco, teniendo, por otra parte, tanto talento. Leo la historia de la revolución de Thiers y de Michelet, además de todas las monografías posibles: sobre Cagliostro, Mme. Roland, el proceso del Cardenal de Rohan, etcétera, etc. Con Michelet, especialmente, vivo en estado de polémica continua: es como una verdadera discusión. Como no me gusta cultivar ese espíritu, digo: "se acabó Michelet, hasta aquí llegamos", pero pasan unas horas, me enfrió, y al siguiente día mando a buscar el tomo siguiente de la biblioteca. Y es que, en realidad, me interesa tanto su relato como su espíritu y todo lo que voy descubriendo sobre la influencia que ha tenido su manera *romántica* de ver las cosas, hasta en mí misma. No se diga nada en personas como tu hermana Emma, Amalia y todos los defensores de los "oprimidos" contra los tiranos. ¡Qué poco se autoanalizan! ¡Qué ignorancia tan absoluta tiene Michelet de la psicología de la multitud por ejemplo, como se ha adelantado espero durante un siglo! No sé cómo

lectura de Michelet: crítica a la visión romántica de la historia

1933

pueden confundir el pueblo aislado, lo más bello y conmovedor que tiene la humanidad, con el espíritu de la multitud plebeya, lo más cobarde y lo más vil. Peor que las fieras —sin más móvil que la envidia y el odio. Me ocurre con la revolución francesa lo mismo que con la independencia (a pesar de las glorias y héroes), siento un movimiento de protesta porque comprendo que en el fondo fueron para mal, que si la sociedad estaba madura para una reforma que había preparado la filosofía altruista desde hacía dos siglos, las *fuerzas del amor* o espíritu de Cristo, es un gobierno fuerte quien debió efectuarla, no una multitud de energúmenos que se impuso por el odio y el terror.

Napoleón, tan antipático, resulta como una especie de Mesías cuando uno se transporta a lo que debía ser la vida el año 93, por ejemplo. Qué gusto sentir que vienen a poner orden y a hacer callar a los exaltados aunque sea a cañonazos. Uno ve muy claro entonces cómo esa exaltación y esa ampulosidad falsa al prolongarse es, en literatura, el romanticismo. —Los apóstrofes de Michelet son exactos a los de Larrazábal en su historia de Bolívar. Los dos son conmovedores por su honradez y buena fe. En la toma de la Bastilla, por ejemplo, uno está *viendo* en un mismo *relato* que si el pueblo de París tomó la Bastilla (que tenían razón de odiar) fue sólo porque el Gobernador era un degenerado imbécil como toda la corte y todos los que sostenían la monarquía. Hay cosas muy cómicas vistas ahora: los llantos de emoción, Mme. de Staël lloraba en público continuamente, lo mismo el padre Necker, ¡todos tenían las lágrimas fáciles y la elocuencia a la par!

En realidad, me interesan infinitamente más que la historia polemista de Michelet, los diarios, las memorias, todo lo que revela la vida privada del siglo XVIII. Es cierto que el pobre Michelet escribía bajo la restauración en pleno catolicismo bravo y que defendía, en realidad, esta tolerancia de ahora que nos hace la vida tan encantadora y fácil. ¡Figúrate si viviéramos bajo el régimen jesuítico obligadas a ser hipócritas y teniendo que llamar "feo" a lo que nos parece bello, y sobre todo sin libertad, sin independencia! ¡Qué horror!

1933

A Lydia Cabrera. Leysin, [15 de marzo].

[...] Sigo muy entregada a la lectura. En la mañana, cosas filosóficas (voy a salir de aquí doctora) en las nebulosas flotando entre los distintos sistemas y posibilidades de verdad; en la tarde, peleando con Michelet y viviendo dramáticamente entre personas que me son ya tan familiares como Heitor, Cezy y Madriz, pero que no hablan ni tocan a la puerta. Es la mejor compañía para Leysin ésta del grupo o ronda de muertos. Cuando termine con la Revolución tomaré el Renacimiento, luego el Romanticismo y así sucesivamente hasta que se acabe la Ha. o se me acabe la enfermedad. Adiós y muy *lindos sueños*.

A Lydia Cabrera. Leysin, [16 de marzo].

[...] Yo no tengo, Cabra, la suficiente virtud para seguir las reglas de la humildad y la caridad cristiana, que considero superiores a mi fuerza y a mi fe. Pero tener como norma de vida el hedonismo de los epicúreos. —Cultivar la más completa indiferencia por la opinión ajena, despreciar los elogios, no tener jamás ningún sentimiento que tenga por raíz el odio o la envidia y vivir de los placeres del espíritu y del amor sin que se interprete el amor en el sentido de la sensualidad, sino de la entrega y unión de las almas...

A Lydia Cabrera. Leysin, [septiembre].

[...] Seguí leyendo el libro de que te hablé. Me conmoví con la muerte del llamado Alberto, pues toda la gravedad tuvo lugar en Venecia, ciudad que juzgaban entonces excelente para la tuberculosis. Los pasos al Lido en góndola y a Murano...

Es de un patetismo místico como no puedes figurarte, pero muy conmovedor: el marido y la mujer que se adoran, después de desesperarse, acaban por aceptar la muerte pero no la separación. Ella se convierte al catolicismo para seguir unidos en el más allá, convencidos de que no van a separarse sino mo-

(Michelet)

moral epicúrea

lectura: la belleza
mística y patética

1933

mentáneamente. Esta seguridad resulta impresionante, lo mismo que la naturalidad con que los dos esperan la muerte de él a cada instante durante muchos días en que comulgan juntos, hablando del momento en que volverán a encontrarse. La fe borrando todo el dolor, colocando el alma más allá del dolor humano, cosa que es una realidad en los místicos, me parece de una belleza poética extraordinaria. Como no tengo esa fe no podría penetrar nunca en ese ambiente sublime, pero y quién sabe...

A Lydia Cabrera. *Leysin*, 2 de octubre.⁶⁴

[...] Me doy cuenta que te debo la respuesta a varias preguntas que me haces: la primera relativa a la *producción literaria*. Te digo con toda sinceridad y con mucho *regret* que mi espíritu no ha llegado al estado de madurez necesario para emprender nada en que él mismo se exprese o se dé. Sigo en el mismo periodo de receptividad en que se tiene ansia de recibir y repugnancia (a veces terrible) por comunicar. Yo lo siento mucho pues regular o malo o bueno, el trabajo es una gran felicidad y una bendición del cielo. Quizá algún día "*çaviendra*" y tú tendrás entonces que contener el torrente. Dentro de algún tiempo me dedicaré a leer y estudiar todo lo popular y lo característico criollo y español, y no sólo en los libros sino en la vida y tal vez entonces se me desate la lengua; si leo además a menudo esos autores que tienen el don de estimularnos. Tal vez trabajemos algún día en colaboración en una obra que queramos las dos con pasión. ¡Qué interesante y qué lindo sería la armonía y el acuerdo en una obra que pudiéramos luego poseer como una cosa viva...! Ayer, después de hablar con C. me quedé pensando en el encanto de la vida colonial en toda América y en el partido inmenso que

⁶⁴ Carta inédita a Lydia Cabrera. En la edición de la Biblioteca Ayacucho se publica parte de este fragmento a continuación de una carta a Gonzalo Zaldumbide de 1928 y con erratas de transcripción que agravan el malentendido en cuanto al destinatario. Restauramos de acuerdo con el manuscrito que no presenta ambigüedad alguna de fecha o destinatario.

desgano y planes
inciertos

1933

se le puede sacar... El ambiente de "Les dieux ont soif..." me hacía también pensar en lo mismo.

lectura de Maurras

2º El libro *Antinea* de Maurras no es un estudio sobre la Grecia antigua como yo creí al hojearlo. Es una especie de reportaje que hace Maurras aún joven, con motivo de la inauguración de los Juegos Olímpicos en Atenas hacia 1896. Como tiene mucha cultura y empezaba a lanzar entonces sus ideas contra el mito de la Democracia, tiene observaciones interesantes pero no es un estudio de Grecia. Tiene varios otros relatos de viajes y críticas en el mismo libro.

A Lydia Cabrera. *Leysin*, [15 de octubre].

[...] Esto parece un mal pastiche de Azorín. Pero veo que es fácil escribir así en forma de notas. Se evitan las dificultades que presenta el estilo. Las dificultades del estilo están en el encadenamiento de las frases. Roto el encadenamiento se acaba con todos los problemas. Pero ¡cuánto más agradable no es el estilo que corre natural y diáfano, el estilo que no es estilo, sino aire o agua o brisa en que uno no se da cuenta de que hay *estilo* ni *literatura* ni nada! Como cuando habla la gente del pueblo. En cambio, qué cansados resultan a la larga los "trucos".

A Lydia Cabrera. *Leysin*, [5 de noviembre].

crítica a un libro
de teosofía

He terminado el libro de Annie Besant, que leí con mucha atención y que me ha dejado, en sus últimos capítulos sobre todo, una impresión muy suave de esperanza y de consuelo. Me sorprende doblemente que tratara de la comunicación entre vivos y muertos, es decir, espiritismo. Yo creía que la teosofía no aceptaba la comunicación aunque creyera en la vida del alma desmaterializada. La trata, en varias ocasiones, con mucha naturalidad. Habla de personas muertas que han seguido inspirando o dirigiendo una a otra. La unión de los que se han querido después de esta vida, el encontrarlas en el nuevo estado como después de una larga ausencia.

1933

Tiene pensamientos que me han parecido muy exactos y bellos, como éste que te copio: *Quand l'homme a essayé de tout et que tout lui manque il cherche alors le Dieu qui est en lui et c'est à partir de cet instant qu'il trouve la paix*. Lo que no me gustó es al principio, en la exposición, la *demonstración*. Cae en el dogmatismo de todos cuantos predicaban religiones. Frases como ésta: "La única explicación *lógica* del mundo es la reencarnación" o "El mundo es *trinteligible* sin la teoría de la reencarnación que explica la justicia". ¿No te parece que cuando se quiere demostrar lógicamente la religión como los teólogos se acaba enseguida todo el encanto misterioso y poético que las anima y que son su verdadera fuerza? Si un salvaje dice que hay un espíritu que habita un fetiche dice una cosa que, además de ser posible (porque todo es posible), es poético; si trata de demostrarlo lógicamente, no logra, conmigo por lo menos, sino romper el encanto que hubiera podido persuadirme. Me acuerdo de las pláticas católicas que acaban por aburrirlo a uno de la fe. ¿Por qué ese afán de explicar lo infinito, que no está hecho para nuestra inteligencia? La comparación de los agnósticos sobre el particular es muy exacta: la cucaracha o el gusano de tierra (ciego) que quisiera explicarse el palacio del Louvre. Todo lo referiría a su punto de vista de gusano, le parecería *évident* que todo el edificio estaba hecho en vista de conservar la humedad necesaria a su cuerpo; figúrate lo lejos que estaría de pensar que existe la Gioconda y que hubo en un tiempo reyes. El teólogo es cucaracha en el Louvre, y como uno se da cuenta, se queda *dégoûté* del misticismo y se hace positivista, en donde sí cabe la lógica y los "sólo así se explica", etc. Los fundadores de religión no eran teólogos porque eran demasiado poetas y hablaban a la intuición, que es lo que alcanza lo infinito. A Annie Besant le queda algo de racionalismo protestante, que saca al principio del libro cuando afirma que la reencarnación es la *única* teoría justa, moral y científica. Pienso seguir leyendo sobre teosofía. Explica el infierno de un modo que me pareció muy aceptable después de la pesadilla que resulta el infierno cristiano. El alma de los egoístas y de los sensuales

1933

desposeídos de cuerpo no pueden seguir sintiendo placeres; la extrañeza de ser sólo espíritu los deja, como a los que se drogan, sin su droga, con el deseo que no pueden saciar y que, al fin, acaba por desvanecerse.

A Lydia Cabrera. Leysin, 7 de noviembre.

[...] He vuelto a tomar los romances judeo-españoles, que me han encantado. En cambio, las *Meditaciones* de Lamartine, que leo por primera vez, me aburren a pesar de que hay cosas bellas. Pero ¡qué exteriores resultan ya los románticos aunque no declamen! Estoy leyendo *La Catedral* de Huysmans y, hasta ahora, los dos primeros capítulos me interesan mucho... A propósito, *tenemos* que leer en español, Cabra. El otro día me escribiste algo y estuve lo menos 20 minutos sintiendo que "le pasaba algo raro" hasta que pude dar con la palabra en español, ¡no podía encontrarlo! Tus cartas, y me figuro que las mías también, están imposibles ya no de galicismos, sino de francos disparates.

1935

Diario. Madrid, mayo 23.

lecturas de la Biblia

[...] Leo [el] Libro [de] Esther y Ruth. Termino [la] biografía de Miró. Gran bienestar moral, deseo hacer vida interior con lectura, estudios, viajes y quizás trabajar en un nuevo libro. Pienso que mi espíritu sólo necesita un fuerte estimulante; años de muchas influencias disolventes lo tenían anulado.

mayo 24

lecturas de poesía

[...] Por la mañana leo los cuentos judíos del argentino Espinoza. En la tarde Lydia me lee de la antología varios poetas. Antonio Machado, Valle Inclán y sobre todo Nervo me hacen mucha impresión, también José A. Silva, releído después de

1935

tantos años. Leemos además J. del Casal, M. Machado, Valencia y Lugones, éstos, sobre todo Lugones, no nos gustan.

Diario. Cercedilla, Sanatorio La Fuenfria, junio 28.

Juan Ramón Jiménez; deseo "vago" de escribir

[...] Leo con gusto vida [de] Hölderlin por Zweig y opiniones J. Cognard. Recibo carta [de] Clemencia Miró. Me dice llamó Zenobia, la mujer de J. R. Jiménez, para decirle [que] leyeron las *Memorias Mamá Blanca* y que están encantados; noticia que naturalmente me anima y halaga. Sigo sintiendo el deseo de volver a escribir pero es *vago*, no se conecta aún a nada determinado.

A menudo el corazón del hombre permanece dormido como una simiente que estuviera envuelta inerte en su cáscara hasta que un día *llega su hora...*

HOLDERLIN

julio 2

interés por la poesía

[...] Recibo libro dedicado J. R. Jiménez. Lee Lydia en voz alta. Pureza y limpidez aunque a ratos me parece demasiado abstracto y frío. Siento crecer cada día más interés por la poesía: avidez de sentirla y comprender. Desinterés en cambio [por la] novela naturalista.

julio 3

Salinas, Unamuno

[...] Lectura antología: Darío, Pedró Salinas, Unamuno. Encuentro a Salinas vacío y a Unamuno [un] poeta que trata en verso cosas destinadas a la prosa: anda lejos de la "poesía pura".

julio 8

leer por gusto, no por tenacidad

[...] lecturas H. Ellis e historia Malet me interesa [al punto de] que no puedo cerrar [el] libro. Me demuestra cuidado [que] debe tenerse en escoger las lecturas. Lo aburrido que quiere leerse a fuerza de tena-

1935

cidad tiene por resultado hacer perder el tiempo lamentablemente. A las nuevas tendencias o ideas contrarias, o cosas abstractas que no *agarran* de veras el gusto y [la] atención, basta con *asomarse* a ellas en revistas y antologías. Profundizar en cambio con estudio metódico y mucha lectura aquello que es necesidad sentimental, intelectual o sensual del alma.

Diario. París, septiembre 16.

Lecturas; García Lorca

[...] Continúo lectura Pereyra⁶⁵ que me aburre por tono [de] polémica. Comienzo lecturas: *Graziella* [de] Lamartine [que] me regaló Mamá⁶⁶ y *Evolution Creatrice* [de] Bergson. Leo también [el] *Romancero Gitano* de Lorca. Lo admiro por la manera feliz que tiene de hacer sonar las palabras como metal y movimiento y colores de fuego de artificio: juventud, vida, pero me cansa. Pienso [que] he envejecido mucho.

octubre 8

crítica de Ratcliff

[...] Sigo arreglando papeles. Crítica [de] Planchart sobre [la] obra de Ratcliff (lit. Venez.) me da gusto por lo que le molesta me coloquen [en] mejor sitio que R. Gallegos. No recordaba el recorte. Decido procurarme [la] obra [del] profesor americano.

octubre 9

Freud; lecturas

[...] Hojeo libros tomé anoche. *Le Rêve* de Freud [me aburre, sus análisis no me convencen] y "La hermana mayor" de Tagore. Me gusta por su sencillez. En la noche comencé *Gil Blas*.

⁶⁵ Posiblemente se refiere a Carlos Pereyra y a su libro *Obra de España en América*.

⁶⁶ El manuscrito dice textualmente "Graziella Lam me regaló mamá..."

1935

Diario Cercedilla, Sanatorio La Fuenfria, diciembre 8.

los nuevos intelectuales españoles

[...] Leo [de] Ricardo León *Del Tajo al Rhin*. Estilo parece pobre, ideas *pompieri-españolizantes* muy dichas. Hay sin embargo algo en la prosa, en las palabras, que me la hace preferir a lo pedante y alambicado de los nuevos intelectuales españoles germanizantes, todo me parece preferible a ellos.

diciembre 19

afinidad con Erasmo

[...] Me siento sin fuerzas ni voluntad para nada. Apenas leo unas páginas del *Erasmo* de Zweig que termino. Interesante la personalidad [de] Erasmo, con la que siento, por su horror al fanatismo, cierta filiación.

diciembre 29

Michelet

[...] Leo periódicos y [la] *Revolución Francesa* de Mathiez. Pienso en [la] superioridad de Michelet, a pesar [del] romanticismo [es] menos simplista y describe y hace vivir, como en un drama, conflictos interiores [de los] personajes.

diciembre 30

Verlaine y Rimbaud

[...] Lectura Verlaine, Rimbaud [notas, cartas, diarios, etc.] Siento [el] mismo interés por Verlaine, loco y lleno de ternura, especie de niño, [que] me recuerda [a] Barrios. Rimbaud, al contrario, frío, egoísta, sin ternura, me repugna.

III. AMÉRICA, BOLÍVAR Y LA COLONIA

1924

A RAFAEL CARIAS. París, 2 de marzo.

misticismo subconsciente

[...] Me habla de sus proyectos de viaje a Europa; aun cuando no sé en qué forma y por cuánto tiempo se realice ese viaje creo que para todos los venezolanos nos es indispensable, no sólo por recibir un baño visual de cultura sino porque, además, perdemos en lo sucesivo esa desazón terrible por el más allá desconocido, restos quizás de un misticismo anterior y subconsciente.

A Rafael Carías. Ginebra, 3 de julio.

raíces en Caracas

[...] Aun cuando no tengo planes de vida futura (el dolor de la muerte me hace despreciar la vida) no pienso instalarme en Caracas, ni pienso tampoco desarraigarme por completo. Si sigo escribiendo quiero que mi literatura tenga siempre sus raíces en Caracas. Cada día creo menos en esos espíritus que desprecian lo suyo sin llegar nunca a bien comprender lo ajeno. Hacen el papel de intrusos, tímidos y encogidos en una casa extraña.

1927

A Rafael Carías. París, 7 de mayo.

"nuestro blasé"; Miranda

[...] hablamos de las tendencias de nuestra literatura y vimos que el tipo del "blasé" o desencantado tipo realista en nuestro medio, predomina siempre en ella. Vivimos despegados del ambiente y el ambiente exportado es venenoso y ficticio. Miranda fue el primero de los desencantados y planteamos el dilema: ¿los viajes en los cuales se exporta cultura, cultura que retoña en desencantos, son más útiles que perjudiciales, o más perjudiciales que

1927

útiles? Ese problema es el de todos los suramericanos. Yo creo que la manera mejor de resolverlo es haciendo lo que hizo el héroe de su cuento;⁶⁷ irse, no hacía afuera sino hacía adentro con libros y ensueños para amar con fe a Dulcinea, ansia de algo que queremos alcanzar al embarcarnos en los trasatlánticos.

A Rafael Carías. Vevey, 2 de agosto.

[...] Me encuentro en Suiza desde hace un mes en plena tranquilidad y por fin escribiendo. Ya le contaré en mi próxima carta mis proyectos literarios. También quiero hacerle unos encargos. Uno de ellos es que me compre y me envíe, cuando le sea posible, las obras de lo que podríamos llamar nuestros autores clásicos: Bello, Cecilio Acosta, Juan Vicente González, Fermín Toro y otros, así como también las de nuestros principales poetas. Por haber crecido fuera de Venezuela, o más probablemente aún, por amor a lo extraño, conozco mal y poco nuestras letras. Tal vez fuera lo mejor el que usted mismo escogiera lo más interesante y me lo fuera mandando.

"nuestros autores clásicos"

1928

A Enrique Bernardo Núñez. París, 26 de junio.

[...] No podía caer mejor su confianza. También yo me hallaba lastimada por el mismo motivo; situación de callejón sin salida donde nos acorralla la torpeza, mala fe o incomprensión de los pseudo-libertadores y del otro, cierto pudor patriótico que nos impide callar ante la campaña que sin riesgo para ellos y mucho descrédito para el país hacen esos descontentos. ¡Qué calvario habrá sido para usted el tener que escuchar de brazos cruzados esa

Venezuela, año 28: "el callejón sin salida de siempre"

⁶⁷ Se refiere al cuento de Rafael Carías "Efimera Circe" (Motivos de Carnaval), publicado en la revista *Elite*. En dicho cuento irse "hacia adentro" es marcharse al "interior" de Venezuela, recluirse en el campo y abandonar la capital, que es considerada fuente de dispersión y frivolidad moral.

1928

ola de diatribas declamadas en la cual con mucho de verdad desacreditan a Venezuela! En mi viaje primero a La Habana me encontré con lo mismo. En el Congreso de la Prensa en el cual ocupé siempre, tanto durante el viaje como en La Habana uno de los puestos más en vista, me encontré con que se hacía a tambor batiente una campaña contra el gobierno de Venezuela, que no tenía en aquel instante más objeto que el de humillarnos a todos, campañas en que el observador tiene necesariamente que dividir el país en dos bandos; los asesinos y los viles que se dejan vejar. Verdad o mentira son cosas que no se dicen por tacto, por ese pudor con que se guarda ante la gente de cumplido la intimidad de una casa pobre, en donde todo falta o todo está roto y sin limpiar: es la imagen que me parece más gráfica. Yo dije lo que ante mi conciencia me pareció que se debía decir en tono muy comedido, meros datos que nos salvaban de aparecer como un país de cafres. En Caracas y sobre todo entre ciertos elementos exaltados del exterior lo tomaron muy a mal. Como por otro lado el gobierno no es capaz de apreciar la prueba de valor que se da ni el bien que se le hace, no lo toman en cuenta, al contrario, lo comparan con los grotescos elogios que se escriben allá mismo y les parece que casi se les ha ofendido, son quijotadas que se hacen sin más público para verlas que uno mismo. Eso tienen de elegante y de reconfortante. Siempre interesa confiarse a los que han pasado por los mismos hechos o lugares, su confianza que retorno ha encontrado en mí la mayor simpatía.

El movimiento que hubo en Caracas me interesó mucho,⁶⁸ era un despertar de la conciencia pública, con una unidad y una fuerza extraordinaria! una verdadera sorpresa para quien, como yo, llegaba de fuera. Era un movimiento contagioso: a usted como me pasó a mí y a todos los enfermos de escepticismo, le hubiese interesado mucho. Pero hemos vuelto a lo de antes, a lo de *mucho antes*: y el callejón sin salida de siempre.

⁶⁸ Se refiere al movimiento estudiantil del 28 contra la dictadura de Juan Vicente Gómez.

1928

Los que no teniendo una situación independiente, han de trabajar, se encuentran frente al dilema: o a favor o en contra. Esto último es imposible puesto que es la vida de todos los días lo que está en juego, queda la resignación estoica con una sonrisa de ironía hacia adentro. Yo no veo en la mayoría de los políticos del exterior sino candidatos a una novísima tiranía; de los que callan y aguardan es de quienes espero todo. Personalmente no necesito ya nada de allá en lo que a material se refiere, sólo guardar provisión de cariño para la ausencia. Siempre me quedará la tierra con su paisaje o la memoria de los que murieron!

1930

A Vicente Lecuna. Panamá, 18 de mayo.

[...] De mis trabajos, muy pocos, y lecturas de estos últimos tiempos me ha venido una idea o proyecto muy vago todavía: el de escribir una biografía o vida íntima de Bolívar. Quisiera hacer algo: fácil, ameno, en el estilo de la colección de vidas célebres noveladas que se publican ahora en Francia. La palabra *novelada*, es naturalmente muy relativa; yo creo que una biografía de Bolívar es de por sí, sin salirse de la verdad histórica, mejor novela que cualquiera otra que quisiera hacerse. Quisiera ocuparme más del amante que del héroe, pero sin prescindir enteramente de la vida heroica tan mezclada a la amorosa. Es un proyecto un poco atrevido quizás; ¡se ha escrito tanto sobre Bolívar...! La buena acogida que se le hizo a una conferencia que sobre Bolívar dije en La Habana me ha dado la idea; los lugares y épocas por donde pasa Bolívar son de por sí y aun prescindiendo de él, épocas sumamente sugestivas: la colonia en el siglo XVIII, vida de la ciudad y de la hacienda; corte de Carlos IV; el consulado con el alba del Romanticismo y el París de Napoleón, etc. No sé qué se ha hecho últimamente sobre el particular. Yo escribiría el libro para hacerlo quizás traducir al francés. Para no caer

la biografía "novelada" de Bolívar

1930

en el lugar común lo mismo que para obtener datos hay que leer mucho: bueno y malo. Yo quisiera comenzar a leer seriamente este verano y para elaborar mi bibliografía he pensado en usted que es nuestro gran bolivariano. Quisiera que me hiciese usted una lista de lo importante según su buen juicio y mi plan. Si yo pasara por Venezuela visitaría a San Mateo y la casa de San Jacinto. Sé que los vería ahora con ojos nuevos. En Bogotá tendré ocasión de ver cosas interesantes y comenzaría allá a adquirir mis libros. Como le dije, lo que hice en La Habana se escuchó con gran interés. El periódico que hizo la reseña, la llenó de errores y disparates. Sentiría que se hubiese reproducido.

A Lydia Cabrera. Bogotá, 29 de mayo.

emociones del viaje a Colombia

No quiero hablarte de mis impresiones de viaje. La llegada me conmovió; no aquí en Bogotá, sino en pueblecitos anteriores donde corrían al tren pobres muchachas cursis y feas que me dejaban apenas las flores en la ventanilla del vagón y me gritaban cosas. ¡Todo el dolor de las desheredadas! ¿Cómo pude reflejarlo así en un libro que escribí casi inconscientemente y del cual me encuentro ya tan despegada y tan arrepentida? La exaltación me conmovía y me humillaba por excesiva. Aquí en Bogotá no me conmueve igual.

Como es tan tarde y necesito mañana mandarte mi carta (me ha hablado el Ministro de una combinación aérea), paso a hablarte de lo práctico.

A los dos días de llegar di mi 1a. conferencia, me produjo 150 dols. deducidas las localidades que regalé. Mañana otra, el viernes la última. Quizás repita alguna a lo Lorca soltando conferencias en varias ciudades hasta llegar a Cartagena, Barranquilla donde me embarcaré para Cuba o para Venezuela pasando por La Guaira.

Te digo buenas noches y no sé hasta cuándo, pues mi vida es sin descanso y un minuto libre, libre... ¡Cómo anhelo verme dueña de mi persona!

1930

A Lydia Cabrera. Bogotá, [junio].

Tunja, la Colonia y la "celebridad"

Regreso de mi viaje a Tunja encantada. Una ciudad que no se ha movido del siglo XVIII. Me conmovieron las calles, la gente, las iglesias, a pesar de las inevitables bombillas e imágenes nuevas. Aunque fui de incógnito, se averiguó, lo que me quitó la libertad que hubiera querido. Pero el homenaje de la gente me conmovió, se pusieron de fiesta como si mi llegada fuera un gran acontecimiento. Me invitaron al cinematógrafo, único espectáculo que se ve allá y en la pantalla, a falta de otro medio de publicidad, anunciaron que se encontraba allá "la ilustre autora de *Ifigenia*". Estaba yo en el palco presidencial; si vieras los aplausos y los vivos. Luego me llevaron a un baile organizado en mi honor. Las mujeres, que no salen nunca a la calle por el frío y porque la ciudad vive desierta, estaban de gala, con esa tristeza de las mujeres que no han vivido ni sospechan lo que es la vida; bonitas y tristes. Tuve la suerte de que en la calle, cosa que ocurre a menudo, se fue la luz eléctrica, y pude verla a la luz de la luna: encantadora de evocación. Cuando llegué a mi cama con un frío horrible, imagínate las casas coloniales con una temperatura de invierno. (El diez estaré en La Habana), Tunja no tiene sol. El viaje a Tunja me costó caro, pues por error de los periódicos anunciaron mi repetición para hoy, en lugar de ayer, y el teatro estaba casi vacío en palcos. La mitad justa de lo corriente. Creo que el empresario se aprovechó e hizo las cuentas del Gran Capitán; ahora voy a cambiar de sistema. En Medellín voy a subir el precio a 1.50 y tomaré el teatro más grande de la localidad. ¿Pero tendré fuerzas para seguir resistiendo a la popularidad, banquetes y presentaciones? *J'en ai marre.*

A Vicente Lecuna. Cartagena (Colombia), 3 de julio.

Antes que nada quiero contarle la coincidencia tan grata que acompañó la llegada de su carta y de su telegrama: viniendo la una de Bogotá y el otro de Medellín me los entregaron juntos en el momento

1930

Bolívar: visita a San Pedro Alejandrino

de tomar el avión que yo había pedido especial para poder en un día ir y venir a San Pedro Alejandrino. Fue una manifestación conmovedora la que me hicieron allá, no por lo que representara de triunfo personal, cosa que me cohibe un poco, sino porque me parecía y creo que así fue, que veían en mí algo que representaba en forma viva el recuerdo del Caracas de la Independencia y el recuerdo de Bolívar, no el dominador magnífico sino el otro, el enfermo desahuciado, triste y dolorido por los desengaños, que iba a morir a la pobre casita. Puedo decirle sin exagerar que lo "vi" entrar en la casa a pesar de la mucha gente que no me estorbó la evocación. Hubo detalles conmovedores como éste que sentí yo sola: a la entrada de la casita estaba una señora vieja de pelo blanco que me tendía un ramo de flores y me la presentaron: Doña Manuelita... (no recuerdo el apellido, ni lo oí bien).

—Permítame señora que la abrace en nombre de Bolívar.

Me hizo llorar pero nadie se fijó en la coincidencia, ni ella tampoco. En la sala estaba el cuadro del matrimonio con Teresa que es el retrato de mi hermana E... Bajo los árboles leí de pie un fragmento de mi conferencia y pasaron de nuevo ellas, las que lo acompañaron y lo quisieron. Su carta que me había hecho tan estupenda impresión para la busca del Bolívar que yo quisiera encontrar cobró una fuerza de sugestión tan grande que le envié de allá un telegrama y me sentí con bríos para tomar otro avión especial a fin de ir a ver la sombra del Marqués de Casa León, las cartas de que me habla, San Mateo y San Jacinto. Hasta ahora no he visto nada; tampoco había visto a Bolívar; después de su carta puedo confesárselo, sé que usted me disculpará pensando que la culpa no es sólo mía, sino de los que tanto lo han desfigurado por engrandecerlo a imagen y semejanza de sus plumas pródigas en grandilocuencia.

Bolívar "desfigurado por engrandecerlo"

Caracas

La triste realidad es otra: no me es posible ya ir a Caracas; pasado el impulso lírico lo comprendí: tengo ya el itinerario y el viaje arreglado por Cuba, New York y Europa. Si tiene ocasión de hablar allá con mis hermanos, comprenderá que no me era

1930

fácil cambiar de rumbo. Pero ahora puedo ya darme cuenta de todo lo que pierdo. Una cosa me consuela: el recuerdo finísimo de ese Caracas que vi desde San Pedro reflejado en cuanto me rodeaba y que hubiese quizás traído a la realidad la visión material. Tal vez no. Yo quiero mucho a Caracas y la ausencia me ha enseñado a apreciarla por comparación. Qué lindo era el Caracas de mi infancia que yo no supe apreciar entonces ni después; el de los aleros y las ventanas abiertas. ¡Qué gracia en su sencillez tosca y monótona! ¿Por qué Guzmán Blanco tumbó los conventos y mandó quitar los aleros? ¡Que Dios lo haya perdonado!

Le escribo muerta de calor, homenajes y visitas. La ciudad es estupenda y la gente encantadora. Pero yo no puedo dividirme en mil pedazos ni pedirle al sol que se modere un ratito: es implacable.

Volveré a escribirle con calma sobre su carta y datos; desde luego le repito que sus indicaciones me han caído como aguacero a tiempo en tierra que lo necesitaba. Puede que me ayude y se salve la cosecha. A veces temo que ni siquiera asome la primera hierba. ¡Me asusta tanto a ratos el proyecto!

A Vicente Lecuna. La Habana, 12 de julio.

[...] Sentí en forma extraordinaria, casi con desesperación el no haber ido a Caracas, durante las primeras horas de mi viaje, luego con la calma y la reflexión me he consolado pensando que necesito volver con tiempo; no a hacer vida de ciudad sino vida de campo, me parece que no conozco a Caracas, y creo que en efecto es verdad, no la conozco, por falta de perspectiva y puntos de comparación no la había visto hasta ahora: me di cuenta de eso al entrar en Medellín, ciudad que se parece mucho a Caracas; descubrí por primera vez desde allá que Caracas es muy linda y la del siglo XVIII, la de la infancia de Bolívar, un verdadero encanto.

Desde ese punto de vista su carta, le repito, me hizo un bien extraordinario, los documentos de que me habla, los aspectos que me señala responden a

la perspectiva para conocer "lo propio"

1930

lo que yo quiero; el éxito personal me interesa mucho menos: lo que me resulta apasionante es buscar, desenterrar, y vivir un tiempo en contacto íntimo con la persona de Bolívar cuando vivía; describirlo, viene en segundo lugar; comprendo, a pesar de mi inexperiencia, el placer infinito del historiador. Me parece indispensable ir a Venezuela. La hacienda del Tuy de la que no tenía noticias, me ha hecho saltar de alegría. No basta lo escrito; es necesario el paisaje y el ambiente de la época; a veces se encuentra en otra parte. En ese sentido tanto Cuba como Colombia, Tunja y Cartagena me han enseñado mucho. El negro cubano está impregnado todavía en colonia. Una conversación con un negro viejo de aquí vale un mundo. Qué bonita debía ser la vida colonial nuestra, la del siglo XVIII y principios del XIX, ese despertar en medio de la gracia indolente y noble en que se vivía y cuyos restos se ven todavía entre ciertos medios. Describir, evocar todo eso, alrededor de Bolívar sin literatura, sin afán pintoresco, es lo que quisiera ¿pero cómo librarme de la literatura, de la de antes y de la de ahora, futuristas, minoristas, etc.? todo este carnaval que nos ciega y nos aturde y en donde para mayor desorientación entre la nube de equivocación y de cursilería, se encuentran de pronto fuertes y grandes talentos que nos atraen sin llegar enteramente a convertirnos; ¡en qué mal momento hemos nacido! Es este carnaval de imprenta lo que me ha llevado hacia la biografía, acomodar las palabras a la vida, renunciando a sí mismo, sin moda, sin pretensiones de éxitos personales, es lo único que me atrae por el momento.

Refiriéndome a su carta, sin más elucubraciones, le diré: que espero con impaciencia los libros ofrecidos; y que después de leer con tranquilidad iré a Venezuela a visitar los lugares de que me habla: quiero conocer el Llano, el Tuy, los Andes si es posible y volver a ver los Valles de Aragua. Luego si me siento capaz escribiré sin seguir demasiado de cerca lo leído. Creo que tiene usted sobrada razón en lo que anuncia sobre las equivocaciones de los biógrafos; sin el menor conocimiento de causa me lo había anunciado siempre mi instinto; pero

la vida colonial. Evocar sin "literatura" la vida de Bolívar

el "carnaval" de la literatura

1930

esas equivocaciones son a veces favorables por la reacción que producen, nos van indicando las faltas en las que no debemos incurrir.

Diario de Bucaramanga

[...] A propósito de indiscreciones le diré que el Diario de Bucaramanga, apartando lo que pueda o no haber de cierto y de perjudicial en las revelaciones, me interesó mucho por el don de vida de que le hablé, "vi" bien a Bolívar a través de los detalles, jugando a la ropilla y conversando y comentando. No era para hacerlo circular de mano en mano y la parte de Cornelio Hispano en el asunto no es airosa.

lecturas sobre Bolívar

Pero ésa es costumbre entre todos nuestros periodistas de por acá; no se dan cuenta de la gravedad de ciertas indiscreciones; cuando se trata de interesar al público con lo sensacional lo sacrifican todo, y poco les importa la figura del que violan o los perjuicios que puedan ocasionar. Me gusta mucho el Bolívar hacendado del Tuy y de Aragua como ya le dije y ese Marqués de Casa León a quien no conocía: ¡por qué medios tan interesantes pasó Bolívar! De la hacienda colonial al Madrid de Carlos IV, al Consulado con el comienzo del Romanticismo, esa casa de Fany donde él se descubrió a sí mismo, gracias quizás a detalles superficiales, el éxito mundano, fácil en París para el extranjero que lleva en sí una nota de exotismo, y Humboldt y Simón Rodríguez, no hay nada que subrayar, la narración sola es superior en interés a todo cuanto pudiera imaginarse de novelesco: yo detesto la novela histórica. No conozco todavía sino fragmentos de las cartas de Fany. Sé que hay un tomo de O'Leary en donde se hallan y supongo que en París en los archivos de la familia deben hallarse muchas; estoy dispuesta a acercarme a ellas con la discreción del caso y espero sus luces y sus indicaciones sobre el particular. También quisiera insistir sobre los papeles depositados en la redacción del *Siècle* (?) (no recuerdo bien) por Pérou. ¡Si los encontrara...! pero ya debe estar ese punto más que aclarado y desahuciado de esperanza. Las cartas del archivo de Quiñones de León interesantísimas también. ¡María Antonia me ha parecido siempre estupenda! Lástima grande haber nacido tan tarde

1930

"qué poco (nos) hemos visto"

y no haber podido conocer y conversar largo y tendido con Matea mientras barría, planchaba o tenía en el budare las arepas. ¿Qué cuenta de ella A. E.? Temo que también la haya pasado demasiado por la crema literaria. Qué mezcla tan feliz la del negro con sus resabios africanos mezclados al señorío castellano adaptado al trópico, cosa que nosotros los blancos europeizados hemos ido perdiendo y que ellos han guardado sin esfuerzo. ¡Qué poco hemos visto y qué mal los hemos puesto a vivir en cuentos y novelas! ¿Se ha fijado bien en el diálogo de nuestras cosas criollas? Son andaluces o son valencianos de Blasco Ibáñez dentro de panoramas criollos llenos de pájaros, mariposas y toda la fauna y la flora demasiado maravillosa para ser descrita.

A Rafael Carias. La Habana, 12 de julio.

[...] Mi viaje por Colombia⁶⁹ fue un éxito en todos los sentidos: me gustó mucho más de lo que creía: Hay ciudades como Tunja y Cartagena, donde se ve materialmente la Colonia; Bogotá me gustó mucho, y Medellín, ciudad de clima medio, parecida a Caracas, me pareció encantadora.

No sé si le he hablado de mi proyecto: quisiera escribir una vida íntima de Bolívar. El viaje a Colombia me ha interesado mucho en ese sentido, no en lo que se refiere a mi éxito personal (eso más bien me agobia y acobarda), sino por lo que he visto de evocador y de carácter criollo. Tenemos cosas muy lindas en estos países y no las vemos sino cubiertas de literatura exportada que las deforma. Es mi deseo el de descubrir a Bolívar detrás de esa muralla china de adjetivos, aun cuando después me faltara valor para la empresa de escribir sobre él, cosa difícil y arriesgada. Por de pronto necesito leer mucho. He comprado libros en Colombia, tengo otros encargados. Quiero ver el ambiente que vale más que los libros y eso lo haré cuando regrese a Venezuela; la visita a San Pedro Alejandrino y a

descubrir a Bolívar detrás de la "muralla china de adjetivos"

⁶⁹ Se refiere al viaje a Colombia que realizó ese año, durante el cual dictó su ciclo de tres conferencias "Influencia de las mujeres en la formación del alma americana".

1930

la quinta Bolívar de Bogotá me dio la medida de la importancia que tienen la evocación y los lugares.

Cuba está más cerca de la Colonia

Cuba, a pesar de su americanización muy exterior, tiene en la actualidad, en ciertos medios, más color criollo que nosotros, por estar sin duda más cerca de la Colonia de lo que estamos allá; los negros especialmente son coloniales. No me arrepiento por lo tanto ni de haber regresado a Cuba, ni de haber desistido de un viaje a Venezuela atropellado: las cosas se conocen gracias a los puntos de comparación y a cierta perspectiva. Son mis proyectos inmediatos los de leer primero y luego el año próximo ir a Venezuela con calma a conocer el Llano, los Andes y a volver a hacer la vida de hacienda de mi infancia; todo eso es necesario para conocer a Bolívar.

conocer por "puntos de comparación"

A Vicente Lecuna. Vevey, 10 de septiembre.

Memorias de O'Leary y el proyecto sobre Bolívar

[...] Hace casi un mes que estoy aquí en Suiza. Estoy entregada a la lectura de las *Memorias* de O'Leary. A medida que avanzo se ha ido aumentando mi interés, mi cariño, mi devoción que es ya casi una obsesión, una fiebre. ¡Qué hombre tan grande! Todo cuanto se diga de él es poco. A medida que lo conozco voy reconociendo lo atrevido de mi proyecto y me asusto y apoco. Pero como por otro lado siento la fiebre mística que nos impulsa a empresas superiores a nuestras fuerzas, tengo ratos de aliento y entusiasmo.

[...] A medida que adelanto en la lectura mi proyecto se enseria. Yo sé que una "vida amorosa" escrita con algunas anécdotas amenas y amables, con facilidad para hacerla traducir al francés e incluirla en una de esas colecciones que andan por ahí, sería sin duda bien acogida. Pero ya ese éxito fácil no me seduce. Prefiero las dificultades y el trabajo y hasta el fracaso pero siguiendo un fin más de acuerdo con lo que considero ya un estado de conciencia místico. No quiero decir que desdeño la anécdota, los detalles, los amores y la forma amena, al contrario creo que son indispensables, es lo que mejor manejo y lo más apropiado para impregnar un personaje de movimiento y de vida ponién-

"ya ese éxito fácil no me seduce"

1930

el apóstol y no el héroe

dolo además al alcance de todo lector. Pero detrás de esa forma fácil ocultando el trabajo y el menor alarde de erudición debe aparecer el hombre extraordinario. Más que el héroe, el apóstol, el Mesías y el mártir. Es esta faz entre las múltiples de Bolívar la que más excita mi fervor y la que más quisiera hacer resaltar. ¿No cree usted que hasta ahora la han sacrificado a la otra, es decir, al héroe que despierta un entusiasmo más fácil pero que es quizás menos útil a nuestra generación moral? Los héroes exaltan el nacionalismo, la ambición personal, la fiebre de mando, la guerra. Bolívar apóstol, profeta y sacrificado por el individualismo de los demagogos, que anteponían sus mezquindades del momento al ideal eterno, es el que más debe predicarse y difundirse. Es el más sensible al alma, el llamado a despertar por el ejemplo los más nobles sentimientos de abnegación y virtud. En Venezuela hemos perdido la fe y todos debemos tratar de despertarla de nuevo. Si yo llevase un grano de arena a esa obra de regeneración me sentiría satisfecha pensando que no habré pasado enteramente inútil por la vida. Hasta ahora, lo confieso, no me había ocupado sino de poner en evidencia el escepticismo de mi generación y en negar con ironía, obra en suma demoledora y que a la larga, fuera de la satisfacción personal —¡tan vana!— no deja nada. Quisiera en adelante sin cambiar de forma, tratar de hacer obra de alguna trascendencia ética, reunir en lugar de dispersar. He entrado ya en la edad en que se deja de ser revolucionario y comienza a buscarse algún ideal místico.

ideal místico

A Rafael Carias. París, 1º de octubre.

Mucho le agradezco su ofrecimiento de colaboración en mi próximo y sólo probable trabajo sobre Bolívar. Por de pronto me ocupo de conocerlo lo más "vivo" posible. Aunque no pasara de ahí, ya es mucho para mí misma. Pero quisiera ayudar a la medida de mis fuerzas en hacer obra de apostolado en Venezuela. Como creo haberle dicho, pienso que el Bolívar héroe superhombre ha contribuido a

1930

Bolívar y la vida
intima de la Colonia

despertar el caudillismo y una excesiva vanidad nacional, que hace ver más triste y decaído el presente. Son las virtudes morales las que principalmente hay que exhibir, las de Bolívar y las de toda la sociedad colonial, tan fuerte y tan distinguida de alma. Me interesa mucho conocer la Colonia. Ya que tan amable se ofrece a colaborar conmigo, le ruego que me indique todo aquello que sobre la vida íntima de la Colonia pueda encontrarse en Caracas. Yo trato de recordar lo más posible los relatos orales de los viejos que conocí en mi infancia cuando no sabía apreciarlos. Aunque algo me queda no es bastante.

A Enrique Bernardo Núñez. París, 26 de noviembre.⁷⁰

[...] Ya estoy por fin en París desde hace un mes leyendo de Bolívar y de Venezuela. Pero no me resultan esos libros de allá con este cielo tan gris y este campo metido en agua. Sufro de claustrofobia. Quisiera como Simón Rodríguez irme a pie por el trópico, con los libros y una hamaca a recibir aire, a ver los árboles, el mar azul, los negros, los indios, y los criollos blancos no europeizados; qué simpáticos son los criollos, con cultura criolla sin pretensiones de elegancia parisiense.

[...] El viaje a Colombia me hizo mucho bien porque vi la Colonia y quisiera ir a buscarla ahora a Venezuela. En Bogotá lo recordé mucho y comprendí sus quejas y su situación difícil. También lo recordé en la Quinta Bolívar que es realmente un encanto. Después del viaje he recordado con verdadero cariño aquellos días tan cortos y tan íntimos pasados con ustedes y los Austria en Panamá. Me hicieron el ambiente caraqueño que yo quiero tanto y que me hace tanto bien al espíritu.

⁷⁰ Esta carta ha sido publicada sin año en la edición de la Biblioteca Ayacucho; en la ficha de la fotocopia del manuscrito de la Biblioteca Nacional se la señala como del año 1928. Como la carta parece estar dirigida a Panamá (le envía saludos al embajador don Pepe Austria), ciudad a la que Bernardo Núñez había sido trasladado en 1930, menciona su reciente viaje a Colombia y habla de *Cubagua* como si estuviese en imprenta, hechos todos que corresponden a 1930, establecemos ese año como fecha más probable.

1930

A Vicente Lecuna. París, 29 de noviembre.

[...] El culto por un muerto ilustre y tan de uno como Bolívar es una especie de religión que uno practica a los que la practican. Usted es una especie de sacerdote de ese culto y yo quiero ser la "fiel" llena de voluntad a quien usted dirija y enseñe. Usted tiene la admiración serena del que sabe que no se convence por medio de ditirambos sino con la relación sencilla de los hechos. Yo quiero como usted reservarme de la admiración académica de los discursos y aprender a querer profundamente y con ternura. Por eso creo que las cartas no tienen precio: es lo que más se parece a los recuerdos personales transmitidos por los que directamente vieron y oyeron.

Tengo ya leídos y anotados a O'Leary (la narración) y a Juan Vicente González en la biografía de José Félix Ribas y a Larrazábal. Las tres obras pertenecientes a la Biblioteca Ayacucho que he adquirido. No tenía los documentos de O'Leary y en cuanto al Larrazábal original que usted me manda me interesa mucho. El de la Biblioteca Ayacucho está incompleto y modernizado por Rufino Blanco Fombona. Aunque como usted dice con razón el Larrazábal original debe tener el estilo de los historiadores románticos del siglo pasado, llega en su relato, por lo que he visto, hasta el año 30. El otro termina con la entrevista de Guayaquil. Además el estilo de Larrazábal me interesa por lo que representa el mismo Larrazábal de su época.

Mi curiosidad por Bolívar se me ha extendido por toda Venezuela, el paisaje, las costumbres, el XIX, las familias y sobre todo la Colonia. Me parece que todo me coge de nuevo como si no lo conociera. En Cuba me interesé mucho por los negros que han guardado allá el carácter colonial. Para ese cuadro del siglo XVIII en que nació Bolívar, es una nota muy bonita la de los esclavos.

Yo pienso con ternura en el "batey", como dicen en Cuba, o repartimiento como dicen en Venezuela, de San Mateo. Bolívar niño debió oír los cuentos (con canto y mímica) de los esclavos africanos. La negra Matea y la otra (no recuerdo su nombre aho-

las cartas: "aprender a querer"

lecturas sobre Bolívar

1930

ra), la que él abrazó cuando su última entrada a Caracas, también tuvieron una influencia íntima y humilde en su alma, enseñándole a querer el pueblo en ellas.

Usted me dice en su carta que le pregunte sobre cada duda que tenga y voy a aceptar y hasta abusar del ofrecimiento haciendo una lista larga. Debo confesar con sinceridad que mi ignorancia o lo que es peor, falsa interpretación sobre nuestra historia era, hasta hace poco, muy grande. Yo me eduqué en España y no conocía la historia de Venezuela aprendida en colegio (cosa que no siento pues esto nos lleva mucho al lugar común). Conocía al contrario la Historia de España, sabía que nuestra guerra de la Independencia había coincidido con la de España contra los franceses, y considerando la nuestra guerra internacional, no la veía tan grande ni gloriosa. La grandilocuencia tropical lejos de convencerme afirmaba más mi escepticismo. A esto hay que añadir otro punto que quizás le interese a usted por su parte psicológica. Por la rama materna directa yo recibí en mi infancia mucha influencia goda, es decir antibolivariana. Mi abuela materna Mercedes Ezpelosín, que era politiquera, inteligente, muy apasionada y medio letrada, tenía gran cariño por mí y me contaba, allá en España, cómo habían pasado las cosas en Venezuela durante y después de la Independencia. Su madre, a quien sin conocer yo llamaba también mamá Panchita, era un personaje medio de cuento cuya historia me conmovía en forma extraordinaria. Mamá Panchita en el cuento era la pobre princesa perseguida por la adversidad: Bolívar era el ogro, el hada del mal destino. Mamá Panchita Tovar (nieta del Conde) se había casado con un español rico, don Francisco Ezpelosín, contemporáneos ambos de Bolívar, ¡y no necesito contarle más! ¡Cómo me conmovía la tarde (no sé en qué año) en que había ido la pobre Panchita arruinada y sola (don Francisco andaba escondido), a pedir clemencia a su primo hermano, Cristóbal Mendoza, Gobernador de Caracas. Éste ni siquiera había levantado los ojos de su trabajo y la había despedido diciendo: "El que no está conmigo, Panchita, está contra mí." Luego venía un

la Independencia
es una historia de
familia

1930

viaje a pie hasta La Guaira, una goleta donde se embarcaban, un mar malísimo, años de destierro en Puerto Rico, hijos muertos en plena juventud, y por fin el regreso en plena miseria y mamá Panchita que narraba las crueldades de los patriotas y de Bolívar (naturalmente), afirmando: "Yo lo vi con estos ojos."

Creo que esa hostilidad transmitida oralmente puede haberme preparado más para sentir de cerca a Bolívar que muchos elogios escritos. Del lado de mi padre soy biznieta del general Soubllette y también recuerdo las historias (éstas en otro tono pero también muy vivas) de mi tía Teresa Soubllette que escribía al dictado las cartas de su padre desde los 15 años y a quien usted debió tal vez conocer. Conozco de oídas muchas cosas que he encontrado luego en la historia: el dolor de la madre de los Burroz, dos veces parienta cercana por la rama paterna y materna. En el fondo para casi todos los caraqueños la Independencia es una historia de familia. El propio Bolívar tiene parentesco aunque lejano con la familia de mi padre. Cuántos motivos para dejar ya en paz al semidiós y ocuparse del padre y del maestro querido y cercano, haciendo destacar sus grandes virtudes modestas: la abnegación, el espíritu de sacrificio, la rectitud, la limpieza del alma, virtudes al alcance de todo el mundo. La verdadera revolución cristiana no la hizo Jesús con sus milagros tanto como por haber nacido en el pesebre y haber muerto conjuntamente con los asesinos y los ladrones.

Una historia de Bolívar en donde se contasen sus hazañas y sus triunfos extraordinarios sería absurda. Pero éstos se destacan solos, por su propia fuerza. Sobre lo que hay que insistir para hacerlo más amable que admirable es sobre la vida humilde de todos los días, sobre el sufrimiento, los amores, las injusticias, las decepciones, mezclado al encanto del paisaje y del ambiente.

¡Cuánto carácter tiene nuestra Colonia! Cuando se compara nuestro siglo XVIII al francés tan mano-seado con sus marquesas versallescas y su corte ultra refinada, éste resulta artificial, casi cursi, al lado de nuestra Colonia tan sobria, tan noble como

sobriedad de la Co-
lonia

1930

todo lo que vive sin esforzarse, de acuerdo con la naturaleza y con el clima.

el trabajo antes de escribir

Como le decía he estado hasta ahora leyendo y anotando los principales libros de historia a fin de fijar bien en mi memoria los hechos por orden cronológico. Sólo después quiero leer las cartas, cuyo interés depende mucho del momento y de las circunstancias en que fueron escritas. Como le decía en mi carta anterior (temo tanto repetirle siempre la misma cosa) no tengo prisa y luego de leer quiero viajar para que la imagen viva me borre un poco la letra de imprenta. Para trabajar aquí hay que luchar mucho contra la gente que no sabe respetar el tiempo. Me voy defendiendo como puedo y mal que bien sigo leyendo. El envío ha llegado completo de acuerdo con la lista. Creo que los folletos y las cartas que he hojeado han de interesarme mucho. Lo que no he recibido hasta ahora y temo se haya extraviado es el boletín de la Academia que me anuncia con el retrato del legionario Sagarzazu. Sentiría que se hubiese perdido. La historia de Baralt no figura en la colección de Ayacucho. Por lo tanto se la agradezco mucho. Soy muy amiga de Vejarano, el historiador de que usted me habla y voy a pedirle su libro.

A Luis Zea Uribe. 1º de diciembre.

[...] Yo he perdido en París mi lindo fervor que como una fiebre santa me atacó en el trópico. No quiere decir que haya perdido la fe, pero siento que mis ojos no pueden mirar "más allá" porque están contaminados de vida exterior. Yo no ceso de pensar en que el trópico, como el extremo Oriente, es tierra donde crece espontáneamente el misticismo. Las influencias europeas, importunas, inadecuadas y mal digeridas durante todo el siglo XIX nos han desorientado, y andamos casi todos locos buscando en el poder, en el dinero, en la reputación algo que es tan fácil de encontrar dentro de sí mismo en los países de sol con sólo levantar la cabeza en las noches o en las madrugadas y mirar al cielo. ¿No cree Ud. que la Colonia debía estar impregnada sin saberlo del gran misticismo de Oriente (budista o el

"misticismo" de la Colonia

1930

primitivo cristiano, el del verdadero amor), y que la Independencia, manifestación de ese misticismo, le abrió la puerta a la charlatanería del siglo pasado? Yo veo a Bolívar como a un yoghi; efecto de trescientos años de valles de Aragua. Europa no lo dañó como a Miranda, quien me recuerda mucho, no sé por qué, a los escritores celebrados en ciertos periódicos de París, a fuerza de invitaciones y amistades, los cuales pasan a ser "genios" gracias a la distancia y al buen cuidado de no publicar nada. Cada día me deprime más ese medio de mediocres de relumbrón que se hacen dar banquetes y nombrar por críticos benevolentes para hacer efecto allá, al otro lado del mar, a personas que en el fondo valen más que ellos y a quienes desorientan y envenenan con el espejismo de la notoriedad. Entre los muchos bienes que debo a mi viaje por Colombia hay uno que aprecio sobre todos: el de no haber sentido un momento halagado el amor propio por los homenajes, sino una especie de rubor muy hondo ante la idea de que me sobrepasaban. Esa reacción de humildad espontánea me ha hecho un bien inmenso, porque me ha despertado el deseo de merecer en realidad, a la manera de los místicos, y de los obreros de las catedrales de la Edad Media, que esculpían una piedra y la colocaban en un lugar oscuro sin grabar su nombre. Ud. conoce esa satisfacción y sabe por experiencia, sin duda, puesto que todas las ha conocido, que es más intensa y más hermosa que la notoriedad.

los "mediocres de relumbrón"

1931

A Rafael Carias. París, 3 de enero.

la compañía de los muertos

[...] Sigo en mi vida tranquila, muy encerrada con los muertos de Caracas de hace cien años. ¡Qué agradable compañía y cómo me provoca a veces, oírlos, verlos, sin decir nada de ellos, que siempre será inferior a lo que fueron! Sigo siempre con mi deseo y proyectos de regresar a Venezuela y quedarme allá algún tiempo. El campo, las casas y la gen-

1931

te criolla, la que no viaja y no se europeiza, me atraen ahora extraordinariamente. En ellas está todo lo que vale de veras.

centenario de Bolívar

[...] Se celebró aquí el centenario de Bolívar con cierto ruido de prensa y de cosas protocolares. La misa de réquiem en mi opinión estuvo fría; el baile fuera de lugar, apenas entré. En el fondo Bolívar sigue siendo aquí el autor del sombrero con muchos epítetos tropicales que lo hacen pomposo y lo dejan desconocido.

A Vicente Lecuna. París, 1º de febrero.

[...] ¡Cómo agradezco su cariñosa carta, tan llena de aliento y de cariño fraternal! Sus cartas, como los libros y papeles que me ha mandado me sirven de gran estímulo en el trabajo emprendido, que hasta ahora sólo se reduce a estudio. Tengo ratos de entusiasmo pero ¡tantos de desaliento, de falta de fe en mí misma! Se ha escrito, se ha indagado ya tanto y tan minuciosamente sobre Bolívar que ¿qué puedo hacer de nuevo? En el fondo no cuento sino con mi buena voluntad y mi cariño; pero ¿es eso suficiente?

entusiasmo y desaliento

Continúo hasta ahora como le dije antes aprendiendo lo mejor posible la historia oficial, anotando minuciosamente a O'Leary y a Larrazábal para tener, hasta donde me lo permita mi malísima memoria, una especie de cuadro sinóptico mental de los hechos, lugares y fechas. Como en realidad era mucha mi ignorancia, leo, releo y anoto en mis cuadernos por orden cronológico... un trabajo de muchacho de escuela, aplicado pero olvidadizo. Sólo el orden y la insistencia pueden ayudar a retener y yo lo hago así. Cuando conozca bien toda la historia me quedaré con sus "Papeles de Bolívar", las cartas y las copias que me ha enviado, que van adquiriendo más y más interés a medida que me familiarizo con las personas y el momento histórico. El pleito con Briceño, el Diablo, por las tierras de Yare me ha interesado extraordinariamente. Se sorprenden detalles llenos de vida, lo mismo que en las cartas entre los tres Palacios: Esteban, Carlos y

un trabajo de "muchacho de escuela"

1931

Pedro, con los comentarios sobre Simoncito. Como mi deseo sería el de hacer una biografía viva, los detalles del ambiente, las cartas de familia, etc, tienen para mí un valor infinito. Yo deseo sobre todo sentir la Colonia de Caracas. Algo de eso que no se descubre en los libros, he recibido ya por tradición de familia, como le dije en mi carta anterior, pero necesito completarlo conociendo a Venezuela, leyendo cartas de familia, oyendo conversar a los que conocen como usted la Colonia a fondo.

Quisiera, si las circunstancias me lo permiten, hacer lo más lentamente posible el viaje de Bolívar: es decir, recorrer el interior de las cinco repúblicas.

Paul Rivet

indagaciones sobre Bolívar

El otro día tuve ocasión de hablar con el profesor Rivet, que es presidente de la Sociedad de Americanistas de París; ha estudiado mucho y con cariño a los indios y a la sociedad colonial; usted debe conocerle; pienso seguir sus conferencias. Estuvo muy amable conmigo, ofreció darme cuantos datos pudiera yo necesitar sobre sus estudios y viajes: me dijo que en Venezuela, en la sierra de Mérida, los indios se habían conservado como en el tiempo de la Colonia. También pienso ir a ver a una condesa francesa a quien vi en la Misa de Réquiem del 17. Me llamó la atención al entrar a la iglesia porque le dijo al suizo que guardaba la puerta que a ella le correspondía estar en los primeros puestos por ser "parienta de Bolívar". Yo me acerqué a hablarle al salir, pues me llamó la atención su vestido anticuado y sus modos de "vieille France". Me dijo en efecto que era descendiente de Mme. Dervieu de Villars. Pienso ir a verla, por recoger lo que haya guardado de tradición sobre Bolívar en la familia, aun cuando sé que no conservan cartas y que Mancini recogió ya cuanto había de más notable. Siempre me quedan esperanzas de que me proporcionen elementos con que reconstruir el ambiente. Su historia de la casa de Bolívar me ha gustado mucho: la hija de Narváez, su tutor; el reparto de aguas, las casas de paja y horcones al principio del siglo diecisiete son muy evocadores. Bajo otro aspecto me ha interesado también mucho la expedición de los Cayos, verdadera hazaña de piratas. Yo quisiera que me proporcionara todo lo que le

1931

fuera posible sobre Josefina Machado; si no ahora, cuando lo vea en Caracas. Es mi proyecto en general, después de conocer en conjunto la vida y obra de Bolívar, dedicarme sólo a la infancia y primera juventud y entonces, si el proyecto no me abandona a mí, hacer un primer libro y luego varios más que puedan leerse por separado y formen al mismo tiempo parte de una serie. No es posible encerrarlo en un solo libro. Además de él, hay el ambiente, los colaboradores y los distintos países.

Por este correo pienso escribir a algunos amigos pidiendo me envíen lo que haya sobre folklore venezolano. Tengo algo pero es muy poco y también me parece indispensable conocerlo lo mejor posible, pues el pueblo, por su misma ignorancia de las cosas oficiales, conserva mucho la tradición y la transmite sin esfuerzo.

A Vicente Lecuna, París, 23 de marzo.

¡Con cuánto gusto he recibido y leído su última carta! Cómo me ha interesado todo lo que en ella me cuenta: las peleas de los realistas y patriotas en Caracas y María Antonia Bolívar resistida a emigrar y sacada a la fuerza por orden de Simón. Yo creo que en el fondo se parecían mucho los dos hermanos, y que si María Antonia sabía defenderlo cuando lo atacaban ausente, cuando estaba presente debían discutir mucho. Se ve que ella tenía opinión propia y que le gustaba decir la verdad. En mi última carta creo que le dije la alegría que me había producido la lectura de sus documentos inéditos. El pleito de Bolívar y Briceño cuando eran vecinos de hacienda en Yare, etc. ¡Quién les iba a decir lo que iban luego a pasar juntos, y que casi por vengar la muerte de Briceño iba a firmar Bolívar el decreto de Trujillo!

Sus cartas, amigo Lecuna, me animan, pero me llenan de cierto temor: usted espera demasiado de mí. En todo caso su amistad tan sincera y generosa, su compañerismo, sus consejos, me causan una gran alegría interior, su comprensión en lo que se refiere a mi buena voluntad me compensa de mu-

la hermana de Bolívar

temor a las expectativas

1931

chas incompreensiones y me acompaña como la presencia de algo noble y fuerte: se parece a la fe.

A Vicente Lecuna. París, 6 de abril.

viajes; "el confort nos pone insoportables"

[...] Tengo a ratos un deseo vivísimo, hambre casi, de viajar muy lentamente por el trópico, andando mucho a caballo, en canoa, a pie, en todo lo que camina despacio. Su carta ha venido a abrirme, aún más, el apetito, con su itinerario de 1924 por Junín y Ayacucho. Pero ¿no cree usted que los automóviles y los trenes son unos aisladores entre el país que se recorre y el viajero? Yo creo que sólo a caballo se debe aprender a conocer y a querer la tierra, a caballo se sienten todos los olores de las hierbas y de las matas cuando una rama nos roza la cara; se puede conversar con los peones, decir buenos días a la gente de los ranchos, al que está trabajando; recibir sol y agua directamente del cielo con buen humor, sin quejarse. El confort nos pone insoportables, no podemos sufrir la menor incomodidad, todo se ve a través de una ventanita y cuando se regresa del viaje se tiene la impresión de haber estado en el cinematógrafo. Yo quisiera viajar como los peregrinos y los soldados: pasando trabajos, que éstos tienen su recompensa.

los románticos del trópico

Tiene mucha razón en lo que me dice sobre los amores de Bolívar, son secundarios, eran amoríos. Me interesaron mucho las cartas de Fany en el "Boletín" dedicado a Bolívar. ¡Qué gusto tan sabroso tiene la verdad!, gusto de agua pura. ¿Por qué a los escritores románticos retardados del trópico les gustará tanto echarla a perder con perfumes y azúcar? Me refiero a los versos de que usted me habla y a muchas observaciones y apreciaciones del libro de Cornelio Hispano que por lo demás es interesante y agradable.

[...] Leí últimamente el libro de Basterra *Los navíos de la Ilustración*, que me interesó mucho. Su tesis sobre la compañía guipuzcoana está en desacuerdo con lo que dice Baralt en su Historia antigua de Venezuela. La considera abusiva y despótica. Basterra le atribuye la cultura misteriosa que

1931

aparece en Caracas a fines del XVIII, y todo el espíritu inquieto de renovación y de iniciativa que produjo la independencia. Yo a veces pienso, ¿no sería al contrario el aislamiento de los siglos anteriores, sin políticas, negocios ni contacto con Europa, lo que dio a Caracas su alma mística que todavía se ve en algunas familias? Era un gran Monasterio al aire libre en contacto con la naturaleza que le daba al catolicismo un tinte pagano. En fin, me interesa mucho más que lo que pasa en nuestros días, lo que pasaba en Caracas en el siglo diecisiete. ¡Quién pudiera hacer un viaje allá, ése sí merecería la pena! Hace algunos días que he dejado de leer sobre América y Bolívar, para leer sobre cosas de Oriente, la historia del Budismo y demás influencias religiosas de la India. Volveré ahora con más gusto y con un espíritu nuevo a mis libros de América. Yo creo que es perjudicial leer demasiado sobre una sola cosa; a fuerza de verla continuamente acaba por no destacarse bien. Todo se aprecia mejor por medio de la comparación y la relatividad.

A Rafael Carías. París, 27 de abril.

[...] Si he leído *Mi Simón Bolívar*. Creo que Fernando González aunque rudo en sus verdades tiene mucho talento, no habla mal por encono personal sino por el deseo sano de destruir nuestra vanidad tropical y el narcisismo nacional. Eso duele cuando se oye, pero hace reaccionar. A mí me duele más ver en París el pesimismo inactivo, malsano, de algunos jóvenes venezolanos cuando hablan de allá; eso es lo malo; Fernando González da muchos palos, dice verdades terribles, pero se siente que en el fondo cree en el porvenir.

A Vicente Lecuna. La Beaule (Suiza), 8 de agosto.

[...] En mi última carta creo que le hablaba de las diligencias que estaban haciendo para lograr que el Gobierno de Venezuela nombrara o invitara una comisión de arqueólogos y etnólogos, presidida por el profesor Rivet, para que fuese a Venezuela a es-

el alma mística pagana de la Colonia

ventaja de las "verdades terribles"

1931

Paul Rivet

tudiar los indios y todo nuestro pasado precolombino. Rivet había expresado en público ese deseo y yo escribí directamente al general Gómez. Hace algunos días recibí cable de Requena en que me decía que el asunto iba a resolverse favorablemente. ¡Ojalá así fuera! Usted, que es una de las pocas personas en Caracas que sienten el amor de las investigaciones desinteresadas, podrá, sin duda, ser muy útil a Rivet y a su proyecto; se lo recomiendo. Yo lo conozco más por sus conferencias que por trato personal; pero me apasiona su obra y su sincero americanismo.

Acabo de leer el Bolívar de Salaverría. Me parece de un tono impertinente y poco comprensivo, cuando no de mala fe. No se coloca nunca en el verdadero ambiente. No comprende el vértigo que llevó a la guerra a muerte y trata los fracasos sublimes de Bolívar con frivolidad y prejuicio. Tal vez nuestra historia ditirámbica del siglo XIX, tan rabiosamente antiespañola, tenga un poco la culpa, pero es indigno contestar a la injusticia con injusticias mayores, sobre todo cuando se trata del pasado. Pero esta clase de juicios me entonan y hacen bien por reacción. Me animan a seguir en mi estudio y en tratar de buscar el tono ameno y sereno en que puede hacerse la biografía de Bolívar. ¡Qué lástima que Mancini haya muerto sin terminar su obra! Pero, digan lo que digan los detractores, cada día Bolívar se va haciendo más grande y más actual.

buscar "el tono ameno y sereno"

la "doble cultura" de la Colonia

A Carlos García Prada. Beaulieu, 26 de agosto.

[...] Me parece que es usted, se lo digo sin halagarlo, de esos espíritus de doble cultura (la de la inteligencia y la de los sentimientos) que dio la Colonia para hacer la independencia y que se conserva todavía mucho en Colombia. Fue ésta la impresión que saqué en mi viaje del año pasado, algo que parecía guardar una relación muy íntima con el aspecto de las ciudades, algo que se encuentra también en la gente bien nacida de todas partes aunque esté arruinada y decaída. En los otros países de América confunden mucho el espíritu demagógico y la

1931

falta de respeto y de orden con el cinismo y consideran cultura una indigestión de cosas europeas y norteamericanas desagradables por inadaptadas al medio. Yo recuerdo ahora con mucha dulzura mis dos meses pasados en Colombia.

Creo que la vi con la comprensión que da la fraternidad y el cariño. Mucho me gustará ahora pasado algún tiempo hacer mi relato de viaje: desgraciadamente, no tomé nunca una nota, y en el recuerdo se me embrollan mucho todos los detalles materiales. Si pudiera conversar con usted o con otro colombiano que conozca bien las ciudades que visité podría tal vez aclararlos.

Diario. Bellevue, septiembre 4.

Miranda

[...] Desayuno a las ocho. Lectura del periódico y terminado el segundo tomo del viaje de Miranda en Rusia. Detalles muy interesantes sobre la carta y la vida del siglo XVIII. Describe la pena del Knaut en forma impresionante. No deja entrever la leyenda de sus amores con la emperatriz, invención sin duda por ciertos biógrafos para darle importancia.

Hasta ahora me da la impresión Miranda de arribista con don de mando que hace valer ciertas cualidades exteriores: en el fondo poca vida interior y poca fuerza de espíritu.

Diario. Neuilly (París), octubre 18.

Fany de Villars

[...] Además de los datos me regalaron la copia de una miniatura auténtica de Fany de Villars. Tengo de ella una opinión bastante distinta de lo que dicen de ella C. y Cia. Creo haberla visto bien (tipo de mujer a lo Paulina Bonaparte con innumerables amantes y varios hijos naturales).

1932

A Vicente Lecuna. Leysin, 5 de abril.

[...] Acabo de releer su carta en que me habla de Macuto: ¡si viera qué bien se evoca desde aquí, en-

1932

memoria de Macuto; los años de *Ifigenia*

los baños en el río

tre esta nieve y estos pinos! Sobre todo ese Macuto romántico que usted me describe con mi padre de novio, Don H... E... y usted todavía niño... ¡Qué lindo es Macuto y toda esa costa hasta Juan Díaz! Esas playas del trópico (lo mismo ocurre en los alrededores de La Habana), tienen un ambiente que embriaga un poco y que no puede compararse a nada. Yo tengo muy buenos recuerdos de Macuto. Allá escribí casi toda mi novela *Ifigenia*. Me encerraba a escribir en una casita en ruina que pertenecía a los Guzmán y no tenía techos sino en el salón. Yo lo hice barrer y puse junto a la ventana una mesa de pino y una silla de extensión. Oía las conversaciones de la gente por la calle, a veces se paraban junto a mi ventana abierta, sin sospechar que yo estaba del otro lado. Les intrigaban a algunos los motivos que me llevaban a encerrarme en aquella casa que les parecía horrible y a mí me encantaba: la hierba crecía hasta en la sala; veía por todos lados correr ratas y lagartijas; el matapalo estaba lleno de pájaros y a veces corría por él alguna ardita; las ramas inmensas me velaban el cielo... Por la tarde salía de mi escondite e iba a veces a bañarme en el río; ¡qué cosa única, inolvidable, son los baños de río en tierra caliente. No puede haber un contacto más íntimo con la naturaleza, uno se siente fundido en ella, se vive en el alma universal, en pleno panteísmo! Comprendo que proteste y le duela que echen a perder el río de Macuto quitándole sus árboles. Afortunadamente son tan tenaces y crecen tan de prisa.

A Lydia Cabrera. Leysin, 15 de mayo.

Keyserling, La herencia india

[...] Anoche me desvelé. Leí las *Méd. Sudaméricaines*. Hay algo que me interesó mucho. Cuenta Keyserling su excursión al lago de Titicaca en Bolivia. Es un lugar misterioso y triste, cuna de una de las civilizaciones más antiguas del mundo, que siempre me ha interesado. Cuenta K. su *soroche* o puna que es el mal de la altura. Está muy minuciosamente descrito y muy bien. Me acordé del delirio de Bolívar en el Chimborazo. Parece que el orga-

1932

nismo se disgregase y se ven y sienten las cosas (lo infinito) sin los sentidos o, mejor dicho, libre de los sentidos. Esos indios tristes incapaces de la menor expansión, los indios de la altura me interesan porque los siento en mí... Creo, por eso mismo y fuertemente, en mi herencia india, en mi poco de musuché que son los de Mérida y Trujillo. Tengo también de ellos el mal de la fuga. Mi abuela contaba siempre de una india que habían comprado. La habían bautizado, instruido, hablaba español, había aprendido a leer, parecía estar adaptada enteramente a la ciudad y un día, después de muchos años, se huyó. Nunca supieron si llegaría a su tribu o se perdió. Yo siento a veces esa necesidad de huir. Soy esencialmente insociable en las tres cuartas partes de mi espíritu y todo lo arreglo con la fuga. Si no la real, la espiritual.

[A Carlos García Prada.] *Leysin, 21 de junio.*

[...] Yo no olvido un segundo a Colombia. Quisiera recorrerla a pie como los mendigos y los conquistadores.

A Rafael Carías. *Leysin, 21 de junio.*

libros de viaje

[...] Me encantan ahora los relatos de viajes. El otro día leí la excursión hecha por un inglés en 1870 al pico de Naiguatá: había nombres de personas y lugares que me eran familiares: como el relato de una noche pasada en "Güeregüere" (la hacienda de los Barrios) una alusión a "Juan Díaz", me llenó de melancolía y de un deseo inmenso de irme allá a viajar así, a pie. En el fondo quiero mucho a Caracas. Le mando ese retratito tomado en mi terraza de cura.

A Lydia Cabrera. *Leysin, [septiembre].*

lectura de O'Leary

[...] Estoy leyendo bien, tengo ya bebidas y digiriendo poco a poco la mitad de las dos mil doscientas páginas de letra, generalmente menuda por las citas y las notas, que forman la narración de O'Lea-

1932

ry. A pesar de las dificultades materiales que veo y que, afortunadamente antes de emprender el plan, nunca sospeché, estoy, sin embargo, dentro del aura mística que llaman los poetas inspiración y que no es, en el fondo, sino el despertar de fuerzas oscuras y nobles del alma, que toman por un momento el predominio y nos enseñan destellos de la verdad y de la belleza.

De la narración de O'Leary estoy viendo, como te dije el otro día, un Bolívar apóstol, santo y mártir mucho más grande que el héroe, cuya vida puede narrarse mezclada a las anécdotas y detalles en el estilo llano accesible a todos, aun a los niños, de los viejos romances populares. Del otro O'Leary, que se limita a narrar sencillamente pero con honradez y conciencia, sin implantar teorías científicas ni sociológicas, he deducido mi tesis personal con profunda convicción: la propaganda y el abuso del Bolívar héroe a fuerza de adjetivos y ditirambos de mal gusto, en ese mundo anárquico, de una democracia intempestiva y mal preparada que fueron las repúblicas bolivarianas, sobre todo Venezuela, después de la independencia, contribuyó a formar el caudillaje, los demagogos y, por fin, el dominio de la fuerza bruta de los bárbaros desde los Monagas y Guzmán, que fueron los primeros, hasta Castro y Gómez. Alrededor de ellos fue creciendo la atmósfera de servilismo, de abyección y de mal gusto que se refleja en todo.

"iniquidades de los federales"

Esto último, como comprenderás, no lo he leído en O'Leary, sino que lo he vivido. Las iniquidades de los federales que empezaron con los Monagas en el año 50 y con el viejo Guzmán, tipo de los demagogos que martirizaron a Bolívar calumniándolo y tratando de asesinarlo varias veces, esas iniquidades las oía relatar en mi infancia por mi abuela Mercedes, por mi tía Teresa Soublette, por mi tío Manuel Hernáiz; luego las viví en Caracas en las persecuciones y martirios de las cárceles que, aunque actuales y ocurriendo a unos metros más allá de mi casa, acababa por oír con naturalidad y hasta con aburrimiento, como los sufrimientos que relata cada uno de los emigrados rusos en París.

Los ditirambos a Bolívar publicados diariamente

1932

escepticismo, fe y comprensión histórica

en los periódicos al lado de los ditirambos a Gómez amargaron de fastidio mi adolescencia y contribuyeron a desprestigiarme todo el ambiente que me rodeaba y a fortalecer mi escepticismo hacia todo lo consagrado. Sólo se veía con fe Europa a lo lejos, como se ve el baño allá mismo en el trópico, cuando se está sudado y empolvado y quiere uno lavarse, refrescarse y vestirse de limpio. Lentamente se me ha ido rehabilitando Caracas desde aquí. Ahora tengo la convicción de que con Bolívar a la cabeza aquella pobre Caracas de hace ciento treinta años, con sus cuarenta mil habitantes, salía de la Colonia llena de todos los encantos, las virtudes y las gracias que ha podido tener en la historia cualquier ciudad.

España colonial

Por eso no soy antiespañola, Cabra. Con todos sus errores, sus abusos y sus torpezas, la España colonial estaba haciendo sin saberlo algo que valía mucho. Como las mujeres en estado (imaginatela, la más barrigona, desgredada y honrá posible y dispensa) estaba formando lo que no puede hacerse con teorías, arte ni refinamiento. Ella no fue responsable de lo bueno, pero ese triunfo de la naturaleza inconsciente sobre las teorías científicas que no logran dar la vida y ella sí, es conmovedor y es amable. Eso pensaba a menudo en las montañas viendo las vacas lamer los becerros sobre el césped lleno de flores silvestres. ¿En qué libro aprendieron las vacas y el césped la gracia para hacer sus becerros y echar *bluets* y margaritas? Si hubieran tenido ocasión de leer el *Nuevo Diario* de Caracas, la revista 1930 de La Habana y las teorías científicas contemporáneas, las margaritas serían falsas rosas exuberantes, y las vacas habrían instalado ya sus *pompes á lait* en ciertos *virages* y puntos apropiados para mayor comodidad y más ventajoso rendimiento comercial.

[...] Perdona la carta tan larga con la *repetidera* de la misma cosa. Temo caer en el género gagá: admiración fija por una cosa. Yo he sufrido mucho con mis compatriotas bolivarianos y empiezo a caer en lo mismo. Por lo cual no puede decirse de esta agua no beberé. Cuando me vaya excediendo tú te encargarás de llamarme la atención...

1932

Gómez: "el único inamovible"

¿Qué te parece cómo los argentinos mandaron a mudar a Irigoyen? Cualquier día pasa lo mismo en Cuba. El que es inamovible como el cemento armado del cuartel de Maracay es el decano de todos. En el fondo me da risa, tampoco ése aprendió a ser cemento en ningún libro.

A Lydia Cabrera. Vevey, [octubre].

[...] Me dejó muy triste tu carta y la lectura de los crímenes. Se me representó por un momento de una manera muy patente todo lo que hay de bajo, de inculto en aquellas tierras, lo mismo se manifiesta en esos asesinatos salvajes y cobardes como en la envidia siempre dispuesta de unos contra otros. Es cierto que todos los países del mundo han pasado por ahí, pero ¡qué agradable es la vida sin luchas ni odios en los lugares en donde se tienen ya las ventajas de la vida civilizada y culta. El respeto a la vida y a la libertad y a la opinión de cada uno, qué agradable ambiente forma alrededor de la vida! Eso lo olvidamos cuando recordamos románticamente las bellezas naturales. En realidad, aquella gente es feroz, el crimen es lo de menos; la intención de odio latente, que es lo mismo, se traduce en calumnias de toda clase, en faltas a la honradez; es lo desconsolador.

ferocidad americana

Me da miedo que vayas a meterte en esa olla de grillos.

A Lydia Cabrera. Vevey, [octubre].

[...] Es terrible tu carta *compte rendu* de María T. Freyre. Nada pongo en duda, Cabrita, todo eso es *verdad*, son los mismos cuentos horribles de Venezuela. Hubo un gobernador en Maracaibo llamado Pulgar que, no sabiendo ya qué hacer, le prendió fuego a la ciudad lo mismo que Nerón a Roma. Esto era en tiempo de Guzmán. Luego vino a París de Ministro. Nadie podía creer aquí las leyendas horribles que se contaban de él, pues era distinguido

1932

entre la tiranía y el desorden

y (expresión de Maracaibo) "fino como una dama". Yo digo, como decía Goethe, que "prefiero sufrir la tiranía y la injusticia que el desorden". Por eso soy hasta cierto punto gomista y hubiera sido machadista por oposición a los falsos apóstoles. Pero resulta que Machado no sabe siquiera ser tirano. Lo odioso de estos crímenes del gobierno es la cobardía, ellos tienen la fuerza por el poder, la policía, etc. y matan a indefensos por la espalda. El único crimen para mí es la cobardía. Es lo que encuentro espantoso en el asesinato de los Freyre y los otros que me cuentas y en los que creo como si los estuviera viendo, por triste experiencia.

En fin, Cabra, lo que saco en claro es que no puedes volver a Cuba por ahora. No es posible ver con tranquilidad esas cosas: por fuerza tiene uno que exaltarse y ponerse a un lado o a otro. Es muy duro hacer causa común con asesinos y estar en contra es peligroso, sobre todo cuando se piensa que también los otros son asesinos. Me preocupa mucho ese dilema de tu viaje...

[A Carlos García Prada.] Leysin, 29 de diciembre.

nostalgia del trópico

[...] Me parecen sus ilustraciones llenas de gracia y de ingenuidad, muy adaptadas al género del libro, la prueba es esta impresión inesperada que me causaron y la visión del trópico que me dejaron durante un buen rato. No sabe los deseos que tengo a ratos de volver allá: este campo de aquí está muerto, es como una decoración de teatro. A veces no puedo más y quisiera volar a una hacienda de Venezuela, para vivir en el campo *de verdad*, donde todo está lleno de vida, de olor, de color, de movimiento, donde uno puede identificarse de veras con la naturaleza bañándose en un río, por ejemplo, corriendo a caballo en la tarde, oliendo el vaho del café maduro cuando lo traen los cogedores y se queda toda la noche en montones para la trilla del día siguiente.

1933

A Lydia Cabrera. Leysin, 21 de febrero.

educación medieval de las mujeres

[...] Cezy me contó esta tarde su juventud en Uruguayana, que me pareció muy interesante: figúrate que en su tiempo, después de vestirse muchísimo, se sentaba a la puerta de la calle en la acera barrida, ¿no te parece *charmant*? Las costumbres completamente medievales. Autoridad de los padres, sumisión de las mujeres; los matrimonios, sobre todo, se hacían de lejos sólo con mirarse. Heitor vino a pedir a Cezy sin saber qué voz tenía ella, cuenta con miedo para no pasar por "burra", como ella dice, y se siente que deja mucho en el tintero... Ese régimen de tiranía da un tipo de mujer naturalmente fina como es Cezy. Andrea es también de Uruguayana: cada día encuentro mayor el abismo entre las mujeres y los hombres de nuestras tierras.

A Lydia Cabrera. Leysin, [10 de marzo].

evocación de la vida de hacienda

[...] Recibí carta de Mamá rellena, como de costumbre, con toda la correspondencia que le mandan de los cinco puntos cardinales. Por cierto, hay las cartas de Miguel y su familia que no resisto el deseo de mandártelas segura de que van a interesarte. A mí me han conmovido extraordinariamente, no sé si es cosa subjetiva debido a un estado de euforia infinita que me da el tiempo y esta vida de pájaro suspendida entre el cielo y la tierra sin más voz que el canto de los pájaros (están alborotadísimos) o si es que las cartas en sí son interesantes: he visto a Miguel como cuando tenía veinte años y andaba en Tazón con su sombrero de pelo guama, unas polainas y su chuchó: era una misma cosa con el caballo; parecía un producto natural del lugar, una especie de dios silvestre que hubiera salido de los tablones de caña y del cafetal. Luis, Isabelita y yo (estábamos los cuatro solos) representábamos el espíritu *culto* de la ciudad y cuanto vez salía Miguel para "El Valle" a ver a Luisa Amalia, mientras se alejaba por el callejón que se perdía de vista desde el corredor de la casa, atravesaba el río y volvía

1933

a aparecer dos o tres veces más. Nos quedábamos criticándolo, diciendo que era un inconsciente y un mentecato, que a quién se le ocurría enamorarse en "El Valle" de una gente tan pobre, que se necesitaba estar loco, etc... En el fondo era que no le tenía miedo a nada, Luisa Amalia era como el potro (andaba siempre en potros bravos) o como el río crecido que pasaba nadando el caballo, como si tal cosa. No sé si al fin de cuentas no será él quien de *veras* ha conocido la vida en su sentido trágico, abotargando lo que descubren en ella los grandes artistas, algo hondo, inefable, que se da en el dolor y en la lucha...

Las cartas de las muchachas me hicieron reír: letras, ortografía y petulancia de Josefina. La de Miguel es de agradecimiento, como ves por lo del colegio y porque se le dio para vivir la casa de las Rayas (ex pulpería de la hacienda) arreglada por él mismo bajo la dirección de Minito, que en estos casos es generoso como la lluvia en campo seco. No sabes lo pobre que está, con toda la familia política a cuestas. Fijate en la descripción de la casa: *el fumoir* y las "cascadas" se *siente* en Versalles por lo menos. El chaguaramo, único superviviente, me conmovió mucho, entre chaguaramo y corajo —una especie de palmera que crece siempre y se distingue a yo no sé qué distancia— está toda mi infancia. Yo creo que descubrí una noche el cielo y las estrellas por entre las hojas de ese chaguaramo.

Yo había interrumpido la carta porque estaba evocando no a Miguel, sino a Amalia, de quien te he hablado: la que se le morían los hijos tuberculosos, vivía en su casa (medio rancho) del Valle con treinta [ilegible] que le pasaba Lola la "*le potage*" y encontraba todavía la manera de remediar a los demás. Una especie de "Misericordia" de Pérez Galdós pero mucho más conmovedora por la clase social a la que pertenecía. Cezy me espantó de la memoria rasgos olvidados que estaban volviendo...

Si alguna vez volviera a escribir, Cabra, no sería para hacer ironía sobre lo grotesco, sino para buscar toda la poesía secreta que se esconde en esta gente como Amalia Ezpelosín, que están hechas todas de piedad y a quienes el sufrimiento se les transforma siempre en generosidad. Aunque es

poesía de la piedad

1933

cierto que pueden haber juntas una cosa y la otra. Es lo que admiro en Anatole France: el equilibrio admirable de esas dos tendencias. La ternura no degenera nunca, ni la ironía se hace burla vulgar. Es una *armonía* transparente y sencilla como la vida misma.

En fin, he querido escribirte esta emoción de la carta de Miguel que me ha salido (aquí al paso) de sorpresa. Cuando no me interrumpo yo misma me interrumpen los demás. ¿Por qué será tan difícil expresar las cosas por sencillas que sean?

A Luis Zea Uribe. Leysin, 25 de marzo.

[...] Otra cosa que me ha gustado mucho de su carta es su amor y su fe en América. Yo comparto su amor, con esta doble energía para querer que da la distancia, la nostalgia y la soledad, vivo casi entre recuerdos "de allá"; comparto el amor pero no la fe. ¿Seremos en realidad algún día países verdaderamente superiores? ¿Es cierto que de esa mezcla terrible de razas, podrá formarse una homogeneidad con verdaderas cualidades de raza superior? Estoy leyendo a Gobineau que, como usted sabe, es tan poco optimista en todo lo que se refiere a razas mezcladas, todo lo que no es ario...

lectura de Gobineau

Como no me gusta aceptar estas ideas derrotistas voy a leer las que sostienen la teoría opuesta a Gobineau. Creo que Vasconcelos, el mexicano, sostiene la tesis contraria; voy a leerlo lo mismo que a Keyserling. ¿Qué autor me recomienda usted?... Se me ocurre, como contestación suya, que busque las pruebas en mí misma: visualizando... ¡Es cierto...! ¡Qué lindos rasgos de carácter entre nuestros pobres negros del campo y tanta gente humilde, llena de generosidad y de verdadero amor o caridad en su sentido más puro...! ¡Toda nuestra infancia y juventud está llena por ellos! Pienso en Vicente Cochocho que existió y resucitó por visualización en *Mamá Blanca*. ¿Qué diría de él Gobineau? Era ingobernable y no tenía ninguno de los rasgos que constituyen la civilización simétrica y

1933

ordenada de los arios, es cierto, pero, ¿y su desinterés, su inmensa caridad y su lirismo de todas horas? Concluyo pensando que los arios están en su papel organizando sanatorios, ejércitos y ciudades donde reine el progreso, pero que allá, en medio de esas razas que no se sabe a dónde van, se siente de un modo muy hondo la dulzura de vivir...

A Luis Zea Uribe. Leysin, 21 de mayo.

[...] Usted, querido Zea, es para mí el símbolo de Colombia, lo quiero por usted mismo y porque en usted están sintetizadas, sin que usted se dé tal vez bastante cuenta, todas las cualidades superiores que hacen de Colombia uno de los países de verdadero valor moral, no por las condiciones cuantitativas como las de los yankees sino cualitativas, que son las verdaderas creadoras de cultura.

A Lydia Cabrera, Leysin, [29 de junio].

[...] Lo de Cuba me tiene muy mortificada y me da al mismo tiempo mucha risa de que sea un sargento el jefe de los generales; y la advertencia de que lo dejen dormir... ¡Somos países de opereta! ¿A dónde irán? Pienso que los americanos no se meten porque, con razón, no quieren más líos de los que ya tienen.

A Clemencia Miró. Leysin, 24 de julio.

[...] Pero a pesar de mi buen estado general no acabo de curarme, y la hecatombe de este invierno en el Grand Hotel me corta las alas de la independencia. Creo en principio que iré a París en septiembre a ver a mi madre para regresar a fines de octubre, pero esto tampoco es seguro. Desde hace veinte días el tiempo está precioso, si siguiera así me quedaría aprovechando el mayor tiempo posible su buena influencia. Mientras tanto sigo soñando en viajes muy lentos por España y América del Sur.

valor moral

países de opereta

1933

sed de lengua española; la cultura francesa

Creo que le he contado ya varias veces la sed que siento de vivir en países de habla española, no en la superficie por la que pasan los viajeros sino en la entraña, donde, como en el fondo de nuestro propio yo del que me hablaba usted en su carta citando a Suarès, se descubre la belleza infinita. La cultura francesa nos despierta a nosotros —los que no usamos su lengua como un instrumento de expresión— el espíritu crítico y nos mata todo impulso creador aun en el ensueño. Hace tiempo que trato de hispanizarme lo más posible pero usted sabe lo difícil que se hace en estos medios en que nunca se tropieza uno sino con libros y revistas francesas. Para llegar a lo español hay que buscarlo y por inercia no lo hacemos. A propósito, quisiera preguntarle qué revista o periódico literario hay en España que equivalga a lo que es en París *Les Nouvelles Littéraires* que como usted sabe no tiene tendencia definida sino que abarca la literatura y la historia literaria en general sin "escuela" especial. Conozco la *Revista de Occidente* que con ser muy interesante no se ocupa sino de ciertas cosas exclusivamente. Desearía también que me informara en qué casa editora aparecerán las obras de su padre pues quisiera adquirirlas. En fin, espero que hablaremos muy largo sobre todo esto cuando volvamos a vernos este otoño.

A Lydia Cabrera. Leysin, 17 de octubre.

[...] Yo creo, Cabra, que has dado en el clavo; tú debes hacer ilustraciones para obras que te gusten. ¡Qué lindo debe ser ilustrar un texto que nos llene! Pienso que cuando tenga "mi caja" voy a declararme en mi patria: siento patria todo lo que vas a pintar en la caja, realidad idealista sintetizada, Tula, nuestro negro viejo, las martiniqueñas, los cocos de Juan Díaz y el trapiche de Tazón. He pensado hoy que soy enemiga de esa independencia que hizo nacionalidades en donde antes la gente vivía ingenuamente, sin haber tomado conciencia de ellos mismos en esa forma tan antipática que es la nación y su derivado, el nacionalismo. Martinica, según re-

la nación y sus escuelas

1933

cuerto, ha guardado esa gracia *insouciant*e que teníamos todos en el trópico, cuando no teníamos prensa ni política, *le beau parler enfantin*. ¿Te das cuenta de lo que se volvería Martinica, hecha república capital Fort de France con estatuas de héroes nacionales, academias de la lengua, la historia y medicina? Es decir, que se salvaría por el mismo ridículo, que sería graciosísimo. ¡Nosotros no nos salvamos!

A Lydia Cabrera. Leysin, 27 de octubre.

Fe y tradición

[...] Hoy, reflexionando sobre el libro que estaba anotando, me sentí de pronto *conversando contigo* sobre ideas con las que creo estaríamos de acuerdo: la necesidad de fe y la necesidad de *tradición*; de los lazos misteriosos que unen nuestro espíritu con la tierra y el pueblo que es nuestro, fuera del cual, si se ha cortado toda conexión, está uno para siempre perdido, desorientado. El mismo tema de estos días que tú estás resumiendo en *mi caja*. Estas elucubraciones llenas de proyectos de viajes me distraen de la monotonía y son como un espejismo maravilloso sobre la nieve que se ve desde mi cama.

A Lydia Cabrera. Leysin, [octubre].

los políticos

[...] Me parece muy bien la carta a Machado, no te pongas tampoco a moralizar sobre su política. Yo creo que todos los políticos de todos los tiempos han sido sinvergüenzas y criminales. Estoy engolfada ahora en una Hª moderna de Malet que me ha reconciliado con Machado. ¡Todos son iguales! Estoy muy estúpida esta noche y con sueño.

A Gonzalo Zaldumbide. Leysin, 24 de diciembre.

[...] Tu discurso sobre la obra de España en América no sólo me gustó mucho sino que me conmovió, por todo lo que coincide con el verdadero fondo de mis sentimientos. Yo quisiera hacerme una

1933

la cultura española

especie de religión de esas ideas: la importancia de la cultura española en todos nosotros y su influencia tan linda y tan feliz en todo lo afectivo. El profesar esa idea con verdadera fe y fervor creo que me llevaría a trabajar por ella y escribiría entonces con facilidad y con alegría, pero tú sabes mejor que yo lo difícil que resulta hacerse esta especie de bóveda espiritual viviendo entre gente de idioma y de sentimientos tan extraños.

A Luis Zea Uribe. Leysin, 25 de diciembre.

nostalgia del trópico

[...] Del estado moral, ya le he hablado: me siento muy conforme, muy feliz y mi único deseo es ahora volver al trópico. Me persigue este deseo con una insistencia muy dulce; ¿será un presagio de muerte, Zea? Veo en ensueño nuestros países como sumergidos en un ambiente de romanticismo lleno de encanto y hasta un poco falso a fuerza de ser bello. Una perenne *María* de Jorge Isaacs a la que se suman mis recuerdos de infancia. Quisiera irme por dos o tres años a un clima de temperatura media como el de Los Teques, cerca de Caracas, por ejemplo, que está a 1 250 metros. Allá, en una casita de campo, modesta, sin pretensiones de "villa", sino la casita de antes, con corredores de columnas y obra limpia, vivir al aire libre todo el día en hamaca debajo de los árboles. Creo que no me cansaría nunca de oír cantar los pájaros, ver volar las mariposas, correr los lagartos, escuchar el agua del río y de los aguaceros torrenciales, ver el cielo claro, ¡aquél cielo maravilloso de la noche que la gente de aquí no sospecha! Fuera de la naturaleza, tendría muy pocos amigos y, en lugar de leer, descansaría los ojos y la inteligencia *positiva* para ir a aprender todo lo que enseña la gente ignorante del campo cuya sabiduría es profunda e infinita.

el veneno de la inconformidad

Quisiera escribir un libro que llevara a las almas algo de esta esperanza y esta felicidad que siento ahora, algo también de mi amor exaltado por la naturaleza y el ambiente criollo tropical. Pienso, Zea, que allá en nuestros países vivimos envenenados por la inconformidad. Estamos inyectados de falsa

1933

cultura europea y americana del norte, mal asimilada, lo que nos da a todos una especie de *barbarismo* peligroso. *Ifigenia*, mi novela, está impregnada de ese espíritu. Quisiera poder hacer el reverso de *Ifigenia*. Pero me falta fe, la fe temporal que impulsa a la acción, y me falta sobre todo el ardor y el entusiasmo que me sobraban entonces, cuando la escribí.

1935

A Clemencia Miró. París.

[...] He pasado esta vez por París como cuando se atraviesa en coche-cama un país. Apenas me llegan los rumores de lo que ocurre pues salvo las visitas al médico que tienen lugar en auto cerrado y mis paseos a pie por la avenida aquí mismo en Neuilly no salgo. El otoño hasta ahora ha sido muy lindo, pero no es ya posible que siga tanta belleza. Sería una especie de milagro. El otro día fui en auto hasta el parque de St. Cloud con Mme. Klimas, amiga y colega de Leysin. Tomamos el sol junto algunas viejas y niñeras y era una maravilla los inmensos árboles dorados por el otoño y más allá de las avenidas en terraza la vista de París que quedaba a los pies... Había olvidado toda la armonía que hay en este país, armonía que lo fascina a uno lentamente hasta parisianizarlo en forma que resulta cuando se mira de lejos un poco ridícula como todo enamoramiento. Ya estoy afortunadamente en el punto de vista ese: "de lejos" no me he dejado fascinar y me voy a Madrid con alegría.

1936

Diario. Madrid, enero 2.

[...] Como de costumbre, mal almuerzo. Comemos poco. Siesta sin sueño. Continúo la *Santa Teresa*, empiezo el libro de los Ferrero, *Espoirs* que me gusta y voy a buscar segundo tomo de la *Historia de Venezuela* de Gil Fortoul. Pienso leerla con calma,

fascinación y distancia ante París

lecturas de Historia de Venezuela

1936

más como estudio que como lectura. Espero quizás mucho de su influencia.

Enero 3. [...] En la tarde lectura del primer capítulo del tomo 2 de la *Historia de Venezuela* de Gil Fortoul. Se trata de la presidencia de Páez y luego el periodo del doctor Vargas. Personalidad de éste. Todo honradez pero sin combatividad, *apolítico*, precipita el tiempo de los demagogos.

sábado, enero 4.

Carujo y Guzmán

[...] Curiosa mentalidad la de Carujo. Contraste con Vargas, tenían que ser los tipos como Carujo y [el] viejo Guzmán los más fuertes en aquella época en que se vivía aún bajo la influencia de la conmoción terrible que fue la Independencia, en que se imponían los audaces.

lecturas sobre cultura hispánica

[...] Después del desayuno comienzo estudio. Notas que hago con gran gusto. Periodo interesantísimo de la cultura toledana, donde convergen después de la conquista por Alfonso VI, la judía, la árabe y la cristiana que al traducir las anteriores introducirá en Europa con el averroísmo la cultura greco-occidental, principalmente a Aristóteles y el panteísmo, la escuela filosófica de París... Deseo inmenso de regresar a Toledo unos días este invierno si es posible.

la situación de Venezuela el año 36

Enero 13. [...] Si el gobierno de Venezuela llegara a constituirse en una forma legal y decente me sentiría encantada aunque me perjudicara personalmente al perder la pensión.

"la pseudo intelectual hispanoamericana"

Enero 28. [...] Casi no leo. Llega L. Mucho más tarde muy amable y cariñosa, pero sin ningún carácter. Tipo de la pseudo intelectual hispanoamericana. Fundadora de revistas, clubes, etc., llena de iniciativas cursis que no tienen nada que ver con la cultura. Sin embargo, cordialidad, deseo de servir, ser amable, etc. Es lo cursi exuberante y bondadoso muy de América.

la prensa y el falso civismo

Viernes, enero 31. [...] Lectura periódicos de Caracas durante los días y después de la muerte del general Gómez. Me dan una triste impresión de prensa mala y de falso civismo. Sólo iniciativa escri-

1936

tores —espíritu de asociación en todas las carreras y gremios para formar una opinión pública que contrarreste cualquier tiranía me interesa—. Aún dura el tono de lisonja al hablar de López Contreras. Personas que figuran en la iniciativa tampoco me gustan mucho: “negroides” de vida poco limpia de los que no podrán ser nunca “liberales a la inglesa” como eran los primeros gobernantes de la República. Serían o aduladores serviles o instrumentos de tiranía. Lo de siempre.

ÍNDICE

Criterio de esta edición 7

INFLUENCIA DE LA MUJER EN LA FORMACIÓN DEL ALMA AMERICANA

Tres conferencias 11
Presentación 13
 Primera conferencia 16
 Segunda conferencia 37
 Tercera conferencia 58
 Preámbulos, agradecimientos y despedida 79
 Notas y variantes 85

DE LA CORRESPONDENCIA Y LOS DIARIOS

Presentación 101
 Nota autobiográfica 106
 I. Mundo cotidiano y mundo interior 108
 II. Obra y vida intelectual 194
 III. América, Bolívar y la Colonia 257

11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22

101
102
103
104
105

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de marzo de 1992 en los talleres de Encuadernación Progreso, S. A. de C. V., Calz. de San Lorenzo, 202; 09830 México, D. F. Se tiraron 2 000 ejemplares.

OTROS TÍTULOS DE LA
COLECCIÓN TIERRA FIRME

- Aguirre Beltrán, Gonzalo. *La población negra de México.*
Appleby, David P. *La música de Brasil.*
Arango, Manuel Antonio. *Gabriel García Márquez y la novela de violencia en Colombia.*
Bendezu, Edmundo. *La otra literatura peruana.*
Benites Vinuesa, Leopoldo. *Argonautas de la selva. Los descubridores del Amazonas.*
Benítez, Fernando. *La ruta de Hernán Cortés.*
Borges, Jorge Luis y Antonio Carrizo. *Borges el memorioso.*
Borges, Jorge Luis. *Ficcionario.*
Borges, Jorge Luis. *Siete noches.*
Bosi, Alfredo. *Historia concisa de la literatura brasileña.*
Brushwood, John S. *La novela hispanoamericana del siglo XX. Una vista panorámica.*
Busaniche, José Luis. *Bolívar visto por sus contemporáneos.*
Cardoza y Aragón, Luis. *El río: novelas de caballería.*
Carranza, Eduardo. *Hablar soñando.*
Cerutti Guldberg, Horacio. *Filosofía de la liberación latinoamericana.*
Cobo Borda, Juan Gustavo. *Antología de la poesía hispanoamericana*
Cobo Borda, Juan Gustavo. *Todos los poetas son santos.*
Costa, René de. *Huidobro. Los oficios de un poeta.*
Diego, Eliseo. *Entre la dicha y la tiniebla.*
Ferré, Rosario. *El acomodador.*
Fuentes, Carlos. *Agua quemada.*
Fuentes, Carlos. *Gringo viejo.*
Fuentes, Carlos. *Cristóbal Nonato.*
García Morillo, Roberto. *Carlos Chávez. Vida y obra.*
González, José Luis. *Literatura y sociedad en Puerto Rico.*
Heller, Claude. *El ejército como agente del cambio social.*
Henríquez Ureña, Max. *Breve historia del modernismo.*
Kozér, José. *Bajo este cien.*

Lara, Jesús. *La poesía quechua*.

Lavrin, Asunción. *Las mujeres latinoamericanas. Perspectivas históricas*.

Menley, Michel. *La política del cambio*.

Miró Quesada, Francisco. *Despertar y proyecto del filosofar latinoamericano*.

Miró Quesada, Francisco. *Proyecto y realización del filosofar latinoamericano*.

Morín, Claude. *Michoacán en la Nueva España del siglo XVIII*.

Mutis, Álvaro. *Caravansary*.

Mutis, Álvaro. *Los emisarios*.

Meale-Silva, Eduardo. *Horizonte humano*.

Nuño, Juan. *La filosofía de Borges*.

O'Gorman, Edmundo. *La incógnita de la llamada "Historia de los indios de la Nueva España", atribuida a Fray Toribio Motolinía*.

O'Gorman, Edmundo. *La invención de América*.

Orozco, Olga. *La noche a la deriva*.

Ortega, Julio. *La cultura peruana*.

Ortega y Medina, Juan A. *La evangelización puritana en Norteamérica*.

Padilla Bendezú, Abraham. *Huamán Poma, el indio cronista dibujante*.

Pasos, Joaquín. *Poemas de un joven*.

Rodríguez-Luis, Julio. *Hermenéutica y praxis del indigenismo*.

Roig, Arturo Andrés. *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*.

Rojas, Gonzalo. *Del relámpago*.

Ronfeldt, David. *Atencingo*.

Silva Castro, Raúl. *Estampas y ensayos*.

Skirius, John. *El ensayo hispanoamericano del siglo XX*.

Sucre, Guillermo. *La máscara. La transparencia. Ensayos sobre poesía hispanoamericana*.

Tangol, Nicasio. *Leyendas de Karukinká*.

Tovar, Antonio. *Lo medieval en la conquista y otros ensayos americanos*.

Valcárcel, Carlos Daniel. *Rebeliones coloniales sudamericanas*.

Varela, Blanca. *Canto Villano*.

Villanueva, Tino. *Chicanos*.

Westphalen, Emilio Adolfo. *Otra imagen deleznable*.

Zavala, Silvio. *La filosofía política en la conquista de América*.

Zea, Leopoldo. *Filosofía de la historia americana*.

Editado conjuntamente con el Fondo de Cultura Económica de México, este volumen, a cargo de la escritora venezolana María Fernanda Palacios, constituye una de las más cuidadas ediciones que se hayan hecho de la obra de Teresa de la Parra, figura fundamental de la literatura latinoamericana de este siglo. Además de sus dos ya célebres novelas, *Ifigenia* y *Las memorias de Mamá Blanca*, tal como aparecieron por primera vez en 1924 y 1929 respectivamente, e incluyendo las variantes posteriores de la primera, se recogen aquí las tres conferencias tituladas "Influencia de la mujer en la formación del alma americana", debidamente cotejadas con los manuscritos originales, así como una amplia selección de los escritos íntimos, fragmentos de cartas y diarios (alguno de ellos inéditos) que han sido ordenados temáticamente con la intención de poner de relieve la profunda solidez del pensamiento de Teresa de la Parra. Un extenso y agudo prólogo de María Fernanda Palacios complementa esta edición especial.



9 789681636845



MONTE AVILA EDITORES



FONDO DE CULTURA ECONOMICA